LA VIDA SECRETA DE CHLOE

Olivia Lichtenstein

Umbriel

Olivia Lichtenstein

La vida secreta de Chloe

Traducción de Andrea Morales Vidal y Diego Castillo Morales

Umbriel Editores

Argentina • Chile • Colombia • España

Estados Unidos • México • Uruguay • Venezuela

Para mi padre, Edwin
marzo 1923 — marzo 2004

Así que se casaron
para estar más juntos
y descubrieron que nunca más volvieron a estar cerca,
separados por el té del desayuno,
el periódico de la tarde,
los hijos y las cuentas del banco.

Louis MacNeice, *Les Sylphides*

El matrimonio es como una jaula: los pájaros que están fuera se

desesperan por entrar y los que están dentro se desesperan por salir.

Michel de Montaigne, *Ensayos*

Todas las familias felices se parecen; cada familia infeliz lo es a su propia manera.

León Tolstói, *Ana Karenina*

Chloe Zhivago, de trece años, dobló cuidadosamente una hoja de papel de carta con espirales psicodélicas en diversos tonos de rosa. Ella y su mejor amiga, Ruthie Zimmer, habían escrito: «Para ayudar a los historiadores y arqueólogos del futuro en su trabajo. Esta caja contiene datos importantes sobre la vida de dos chicas de la década de 1970». Pusieron la carta dentro de una caja de galletas con un diseño de cuadros escocés que contenía un pintalabios Biba color ciruela, un ejemplar de la revista Jackie, *restos de bisutería rota, correspondencia que habían intercambiado y un contrato de amistad eterna firmado con su sangre. Una vez que cerraron la caja herméticamente con cinta adhesiva, cavaron un hoyo profundo en la parte de atrás del jardín de Chloe y la enterraron. Las dos niñas permanecieron de pie solemnemente frente a la tierra recién removida en señal de duelo por un mundo en el que, algún día, ya no iban a estar. Luego se sentaron en el interior de la casa a mirar la lluvia que caía, y a contemplar la carrera entre dos gotas que se deslizaban por el cristal de la ventana: una era de Chloe y la otra era de Ruthie. «¿Qué vas a hacer cuando seas adulta?» le preguntó Ruthie a Chloe. «Tener un buen trabajo, enamorarme, tener hijos y vivir feliz para siempre», respondió Chloe.*

Ésta es la historia de lo que sucedió después de ese «vivir feliz para siempre»...

1

Me sentía bien cuando me levanté esa mañana. Bastante animada, en verdad. Ni siquiera me irrité cuando no encontré la tetera porque mi marido, Greg, la había escondido. Las cosas que nos encantan cuando acabamos de conocer a un hombre más adelante nos provocan una exasperación intensa. El tío de Greg había enfermado de Alzheimer a los treinta y dos años, y como consecuencia de ello, mi esposo había desarrollado un terror patológico a sufrir un deterioro de la memoria. Por eso y desde muy temprana edad, se había impuesto hacer pequeños ejercicios de retentiva. «El cerebro es un músculo como cualquier otro y necesita ejercicio», decía. Perfecto para él, sin duda, pero irritante para quienes no piensan que recordar dónde escondiste la tetera sea un triunfo importante y necesario en las exigentes pruebas a las que alguien somete su memoria. Pero recuerdo que esa mañana seguí silbando mientras buscaba y lancé un grito exultante de alegría cuando finalmente la descubrí en el tambor de la lavadora.

Greg no se había inmutado; estaba sentado ante la mesa de la cocina garrapateando otra de sus cartas furiosas con su escritura ilegible de médico, usando el cálamo que le había regalado en broma hacía algunos años para que redactara sus muchas misivas de queja. (Me sorprendía que no escribiese en pergamino, ni utilizara un sello de cera y las hiciera llevar por un lacayo de librea.) Esta carta iba dirigida al Ayuntamiento por una multa de aparcamiento.

—¡Eh, Chloe!, escucha esto —me dijo—. Estoy pidiendo que me conteste el concejal.

Se levantó, alejó la carta tanto como le permitió la longitud del brazo, pues

la vanidad le impedía usar gafas y el consiguiente reconocimiento de su edad, carraspeó y con la voz especial que reservaba para los temas oficiales leyó:

—«Tras estudiar la legislación, me asombra llegar a la conclusión de que parece que el distrito londinense de Brent, o sus funcionarios, intentan extorsionarme. Me permito citar a continuación un pasaje de la Ley de Derechos de 1689, aprobada y formalmente puesta en vigor tras la Declaración de Derechos de 1689. Por favor, lean atentamente el siguiente párrafo: "Que todas las multas y confiscaciones contra las personas antes de haber sido declaradas culpables son ilegales y nulas."»

Me miró, encantado de sí mismo, como un perro que trae de vuelta un palo que le han lanzado muy lejos y lo pone a los pies de su amo en tiempo récord. Estiró la mano para coger una tostada, que cubrió con una capa fina de Benecol, un derivado lácteo contra el colesterol.

—¿Qué significa eso? ¿Que no pueden ponerte una multa de aparcamiento si no te han declarado culpable de un delito?

—Precisamente —respondió dirigiéndome una sonrisita petulante mientras salía—. Antes te tiene que declarar culpable un tribunal.

Leo, nuestro hijo de quince años, pasó por la cocina como un rayo, tiempo durante el cual se hizo con una tableta de chocolate que estaba guardada en una caja supuestamente escondida en lo alto de un aparador, tragó zumo de naranja de un cartón que estaba en la nevera y desapareció de la vista antes de que nadie pudiera gritarle. Bea, la *au pair* checa, frunció el ceño en dirección al espacio que Leo había ocupado hacía un instante y después se encogió de hombros y volvió a la prolija tarea de preparar una ensalada de frutas exóticas que yo había comprado especialmente para la cena de aquella noche. No dije nada, suponiendo que era para mi hija de doce años, Kitty, que hacía poco había anunciado que le apetecía la comida sana pues, como saben todos los padres, nadie ni nada debe interponerse cuando un niño o niña decide comer fruta y verduras voluntariamente.

Justo en ese momento entró Kitty con un plato de puré instantáneo a medio terminar.

—Me duele el estómago —dijo.

—No me sorprende, si comes esa basura industrial. ¿Qué pasó con el nuevo régimen de alimentación sana? —le contesté sin dejarme conmover.

Entonces me di cuenta de que la ensalada de frutas exóticas era sólo para el estómago de Bea, que se sentó tranquilamente a la mesa mientras yo intentaba no mirar cómo se llevaba a la boca delicadamente, con cuchillo y tenedor, una rodaja tras otra de los caros mangos, papayas y guavas. Brillaba el sol y estaba decidida a no perder el buen humor. De modo que vacié el lavavajillas y cepillé el pelo de Kitty con apenas una ligera tensión en la mandíbula. Realmente todo fue bien hasta que recibí a mi tercer paciente del día.

Soy psicoterapeuta y nuestra casa de Queen's Park tiene un apartamento en el sótano donde atiendo a mis pacientes.

«La mayoría de la gente reserva el sótano para sus ancianas, inofensivas y simpáticas madres, y no para recibir a un montón de quejicas llenos de autocompasión que hablan y hablan de sus problemas», opina Greg.

La idea de que Greg sea capaz de poner las palabras *inofensiva* y *simpática* junto al sustantivo *madre* es, según su propia progenitora, francamente risible. Además mis «quejicas llenos de autocompasión» lo ayudaron a pagar los últimos años de sus estudios de medicina. Pero en su calidad de médico de cabecera, en verdad no tiene gran paciencia con ningún tipo de enfermedad, y mucho menos con aquellas que carecen de manifestaciones físicas evidentes. La idea de que alguien se pueda sentir mejor y más contento por charlar con un terapeuta profesional hace que ponga los ojos en blanco en señal de exasperada incredulidad.

«¿Y por qué no hablan con sus amigos en vez de hacerlo con una completa extraña como tú?»

Hablamos lo menos posible sobre mi trabajo.

Esa mañana me había despedido de Fank el Furioso, que tiene un pequeño problema para controlar su ira sobre el que estamos trabajando, y estaba disfrutando de los diez minutos entre paciente y paciente y mirando por la ventana y observando los pies que aplastaban las hojas de otoño al pasar. El verano había terminado, pero no sentía la desolación habitual ante la inminente estación de las nieblas.

Sonó el timbre con una conocida insistencia irritante. Era Gina la Sombría, a quien trataba desde hacía cinco años. («¿Crees que saben los sobrenombres

que les pones?», me preguntó hace poco mi amiga Ruthie. «Por supuesto que no», le respondí. «Tú eres la única que los sabes. Es mi humor patibulario. Un mote cariñoso para diferenciarlos.»)

No siempre había sido tan cínica. A los veintiocho había sido la terapeuta más joven aceptada como miembro de la Asociación Británica de Psicoterapeutas y mi entrega a la profesión era total. No obstante, hacía poco, el oropel parecía haber desaparecido y a menudo sentía que trabajaba sólo por inercia.

Gina raras veces es capaz de ver el lado bueno de una persona o una situación, y comparada con ella me siento como Pollyanna. Pero últimamente había estado mucho más contenta, pues pensaba casarse pronto y no había encontrado demasiados defectos en su novio, Jim, aunque —¡Dios lo sabe!—, lo había intentado. Teniendo en cuenta su forma de ser, había estado absolutamente jubilosa durante los últimos tres meses. Pero ese día en su bonita cara se reflejaba una mirada de tiempos anteriores a Jim. Algo estaba a punto de aflorar.

—He estado pensando —comenzó. Con Gina éste siempre era un mal comienzo— que nunca más voy a acostarme con otro hombre. Nunca conoceré la excitación y el misterio de descubrir a alguien por primera vez, de ese primer beso, de despertar juntos llenos de sorpresa y novedad.

Quise decirle: «No seas tonta. Él podría morir, podéis divorciaros, puedes tener un amante». Pero no lo hice. En cambio, advertí súbitamente:

—¡Oh, Dios, nunca me lo había planteado así!

En ese instante, como un golpe doloroso e inesperado en la cabeza, la semilla de la traición anidó en mi propio pecho.

Temo no haber puesto mucha atención a lo que Gina me dijo durante el resto de la sesión, e incluso sentí una punzada de remordimiento cuando recibí su cheque, pero fue mínima; después de todo, lo amortizaba con todas sus llamadas a horas intempestivas y sus ataques de pánico a medianoche. En cambio, hice gestos ausentes de afirmación mientras contemplaba la pared detrás de ella. La humedad ambiental hacía aflorar manchas de pintura en las paredes del sótano que reflejaban a la perfección mi estado de ánimo de creciente malestar. El día que hacía sólo unos instantes me había parecido brillante y lleno de promesas, ahora me parecía nublado y húmedo. Se había

puesto el sol.

¿No volver a sentir nunca más el primer beso de un nuevo amor? ¿Cómo era el poema de e.e. cummings, algo acerca de que a uno le gusta el propio cuerpo cuando está con alguien, la emoción de «bajo mí, tú tan nuevo»? Siempre me ha gustado mucho e.e., en principio porque murió el mismo año y día en que nací, el 3 de septiembre de 1962, lo cual para una adolescente es una coincidencia mágica, llena de significado místico. Sentí que debíamos de haber tenido una conexión espiritual única. Por un tiempo pensé que mientras su alma dejaba su cuerpo a la 01.15 de la madrugada, el momento de su muerte, voló directamente hacia mí cuando abrí la boca para inspirar mi primera bocanada de aire a las 03.23. Algo más de dos horas me pareció más o menos el tiempo suficiente para que volara desde la costa Este de Estados Unidos a Chalk Farm, en Londres. Más que nada admiraba a cummings porque era lo suficientemente atrevido como para ignorar las mayúsculas y tomarle el pelo a la gramática, algo que nunca pude hacer en el colegio. Lo intenté, por supuesto en mi fase «el alma de e.e. cummings vive en mí y seré la poetisa más grande del mundo». Pero la señorita Titworth, nuestra profesora de inglés, era muy detallista con la puntuación. Hasta nos hacía puntuar verbalmente nuestro inglés hablado: «Señorita Titworth, coma, signo de interrogación, me da permiso para no asistir a clase, signo de interrogación». Esto alimentaba horas de charlas ingeniosas de las compañeras en el guardarropa con unos cigarros mal liados. «Señorita Titworth, coma, signo de interrogación, cuánto valen sus tetas, signo de interrogación.»

Pero ahora, sentada en mi consulta, sólo podía pensar «todo se reduce a un dilema». Para siempre jamás lo mismo, viejo y añejo. Cuando Gina se marchó, subí a casa y me dirigí a la nevera, observé su contenido malhumorada, y me atiborré de trozos de queso y carne fría como una oveja con síndrome de déficit de atención. Necesitaba algo para llenar el abismo vacío del futuro desangelado e inmutable que tenía ante mí. Desde luego debía saber que «la comida no es amor» y todo eso, pero así como los dentistas no tienen los dientes perfectos, los terapeutas tampoco tienen psiquis perfectas. Kitty entró y me encontró chupando, culpable, queso Philadelphia de mi dedo índice que claramente había sacado directamente del tubo, y tragando zumo de naranja del cartón. Mis dos hijos habían sido aleccionados en que esos dos crímenes

implicaban pena de cárcel.

—Siempre nos estás jodiendo con que no hagamos eso —protestó.

—No se suponía que me vierais y no digas jodiendo —respondí, no muy convencida—. ¿Y por qué no estás en el colegio?

Lanzó un suspiro y miró hacia arriba, un gesto que creía que sólo se hace después de la pubertad, cuando súbitamente nos golpea la aplastante estupidez de los padres. Se suponía que ella todavía estaba en la etapa en que yo no podía equivocarme y su adoración era inequívoca.

—Esta mañana te dije que me dolía el estómago —me dijo acusadora—, pero me obligaste ir al colegio y vomité, y Bea tuvo que ir a buscarme.

Bea había estado merodeando deliberadamente cerca de la puerta de la cocina, sin el menor disimulo; entonces entró y me lanzó una mirada de reproche.

—Gracias, Bea. ¿No le dijiste a papá que te dolía el estómago? —pregunté tratando de escurrir el bulto—. Él es médico.

—Mamá, sabes que para que papá te haga caso hace falta que te corten la cabeza.

—Pobrecita mía —tomé a Kitty, estrechándola en mis brazos.

Desde el primer momento que tuve a mis hijos en los brazos me encantó ser mamá. Incluso ahora a menudo me induzco el sueño repitiendo sus nacimientos en mi cabeza, como una película que atesoro. Me encantaba su olor dulce y lechoso y todo el tiempo que fueron pequeños los llevé sobre el pecho, cerca del corazón, como un broche precioso. Adoraba esa parte en sus nucas donde hay que enterrar la nariz para besarlos; todavía me gusta. Me encantaba meterme en la boca los piececitos de mis recién nacidos. Kitty todavía me deja mordisquearle las piernas y cubrirla de besos, y Leo no ofrece resistencia a sus quince años, siempre que no haya nadie mirando. Los molesto diciéndoles que hace mucho tiempo los hice firmar contratos en que se comprometían a aceptar mis besos y arrumacos a perpetuidad, sin que importara su edad.

Soy de las que respetan los contratos. Llamadme anticuada, pero fui seria hace diecisiete años cuando me casé con el señor Gruñón, su padre, prometiendo olvidar a todos los demás hombres y serle fiel durante el resto de la vida. He tenido algún devaneo, algunos besos robados, pero nunca he

pensado seriamente en la infidelidad. Pero hace poco me encontré flirteando con mis únicos amigos solteros, homosexuales hasta la médula.

—¿Qué tenemos de malo las chicas? —me quejo ocasionalmente.

—Digamos que no sois suficientemente peludas.

—Podemos serlo si no nos depilamos las piernas y el vello facial —protesto.

Pero ahora, con las palabras de Gina sobre lo definitivo de no volver a acostarse con otro hombre nunca más repicándome en la cabeza, me sentí como si me faltara el aire. ¿Qué podía hacer? ¿Era Greg el único hombre con quien iba a hacer el amor? Pero ¿podía imaginarme realmente con un amante? Prefería asumir que no está permitido desnudarse ante un extraño cuando se han pasado los cuarenta. Ciertamente está prohibido por la ley por razones de un mínimo de decencia. Está bien que tu esposo te vea desnuda si es absolutamente necesario. Después de todo, el cuerpo imperfecto posparto es cosa suya, de modo que hay un cierto placer perverso al exhibirse frente a él, y el propio acto es como un alarido silencioso de «mira lo que le has hecho a mi cuerpo, cabrón». Pero con alguien nuevo, eso sería... En fin, me viene a la mente la palabra «imposible».

—Te parezco interesante, ¿no? —me preguntó más tarde Ruthie mientras almorzábamos en su sofá reclinadas como romanas.

—Seguro, o no estaríamos celebrando nuestros treinta y dos años de amistad. ¿Por qué? —le pregunté poniéndome en la boca un último bocado de *bagel* de salmón y queso fresco.

—Es que cada vez que le digo algo a Richard suspira y cierra los ojos.

—Oh, es OPM —dije con inteligencia.

Es nuestro sistema taquigráfico; hace que los mensajes de texto vayan mucho más rápido sin temer las miradas espías. Lo inventé cuando Greg y yo tuvimos una pelea particularmente fuerte después de que hubiera pasado todo un fin de semana gritándonos a los chicos y a mí. Escribí mi mensaje: «Tengo un marido de mierda». Pero en vez de mandárselo a Ruthie se lo envié a Greg. Cuando vi lo que había hecho, el corazón me latió con fuerza y me sentí como un niño que es cogido poniéndole cuernos con la mano a un profesor. Tuve que disimularlo mandándole otro: «Era broma, cariño. ¿Qué quieres cenar?» Por

suerte me libré, pero después los acrónimos parecieron una ruta más segura y de allí vino OPM, odio permanente al marido.

Ruthie suspiró y se estiró. Es así como la imagino siempre, bostezando y estirándose adormilada, como un gato que se levanta brevemente para cambiar de posición frente al fuego. En su trabajo es aguda, activa, eficaz, pero conozco su secreto: siempre quiere marcharse para echarse un rato. Tiene una bonita cara con forma de corazón, un cuerpo a lo Marilyn Monroe y ojos color marrón, líquidos. Cuando era más joven, los chicos se hubieran acuchillado para ganar su afecto. Pero ella es irresistiblemente inconsciente de su encanto y lo lleva con tanta comodidad y falta de atención como una bata preferida algo desgastada.

Nos conocimos en nuestro primer día de instituto, y nos hicimos amigas por tener pupitres contiguos. Nuestros apellidos comenzaban con la misma letra, Chloe Zhivago y Ruthie Zimmer. El suyo había sido Zimmerman, pero a los funcionarios de la frontera les pareció innecesariamente largo y en algún lugar de la ruta perdió una sílaba cuando su padre huyó de Alemania a Inglaterra para escapar de los nazis. Ruthie era mejor judía que yo, y sabía cosas. Porque pese a que soy psicoterapeuta, hago una sopa de pollo fantástica, y se todo lo que tiene que ver con el alimento para el alma, soy ignorante en lo que se refiere al judaísmo. En verdad no tiene nada de sorprendente: recuerdo haberle preguntado una vez a mi padre por el significado de las velas de Hanukah. Él me miró divertido y me respondió: «¿Sabes, cariño? No tengo la menor idea».

—¿Qué clase de padre judío eres? —le pregunté.

—Uno muy malo —contestó—, pero no desafino.

(Mi padre Bertie compone musicales para los teatros del West End.)

Seguro que mamá sabía muchas cosas, pero simulaba ignorancia. Desde que se casó con papá rechazó su educación religiosa y la única fiesta que celebrábamos era la Navidad. Así que fui a preguntárselo a Ruthie. Aparentemente, hace miles de años hacía falta aceite para los candelabros del templo que debían estar encendidos todas las noches. Pero sólo quedaba aceite para un día. Inexplicablemente duró ocho días. De modo que en conmemoración se estableció una fiesta de ocho días. En verdad es algo así como el pan y los peces que dieron de comer a todos. Todas las religiones

necesitan sus milagros. En broma decíamos que también era como el milagro de Steve Brick cuando teníamos quince años: consiguió salir con cuatro de nosotras la misma tarde y en tres fiestas diferentes. En cualquier caso y siempre que necesito información sobre temas judíos, consulto a Ruthie.

Nos convertimos en las hermanas que no teníamos y juramos vivir tan cerca como fuese posible y tener hijos al mismo tiempo. Conseguimos ambos propósitos. Ruthie vivía justamente en el otro lado de Queen's Park y desde nuestros tejados podríamos habernos comunicado por señales luminosas si alguna de nosotras hubiera tenido la habilidad o las ganas. En cambio, nos llamábamos y nos mandábamos mensajes continuamente y en el curso de nuestras salidas por el barrio no dejábamos de encontrarnos, aparte de nuestras muchas citas con fecha y hora fijas. Sus hijos, Atlas y Sephy (Persephone), son los mejores amigos de Leo y Kitty y tienen la misma edad. Su esposo, Richard, es licenciado en humanidades, y Ruthie sintió que como tenía poco que decir en muchos aspectos de sus vidas, hubiera sido grosero por su parte quejarse de que bautizara a sus hijos. Atlas era un niño delgado. No se hubiese podido imaginar a nadie menos capaz físicamente de llevar sobre los hombros los pilares que separaban el cielo de la tierra, pero sí tenía la apariencia de alguien que cargaba con el peso del mundo. Como su contraparte griega, se interesaba apasionadamente por la ciencia y la astrología y pasaba las noches subido precariamente al tejado de la casa, a menudo en compañía de Leo, mirando por el telescopio y observando las estrellas y los planetas. (Los instintos de madre judía de Ruthie estaban en conflicto: por una parte la alegría de tener un hijo que perseguía el conocimiento, y por otra la ansiedad de que se cayera del tejado en su búsqueda. ¿La solución? Se instaló una barandilla sólida de hierro rodeando el tejado, muy cara.) Por su parte, como reina de los infiernos, Sephy resultaba poco convincente. Era un hada princesa, una niña alegre igual que mi Kitty, y cuando ambas dejaban una habitación, quedaba tan desangelada y estéril como si hubiesen regresado al Hades, anunciando el comienzo del invierno. En cierta medida al elegir los nombres de los hijos se está influyendo en su destino y sus personalidades. Por eso busqué nombres fuertes como Leo y Katherine —nombres de antiguos emperadores y emperatrices—, pues nadie iba a meterse con mis hijos.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste el amor? —le pregunté a Ruthie.

—¿Con Richard? No seas repugnante. Es mi marido.

—Sí, te entiendo. —Mordí un pimiento picante, disfrutando de la forma en que me hizo arder los ojos—. Hace tanto tiempo que no lo hacemos que la sola idea de dar saltos y revolcarse en el lecho marital parece inadecuada y obscena. Gracias a Dios antes de casarnos hicimos el amor todo lo que quisimos, porque después se acaba.

—¿Crees que con nuestras madres pasaba lo mismo? Quizás el hecho de que se reservaran para un marido quería decir que de casadas no les faltaría sexo.

Ruthie alcanzó una aceituna y la mordisqueó; apenas había comido:

—Tal vez deberíamos dejar a los maridos y crear una comuna lesbiana —sugirió.

—En principio es una idea excelente. Pero hay un detalle, y es que no somos lesbianas.

—Lo sé —dijo Ruthie apenada—. Lástima. ¿Y qué me dices de una comuna con un área alambrada aparte para los hombres? Podríamos ir y jugar con ellos cuando nos apeteciera.

—¿Un corral de hombres? —pregunté—. De hecho —dije con las palabras de Gina repicándome aún en los oídos—, estaba pensando que podría echarme un amante, únicamente por motivos de perder peso... Ya sabes que el sexo novedoso adelgaza.

Me pellizqué unos cuantos centímetros alrededor de la cintura.

—Nadie podría culpar a ninguna de nosotras por tener una aventura; no se puede esperar que una mujer viva toda una vida con tan poco sexo en verdad es un tema de derechos humanos —dijo Ruthie metiendo la punta de un dedo en un bol de *hummus*—. El auténtico problema es que el único sexo que existe después del matrimonio es con otras personas. —Me miró y añadió—: Pero si en efecto te echas un amante, asegúrate de recordar las reglas.

Ruthie es editora de *Smart Magazine. Belleza y cerebro para las mujeres de hoy* y frecuentemente me utiliza bajo una diversidad de seudónimos para sus estudios de caso. Ha escrito o editado artículos sobre virtualmente cualquier tema imaginable y es una fuente de conocimiento. La estudié; estaba vestida con su uniforme profesional Issey Miyake. Para trabajar nunca vestía

otra cosa. (Su ropa hecha de miles de plisados agudos siempre me ponía un poco nerviosa. ¿Hay alguien que se dedica a hacer pliegues y pliegues como una lunática de manicomio con trastorno obsesivo-compulsivo?)

—¿Qué reglas, oh, sabia y plisada? —le pregunté.

—«Nunca tengas una aventura con alguien que, si se sabe, tiene menos que perder que tú.»

Muy claro y absolutamente evidente si te paras a pensarlo. Fue todo lo que pude hacer para evitar tomar notas subrepticias como alumna aplicada.

—Tendrás que buscarte un amante por las dos —añadió—. Nunca podría permitir que alguien que no fuera Richard viera mis pechos que no dejan de crecer y deformarse, como corresponde a mi edad.

Le miré los pechos. Era cierto, parecían más grandes.

—Sabes que la nariz y las orejas nunca dejan de crecer —siguió—, y mis pechos están haciendo lo mismo; parecen no saber cuándo parar.

—Por lo menos tienes. Los míos nunca empezaron a crecer y ahora parecen dos calcetines vacíos... y pequeños.

Ruthie se rió.

—Vamos. Tú siempre fuiste la aventurera, así que yo podría tener una aventura de manera vicaria.

—Como de costumbre, tengo que hacer todo el trabajo. Las cosas no han cambiado mucho desde los días que acostumbrabas a copiarme los deberes de latín.

—Ya lo sé, querida. La verdad es que siempre has sido mucho mejor que yo a la hora de hacer cosas; yo me limito a escribir sobre la gente que las hace.

Las dos nos reímos, conocedoras de la naturaleza importante y equitativa de la simbiosis que nos ligaba.

—¿Sabes que el setenta por ciento de los hombres y el treinta por ciento de las mujeres son adúlteros? —preguntó Ruthie.

—Ya es hora de que las mujeres igualen a los hombres en este campo —comenté con ironía.

No me refería exactamente a eso, a la dieta *Pierde esos kilos de más pasándolo bien. Tírate a uno que no sea tu marido*. Simplemente quería saborear esas palabras con la lengua, probar la idea, y pronunciarlas. Me

parecía que había pasado mucho tiempo desde la última vez que me divertí. La vida estaba llena de ser esposa, madre y psicoterapeuta, y aquí estaba ahora, de pronto, con cuarenta y pico de años, sin tiempo para sentirme despreocupada y llena de alegría. Entendí por qué la década del divorcio comenzaba a los cuarenta. Todo el mundo daba un salto aterrorizado en un último intento de liberarse de la terrible monotonía de la responsabilidad y la obligación. Mientras me alejaba de Ruthie, casi choqué con una mujer que arrastraba a un niño de unos dos años que lloraba al tiempo que empujaba un cochecito con un bebé dando alaridos. Al mirarla más de cerca noté que por su cara cansada también corrían lágrimas. La canción que compara el amor y el matrimonio con un caballo y una carreta comenzó a sonar irónicamente en mi cabeza. Era uno de esos días grises de Londres, con llovizna, cuando la humedad se apodera de los huesos y uno piensa que jamás volverá a ver el sol. Sentí que me rondaba una depresión en las entrañas.

Cuando llegué a casa me sentía cada vez más atribulada con mi vida. ¿Qué había pasado con la pasión y los fines de semana en la cama que en un tiempo habíamos compartido Greg y yo? Cuando mi marido volvió del trabajo se lo pregunté. Estaba buscando una tableta de chocolate que había escondido.

—No seas tonta. Ese periodo de luna de miel no puede durar siempre. Así nunca haríamos nada.

—Pero no lo echas de menos, cariño. ¿No te gustaría que aún fuéramos así?

—No. Hay demasiadas cosas que hacer: los niños, el trabajo, libros que leer, películas que ver. ¡Ah, aquí está! —dijo resplandeciente de satisfacción mientras sacaba una tableta de chocolate de detrás de uno de mis muchos libros de recetas que parecían a punto de caer de la estantería repleta—. ¿Quieres?

(Estaba decidido a no discutir su extraña dieta de Benecol y chocolate.)

—¿Por qué no? —respondí con amargura pensando: «Siempre podré quemar las calorías de más con un adulterio».

Greg entró en el salón y saludó a Leo con un alegre: *«Rastaman* y yo hemos aprendido nuestra lección con la hierba». Esto venía a cuento por una caja de cerillas llena de marihuana que había encontrado Greg y confiscado

cuando trataba de recuperar sus calzoncillos boxer de diseño del ropero de su hijo. No es que a Greg no le guste la hierba; de hecho, la olfateó ostentosamente diciendo: «Parece buena, tal vez deba fumarme un porro». Desde entonces estábamos escuchando la broma del *rasta*, divertida al principio, aunque después de diez días comenzaba a no hacer gracia.

Leo entró en la cocina casi visiblemente envuelto en la nube de contrariedad que se había vuelto su compañera permanente de los dos últimos años. Un extraño cambio físico se apodera de los chicos cuando cumplen trece. De la noche a la mañana sus cabezas, que antes no tenían problemas en sostener, se vuelven demasiado pesadas para sus cuellos, y su forma de expresarse, que era clara, se vuelve ininteligible. El hijo comunicativo de pronto habla entre dientes y camina con los hombros caídos.

—¿Has hecho tus deberes, cariño? —le pregunté.

La respuesta fue «mmmf, mrunf».

—¿Qué dices?

—Sí, sí, lo que tú digas —enunció con claridad exagerada.

Tiré el resto de la tableta de chocolate; el odio hacia mí misma que acompañaba cada bocado era demasiado difícil de aguantar. Además tal vez debería intentar ponerme a dieta y hacer ejercicio antes de recurrir al adulterio. Decidí flirtear con Greg y seducirlo. Eso es lo que uno debe hacer, o por lo menos es lo que siempre digo a mis pacientes. Volver a descubrirse, hacer cosas juntos, darse tiempo para charlar y disfrutar en común. ¿Quién puede decir que una relación con otro hombre sería diferente? Después de la luna de miel de los primeros dos años, probablemente se convertiría en lo que tenía ahora. ¿Merecía la pena las mentiras, el engaño, y el riesgo para la felicidad de todos a cambio de un par de años de buen sexo? (Aunque en mi caso ni siquiera tenía que ser bueno: sexo, a secas, sería suficiente.)

Podía oír la televisión en la sala y por la puerta vi a Greg hundido en el sofá, con la boca ligeramente abierta mientras miraba el pronóstico del tiempo con una intensidad más propia de la cara de un bebé hambriento ante el pecho de su madre. Me quité la ropa y ondulé sinuosamente ante él para ver si se daba cuenta. Me hizo un gesto para que me apartara antes de señalar el televisor... «Muy bonito, querida, pero el tiempo...» Es su programa favorito, pero aun así... En ese momento sonó el teléfono. Era una de las pacientes

habituales de Greg, la señora Meagan o «soy yo de nuevo», como la conocemos por la frecuencia de sus llamadas. Sabe Dios cómo ha podido conseguir nuestro número de casa; creo que el señor Meagan trabajaba para la compañía telefónica, el departamento de policía, o era ladrón o algo semejante. Normalmente le filtro esas llamadas porque Greg no soporta a los enfermos, ni siquiera cuando está de buen humor, y los hipocondríacos son sus bestias más negras. Pero ahora, tras su amargo rechazo, dije con dulzura: «Sí, señora Meagan, por supuesto, está aquí», y montada en mis zapatos de tacón me precipité fuera del cuarto y choqué con Leo que subía la escalera arrastrando los pies. Me echó un vistazo, se estremeció y dijo con toda claridad: «¡Qué asco! ¡Madre desnuda! ¡Esto es muy malo para mi desarrollo psicosexual, mamá!»

Pasé el resto de la velada cosiendo, malhumorada, un elefante de fieltro para algo que Kitty está haciendo en el colegio, mientras me lo contaba todo sobre Enrique VI, y sus ocho esposas, o Enrique VIII y sus seis esposas... *Sí, sí, lo que quieras* ¿Es ésta mi vida? ¿Qué es lo que me ha pasado y cómo he llegado hasta aquí?

2

La receta del abuelo, el rabino Neeman, para un matrimonio feliz

250 gramos de amor
250 gramos de humor
250 gramos de atracción sexual
500 mililitros de admiración y respeto mutuos
500 gramos de paridad intelectual
1 pizca de familia política al gusto; se puede añadir algo más si así se desea
1 presupuesto razonable
1 cucharada grande de trabajo en equipo
4 cucharaditas de disposición para reconocer un error
250 gramos de disculpas rápidas y fáciles
250 gramos cada uno de confianza y apoyo
1 porción grande o varias pequeñas de intereses o aficiones comunes
250 gramos de placer de estar juntos
Baños separados (si el presupuesto lo permite)

Pasar todos los ingredientes por el colador y quitar los grumos de celos, recuento de ofensas, resentimientos, puntuaciones, mal humor o acusaciones. Revolver formando porciones de sexo marital frecuente y satisfactorio. Servir en porciones generosas de amor y hornear durante muchos años al calor de un afecto cálido y seguro, respeto y deseo mutuos.

Esa noche tuve mi sueño ansioso recurrente de las lentes de contacto. Se presenta de varias maneras. Esta versión era aquella en que intento ponerme una lente enorme. Sencillamente es demasiado grande y no entra, pero yo no dejo de intentarlo. Estaba confusa: usaba estas lentillas cada día, ¿por qué ya no podía ponérmelas? Las lentes de contacto en cuestión tenían unas aletas adicionales, como las compresas con alas pensadas para envolver el borde de las bragas. Se suponía que las alas debían entrar en el blanco del ojo, pero por más que lo intentaba, no podía ponérmelas. Despertar fue un alivio. Miré a Greg a mi lado, que roncaba menos suavemente de lo que imagina. ¿Qué quería decir? Siempre analizo los sueños; es por la junguiana que llevo dentro. Nos hacen pensar en nuestras vidas y son la forma en la que nuestro subconsciente se comunica con nosotros. El mío me decía claramente que estaba ansiosa. ¿Tal vez también intentaba decirme que Greg ya no quedaba bien en el cuadro? Quizá día tras día a lo largo de diecisiete años había estado bien, pero ya no era así. Hacía unas pocas horas, cuando nos fuimos a la cama, había sobado arriba y abajo la pantorrilla de Greg con el pie, nuestra señal Morse marital para indicar que quería sexo. Sabía que aún estaba despierto, pero respiró más hondo para simular que se había dormido, gruñó y se volvió, dándome la espalda, dejando un océano solitario de sábana blanca entre nuestros cuerpos. Su falta de respuesta inevitablemente me hizo sentir poco querida y poco atractiva.

Eran las cuatro de la mañana. Siempre son las cuatro de la mañana cuando me despierto ansiosa y alerta en una casa que duerme. Salí de la cama, me fui al cuarto de Kitty y me senté en el sofá de amamantar con tapiz de *chintz* que ella insiste en tener junto a su cama. Me encanta mirarla dormir. Dormida vuelve a parecer un bebé con los rasgos suaves y satisfechos; el brazo reposando descuidado sobre el pecho, sus pestañas largas y oscuras sobre sus mejillas y la boca ligeramente abierta. Tiene una boca especialmente bonita, llena y roja, madura como una fruta suculenta o cargada de promesas para la joven mujer que será muy pronto. Quise besarla, pero me resistí. En cambio, puse la mano con suavidad sobre su pecho, para sentir cómo subía y bajaba con la respiración. Cuando ella y Leo eran bebés, solía poner un dedo bajo sus narices para verificar que seguían vivos. A veces su respiración era tan suave que costaba detectarla y accidentalmente los despertaba con mis toqueteos

temerosos. Recuerdo todas las noches que me sentaba en el mismo sofá dándoles de mamar, primero a Leo y unos años más tarde a Kitty, en medio de la noche. Solía sentir que era la única persona despierta en el mundo y me costaba estar en silencio y evitar que mis bebés lloraran para no despertar a Greg. Si no había dormido lo suficiente por la noche, estaba todo el día de un mal humor terrible.

Entonces Kitty se movió y dijo misteriosamente: «Cuatro castañas y la cola de un hurón». Todos en esta casa hablan dormidos menos yo. Greg en especial suele lanzar grandes proclamas bíblicas que me despiertan. ¿Soñará que es Jesús? Es su peor miedo, que súbitamente ve la Luz. Me ha hecho prometerle que lo mataré de un tiro si se convierte en un fanático religioso.

Bajé con cuidado. En respuesta la casa crujió, se quejó y, dormida, cambió de posición. Miré a mi alrededor, a mi vida, el conjunto de cosas amontonadas en la entrada, los zapatos tirados en la escalera. Recoger y llevar, en eso consistía la vida: recoger algo de un lugar y ponerlo en otro, y luego recogerlo de allí para ponerlo en otro lugar. Todas las superficies posibles estaban llenas de cosas. Las cosas parecían emparejarse unas con otras y reproducirse a un ritmo frenético. Los calcetines sin pareja formaban bandas y celebraban fiestas con las tazas de café vacías, con la ropa descuidadamente abandonada y con infinitos trozos de papel. A veces el amontonamiento amenazaba con aplastarme. ¿Y qué pasaría si simplemente saliera por la puerta para no volver jamás? Conducir al aeropuerto, tomar el primer avión a alguna parte y comenzar una vida del todo nueva. De vez en cuando me gustaba darle vueltas a esta idea, dejarla rondar en mi cabeza y paladearla antes de rechazarla, porque nunca podría contemplarla con seriedad. La idea de abandonar a Leo y Kitty me hacía sentirme literalmente enferma, físicamente, con un dolor sordo de náusea en el centro de mi ser.

Cuando era niña y había tenido un mal sueño o no podía dormir, mi padre solía traerme leche caliente. Se sentaba conmigo mientras la bebía, acariciándome la frente y pasándome el pulgar por las cejas. Me cantaba su última composición, una que todavía estaba escribiendo y que nadie había escuchado aún. A veces sólo era una frase o dos que canturreaba una y otra vez, cada vez más bajito hasta que me dormía. Me encantaban esas noches de Papá y Chloe, cuando hacía que el mundo fuera seguro para mí. Ahora las

únicas veces que tomo leche es en mitad de la noche. Calenté un poco y me acurruqué en el sofá, apretando el tazón mientras intentaba analizar mi inquietud. Debo de haber dormitado porque el reloj *kitsch* que nos había regalado mi hermano Sammy sonó seis veces. Era un cerdito rosa que se asomaba por la portezuela en vez de un cucú. Levanté el teléfono.

—¿Papá?

—¿Quién llama, por favor?

—¿Qué otra mujer te llama papá?

—No vamos a entrar en eso ahora —rió.

—Soy Chloe —dije, siguiendo el juego.

—Es cierto. Antes tenía una hija que se llamaba Chloe, pero no he sabido nada de ella desde hace mucho.

—Te llamé hace tres días.

—Tres días multiplicados por un padre judío son tres meses, como bien sabes.

—¿Estás despierto?

—Ahora lo estoy.

Estaba despierto. Sabía que lo estaba. Siempre se levantaba a las seis y se instalaba ante su piano.

—Espera un momento, cariño —dijo—. He de sacarme los pajaritos de la cabeza y ponerlos en papel antes de que escapen.

Mi padre tiene canciones en la cabeza como el resto de la gente tiene pensamientos. Cuando era pequeña, solía imaginar que su cabeza estaba llena de pájaros que se escaparían cantando cuando abriera la boca y que debía atrapar. Y estaba segura de que cuando lo hacía los pegaba en papel, porque las pequeñas notas escritas con la tinta que usaba en sus manuscritos parecían diminutos pajaritos negros posados en cables de teléfono. Cuando los pájaros estaban listos para salir, papá se inquietaba y no decía nada antes de haberlos atrapado adecuadamente. Así que esperé, paciente, unos minutos.

—Ya están todos colocados. ¿Qué te ha despertado tan temprano, Chloe?

—Estaba pensando. Papá, ¿crees que uno puede estar felizmente casado con alguien toda la vida?

Escuché el tictac del reloj en el silencio del amanecer y esperé su respuesta.

—Creo que las relaciones cambian como cualquier otra cosa. Hubo tiempos en que pensé que no podría aguantar a tu madre ni un minuto más, y una semana después sentía que la vida era imposible sin ella. A veces uno es feliz, y a veces no. El deseo es instantáneo, pero el amor necesita mucho tiempo para crecer. Mark Twain dijo: «Ningún hombre o mujer sabe realmente qué es el amor perfecto antes de haber estado casado un cuarto de siglo». Quizá no has estado casada el tiempo suficiente.

Entre todas las cosas por las cuales quería a mi padre, y había muchas, una era su capacidad para encontrar una cita para cualquier tema; tenía una para cada ocasión.

—¿No eres feliz, querida? —me preguntó.

—No es eso, papá. Es que todo parece haberse instalado en esta continuidad monótona. Es como si todo lo divertido y estimulante ya hubiera ocurrido, como si a partir de ahora la vida siempre fuera a ser igual, y no quedara nada estimulante para el futuro.

Pude oír en mi voz a la niña quejica y petulante, lo que de ningún modo debilitaba la intensidad de mis sentimientos.

—Es por tu edad, Chloe, lo sabes. Ya te casaste y tuviste los hijos y ahora... ¿qué? También recuerdo haber tenido esos sentimientos a los cuarenta.

—¿Y qué hiciste?

Hubo una larga pausa. Miré por la ventana y vi que llovía a la luz azulada del alba. Podía oír el chasquido de los neumáticos mojados en el asfalto mientras pasaban cada vez más coches. El mundo estaba restregándose los ojos y volviendo a la vida. Un nuevo día. Pero ¿cuán nuevo iba a ser y cuánto sería una mera repetición del viejo día que pasó?

Esperé. Papá carraspeó al otro lado del teléfono.

—Bien, Chloe, no lo recomendaría, pero tuve una aventura.

Me quedé en silencio al escuchar su respuesta mientras surgía un viejo recuerdo medio olvidado, sin que lo llamaran. El teléfono sonando, un rosario de palabras enfadadas, el teléfono colgado con rabia, mi madre con los ojos enrojecidos y llorosa que gritaba, susurros roncos tras puertas cerradas. Súbitamente mi padre se marchó por unos días a «ver una representación de uno de sus espectáculos en Leeds». Debía tener unos doce años, y estaba un poco confundida, pero sabía que el divorcio estaba, si no previsto, por lo

menos en el orden del día. Con el egoísmo de los niños sólo se me ocurría pensar: «¿Me dejarán vivir con papá?»

—¡Cielos! ¿Y mamá lo supo?

—Sólo después —dijo papá—. Espera a que nos veamos y te lo explicaré.

Mi madre era la menor de cuatro hermanos, la muy deseada y mimada hija que llegó después de tres hermanos, casi cuando se habían perdido las esperanzas. Sus padres estuvieron tan contentos de tener una niña en la familia, una hija, que la llamaban Girlie [niñita]. En realidad todo el mundo la conocía por ese nombre, y estaba permitido llamarla así. Su nombre real era Gertrude. Gertrude Neeman. «Me suena a matrona regordeta de tobillos gordos», se quejaba. Era una niña bonita que, como decían las historias de familia, salió del útero con abundantes rizos oscuros y piernas largas de bailarina. Empezó a bailar en cuanto pudo tenerse en pie y ganó una beca para el Royal Ballet School a los ocho años. Sus padres, emparentados con generaciones de cultos judíos talmúdicos —además, su padre era rabino y su madre profesora— toleraban la danza cuando era clásica y clasificada como «arte». Pero les pareció menos fácil aceptar la vocación de su hija cuando ésta dejó el Royal Ballet y saltó a la libertad de los escenarios del West End y a los musicales «subidos de tono». Y su horror no conoció límites cuando se enamoró y se casó con mi padre, diez años mayor que ella y compositor de los mismos musicales que la habían apartado del auténtico propósito artístico. El hecho de que mis abuelos paternos se dedicaran al negocio del *shmata* y tuvieran una tienda de ropa fue otra mancha en contra de mi padre.

—Somos judíos que estudiamos el Libro. Que nuestra hija se case con un judío comerciante ¡es un horror! —dijeron.

—Por lo menos es un judío puro —replicó Girlie.

Empalidecieron. Una semana más tarde habían vuelto a darle golpecitos en las mejillas y a decirle lo hermosa que era. Era su milagro, su regalo de Dios, ¿cómo iban a seguir enfadados con una carita como la suya?

Girlie fue una criatura excepcional y quijotesca y todo el mundo me decía cuán afortunada era al tenerla por madre. Pero no era demasiado maternal. No era el tipo de madre que dice «siéntate para que te dé algo de comer, bonita»,

así que muy pronto nuestros papeles se habían desdibujado y confundido. Cuando llegué a la adolescencia, sentí que yo era la adulta responsable y ella la niña temperamental, tiránica y depresiva. Llegaba a casa del colegio, giraba la llave en la cerradura y husmeaba el aire con aprensión. Podía saber por algún olor sutil si todo estaba bien en el mundo de mamá, o no, y por lo tanto en el mío. Todas las familias tienen su propio olor, un aroma subliminal que habla de familiaridad, pero no necesariamente de contento. Yo podía olfatear el mal humor de mi madre o su aflicción a veinte pasos de distancia. La encontraba acostada a oscuras, con la voz monótona y sin vida, mientras yo iba de puntillas por la casa, temerosa de empeorar las cosas, intentando disipar su humor tentándola con algo de comer o beber. Todas mis ofertas eran rechazadas. «Imagino que quieres que engorde», se quejaba. «¿No es eso lo que quieres, una mamá estilo señora gordita?» Probablemente tenía razón; sí que quería una madre «estilo mamá» y no una mujer impredecible y desengañada oculta en la oscuridad. Pero su estado de ánimo podía cambiar en un instante. Si sonaba el timbre, saltaba de la cama, se maquillaba y hacía su entrada, lista para representar y deslumbrar, olvidando su depresión ante la alegría de recibir visitantes inesperados. Era como si dejara de existir cuando no estaba bajo las luces de la escena. Sus días de bailarina habían quedado atrás hacía tiempo, y ahora su público eran los amigos y conocidos. Sin ellos languidecía; su familia no bastaba para darle vida.

Esta ansiedad ciertamente me apartó del mundo del espectáculo y me dirigió firmemente a los libros. Había heredado las piernas de bailarina de mi madre, pero no el deseo de mostrarlas, ni mis piernas ni ninguna otra parte de mi cuerpo, y observar a Girlie atenazada por sus humores lúgubres me hizo jurar que nunca caería presa de la depresión. Para mí se transformó en algo parecido a una fobia. La vana esperanza de que podía ser dueña de mi propia mente, más que empujarme, me lanzó de una patada hacia la psicoterapia.

Regresé a la cama. Por la ventana pude ver a la Señora de las Palomas bajo la luz amarillenta del farol de la calle, en su guerra habitual con las palomas. A veces les hablaba como si fuesen amigas queridas pero, más a menudo, parecía estar peleándose con ellas. Era como si las aves le hubieran dicho algo particularmente ofensivo y tuviera que persuadirlas de su error.

Una y otra vez se precipitaba hacia ellas, gritando y dándoles órdenes, con sus bolsas y su indómito pelo gris al viento y el abrigo envuelto alrededor de su cuerpo alto y delgado. Dos de ellas seguían inmutables ante sus gritos. Estaban una junto a otra en la acera, con apariencia de protegerse con el ala mientras picoteaban juntas como buenas compañeras. Una tercera paloma aterrizó entre ellas, separándolas. Me pareció que eso era lo que había hecho con mis padres: al ser la favorita de papá había destruido su unión, partiéndolos por la mitad. Recuerdo todas las noches que dejaba a mi hermano Sammy solo en el cuarto para deslizarme en la cama de nuestros padres, metiéndome entre ellos como una cuña. Empujaba con mis pequeños talones los muslos de mi madre, apartándola un poco para tomar el lugar que me correspondía junto a mi padre. Luego ponía mi cabeza victoriosa en su pecho.

Me encantaba su olor, su cara colonia Givenchy hecha especialmente para él en una pequeña perfumería ubicada justo al salir de la plaza de la Concorde, en París, donde también iba dos veces al año a comprar calcetines, finos, negros y de seda. Mi padre siempre ha sido un dandy, y su vestimenta es inmaculada en cualquier ocasión. Siempre lleva en el bolsillo una corbata de repuesto, por si se le mancha la que lleva puesta. No me sorprendió enterarme de que había tenido una aventura; era demasiado encantador, demasiado chispeante y afectuoso como para que lo contuviera el matrimonio. Supongo que debí haberlo sabido, de algún modo, al percibir las corrientes de tensión entre mi madre y él. Después de unos días volvió de «Leeds» y con él volvió a instaurarse la normalidad de la vida familiar. En cualquier caso, sentía que mi madre ya sabía que la había traicionado mucho antes, al enamorarse tan profundamente de mí, su niñita. Pero entonces ella tenía a mi hermano para amar.

Durante los días que siguieron, no pude dejar de pensar en la aventura de papá y en qué pasaría si yo lo imitaba. Cuando Greg no estaba trabajando, dedicaba la mayor parte del tiempo a redactar más cartas indignadas al Ayuntamiento, o a escarbar en Internet en busca de precedentes legales que apoyaran su recién declarada guerra contra las multas de aparcamiento. El resto del tiempo estaba hablando por teléfono con sus nuevos amigos: los guerrilleros de las multas de aparcamiento. Había una red de ellos en todo el país con su propia página web, unidos como hermanos por una causa común.

«Está muy bien multar a los que obstruyen la calle o aparcan en áreas de residentes —dijo Greg al final de una larga exposición durante la cena—, pero ahora lo están haciendo únicamente para obtener ingresos y merecen ser castigados.»

No tenía otro tema de conversación y los niños y yo lo dejábamos hablar esperando que se cansara.

Todo el universo parecía gritarme que me entregara al adulterio. Cuando una tarde un paciente canceló la sesión y me permití algo de televisión diurna ilícita, el tema del show de Jerry Springer era *Mi pareja me engaña*. Allí todos, blancos, negros, gordos, delgados ponían los cuernos con la mayor tranquilidad y muy ufanos. Jerry resumió el programa sentando cátedra moral: «La persona realmente engañada es uno mismo. ¿De qué tipo de relación hablamos si no se es honesto?»

—De una relación estimulante —dije en voz alta dejando caer el mando a distancia en protesta, y salí del cuarto.

Mirara hacia donde mirara veía enamorados con los cuerpos muy pegados, besándose en las esquinas y acariciándose las caras amorosamente. Las revistas femeninas del quiosco de la esquina me asaltaron con sus titulares adúlteros: «Enamorarse de un hombre que no es el marido», «Mi esposo y mi amante viven conmigo», «Mi aventura nos acercó». En nuestra calle, la Señora de las Palomas me gritaba incongruencias: «¡Ve y búscate un amiguito!, ¿por qué no? ¡Todas sois iguales!» Me encontré mirando hombres otra vez, como diciendo «estoy dispuesta», y algunos de ellos comenzaron a devolverme la mirada. La píldora de la invisibilidad que sin saberlo me había tragado al cumplir cuarenta años parecía, al menos por el momento, haber perdido fuerza.

3

Salsa de cacto de Sariputra

1 ramito de cilantro fresco
1 bote grande (780 gramos) de tomates italianos pelados
2 botes grandes (400 gramos) de cacto marinado (o fresco si se puede conseguir)
1 kilo de tomates frescos
3 limones
1 o 2 manojos de cebolletas
2 cebollas rojas grandes
4 chiles pequeños, verdes o rojos
6-8 dientes de ajo
1 cucharadita de sal
1 cucharadita de pimienta negra recién molida
2 cucharadas grandes de aceite de oliva

Abrir el bote de tomates y triturarlos en un bol grande. Cortar los cactos escurridos en cuadraditos, los tomates frescos, las cebollas y las cebolletas y añadir. Finalmente, picar las hojas de cilantro y los chiles y añadir junto con el zumo de limón, ajo machacado, sal, pimienta y aceite de oliva. Mezclar todo y dejarlo reposar unas horas.

Servir con pescado, pollo o carne para añadir sabor. O mezclar para hacer una pasta fina y servir como salsa para untar nachos.

—Pensaba que vivir felices para siempre era más satisfactorio que esto, ¿no te parece? —comentó Ruthie.

Estábamos en uno de nuestros escondrijos favoritos, el café del parque. Se veía cansada y parecía arrastrar un resfriado perpetuo. Cuando le pregunté qué le pasaba, me dijo que el trabajo la estaba agobiando.

—Mmm —dije—, tal vez, sólo tal vez, es posible tener una vida diferente. Ya sabes, una vida llena de amor y pasión, hablar y que alguien te escuche, acariciar y ser acariciada, que alguien te mire a los ojos y te diga que te ama, mirar esos ojos y encontrarlo todo en ellos.

—Oh, Chlo. ¡Eres una romántica sin remedio! —dijo acomodando la comida en el plato como una anoréxica que simula comer—. A propósito —dijo de repente—. ¡Feliz cumpleaños!

—Faltan por lo menos seis meses para mi cumpleaños. —La miré confundida.

—Lo sé, pero Lou hace semanas que no me dirige la palabra porque olvidé su cumpleaños y por eso ahora le estoy deseando feliz cumpleaños a todo el mundo cada vez que les hablo. Así nadie se enfadará si me olvido del día. En cualquier caso —continuó—, Lou tiene otras cosas de qué preocuparse ahora que se ha separado de James.

Quedé horrorizada. Lou y James habían estado juntos veinte años. Se habían casado antes que cualquiera de nosotros y habían tenido niños tan pronto como pudieron, cuatro, uno tras otro, niño, niña, niño, niña. Se gustaban de verdad, se reían de las bromas del otro y hablaban; conversaciones reales, como debe ser, y no meramente reuniones de negocios sobre a quién le correspondía llamar al fontanero o llevar a reparar el coche. La mano de Lou siempre estaba cariñosamente cerca de James, alisándole el pelo, dibujándole el ángulo de la mandíbula. James sabía cuál era el tipo de ropa que le gustaba a Lou e iba de compras con ella, eligiendo de los colgadores los vestidos que iban a quedarle bien y se los probaba por encima. Siempre bromeábamos diciendo que era un gay atrapado en el cuerpo de un heterosexual. Eran los abanderados del resto de nosotros. El señor y la señora felizmente casados, prueba palpable de que era posible vivir felices para siempre jamás. Su unión era esencial para la ecología de las relaciones de todos los demás. ¿Cómo podían haberse separado? Siempre habían dado una imagen de armonía

marital, juntos como dos fuertes robles que brotan bajo el mismo sol, con las raíces entretejidas bajo la tierra, cuya presencia permanecía inalterada por el paso de los años. Había habido algún crujido ocasional, incluso puede que se partiera alguna ramita, pero nadie hubiera imaginado que ello llevaría a la caída del árbol. Hasta ahora.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? —Las palabras me salían atropelladas—. No puedo creer que no me lo hayas contado.

—Me olvidé... como de los cumpleaños. Es una separación de prueba; sienten que deberían volver a salir con otras personas, puesto que se habían acomodado en la seguridad de la rutina.

—Si ellos no pueden seguir juntos, ¿qué esperanza tenemos los demás? —mascullé.

—Cierto —dijo Ruthie—, pero uno nunca sabe lo que pasa detrás de la puerta; siempre me pareció que todos esos arrumacos en público eran un tanto sospechosos, ¿sabes? Señal de que entre las sábanas no estaba pasando mucho más.

—Entre nuestras respectivas sábanas no está pasando mucho más, pero seguimos con nuestros maridos —dije.

—¿Sabías que la falta de sexo es un motivo para pedir el divorcio?

—Pero somos buenas chicas judías que haremos todo lo posible por mantener la familia unida, ¿recuerdas? —le dije.

—Por supuesto, pero si fuéramos judías observantes y realmente fuésemos célibes en el matrimonio, podríamos acudir al rabino que dictaminaría el divorcio. A los judíos les gusta el sexo y la intimidad, y la Torah en efecto obliga al marido a satisfacer las necesidades sexuales de su esposa. Algunos textos incluso sugieren que el hombre debe llevar a su mujer al orgasmo antes que él.

—Muy inteligentes los judíos, siempre lo he dicho —terminé mi café y me quedé en silencio unos momentos; algo que había dicho me inquietaba—. Déjalo en este punto —le dije—. ¿Qué quiere decir esto de si realmente fuésemos célibes en el matrimonio? Ruthie, ¿has estado acostándote con tu marido? —le pregunté con firmeza.

—No realmente —respondió Ruthie—. Ya sabes. Sólo la cosa normal de dos veces al mes.

—Eso es desenfreno.

Ruthie me miró.

—Doscientos cuarenta y cinco días —le dije.

—¿Qué quieres decir?

—Doscientos cuarenta y cinco días desde que Greg y yo nos acostamos por última vez. Fue un polvete etílico la última Nochevieja. Creo que eso significa que oficialmente he vuelto a ser virgen.

—No puedo creer que no me lo hayas contado antes.

—No podía decidirme...

—¿Lo has hablado con él?

—Lo he intentado, pero dice que todo está bien; que los dos estamos ocupados y pasando una fase sin sexo. Según él, no es nada importante.

—¿En qué momento una fase se convierte en un estado permanente? —Ruthie me miró como si fuera un ejemplar recientemente descubierto de una especie rara—. Daría para un buen artículo: «Las mujeres en matrimonios sin sexo se deciden a hablar».

—Ya. Ya sabes dónde encontrar una informante. —Miré el reloj—. ¡Cielos! Tengo que correr.

No me había dado cuenta de que la definición de Ruthie de no sexo era sexo dos veces al mes. Su impresión ante mi revelación hizo que me diera cuenta de que Greg y yo realmente teníamos un problema. Es lo que ocurre a veces cuando uno dice cosas en voz alta.

Conseguí volver a tiempo para la consulta de las tres. Gentleman Joe es norteamericano y había sido *stripper* «antes de que todos fueran gays», me aseguraba a menudo. Gentleman Joe era su nombre escénico y tras haber confesado su pintoresco pasado, y después de tres años en terapia, sólo podía verlo como su nombre indica: un caballero. Era guapísimo: piel aceitunada, pelo negro y lacio, cejas pobladas y pestañas tan largas y pesadas que era un prodigio que pudiese mantener los ojos abiertos. El compromiso era una de sus preocupaciones y estaba perdurable y profundamente desencantado con las mujeres: ni una sola de las que conocía aceptaba comprometerse con él y convertirse en su esposa. Joe era un novio en serie; sus novias en perspectiva siempre lo largaban en cuanto husmeaban que iban acercándose al altar. «¿Qué

pasa con las británicas? —se quejaba—. Todas te engañan. Uno cree que está en una relación exclusiva y a la primera se van con algún tío que fue al colegio con su hermano.»

—¿Ha considerado salir con mujeres de otra nacionalidad? ¿Una norteamericana, por ejemplo? —le sugerí.

—No, las norteamericanas son demasiado exigentes.

Blanco como la leche, pensé.

—Mmm, veamos, Joe. Tal vez debería dejar de pensar en el matrimonio. Si lo hace, éste vendrá por sí solo. ¿Cree que quizá se sienta atraído por mujeres que no están a su alcance?

Era una anomalía, la excepción del proverbio que hace la regla, un judío que quería establecerse, que ya tenía cuarenta y cuatro años y días de gloria como *stripper* en los ochenta. ¿*Stripper*? ¿Qué clase de trabajo era ése para un buen chico judío?

Nunca había sido capaz de tener una relación seria con un judío. Debe ser cosa de un tabú innato. Los hombres judíos se parecen demasiado a los miembros de la familia. Sabía que rechazarían comida en los restaurantes, responderían una pregunta con otra pregunta, desearían secretamente *shiksas* rubio platino, y que en la cama nos entretendría más comer bizcocho y charlar que un tempestuoso encuentro sexual. Una vez tuve un novio judío... y el sexo fue incluso bastante tempestuoso hasta el día en que lo hicimos frente a un espejo y notamos el parecido de nuestras imágenes. Me pareció que estaba saliendo con mi hermano y por mucho que quiera a Sammy no tengo ningún deseo de acostarme con él.

Sammy es dos años menor que yo y vive en un tipi en las Alpujarras, en España. Ahora tiene un nombre budista, Sariputra, que significa Hijo de Alondra de Primavera. Nosotros lo llamamos Sary, que susurrado suena muy parecido a Sammy. Así, todos contentos. Era músico y estaba camino del éxito con una banda R amp;B, pero entonces murió nuestra madre y después de que torpemente enterráramos sus cenizas en mi jardín y plantáramos un cerezo sobre ellas, Sammy escapó a Carolina del Norte para vivir con los indios cherokees. «Es una sociedad matriarcal», dijo antes de marcharse. Estaba anonadado por la pena. Todos lo estábamos. Nos sentíamos traicionados,

robados y atónitos. A mamá no le gustaba envejecer y a los cincuenta y cinco sencillamente decidió no hacerlo. Se fue a dormir y nunca despertó; nadie supo la causa de la muerte y la autopsia no reveló nada. Igual podría haber dicho. «Bueno, me marcho. Ya tuve bastante de todos vosotros.» (No podía evitar el sentimiento de que lo había hecho a propósito, sólo para ser el centro de atención una vez más. No fue como una de sus entradas en escena, con las que tanto disfrutaba, sino que fue su última salida de escena.) Sammy vivió la vida cherokee durante cinco años y no quiso hablar ni conmigo ni con papá. De hecho, no hablaba con nadie en absoluto. «Se puede encontrar la paz en el silencio», explicó finalmente cuando instaló su tipi en España, se convirtió al budismo y volvió a tomar contacto con nosotros. «Quiero pasar ligero por este planeta.»

—Y también vivir de forma muy incómoda —repliqué mientras lo abrazaba sintiendo que el corazón me estallaba de dolor y alegría. En secreto me encantaba su tipi, el olor a madera y humo y la sencillez de su existencia. A lo largo de los años se ha convertido en una especie de puerto para mí, un lugar al cual puedo escapar para probar una vida diferente. Voy por lo menos cuatro veces al año, casi siempre con los niños, y a veces con Greg. Incorporó seis ventanas con marcos de madera y cristal al tipi, innovación de la cual está orgulloso. «Ningún aborigen americano pensó en esto, ¿no?» Cuando éramos niños insistíamos en compartir habitación y nos quedábamos en la cama por la mañana mirando las nubes por la claraboya. Las llamábamos «animales en el cielo». Uno de nosotros tenía que adivinar la forma de un animal y el otro tenía que descubrirla.

—Unicornio —había dicho Sammy cuando estábamos tumbados en la cima de un monte en mi último viaje a España, untando perezosamente los nachos con salsa de cacto, su plato favorito (los años pasados con los cherokees no habían sido en vano.)

—¿Se permiten criaturas míticas? —le pregunté observando las nubecillas blancas muy esparcidas en el cielo.

—¿Es una pregunta sensata para un hombre que vive en una tienda de campaña perdida en las Alpujarras?

Lo abracé y me invadió un sentimiento de fraternidad y me encantó que su sentido del humor siguiera intacto. Kitty y Leo jugaban también a los animales

en el cielo y llamaban a Sammy Tío Chalado. Él los llevaba a caminar por las montañas y les contaba cosas sobre la abuela que nunca conocieron.

Mamá murió hace doce años y yo sigo furiosa con ella por haberme dejado con un niño de tres años, un vientre hinchado por el embarazo, y sin madre que me ayudara. La madre de Greg no cuenta. No la vemos con suficiente frecuencia y cuando lo hacemos, quisiéramos no haberla visto. La mayor parte de los niños pasan por una fase de preguntarse si han sido adoptados. Greg solía abrigar la esperanza de haberlo sido. Sentía que había aparecido en la familia equivocada, como una persona que se presenta sin invitación en una fiesta que no le gusta. No se parecía en nada a sus hermanos y hermanas y no tenía nada en común con ninguno de ellos. Todos eran rubios de ojos marrones, pero su pelo era negro ala de cuervo y tenía los ojos azules. Eran metodistas irlandeses y en su casa no se permitía el alcohol, excepto el Baileys, que por algún motivo había sido declarado bebida no alcohólica y era consumido por cajas en las reuniones de familia. Tías y tíos se sonrojaban y se volvían muy empalagosos y las interpretaciones emocionadas de *Danny Boy*, la balada irlandesa, llenaban el ambiente. Eran los pocos recuerdos felices de la infancia de Greg.

Su padre, la única persona que parecía su aliado en esa familia de extraños, hacía mucho que había renunciado a su calidad de miembro y se había marchado a Norteamérica cuando Greg tenía ocho años, con el pretexto de investigar si era un lugar adecuado para ellos. Nunca se volvió a saber de él y su fotografía había sido minuciosamente eliminada de las viejas fotografías de familia desplegadas tan ostensiblemente por toda la casa. Greg recuerda a su madre recortando una pila de fotos con unas tijeras para las uñas noche tras noche. Había conseguido rescatar algunas de las cabezas cortadas de su padre cuando ella no miraba y hasta ahora las guarda en su cartera, su único recuerdo. No se permitió que nadie mencionara el nombre de su padre y la vida se dividió limpiamente en dos periodos: A.S. —antes del suceso— y D.S. —después del suceso—. Edie, la madre de Greg, había pasado los años D.S. con expresión de asco, como si bajo su nariz el mal olor fuese permanente. Cuando Leo nació, me dijo Greg, con el alivio de un hombre que ha estado a punto de ahogarse y por fin toca tierra: «Por lo menos tengo una

familia que me gusta».

Me sentía cansada. A veces mis pacientes me agotaban. Sobre todo cuando no me sentía fuerte y no podía evitar que sus vidas se colaran en la mía. Subí y encontré a Greg escarbando en la cocina, mirando cajones y aparadores, golpeando puertas y exasperándose más y más por minutos. Tenía el pelo de punta como un cepillo de dientes y llevaba el delantal flamenco de Kitty de un rojo vivo con puntos amarillos. Le sentaba bien. Con la mano derecha hacía la mímica de la acción del objeto que buscaba, un encantamiento para hacer que se materializara lo que estaba buscando.

—¿Cucharón? —adiviné—. Cajón de arriba a la izquierda, a menos que lo hayas escondido en otro lugar.

—Prueba —dijo dándome a probar sopa caliente—. ¿Y bien? —Hizo gestos impacientes.

—Deliciosa, cariño, pero...

—Pero ¿qué? Está perfecta...

Greg había pasado los años de nuestro matrimonio en una autodeclarada guerra de la sopa de pollo conmigo, un desafío silencioso contra mí del que esperaba salir, al final de nuestro matrimonio, ya fuese por divorcio o por la muerte de uno de los dos, victorioso. Es buen cocinero —uno de los motivos para casarme con él— y tiene su propio repertorio, pero está obsesionado con la necesidad de probar que no hace falta ser judío para hacer sopa de pollo judía. Su sopa es buena, incluso casi perfecta, pero menos auténtica y aromática que la mía y no tiene dominada del todo la consistencia de los *Kneidlach,* las bolas de masa.

Como judía estoy genéticamente programada para responder a las noticias de las desgracias de los amigos o familiares recluyéndome en la cocina para preparar sopa. Resulta que este gen puede transferirse por matrimonio; es lo que hacen las mujeres judías a sus esposos no judíos: irrevocablemente y de modo osmótico los transformamos en judíos. Si papá no se siente bien es probable que tanto Greg como yo corramos a su lado con sopa de pollo: la penicilina judía, la conocida cura para todas las enfermedades desde el corazón partido al cáncer. Este último desafío significaba que tendría que cocinar mi sopa de pollo en cuanto pudiera, para recoger el guante que me

había lanzado, y probar, una vez más, mi supremacía en ese campo.

—No puedo hacerla esta noche —dije irritada—. Voy a la fiesta de AF. ¿Tú no vienes?

Greg se encogió de hombros:

—Antes comería una sopa de serpientes venenosas. Voy a ver la tele en la cama y a leer la Ley de Tráfico Rodado de 1991. —Hizo una señal hacia su olla de sopa humeante—. Entonces gano yo.

—Tu misantropía se está convirtiendo en enfermedad. Haré mi sopa mañana y vamos a resolver el contencioso de una vez por todas poniendo nuestras dos sopas para que las pruebe un público más amplio.

—Bien, que el público decida cuál es la mejor —dijo.

Salí estrepitosamente de la cocina. Me encantan las salidas estrepitosas y Kitty y yo las practicamos juntas para ver quién parece más altiva volviendo la cabeza y girando sobre los tacones para salir de un cuarto. Kitty, que había entrado y escuchado la última parte, estaba de pie junto a la nevera. Discretamente me hizo el gesto con los pulgares mientras pasaba junto a ella para indicar su aprobación. (Ya puede reducir a un adolescente a veinte pasos con su mirada despectiva entrecerrando los ojos, y lanzando su apenas audible resoplido de disgusto.) Le hice una seña para que me siguiera.

—Ayúdame a vestirme —le dije.

Subió de dos en dos los escalones. Si bien ella es mi muñeca, yo soy la suya, y le encanta desplegar los posibles conjuntos en el suelo para ver qué tal me quedan. Blusas, faldas o pantalones, medias y zapatos, cinturones, brazaletes y bufandas; sin cuerpo y extendidos sobre la alfombra me recordaban los recortes que solían venir en las cajas de Bunty, aquellos con dobleces de papel que servían para sujetarlos a las muñecas de cartón y transformarlas de vestidas de diario a vestidas de fiesta.

Mi Amiga Famosa, Lizzie, conocida por sus amigas sólo como AF daba una fiesta para celebrar la publicación de su último libro: *Celibato: aprender a amar la esencia de uno mismo*. De alguna manera había conseguido hacer que el celibato pareciera interesante en vez del secreto culpable que era para mí, pero ella no estaba casada en este momento. Busqué desesperadamente en el armario, que sólo me ofrecía dos posibilidades: tranquilizadora chaqueta de punto de «psiquiatra» o «seductores» vestidos pasados de moda, con unas

pocas camisetas *grunge* en medio y pantalones de *jogging*. Kitty necesitó más tiempo del habitual para encontrar algo sobre lo cual ella y yo estuviéramos de acuerdo y nos decidimos por una falda negra corta, una blusa roja descuidadamente desabrochada para revelar el escote (el que tenía), chaqueta negra y zapatos de tacón, rojos. Cuando por fin estuve duchada, hidratada (cremas diferentes para las distintas partes del cuerpo, es un prodigio que una consiga salir de casa) y maquillada, se me estaba haciendo tarde.

Encontré a Greg en el salón bailando con *Top of the Pops*, mientras Kitty y Leo se acurrucaban en el sofá. «Uno de los grandes placeres de ser padre —decía siempre Greg— es poder vengarse de los bochornos que pasamos en la infancia.» Movimientos sin sentido y mal coordinados, pequeños saltos y muecas, todo contribuía a su exquisito despliegue de tortura paternal. Los niños estaban fuera de sí. Yo me uní a él moviendo las caderas para añadir mi parte al tormento y me despedí de Greg con un beso. Como siempre, me dio una palmada cariñosa en el trasero.

—No soy un caballo —le dije. Puso la boca en forma de culo de gallina para que lo besara—. Ni soy tu tía solterona.

Abrí la puerta, respiré el aire helado de la noche y, tal como debe sentirse un prisionero a quien se le permite salir por buena conducta, sentí que la libertad me corría por las venas.

4

Receta de problemas a la vista

1 parte de mujer insatisfecha sexualmente
1 parte de hombre exótico, descontento, de cacería
2 partes de necesidad de aventura
1 poco de arreglo y salir sola
3 gotas de embriagadora esencia de deseo

Mezclar y esperar acontecimientos...
(Y póngase a resguardo, pues a veces explota.)

Cuando llegué, la fiesta de Amiga Famosa estaba en su esplendor. Era en uno de esos estudios a la moda de Soho; el tipo de lugar donde la cola para los servicios es mucho más larga que la cola en la barra, por la urgente y repetida necesidad del público de empolvarse la nariz. Nunca he entendido el atractivo de la cocaína. La probé un par de veces y sentí que esnifaba ansiedad y depresión en forma de polvo. Como tengo más que suficiente de ambas cosas, me pareció un ejercicio sin sentido. Sólo cruzar la puerta ya me sentí avergonzaba de mi atuendo; me tiré hacia abajo la falda demasiado corta, intenté ocultar mi falta de escote y me sentí fuera de lugar en general, demasiado años ochenta. ¿Por qué todas nos atascamos en algún momento de nuestra juventud, nuestro momento «de gloria», congeladas en una época que para nosotras se ha convertido para siempre en sinónimo de sexy?

Los literatos de Londres estaban inmersos en sus charlas, bebiendo y

comiendo salchichas diminutas y *fish and chips,* lo que comen los obreros, pero en miniatura. El libro de AF estaba en todas partes, y ella misma no podía pasar desapercibida en un vestido rojo brillante con señales de No Entrar bordadas en blanco sobre el pecho y la zona genital. Súbitamente me sentí mucho mejor con mi propia ropa. AF tenía un asombroso talento para captar el *zeitgeist*, el espíritu del momento, lo cual, junto con la mejor agenda de contactos editoriales en Londres y una gran belleza, la había catapultado a la fama con su primer libro, *Cómo ser una geisha*, publicado justo en los albores de la era posfeminista. Había ido al colegio con Ruthie y conmigo, y nuestra amistad, aunque básicamente cálida, estaba entretejida con cierta envidia eterna. Ruthie me había llamado antes para decirme que no se sentía suficientemente generosa como para hacer el papel de acólito adulador; estaba un poco somnolienta y se moría de ganas de meterse en la cama con un libro. ¿Podría ir yo por las dos y me debería una? «Te recuerdo que me debes unas veinte», repliqué, pero ya me había mandado unos besos sonoros por el teléfono y había colgado. Le mandé un mensaje diciéndole que si no aparecía daría por finalizado el contrato de amistad eterna que habíamos firmado con sangre y enterrado en el jardín hacía treinta años.

AF se abalanzó sobre mí como un exótico pájaro rojo y me lanzó un beso.

—Hola, querida. Quiero que conozcas a David; tiene una relación muy interesante con su padre.

Ése es el problema de ser terapeuta; todos quieren un consejo, como si uno fuera una máquina tragaperras que deja caer respuestas instantáneas para todos los problemas. En los tiempos en que Greg todavía me acompañaba a fiestas, teníamos un juego secreto: *¿Cuánto podría haber ganado esta noche?* Muchas de las personas que encontrábamos o bien le pedían consejos médicos a él, o consejos psicológicos a mí. Nos juntábamos en un rincón de la sala después de nuestro primer asalto.

—Casi he llegado a las mil libras —susurraba Greg—. ¿Ves aquella mujer de allí? Tiene problemas de fertilidad y cree que su esposo tiene pocos espermatozoides, pero no quiere hacerse las pruebas.

—¿Ves al hombre que está a su izquierda? —podría haber añadido—. Está muy rabioso porque su madre no le preparaba tortitas para el desayuno cuando tenía cinco años.

Ya no es tan divertido ahora que Greg evita a la raza humana; tengo que hacer terapia de cualquier modo, pero sin la emoción del juego. Me armé de valor, y me volví hacia David intentando parecer interesada mientras me contaba que su padre ni una sola vez le había dicho que lo quería cuando era niño. Sin embargo, tenía un bonito corte de pelo a lo Hugh Grant. La abstinencia sexual y las ideas de adulterio se habían mezclado en un cóctel fuerte y mis hormonas parecían haber adquirido vida propia. Para mi horror me di cuenta de que mis músculos de flirteo, largamente dormidos, estaban volviendo a la vida.

—Y entonces, cuando tenía seis años... —decía David.

Ahogué un bostezo mientras me daba cuenta de que íbamos a recorrer el largo camino de su desarrollo psicológico año a año, cada desliz imaginado, cada momento de rechazo, cada rincón y ranura, sin dejar una piedra sin volver. Por muy atractivo que fuese, nada podía sostener mi interés bajo esas circunstancias. Miré más allá y vi que Ruthie acababa de llegar. Le mandé un SOS subrepticio con los ojos. Ella me saludó con alegría, haciéndome un gesto de estrangularme con las manos y se alejó. Me estaba castigando por haberla hecho venir.

—Que yo recuerde, nunca me llevó a un parque a jugar a la pelota —me estaba diciendo David. Detrás de su hombro izquierdo un hombre alto e impresionante, con pómulos exquisitos, captó mi mirada.

—¿Quién es? —le susurré a AF que se nos había acercado.

Ahora pómulos exquisitos me miraba con intensidad.

—Oh, es Iván.

—¿Disponible?

—No lo creo. Por lo que he escuchado, se acaba de casar con una editora más bien sosa llamada Becky.

—Mmm —dije mirando disimuladamente.

Hasta aquí todo parecía cumplir la regla de Ruthie. ¿Qué me estaba pasando? Estaba empezando a sentirme como el perro de Tintín, Milú, que tenía un perro negro malo en un hombro y otro angelical y blanco en el otro cuando debía elegir entre el bien y el mal. El perro negro lo instaba a cometer actos pérfidos, y el blanco lo dirigía hacia el buen camino. Mi perro negro claramente estaba ganando terreno. Me encontré devolviéndole la mirada a

Iván con un revoloteo de pestañas. Parece ser que flirtear es como montar en bicicleta, algo que no olvidamos nunca. A los pocos minutos estaba a mi lado y me ponía una tarjeta en la mano.

—Aquí está mi teléfono —dijo—. Soy Iván (con pronunciación rusa). Tienes que llamarme. Habitualmente no hago estas cosas, pero necesito conocerte.

Reí cortésmente ofreciendo mi mano (¿Por qué será que el retintín encantador de cubitos de hielo de la risa de nuestra juventud parece convertirse en un profundo cacareo de bruja cuando nos hacemos mayores?)

—Puedes llamarme Vanya para abreviar, y cuando seamos mejores amigos, Van'ka —siguió.

Lancé una risa indecorosa.

—Sí, sí que es muy divertido en inglés —me sonrojé.*

* La pronunciación de *Van'ka* es similar a *«wanker»*, «masturbador» en inglés. *(N. de la T.)*

—No —dijo con tanta vehemencia que di un salto—, no creo que llames. Dame tu teléfono.

—¿No podríamos charlar un poco antes de dártelo? —sugerí con coquetería.

Era de San Petersburgo y parecía un conde directamente sacado de una novela de Tolstói: alto, moreno, con esos pómulos cincelados que hacían recordar las estepas rusas. Estaba sencillamente a la altura de mis fantasías, o más bien de las que solía tener en mis días de soltera.

—Cuando dejé Rusia, ¿sabes?, todavía era la época soviética —me dijo—. Quería irme, y finalmente lo conseguí. Todos aquellos años me sentí como un pájaro enjaulado, agitando las alas sin sentido, ansioso por la libertad de volar. Y cuando llegué aquí, donde no había jaula, descubrí que no podía volar. Me habían cortado las alas.

—Estoy casada y tengo dos hijos: Leo, de quince, y Kitty, de doce —solté abruptamente.

—Yo también estoy casado —su sonrisa era medio triste—, pero a veces...

—Sí, lo sé.

Y lo sé. Iván era terriblemente atractivo; tenía un aire de tragedia, acaso un

pequeño residuo de la brutalidad del régimen soviético. Me sentí débil y desestabilizada por una sensación casi olvidada. Era la firme pulsación del deseo sexual, una emoción muy poco familiar después de tantos años de santo matrimonio. ¿Qué tenía que me conmovía tanto? ¿Mi propia necesidad de volver a sentir? ¿La sensación de que un hombre se interesaba por mí? ¿La sensación rara de que nos miran a los ojos y nos escuchan? No podía quitar la vista de sus manos. Eran las manos de un pianista o de un cirujano, de largos dedos sensibles que combinaban la fuerza con la delicadeza. Mientras hablaba inclinaba ligeramente la cabeza hacia un lado, juntando las bellas manos como si rezara, los dedos entrelazados, menos el índice que mantenía apoyado en los labios como el pequeño campanario de una iglesia. Imaginaba esas manos acariciándome la cara, bajando por mi cuerpo. Los puños de su camisa, un poco subidos, revelaban los antebrazos con un vello oscuro. Me pregunté por el vello del resto de su cuerpo y me sonrojé por haberlo imaginado desnudo, tan pronto. Tenía la boca gruesa y los ojos de un azul penetrante. Mi combinación favorita. Pelo negro y ojos azules. Igual que Greg. ¡Oh, Dios!

Le di mi teléfono. ¿Cómo podría no hacerlo después de la historia del pájaro y las alas? De repente quise marcharme. Me sentí mareada por la posibilidad, y también asustada. De modo que cogí mi abrigo y estaba saliendo cuando AF me detuvo, moviendo unas entradas bajo mi nariz.

—Entradas para Frou-Frou, querida. Pronto será el show nocturno más tórrido de la ciudad.

Era la reina de lo gratis y desde que tenía catorce años podía presumir de entradas gratuitas a conciertos pop, incluso cuando tocaban The Who o «Reggie» (Elton John para usted y para mí). Ahora que es rica y célebre por sus propios méritos, lo que más le gusta, todavía, es una entrada gratis.

—No, gracias, AF. Me marcho.

—Vamos. Será divertido, y después podemos ir a la fiesta del estreno. Mi nombre está en la entrada.

—No lo dudo —dije— y me aparté rápidamente antes de que pudiera hacer que me plegara a su voluntad. Tiene una habilidad extraordinaria para que la gente haga lo que ella quiere.

Eché una mirada a mi alrededor y vi que el Aburrido David tenía a Ruthie clavada y retorciéndose contra una pared. Parecía presa del pánico.

—Tenemos que irnos —dije tomándola del brazo y dirigiéndole una sonrisa rápida a David, mientras iba conduciéndola a la seguridad de la puerta.

—Te quiero —susurró Ruthie—. Siempre te he querido y siempre te querré. Nunca dejaré que nadie diga algo malo de ti; nadie, nunca.

—Sí, no me mereces. Soy una persona mucho más simpática que tú. No quisiste ayudarme antes, así que la próxima vez arréglatelas tú sola.

Me gustó que no me hubiera visto hablando con Iván. Por ahora quería guardar el encuentro sólo para mí. Hablar de ello hubiera significado reconocer el comienzo de algo y, en ese momento, no estaba preparada para hacerlo, ni siquiera ante mí misma.

Cuando llegué a casa entré adormilada, en silencio. Una figura en sombras me hizo dar un salto. Era Leo.

—Me das dinero, ¿vale? Es que mañana mis colegas y yo, ¿sabes? ¿No?

Lo cual en idioma adolescente quiere decir: «¿Podrías darme cinco libras, mamá? Los chicos y yo queremos salir mañana». Llena de culpa por los pensamientos adúlteros que seguían bullendo en mi cabeza, pagué el peaje de madre. Me limpié el maquillaje... Siempre lo hago, porque es una verdad universalmente reconocida que arderemos en el fuego del infierno si no lo hacemos, y me deslicé en la cama junto a mi marido que roncaba.

«¡Y vinieron en multitudes, alabemos al Señor, y los antibióticos fueron repartidos entre ellos!», susurró dormido. Por raro que parezca, acostumbrada como estoy a compartir todas las noticias y opiniones con él, tuve que controlarme y no despertarlo para contarle mi último cotilleo delicioso: que acababa de conocer a un hombre estupendo y exótico.

Me desperté con una sensación de entusiasmo y disfruté con los recuerdos de la noche anterior, parcelándolos para mí misma como hace un niño con una barra de chocolate que come justo antes de la cena. Mi bienestar no tardó en ser aplastado por la cruda realidad de un día de rutina escolar. Bea se movía por la cocina del modo irritantemente lánguido que tiene por las mañanas cuando todos los demás han de darse prisa. Entré buscando a ciegas la tetera.

—Greg, tetera —gruñí.

- *Voilà!* —dijo victorioso cogiéndola con un gesto elegante de encima de la nevera, como quien saca un conejo de un sombrero.

—¿Podrías tal vez ejercitar tu memoria con las cosas que sólo necesitas tú, y no con los objetos de uso colectivo, ahorrándonos el numerito de Tommy Cooper por la mañana, joder? —volví a gruñir.

—Mami. —Kitty me reprendió desde detrás de una caja de cereales.

Miré de reojo el reloj de la pared:

—Tranquila, Kitty. No sabía que la policía de las palabrotas iniciaba su guardia a las ocho menos cuarto de la mañana.

Ella asomó la cabeza por encima de la caja de cereales y puso los ojos en blanco:

—Alguien está un poco gruñona esta mañana. ¿Te emborrachaste anoche?

—Veo que también ha llegado la policía alcohólica —mascullé—. Sólo tomé una copa de champán y tengo un testigo listo para testificar bajo juramento.

Bea sonreía. Era un espectáculo tan insólito como ver a un judío ortodoxo colocando una mesa de picnic ante el Muro de las Lamentaciones y lanzándose sobre un plato de salchichas de cerdo.

—¿Estás bien, Bea? —le pregunté.

—Sí, sí. Estoy muy contenta. Mi amiga Zuzi llega hoy de la República Checa. ¿Estaría bien si quedar conmigo en mi dormitorio unos días hasta que tener trabajo?

Bea me sostuvo la mirada de la manera antigua, sin pestañeos, de la *au pair* en pie de guerra. Era una mirada conocida y temida por todas las madres que trabajaban. Más fuerte que las palabras, transmitía: «Dirá que sí a lo que yo quiera o me marcho y usted, señora, se jode». Conozco la derrota cuando veo esa mirada.

—Sí, Bea. No hay problema. Aunque hubiera estado bien que hubieras avisado antes y mejor que tu amiga no se quede demasiado tiempo.

Greg me susurró al oído mientras pasaba junto a mí:

—Así se habla.

—¿Se ha levantado Leo? —le pregunté.

—Ya he despertado cinco veces —respondió Bea—. Las siete, las siete y diez, las siete y veinte, las siete y media...

—Gracias, Bea, entiendo. ¿Podrías despertarlo por sexta vez? En general ésa es cuando parece funcionar.

Me abrí camino a través de la barricada de cajas de cereales que Kitty había levantando a su alrededor. Está entrando en la etapa excesivamente consciente asociada a los primeros flujos de estrógenos y no le gusta que nadie la mire mientras come. Le cepillé el pelo, tratando de deshacerle los nudos con la mayor suavidad.

—¡Oh! —chilló como esperaba—. ¡Lo haces a propósito, quieres hacerme daño!

—Tienes razón. Por eso soporté nueve meses de embarazo y un parto horriblemente doloroso, sólo para desquitarme cepillándote el pelo.

Una forma contrariada y cabizbaja entró arrastrándose a la cocina, gruñendo y resoplando mientras se acercaba a la nevera. Leo se había levantado finalmente.

—Buenos días, querido —le dije.

—¿Qué? —se irritó Leo como si lo hubiese interrumpido.

—No puedo encontrar calcetines limpios —gritó Greg desde el dormitorio.

—Maravilloso; ahora soy la maldita encargada de los calcetines —dije.

Odio las mañanas; todo eso de levantarse, hacer que los demás se levanten, que se preparen para ir al colegio, prepararme yo misma... Sonó mi móvil:

—Y ahora ¿qué? —mascullé—. ¿Es que nadie quiere dejarme en paz?

Lo cogí y leí el mensaje: «Pienso en ti. Eres muy bonita. Iván».

Era un hermoso día. El cielo estaba azul, terso y otoñal; los árboles parecían vivificados por los colores rosa, las hojas caían suavemente arrastradas por la brisa y las castañas descansaban en la acera brillando como joyas, con sus envoltorios de puerco espín junto a los envoltorios de los sándwiches que tiran los que hacen picnic. Levanté una castaña y sentí su suavidad dura bajo mi pulgar; era grande y fuerte y tenía hechuras de castaña ganadora. La Señora de las Palomas me gritó: «Muy satisfecha de usted misma, señora cortesana, ¿no?» Bien, en efecto sí que lo estaba. Corrí al café a juntarme con Ruthie antes de la llegada de mi primer paciente.

—¡Qué buena cara, demonios! —dijo cuando me vio—. Estás resplandeciente. ¿Quién era el hombre de anoche?

—¿Qué hombre? —disimulé.

—Se ven muy bien en el azul del cielo, ¿no?

—¿Qué?

—Los cerdos a caballo, volando. ¡Vamos, Chlo! Igual podías haberte tatuado en la frente un «fóllame».

—¿Te parece?

Asintió diciendo:

—Vamos. Suéltalo.

De modo que le hablé de Iván. Me sentí como una doncella shakespeariana que tiene soponcios porque se ha enamorado por primera vez. Sólo con pronunciar el nombre del amado me sonrojé, acalorada. No tenía ganas de comer mi cruasán y tomé el capuchino a sorbitos, como una niña con fiebre.

—Dios santo, Chlo. Ten cuidado —dijo Ruthie—. Tienes mucho que perder.

—Todavía no he hecho nada. Ni siquiera he respondido a su mensaje. Mira, sé que es un clásico de la crisis de los cuarenta. Una mujer de esta edad necesita probarse que aún es atractiva; que no todo ha quedado atrás, y que la chica mayor todavía tiene vida. Es agradable encontrar a alguien que me encuentra interesante y guapa.

—Bien, pero que él te desee no quiere decir que te acuestes con él. En cambio, deberías analizar por qué no te acuestas con tu marido.

—Tú deberías ser la terapeuta, Ruthie.

—Tantos libros y tanto análisis. No gracias. En cualquier caso sólo me importan mis amigos y mi familia. No tengo necesidad de curar al mundo como tú.

—¿Y qué debería hacer?

—Nada. No hagas nada.

—Tienes razón.

Camino a casa le mandé un mensaje: «También a mí me gustó conocerte». No tenía práctica. Ya no sabía cómo hacerlo. Ni siquiera estaba muy segura de lo que hacía.

AF me estaba esperando en la puerta con su hija Jessie. Yo y Miniyó, vestidas idénticas con falda larga y camisetas ajustadas que resaltaban sus bustos perfectos, las cinturas finas y las barrigas lisas. Pero las faldas largas ocultaban un secreto: piernas pesadas y tobillos gruesos, recién formándose en Jessie y bien desarrollados en AF. Era su defecto secreto, su área menos que perfecta. La ocultaba bien, pero nosotras, las chicas que habíamos ido al colegio con ella, la llamábamos «pata de mesa», dando gracias en silencio a alguna deidad oculta que le había dado esa cruz. Nos permitía mirar con algo más de caridad su absurda belleza. Escapó fácilmente a la minifalda tomando la ruta hippie de faldas largas y pantalones sueltos y rápidamente se unió al feminismo, no tanto por ideología, sino por moda. Doc Martens y los pantalones de peto ocultaban una multitud de pecados.

Jessie nunca parecía muy contenta, y su cara era una copia de la de su madre, aunque algo desenfocada. Mirarlas juntas era como hacer una prueba para descubrir qué hace que una cosa sea bella y otra insípida. Jessie tenía las semillas de la belleza en ella, pero todavía carecía del talento o el temperamento para hacerlas florecer. De vez en cuando una rara sonrisa le daba luz a su cara, pero sólo parecía destacar su naturaleza atribulada. Reconocía la mirada —como la mía, de niña— y era la cara de una adolescente que se veía forzada a adoptar el papel de «amiga» o «confidente» a una edad demasiado temprana y cuando sencillamente preferiría ser hija, con todos los mimos y cuidados necesarios. A los trece años Jessie ya tenía conciencia del peso aplastante del mundo, un lugar de penas, tratos hipócritas y expectativas frustradas. Jessie y yo teníamos una especie de acuerdo. Mi papel era alimentarla, mimarla, preguntarle todo lo relativo al colegio y sus amigos sin jamás contarle cómo estaba yo o lo que hacía.

—Por fin, querida —dijo AF—. Hace horas que esperamos. Llamé y oí risitas, pero nadie abrió.

—¡Qué raro! —Miré por el buzón y divisé una maleta desconocida en la entrada y ruidos apagados en la sala. Toqué el timbre.

—¿No tienes llave, Chloe? Es tu casa. —Jessie me lanzó una mirada interrogativa.

—Sí, por supuesto. Mi casa. Vivo aquí.

El asunto de Iván me tenía desconcertada. Busqué en mi bolso. Ruthie me

había contado una vez que una mujer pasa el tres por ciento de su vida con las manos en el bolso tratando de encontrar un teléfono que suena, un llavero o cualquier otra pieza de equipo esencial. Esos minutos acumulados probablemente sumarían varias semanas empleadas de manera más productiva, semanas que podrían haberse dedicado al sexo ilícito y maravilloso con un estupendo amante nuevo, por ejemplo.

—¿Estás bien, Chlo? —me dijo AF mirándome con curiosidad.

—Llaves, sí, aquí están —dije con brío mientras abría y chocaba con la maleta que estaba en la entrada.

—¿No has oído el timbre? —le pregunté a Bea enfadada cuando salió de la sala, con un aspecto extrañamente abochornado.

—No, hablando con mi Zuzi. Tenemos tanto que contarnos.

Nunca había visto a Bea con un aspecto tan feliz en los dos años que había pasado con nosotros. Su cara de rasgos toscos caracterizada por un ceño fruncido casi permanente se había despejado y parecía contenta. Una bonita pelirroja apareció a su lado.

—Oh —dije—, ¿debes de ser Zuzi y ésta es tu maleta? —Me froté la pierna, compungida.

—Gracias por quedarme a vivir en su casa —dijo Zuzi encogiendo la pequeña nariz pecosa de una manera que sin duda alguien le había dicho que era adorable.

Le lancé una mirada de alarma a Bea, que me devolvió la mirada, impasible. Me tranquilicé diciéndome que era un pequeño error lingüístico: quedarme unos pocos días y quedarme a vivir, probablemente en checo eran lo mismo. Llevé a AF y Jessie a la cocina.

—Conocí a alguien anoche después de que te hubieras ido —me dijo AF entusiasmada cuando nos hubimos instalado frente a la mesa de la cocina con una taza de té fuerte en la mano y de infusión de hinojo en la suya, muy bueno, por lo visto, para el drenaje linfático...

—Jeremy, Jeremy, Jeremy. No me había dado cuenta de que es un nombre adorable. Genial en la cama.

Todo se aclaró. AF se había levantado y había corrido a contármelo.

—Jessie —le advertí indicando la presencia de su hija con un gesto de la cabeza.

—Oh, no te preocupes, querida. Jessie y yo somos muy buenas amigas; se lo cuento todo. Somos amigas del alma ¿no es así, bonita?

Jessie asintió con poco entusiasmo.

—Querida, sube y mira si puedes encontrar un libro o algo en el dormitorio de Kitty. Con nosotras te vas a aburrir —le dije.

—Tengo algunos libros míos aquí —dijo Jessie indicando la pesada bolsa que se había sacado del hombro. Las visitas de Jessie eran frecuentes y siempre que venía parecía dejar más cosas suyas en el cuarto de invitados.

Me volví hacia AF:

—¿Y qué pasó con *Celibato: aprender a amar la esencia de uno mismo?* —le pregunté.

—¿No ves que como ahora me quiero a mí misma puedo amar a otro? —respondió AF—. Bueno, probablemente no sea amar, pero sí follar como locos.

Tenía el hábito de ser demasiado explícita en cuanto a la información sexual. Cara de ángel y boca de pescadera. Me dicen que puede ser muy excitante para los hombres. Eso de la madre en la cocina y la puta en el dormitorio. Pero ahora era una puta en mi cocina. Los detalles que me contaba eran un tanto chocantes, demasiado cercanos a un texto de ginecología; no son el tipo de cosas que una quiere saber de una amiga. Durante la hora siguiente me sometió a un recuento con pelos y señales (como suena) de su noche de pasión. Suficiente como para desanimar a una chica que quiere sexo, lo cual no estaba mal, teniendo en cuenta mi estado febril.

—Tiene un pene absolutamente espléndido —me dijo—. Más o menos así de grande —y me mostró unas dimensiones improbables uniendo las dos manos—, bonito y gordo. La verdad es que no me gustan nada los largos y finos, ¿y a ti?

—No me acuerdo —le dije—. Apenas sí puedo recordar cómo es un pene, y mucho menos para qué sirve.

—En cualquier caso —siguió, ignorando mi comentario, me ha dado una idea para mi próximo libro: *Cabalgando de nuevo. Entender la propia sexualidad*. Fabuloso, ¿no te parece?

AF era muy seria respecto a su trabajo y lo enfocaba con la solemnidad de un decano de Oxbridge al borde de un descubrimiento científico. Dudo que

Crick y Watson estuvieran tan satisfechos consigo mismos cuando descubrieron la doble hélice, como ella cuando escribe uno de sus libros de autoayuda. Sus libros eran su propio ADN; cada uno era una nueva pieza clave del crucigrama vital que formaba su imagen del significado de ser persona, y más específicamente de ser ella en todas sus maravillosas facetas. Y todo venía de su propia construcción sin pies ni cabeza, sin un fondo científico, sociológico o psicoterapéutico. No había pasado años en terapia como yo cuando me formaba, leyendo a Freud y Jung, y revisando mi propia psiquis y también la de otros.

Ahora se sonrojaba de entusiasmo ante el brillo de su nuevo proyecto y, cuando se excitaba, tenía el incómodo hábito de mover una pierna de arriba abajo al hablar, lo cual siempre me hacía querer darle un golpe y decirle que se fuera a su cuarto. Como siempre, me pregunté por qué aguantaba a AF y su egocentrismo absurdo. Estábamos unidas por el pasado, una historia compartida y mi sentido de la lealtad, mi convicción de que «los amigos son para siempre». Asimismo, para ser honesta, disfrutaba de la pátina de *glamour* que adquiría al asociarme con esta mujer famosa, bella y algo absurda. Había algo seductor e hipnótico ante la presencia de la belleza; una verdad sacada de Keats que te obligaba a sentarte y meditar en la creencia de que uno se confortaría y enriquecería estéticamente asociándose con ella. No toda la belleza produce ese efecto. El ex de AF, el padre de Jessie, había sido un actor absurdamente guapo que había cambiado su nombre de Eric a Helvetica, creyendo que era el nombre de un dios griego de la belleza. Él y AF se habían bañado en la piscina del reflejo de su belleza, como Narciso (que sí que era griego). Eric/Helvetica era muy bueno en el papel de enamorado, pero no para las exigencias de esposo y padre responsable. Estaba segura de que si le preguntaba qué hacía para ganarse la vida, respondería: «Soy guapo», como si fuera suficiente. Era un guapo profesional. Ese tipo de hombres nunca me han parecido atractivos, pues tienen algo extrañamente asexuado de la perfección masculina; son muy parecidos a un maniquí, y de hecho uno no se sorprendería si encontraba un bulto de plástico rosa donde deberían estar los genitales de un hombre perfectamente formado.

En cualquier caso Eric, o el suizo, como a veces lo llamábamos con cierta crueldad, no duró mucho tiempo. Coleccionaba mujeres bellas como trofeos, y

si hubiese sido un bárbaro, sin duda las hubiese exhibido como las cabezas de ciervo que se encuentran en las paredes de los pabellones de caza. AF se había cansado de él igual de rápido, aunque el matrimonio fue fructífero, pues trajo al mundo a Jessie y su primer libro: *Cómo ser una Geisha. Fundamentos y principios de un matrimonio feliz*, en que nos enseñaba a ser la esposa perfecta. No dejes de hacerle la cena y nunca rechaces el sexo oral, era casi todo su contenido, pero AF de alguna manera se las arregló para hacerlo durar trescientas cincuenta páginas, con imágenes. Fue una sensación editorial y ahora no podía equivocarse. «Lo veis —había dicho cuando salió el libro—, no sólo es bonito, también es inteligente.» Ése era su talón de Aquiles. El temor de no ser más que una cara bonita.

—Y cuando estaba a punto de correrme, me metió el dedo en el culo y tuve el orgasmo más increíble —siguió.

Con el rabillo del ojo vi a Greg en el umbral de la cocina. Al oír la palabra que empieza con «o», sonrió, ejecutó una especie de pirueta silenciosa y retrocedió sigilosamente con las manos extendidas hacia mí, pidiéndome en silencio que no lo delatara. Pobrecito mío, acababa de llegar del consultorio para almorzar algo. Un minuto más tarde sonó mi teléfono: «Avísame cuando no haya moros en la costa». Greg es bastante remilgado para escuchar los detalles de las hazañas sexuales de los demás.

—¿Sabes que en realidad sólo me gustan los de una noche?

—¿Quieres decir cuando no practicas el celibato?

—Sí —la ironía se le escapó—. Bueno, lo de anoche fue tan bueno que me parece que tendré que volver a follarme a Jeremy, aunque no en exclusiva, por cierto. Tengo que ponerme al día.

Hizo una pausa, lanzó un suspiro exagerado de satisfacción y dijo:

—Oh, Chlo. Me gusta tanto estar en tu cocina, tú y yo, compartiendo las cosas como siempre. ¿Y no es bonito que siempre seamos amigas? Sencillamente no sé qué haría sin ti. Ya sabes que Jessie te adora.

Siempre lo mismo. Justo cuando sentía que no aguantaba un minuto más, AF me bañaba en su luz dorada y me hacía sentir especial y querida y... atrapada en una amistad sin esperanzas de escapatoria.

Cuando se marchó, me sentí vaciada. Su aventura sexual de algún modo había teñido mis propias intenciones de tener una, y ahora la perspectiva de una relación con Iván me parecía un tanto de mal gusto. Me senté a la mesa mirando la mancha pegajosa de mermelada que había quedado del desayuno. Una mosca se dedicó a revolverla al modo repugnante de las moscas. Pronto se le unió otra que, ignorando el banquete, se montó encima de la primera. El cuento de la cigüeña, o el del repollo. Dos moscas apareadas. Me recordó el chiste tonto del colegio sobre un niño indio que quiere saber por qué su hermana se llama Cierva Corredora. Su padre le explica que la costumbre es nombrar al nuevo bebé por lo primero que se ve cuando nace. «¿Por qué lo preguntas, Perros Pegados?» ¿Lo conocéis? Un chiste graciosísimo. Sí, mi humor estaba claramente por los suelos.

—Supongo que volvió a olvidarse de mí —dijo Jessie entrando en la cocina.

—No, querida, por supuesto que no —respondí rápidamente—. Fue a buscar ropa para que te quedes esta noche. ¿Por qué no estás en el colegio?

—Mamá estaba demasiado ocupada follando como para despertarme, así que cuando todos nos despertamos ya era muy tarde y no tenía sentido. No necesito nada. Tengo todo lo que necesito en mi cuarto... Quiero decir, en el cuarto de invitados.

Realmente era una suerte que AF sólo tuviera una hija. Bueno, suerte para mí, sin duda: Jessie se quedaba tan a menudo en mi casa que rápidamente se estaba convirtiendo en mi tercera hija. Afortunadamente la quería mucho y no me importaba. Por su parte, AF no podía soportar repetir lo espantoso que había sido dar a luz y por supuesto para ella había sido peor, mucho peor que para cualquier otra mujer de la historia. Y por supuesto también sus menstruaciones eran terribles; siempre habían sido una especie de agonía que solía hacerla faltar al colegio un día entero. Era el tipo de mujer que nos dejaba en entredicho a todas las demás.

Salí de la habitación para llamar discretamente a AF y decirle que trajera algo de ropa para Jessie sin revelar que de hecho se había olvidado de ella al calor de la nueva pasión sexual satisfecha. Choqué con una figura en sombras acechando en la escalera.

—¿Se ha ido? —susurró Greg.

—Sí, hace unos minutos.

—Me muero de hambre y tengo que volver al consultorio ahora mismo. Mierda. ¿Dónde ha ido?

—A hacerse afeitar el vello púbico en forma de corazón para deleitar a su nuevo amante.

—Está muy pasada —comentó Greg—. Mary Quant ya lo hizo en los sesenta para su marido.

Greg es una mina de información extraordinaria y trivial. Aunque no es en absoluto tan asombroso, pues es otra forma de hacer flexiones con el músculo de la memoria. Es muy útil en especial cuando uno se esfuerza en recordar por ejemplo de quién fue el hit «1, 2, 3» (Len Barry en 1965).

—¿Cómo se llamaba el marido de Quant?

—Alexander Plunkett-Green —respondió.

—Te haré un sándwich para llevar —le dije admirada.

Greg había vuelto al consultorio con un sándwich de pollo, aguacate y tomate en la mano (aceite de oliva y no mantequilla, mala para el colesterol); había recordado a AF sus deberes maternales y Jessie le estaba leyendo a *Janet*, la gata. Kitty había elegido el nombre de la gata; quería que tuviera un nombre serio, no un nombre tonto de gata que ningún humano hubiera querido. Y por eso se llamaba *Janet*, y no *Mini*, o *Garritas*, o *Fifi*; su nombre era *Janet Zhivago McTernan* (tenía nuestros dos apellidos igual que los niños) y padecía un complicado síndrome psicológico humano asociado a su nombre. *Janet* era anoréxica y sólo podíamos hacerla comer justo lo suficiente para seguir con vida. Las pocas ocasiones en que comía se atiborraba de porciones masivas de alimentos y luego la encontrábamos vomitando silenciosamente en un rincón discreto del jardín. El veterinario, Mike, era un visitante frecuente y había hecho de *Janet* su estudio de caso especial. Su última teoría era que como *Janet* pensaba que era adolescente, debería ser tratada como tal. De modo que Jessie le estaba leyendo *La gordura es un tema femenino* mientras *Janet* se estiraba en su regazo lanzando miradas subrepticias a su imagen en el espejo que tenían al lado. ¿Qué veía ahí? ¿Una gata desfigurada por su dismorfia en proporciones gargantuescas, o la gatita pequeña y demasiado delgada que era en realidad?

Me sentía vagamente deprimida, con la alegría de las primeras horas amargada por los sucesos posteriores. Me miré en el espejo y éste me devolvió la mirada de una mujer cansada de mediana edad. ¿Quién era? No la reconocí en absoluto, pues buscaba la cara de una jovencita. Es lo que ocurre: un minuto eres joven, jugosa, llena de energía sexual, con la vida por delante, y al siguiente minuto te deslizas inexorablemente hacia la vejez, y la carne se ablanda como el elástico de los pantalones de gimnasia del colegio.

Al oír una especie de maullido, arriba, fui a investigar. El sonido me condujo a la puerta de Bea y al asomarme vi su cabeza metida con entusiasmo entre los muslos separados de Zuzi, como un gato que lame un cuenco de leche. No nuestra gata, evidentemente, sino cualquier gato normal. Un recuerdo me vino a la memoria: a los once años me había despertado un mal sueño y había ido a buscar cobijo al dormitorio de mis padres. Cuando me acerqué a la puerta, oí ruidos raros y jadeos, y mirando por el ojo de la cerradura los vi despatarrados sobre la cama. Me quedé en la puerta balanceándome en silencio, con un ataque de risa horrorizada e incómoda. Ahora hice lo mismo y me alejé de puntillas. Al parecer todos estaban en ello, menos yo. Sonó mi teléfono y las palabras que parpadeaban me atravesaron con un traicionero espasmo de placer: «Sólo pienso en ti y en cómo volveré a verte. Iván».

5

La penicilina judía de Chloe Zhivago

La sopa de pollo perfecta con bolas de masa

Para el caldo
1 pollo
1 rama de apio
1 zanahoria pelada
2 hojas de laurel
4 granos de pimienta negra
1 cebolla pelada y partida en cuartos
1 puñado de perejil fresco

Poner todos los ingredientes en una olla grande y cubrir con agua fría. Llevar a ebullición y luego cocer a fuego lento durante dos horas y media.

Sacar el pollo y reservarlo, colar el caldo y sacar las verduras. Dejar enfriar y quitar la grasa. Si el caldo queda un poco aguado, para darle más consistencia, añadir un par de cucharaditas de caldo de pollo concentrado en polvo.

Mientras el caldo mantiene el hervor preparar los kneidlach (bolas de masa judías).

Kneidlach de la abuela Bella

1 huevo
25 gramos de ingrediente secreto
6 cucharadas de caldo
75 gramos de miga de *matzo*
25 gramos de almendras molidas
1 cucharada de perejil o cilantro cortado fino
Sal y pimienta al gusto

Batir el huevo en un bol, añadir el ingrediente secreto y continuar batiendo. Mientras se bate, agregar el caldo, las migas de matzo, sal y pimienta, perejil o cilantro. Hay que obtener una mezcla firme, pero maleable. Dejar enfriar en la nevera una hora (no importa si pasa más tiempo). Luego hacer bolas pequeñas. Esta cantidad es para 15 bolas del tamaño de una nuez.

Añada las bolas de kneidlach con:
2 zanahorias peladas y cortadas
1 puerro lavado y cortado
Deshuesar, quitar la piel del pollo hervido y añadir sal y pimienta.
Volver a calentar la olla y dejar hervir durante 40 minutos.
Servir con unas hojitas de perejil fresco.
Para 6-8 personas

Está demostrado que cura la culpa, los remordimientos y todas las enfermedades graves.

A Greg le divertían mucho las travesuras lésbicas de la *au pair*. De hecho, estaba muy entusiasmado, pero es que nada excita más a los hombres que las actividades amatorias de dos jovencitas.

—Está muy bien —le dije—, pero se ha instalado y ha puesto una foto enmarcada de su perro a su lado de la cama, y no da señales de que vaya a irse.

—¿De qué raza es el perro? ¿Es de esos que dan buenos lametones?

—No seas asqueroso.

—Cuéntame una vez más quién le estaba haciendo qué a quién —insistió.

—Cielos, otra vez no.

Estaba haciendo sopa de pollo, pues papá venía a cenar y Sammy también vendría. Greg insistió en que era la ocasión perfecta para el Torneo de la Sopa de Pollo. Serviríamos su sopa y la mía y se haría una cata a ciegas para elegir al ganador. Había estado añadiendo ingredientes secretos a la suya, inclinándose sobre el caldo, como un niño que esconde sus deberes para que su compañero de pupitre no le copie. Escribí una pegatina que ponía «Top Secret» y la enganché en la olla de Greg mientras él estaba concentrado en su tarea semanal de revisar las fechas de caducidad de lo que teníamos en la despensa y tiraba lo que había caducado al cubo de la basura con lanzamientos dignos de un jugador de baloncesto.

Todavía no había respondido al mensaje de Iván. Me sentía en medio de una encrucijada; necesitada de un sabio que me señalara la dirección. Claro que no hacía falta un extraño personaje bíblico de pelo al viento y barba plateada que me dijera qué era lo correcto. Pero me sentía tan aburrida con mi vida, mi trabajo, conmigo misma, y tan necesitada de una Gran Aventura, dolorosamente consciente de que podía ser mi última oportunidad. Saber cuán afortunada era en comparación con otros, no impide que añoremos algo más. Además parecía un poco descortés no contestar a Iván. «Tal vez nos encontremos en otra fiesta de AF en el futuro». Eso, amable y amistosa, y sin sugerir un encuentro íntimo. Estaba a punto de enviar el mensaje cuando el demonio me entró en el cuerpo e hizo que mis dedos escribieran: «No dejo de pensar en ti y también me gustaría verte».

—No me contaste que Lou y James se habían separado —dijo Greg.

Di un salto y el dedo se apartó culpable de la tecla enviar.

—Lo olvidé. ¿Quién te lo contó?

—Me encontré con James en el parque. Iba con una joven que me presentó como su amiga.

Una separación de prueba, seguro.

—¿Quieres decir «hombre deja esposa por mujer más joven»? Me parece que nunca lo había oído antes —dije. (Estoy dispuesta a reconocer que el sarcasmo no venía a cuento pues acababa de mandar a un admirador el equivalente en el siglo XXI a un *billet doux*.)

—Curioso. Creía que esos dos eran muy felices —dijo Greg.

—¿Y qué hay de nosotros? ¿Somos felices?

—Claro que lo somos. ¿Dónde puse las bolsitas de té? —Se quedó de pie con los ojos cerrados como el concursante de un programa que intenta recordar los premios que pasan en una cinta transportadora—. ¡Ah, sí! En el cubo de la fregona. —Muy satisfecho de sí mismo, fue a buscarlas. Tierno, os aseguro, pero un poquito irritante después de diecisiete años.

Bea y Zuzi entraron a la cocina, bañadas de los pies a la cabeza en el resplandor poscoito:

—Nos quedamos a cenar y a la competencia de la sopa de pollo —anunció Bea— y después llevo a mi Zuzi a club de Londres.

Hice un gesto de aceptación no del todo sincero. Mis muchos años de terapia me habían enseñado que tenía «problemas para definir mis límites», pero todavía no había aprendido a abordarlos.

En lo profesional, mantenía los límites más o menos claros, pero en el ámbito personal eran tan eficaces como un cinturón de castidad con el cierre roto.

—Muy bien —dijo Greg a Bea—. Mientras más seamos, mejor. Necesito algunos catadores independientes, personas que no sean parientes de sangre de Chloe, con intereses creados en que gane la competición.

Kitty, que de nuevo había faltado al colegio por un resfriado, estaba sentada en un rincón intentando convencer a *Janet* de que comiera.

—Leo y yo somos tan parientes de sangre tuyos como de mamá —dijo.

—No sabéis lo que significa una cata a ciegas —dije irritada—. Nadie sabrá qué sopa es de quién.

Kitty se levantó, hizo una pirueta hacia el cajón de los cubiertos y empezó a poner la mesa. Ha heredado el genio de su abuela para hacerse notar. Transforma los actos sencillos en auténticos espectáculos: lavarse la cara y cepillarse los dientes se convierte en un ballet sobre una princesa joven y hermosa que despierta, se restriega los ojos con coquetería, se estira y hace sus abluciones. Esta mímica y el baile hacen que a menudo Kitty olvide la actividad que está realizando y lleve a cabo las tareas propiamente dichas de forma mecánica.

Pocos días antes la había visto bailar en una representación del colegio

con las mejillas bañadas de lágrimas; no sólo se me humedecieron los ojos, sino que los sollozos me sacudían. Siempre me pasa cuando veo a mis hijos en una representación, y no puedo entender que otras madres no lloren. Ver a Leo, a los cinco años, haciendo de tercer pastorcillo de la izquierda en la obra navideña del colegio fue para mí una experiencia que me costó seis *kleenex*. Algo tiene mirar a los hijos en el escenario, separados de uno, que me parece insoportablemente conmovedor. Al ver la representación de Kitty lloré por su talento, perdida en la admiración, maravillándome por su capacidad de hacer algo que yo no podía hacer. Aunque cada uno de nosotros es un individuo, somos también la suma de los individuos que nos han precedido, la solución de la ecuación formada por nuestros ancestros. Kitty era la culminación del talento para bailar de la familia. Poner a punto el arte había tardado generaciones, para que se manifestara en su expresión completa en ella. ¡Qué orgullosa hubiese estado mi madre de ver bailar a Kitty! Mientras bailaba podía ver destellos de mi madre en ella, en la inclinación de su cabeza, en el movimiento de un brazo.

«Battement frappé, pas de bourré», decía Kitty mientras danzaba poniendo la mesa.

—Y bien, Zuzi, ¿cómo va la búsqueda de trabajo? —pregunté con el tono más brillante de alguien que simula que la respuesta a la pregunta le es completamente indiferente.

—Va bien. Yo encuentro trabajo en restaurante.

—Excelente. ¿También te dan habitación?

—No, prefiero aquí con mi Bea. Dice que así estar contenta, y que si ella contenta, también vosotros contento, toda la familia contenta —sonrió y lanzando una mirada coqueta hacia Bea añadió—: y yo, claro, contenta.

Bea me miró a los ojos sin temor, desafiándome a decir algo.

—¿Qué prefiere? ¿Bea sonriente o Bea llorando? —preguntó con una sonrisa exagerada primero y luego bajando las comisuras de la boca en un gesto de dolor. Parecía distinta; su ceño fruncido había desaparecido, sin duda a causa de los cariñosos cuidados de Zuzi. También había empezado a usar una corbata, acaso un guiño a su papel de macho en la relación. (¿Por qué algunas lesbianas necesitan simular que son hombres y por qué sus compañeras necesitan que lo hagan? Si Zuzi hubiese querido un hombre,

hubiera habido suficientes para hacerle la corte.) La corbata me pareció familiar, pues era la que le había comprado a Leo para su cumpleaños. No sólo habían saltado mis límites; estaban hechos trizas.

—Bien, bien, veremos —susurré derrotada—, sólo por un tiempo.

Al otro lado de la sala Greg levantó las cejas y mostró la lengua, dándole vueltas con lascivia.

—Voy a cambiarme para la consulta de la tarde. Os veo después y no toques mi sopa.

Lo seguí a la segunda planta, tropezando con un zapato tirado en reproche silencioso. Greg había escondido su pareja, perdida hacía tiempo, en algún lugar. Tenía pies singulares; el meñique de cada uno se encaramaba en el cuarto dedo como si fuera demasiado perezoso para participar en aquello de estar de pie. A Greg, de niño, lo había acomplejado esa deformidad menor y para compensar había desarrollado un hábito con los zapatos. Era el émulo de Imelda Marcos en Queen's Park: el dueño de cincuenta y un pares de zapatos. Los compraba en las tiendas de segunda mano de todo el país, sin usar; «Mis zapatos de muerto», los llamaba alegremente. Me parecía raro que le gustase andar con los zapatos de otro hombre y me sentía perseguida por las historias que podían contar. Leo, que había heredado los pies de su padre (aparentemente cosa de hombres), no tenía ningún problema con su defecto.

En cuanto Greg se hubo marchado, miré mi móvil para ver si Iván había contestado, pero no había nada. «Probablemente es lo mejor —razoné—. Tengo que controlarme, soy una mujer adulta con una carrera, soy madre y esposa.» Pero al revisar el teléfono noté que después de todo no le había mandado el mensaje. La charla de Greg sobre Lou y James me había interrumpido justo en el momento que iba a hacerlo. Mientras mi dedo revoloteaba inseguro sobre mi destino, sonó el teléfono.

—Hola. —dije demasiado ansiosa.

—Querida, soy AF —dijo su voz brusca y segura de sí misma.

—Hola —Me invadió el desencanto.

—¿Estás bien, cielo? Suenas como una recepcionista de pompas fúnebres. ¿Sopa de pollo esta noche? —siguió como un tanque sin esperar respuesta sobre mi bienestar o cosa semejante—. Pensé que podía ir y cenar con

vosotros. Mi nutricionista dice que proporciona el combustible correcto para mi cuerpo.

¿Qué era? ¿Un maldito coche o qué?

—A eso de las ocho, pero no me puedo quedar mucho rato; después tengo que ir a otra parte, una cosita privada de arte con los famosos.

Intenté decirle que era una cena de familia, no un bufé libre, pero por algún motivo es imposible decir que no a AF. La palabra comienza a formarse, la lengua se prepara para hacer su trabajo en el velo del paladar, detrás de los dientes y, entonces, antes de darte cuenta, como si una fuerza irresistible se hubiera apoderado de ti, se relaja detrás de los molares y sale la palabra «sí». Me consuelo con la idea de que en tiempos remotos la hubieran quemado en la hoguera por su habilidad para torcer la voluntad de la gente.

—Oh, querida, he de correr. Seremos dos.

Y cortó. Ella me había llamado, pero como de costumbre su prisa me hizo sentir rechazada, como si le estuviera impidiendo hacer un trabajo más importante.

Eran las 4.50 de la tarde. «¡Joder, Regalo del Cielo!» Corrí al sótano y llegué justo antes de que sonara el timbre. No tenía tiempo para mandar un mensaje a Iván. Esto era oficialmente Algo Bueno. Basta de tonterías. Viste un hombre en una fiesta, te gustó, le gustaste, ¿y qué? (No sólo estaba pensando como si tuviese quince años, sino que mi sintaxis era también la de una adolescente. Lo que faltaba.) Me alisé el pelo, lo recogí con una pinza, tranquilicé mi fobia a tener restos de comida en los dientes sonriendo en el espejo y abrí la puerta.

Regalo del Cielo entró balanceándose, me tomó la mano y me miró a los ojos un poquito más de lo necesario. Había pensado que era una transferencia clásica —el tema del psicoterapeuta como objeto de deseo— hasta que lo conocí mejor y entendí que creía que todo el mundo se moría de ganas de follar con él. Es cierto que es excepcionalmente guapo y también es cierto que nadie lo sabía mejor que él. Al pasar por el estrecho corredor se encontró con el espejo y por un instante se perdió en su reflejo con mirada amorosa, y hundió el estómago. Quitándose una pelusa imaginaria de su traje inmaculado, compuso en sus labios el gesto ligeramente afeminado que le era propio. Era

como si le costase contenerse para no hacer una picardía y cubrirse el cuerpo de besos y chupetones. Regalo del Cielo dirigía una productora de televisión, famosa, más que por la calidad de los programas que producía, por las chicas jóvenes, de piernas largas y labios hinchados que empleaba: muñecas porno hinchables hechas carne y hueso. El único hombre que trabajaba allí, además de Regalo del Cielo, era su asistente, Baz.

—No puedo tener mujeres trabajando muy estrechamente conmigo —me había dicho Regalo del Cielo—. Se enamoran y todo se enreda. Mira, entre tú y yo, creo que Baz también siente algo por mí.

—Pero creía que estaba saliendo con una supermodelo —protesté.

—Bien —respondió Regalo del Cielo inclinándose de manera conspirativa—, hay algo en la manera como me mira.

Regalo del Cielo no venía a terapia para descubrirse y entenderse, sino para comprender «qué tengo yo que hace que las mujeres se enamoren de mí. Quisiera manejarlo mejor y romper menos corazones».

Su problema real era el autoengaño; su contacto con la realidad era poco más que un saludo al pasar.

—Entonces —le dije cuando nos hubimos instalado en nuestros respectivos sillones—, ¿qué ha pasado esta semana?

—Lo de siempre —dijo lanzando un fuerte suspiro—. Hay una chica nueva en la oficina que me ha estado persiguiendo toda la semana.

—¿Qué le ha dicho exactamente?

—El primer día me dijo que le gustaba mi camisa. Al otro día me preguntó si quería un café. Síntomas clásicos.

Movió la cabeza como si le diera pena el tirón irresistible de su magnetismo sexual.

—¿Y no es posible que simplemente le gustara su camisa, y que como empleada nueva le pareciera apropiado ofrecerle un café? —argumenté.

Regalo del Cielo se echó hacia atrás, levantó los brazos inclinando ligeramente la cabeza y levantando las cejas como para decir: «¿Y quién resiste esto?» Aunque era bien parecido y vestía con elegancia, a mí no me incitaba nada. Tenía el hábito irritante de estirarse el cuello de la chaqueta, gesto que hizo ahora, moviendo la cabeza con pena.

—Por favor, no se lo tome a mal, pero usted es mujer.

Me mordí la lengua para no chillar: «Muchas gracias por la noticia, amigo... Me he pasado cuarenta y tantos años pensando que era hombre». Con un gesto de asentimiento en silencio lo invité a contarme más.

—Verá —siguió—, los hombres saben cuándo gustan. Es así, y sabe Dios que yo lo sé.

Me estaba sintiendo muy contenta de no haberle respondido a Iván. Regalo del Cielo me estaba quitando cualquier inquietud sexual, maldita sea. Era un hombre envenenado por la testosterona y convertido en parodia. Tampoco su egolatría era tan inocua como se podría pensar: acosaba a las chicas que trabajaban para él, las convencía de que habían provocado sus atenciones, y las coaccionaba para que le hicieran caso. Por muy guapo que fuera, ya tenía más de cuarenta y se había vuelto invisible para la mayoría de las chicas de veinte, pero con los dedos de los pies precariamente apoyados en los primeros escalones de la escalera de la televisión, no estaban bien equipadas para rechazar sus avances. Yo intentaba ayudarlo, pero la cura de su autoengaño y su hábito de acoso sexual aún no se intuía, al parecer, en el horizonte.

Se hacía tarde y todavía tenía que hacer mis *kneidlach*, las bolas de *matzo* para mi sopa. No podía hacerlas si Greg estaba mirando. Eran el arma letal de mi arsenal de cocina judía. Todo se reducía a un ingrediente esencial, mi ingrediente secreto: para hacer bolas de *matzo* con la consistencia correcta, esponjosas y masticables al mismo tiempo, hacía falta *schmaltz*. Yo guardaba el mío escondido en un bote en el fondo de la nevera. De vez en cuando Greg lo sacaba preguntándome qué hacía un bote viejo de manteca ocupando lugar en la nevera, sin darse cuenta de que allí estaba el obstáculo que se interponía entre él y la supremacía en la preparación de la sopa de pollo. El *schmaltz* se hace con grasa de pollo; se fríe la grasa hasta hacer desaparecer cualquier resto de pollo y luego se cuela con una tela para eliminar hasta la última partícula oscura. Cuando se ha extraído este oro líquido, se añade a la mezcla con el *matzo* de acuerdo con la tradición centenaria de los judíos de Europa del Este, para conseguir la perfección absoluta de las bolas de masa. Estas bolas, hechas correctamente, confieren a la sopa un sabor peculiar. ¿Cómo se puede esperar que un no-judío conozca o comprenda esto? Es el tipo de cosa que se ha de aprender en la falda de la abuela, como la aprendí yo.

La abuela Bella, madre de mi padre, había nacido en Vilnius, capital de Lituania. Había venido muy joven a Inglaterra en el verano de 1917, cuando ya la revolución había disparado sus primeros tiros en la cercana Rusia. Trajo con ella a sus ancianos padres, un diccionario de yiddish-inglés y un bote con su *schmaltz*. De algún modo se abrieron camino por una Europa destrozada por la guerra, y más tarde, en gratitud por haber llegado a salvo y para añadir sabor a la comida hecha lejos del hogar, siempre llevaba ese talismán en su bolso. Su fuerte bolso negro Gladstone, con dos asas y cremallera, era una cueva de Aladino llena de tesoros para una niña: un pintalabios en un estuche de oro y un pequeño espejo como complemento; cajas enjoyadas de polvos; peines; desteñidas fotos de familia color sepia de hombres de barbas blancas y rostros graves y matronas llenitas y recatadas, y finalmente, envuelto con cuidado en una bolsa de plástico para evitar que se vertiera, el bote de *schmaltz*, la grasa dorada, que agitaba, abría y con un pequeño cuchillo de empuñadura de hueso que siempre llevaba con ella, esparcía en un pan para ofrecerme bocaditos del tamaño de mi boca de niña.

Su aspecto era tal como debía ser el de una abuela, algo reconfortante para una niña cuya madre no era muy parecida a una madre. Pequeña, regordeta, suave y de pelo blanco, tenía la belleza que retienen algunas mujeres mayores, un recuerdo bonito de su juventud grabado con nostalgia en sus rasgos; los años no habían apagado sus asombrosos ojos color turquesa, *Bella mit die shayne oigen,* Bella de los ojos bonitos, la apodaban. Mi padre había heredado sus ojos. También fueron su legado para mí, aunque los míos eran un poco menos brillantes que los originales, como si se hubieran desteñido con las réplicas.

Sus carnes la irritaban, pero no podía resistirse a las comidas que la engordaban. En un vano intento de contrarrestar el efecto en su cintura, tomaba cada bocado con una expresión de rechazo, como si quisiese informar tanto al mundo como a sí misma de que no había ningún placer en lo que hacía. La recuerdo llevándose a la boca una cucharada de ensalada de patatas, con mucha mayonesa y brillante con el color esmeralda del pepino en salmuera, arrugando la nariz fingiendo repulsión. Mientras se servía otra porción, en apariencia contra su voluntad, movía la cabeza expresando su rechazo.

Cuando cumplí trece años, edad en la que los chicos judíos se hacen

hombres, me tomó de la mano diciéndome «es el momento». Marcamos mi importante rito de pasaje a la condición de mujer en su cocina, donde me enseñó el arte de la sopa de pollo con *kneidlach* mientras me contaba historias de «allá, en casa» y cómo había conocido a su marido en las clases de inglés de los inmigrantes judíos en una pequeña biblioteca del East End de Londres. (Había llegado un mes antes que ella de Oryol, Rusia.)

Sentí la agradable textura de las migas de *matzo* en mis dedos y pude oír la voz suave de la abuela Bella en mi oído diciéndome: «Suave, suave, como si aplastaras hojas de otoño con los dedos, no como si tomaras una bola de nieve».

«¡Tú, hija de puta, eres mi zorra, eres mi guarra!» Fui arrancada de mi ensoñación. Leo estaba en casa. Se paseó por la cocina, cantando con su iPod.

—Leo —le advertí.

—Yo, mamá —agitó la mano empuñada con el índice y el meñique extendido, mientras se agarraba el paquete con la otra. Un rey del hip-hop vestido de colegial. Estuve a punto de recordarle que no era negro y que de hecho no vivía en un gueto de Nueva York, cuando tuve una visión de mí misma a esa edad: brillante pelo rosa con un vestido de baile destrozado de 1890. Desde la llegada del Gran Dios iPod, hablar con Leo era cada vez más difícil.

Habría que perdonar a los extraterrestres que visitaran nuestro planeta por primera vez si suponían que algunos humanos están conectados a alguna fuente de energía mediante auriculares blancos con largos cables también blancos que llegan a un aparato parecido a una batería que guardan en el bolsillo y que las personas que no llevamos cables somos los dueños de los esclavos *iPodianos* a los que mandamos instrucciones y controlamos. Aunque ahora, cuando intentaba decirle a Leo que fuera a lavarse y a cambiarse, parecía no funcionar de ese modo.

Movió la cabeza y gritó:

—¡No te oigo!

Lo desconecté.

—No necesitas gritar. Cenaremos dentro de una hora, vienen papá y el Tío Chalado.

—Mola —dijo—. Te jodo, tío, te jodo.

—¿Perdón?

Pero era inútil. Había vuelto a enchufarse y salió de la sala de puntillas, dando un divertido medio salto entre cada paso.

La casa estaba viva con los sonidos del atardecer: la televisión atronaba, los niños discutían, Bea reía con su Zuzi y Greg le gritaba por el teléfono a alguien que lo había hecho enfadar.

—¡No! —podía oírlo decir—. Me temo que no podré llevarlo la próxima semana porque será demasiado tarde... ¿Por qué? Porque habré cogido el ordenador y lo habré tirado por la ventana, y quedará tirado en medio de la calle, donde lo harán añicos los coches que pasen. Por eso.

Colgó golpeando el teléfono. Esperé. Bajó con el aparato roto en la mano y me lo dio. Lo cogí sin decir palabra, abrí un cajón y le di uno nuevo. Estábamos abastecidos por dos meses; había cinco teléfonos nuevos en el aparador. Competíamos en ver quién gastaba menos en un teléfono; Greg estaba ganando con uno de cincuenta peniques comprado en Ebay. Su temperatura emocional podía medirse en teléfonos. El mejor fue un año de un solo teléfono. El peor, rompió veintinueve. Fue el año que nació Leo, cuando luchaba por entender lo de ser padre, tenía insomnio y se sentía aplastado por la responsabilidad. ¿Yo? Yo volvía mi rabia por su comportamiento irracional hacia dentro, donde rugía y graznaba como un dragón que se ha incendiado persiguiéndose la cola. Hogar, dulce hogar. Fui a darme un baño antes de abrir el comedor de los pobres.

6

Risotto de Greg con setas salvajes y ensalada de lechuga rizada aux lardons

6 cucharadas de aceite de oliva
1 cebolla grande cortada
2 dientes de ajo molido
2 tazas de arroz
4 tazas de setas silvestres de tipos diversos, limpias y cortadas
2 onzas de setas *porcini* secas. Dejar en remojo 30 minutos en una taza de agua tibia. Colar y guardar el agua. Secar y cortar las setas
1 taza de vino blanco seco
7-8 tazas de caldo caliente de pollo o de verduras (usar el agua de las setas para hacer el caldo)
1 onza de mantequilla sin sal
1 taza de queso parmesano rallado
1/4 de taza de perejil cortado
Sal y pimienta

En una olla grande, freír la cebolla cortada en aceite de oliva. Cuando comience a dorarse, añadir el ajo y el arroz y remover hasta que el arroz se tueste. Añadir el vino blanco y sin dejar de remover, hacerlo hervir hasta que se absorba. Luego añadir el caldo caliente de pollo o verduras con un cucharón, revolviendo de vez en cuando hasta que el líquido se absorba. A

los 15 minutos agregar las setas porcini cortadas.

Cuando el arroz esté al dente y se haya añadido todo el caldo, agregar las setas silvestres frescas. Después de unos minutos retirar del fuego, añadir sal y pimienta, la taza de queso parmesano rallado, la mantequilla y el perejil picado. El proceso requiere alrededor de media hora y el truco es asegurarse de que la mezcla resulta húmeda y cremosa.

Para la ensalada

Lavar una lechuga rizada, separar las hojas y echarlas en un bol. Freír los lardons en una sartén (trozos pequeños de beicon cortado en cuadrados que se pueden encontrar ya troceados. A mí me gusta usar puntas de jamón serrano, cuando las encuentro). Cuando están dorados añadir los lardons y el jugo a la lechuga. Aliñar con aceite de oliva, zumo de limón y pimienta (los lardons ya tienen suficiente sal) y servir. Es un plato fuerte.

—¡Que alguien vaya a abrir! —grité. El timbre volvió a sonar—. ¡Mierda! ¡Ya voy yo!

Greg era responsable del resto de los platos y estaba en la cocina haciendo su *risotto* con setas salvajes y ensalada de lechuga rizada *aux lardons*. Me había quedado dormida en la bañera y me precipité a la puerta con la piel arrugada por la inmersión demasiado larga, con una toalla envolviéndome el pelo mojado, otra alrededor del cuerpo, ambas de ese color gris desangelado que dejaba relucir las técnicas descuidadas de lavado de la *au pair*. Le abrí la puerta a AF. A su lado había un hombre que me daba la espalda, dirigiendo su llave hacia un coche aparcado y pulsando un botón para asegurarse de que había cerrado bien. El ángulo de su cabeza tenía algo familiar. Los saludé. Se volvió. Era Iván.

Mi sorpresa y placer de verlo en el umbral de mi casa fueron rápidamente reemplazados por el horror ante mi apariencia y la pregunta: «¿Qué mierda está haciendo con AF?» Apenas conseguí no decir esto último en voz alta. Y ¿por qué AF tenía que llegar quince minutos antes por primera vez en su vida? Había dicho a las ocho. El corazón me latía tan rápido que me sorprendió que no se me saliera por la boca y cayera al suelo mientras decía:

—Pasad, pasad —invité de manera campechana y efusiva—. Id a la

cocina, que estaré lista en un minuto.

Típico, rabiaba sacando ropa de mi guardarropa. «AF debe haber sabido que me gusta y ahora que vuelve a cabalgar se lo ha pescado. Siempre lo mismo. Exactamente lo que hizo con Matt Salmon en 1975.» Entonces recordé dos detalles: uno, estaba casada. Dos, mi marido estaba en casa y probablemente estaba dando la mano y conversando educadamente con Iván en estos mismos momentos. Tres: ya no estaba en el colegio. (Sí, sí, sé que hay tres cosas.) En el fondo del armario encontré un pequeño vestido negro que pensaba que Bea había perdido, un incondicional amigo de *lycra* que me apretaba y destacaba las partes adecuadas. Lancé un chorro de *Boudoir* de Vivienne Westwood al aire y me dejé impregnar por la niebla (pequeño truco que me enseñó mamá), me pasé el peine por el pelo, me puse rímel, me pinté los labios, me miré en el espejo, hice un gesto de aceptación ante mi imagen y bajé a la cocina con una prisa indecorosa.

De paso le abrí la puerta a Sammy y papá que habían estado llamando desde hacía un rato sin que nadie les hiciera caso. Sammy, recién llegado de España y dispuesto a quedarse un tiempo, tenía en la mano un pata negra (jamón particularmente delicioso para los judíos laicos, que gozan con el cerdo más que la mayor parte de los cristianos) sujeto a una jamonera, el soporte de madera inventado por los españoles para sostener una pata de cerdo en la posición adecuada para cortar lonchas con facilidad. Blandía un cuchillo de apariencia temible, como un pirata.

—Alimentado con bellotas. Delicioso —anunció—. Lo compré en Sevilla.

—¿Cómo estás? —dijo papá tendiendo la mano—. Soy tu padre.

Le di un beso.

—¿No es el hombre con quien hablé esta mañana? Me podrías llamar alguna vez, ¿sabes?

—No quiero molestarte, querida. —Nos miró a Sammy y a mí juntos y resplandeció—. ¡Qué chicos más estupendos tengo!

En la cocina encontramos al grupo que ya estaba sentado solemnemente ante la mesa, y nos unimos a él. Estábamos nosotros cuatro; Bea y Zuzi; papá y Sammy; AF e Iván, y Nick, el veterinario, que había decidido quedarse a cenar para ver si comiendo con nosotros podría aprender algo útil para tratar a *Janet*. Me encantó que todos estuvieran ante la mesa comiendo mi comida; mi

incorregible necesidad de alimentar a los demás era el rasgo más judío en mí. Kitty estaba a cargo de organizar la cata. Frente a cada puesto había dos cuencos marcados A y B y dos cucharas. Junto a cada cuenco había papel y lápiz y, en el centro de la mesa, la hucha de Leo con forma de cerdito, que serviría de urna. Kitty había adornado el centro de la mesa con pollitos de peluche, una antigua decoración del pastel de Pascua que había encontrado olvidados en un cajón. Greg estaba a la cabecera, de pie, como un director de orquesta a punto de empezar una obertura. Cuando hizo la señal, cada cual levantó su cuchara y tomó una cucharada. Primero del cuenco A y luego del B.

—¿Podemos probar una segunda vez? —preguntó papá preocupado por ofrecer una respuesta empírica razonada al experimento en cuestión.

—Sí —dijo Greg—. Sólo hay que asegurarse de que se usa la cuchara que corresponde a cada cuenco.

Los comensales degustaron las bolas de *matzo*, sorbieron sopa de las cucharas con ruidos exploratorios y de apreciación, se relamieron los labios y votaron. Iván no pareció en absoluto sorprendido por el raro ritual. Me miró, miró de soslayo a AF y sonrió como si pidiera disculpas. Una vez más me deslumbró su atractivo y tuve que hacer un esfuerzo para no perder la calma.

Kitty se había autodesignado encargada del recuento de votos y ahora extraía los papeles doblados de la hucha, revoloteando expresivamente con cada uno, antes de alisarlo cuidadosamente en la mesa.

—¡Vamos, Kitty! —se quejó Leo—. No hace falta que hagas un drama ridículo de todo. Deja de bailar y cuenta, que de eso se trata.

Sin inmutarse dejó los papeles en fila sobre la mesa. Todos llevaban una letra: B. Greg intentó reírse, pero noté que en verdad estaba muy decepcionado.

—¿Por qué? ¿Por qué? —masculló cubriéndose la cara con la mano, desesperado.

Papá le dio unos golpecitos de consuelo en la espalda. Yo intenté besarlo.

—No quiero tu compasión —dijo en el tono valiente y jocoso que usa la gente cuando en verdad no está bromeando. Levantó la mano para que no me acercara, y clavó la vista en el suelo. Seguí su mirada y comprobé el motivo de su humillación suplementaria. Había dos platillos A y B, para *Janet*, la gata. El platillo B estaba vacío, el A no había sido tocado.

—Por lo menos sabemos que *Janet* come sopa de pollo —dije intentando suavizar la derrota pública de mi marido.

Nick escribía furiosamente en un cuaderno, con la barbilla en punta subiendo y bajando por la excitación:

—Debe ser tratada como parte de la familia —estaba diciendo—. Tiene que comer lo que vosotros coméis, y con vosotros.

—¡Eureka! —exclamé.

Mientras servía el plato siguiente que, en un intento de apaciguar la humillación de Greg, dejé muy claro que había sido preparado por él, lo vi poniendo una de mis bolas de *matzo* en un frasco de su botiquín. Los problemas de la gata parecían mejorar, pero mi marido había sido empujado a sus límites de resistencia. Ahora sólo la ciencia podía salvarlo; evidentemente había decidido mandar una muestra al laboratorio para resolver el misterio de una vez por todas.

—Déjame ayudar —dijo Iván levantándose y viniendo en mi ayuda junto al horno. Bajó la voz—: Lo siento tanto, Chloe. No sabía que veníamos a tu casa. No quería salir con AF en absoluto, pero me persuadió.

—Es una bruja —le dije—, siempre consigue que uno haga lo que ella quiere.

—Sí, es exactamente como me sentí, pero parecía tan ridículo decirlo. En cualquier caso no quiero incomodarte en tu propia casa, pero sí que me gustaría mucho volver a verte.

Su mano inició un movimiento en dirección a mi cara. Parecía sorprendido e interrumpió el gesto como un niño al que pillan robando de la cartera de su madre.

—Solos —añadió en voz baja.

—¿Dónde está tu mujer?

—Se ha marchado por una o dos semanas. —Se encogió de hombros—. Necesitamos un descanso. Algo de tiempo para pensar.

Una separación de prueba. ¿Cómo encajaba con la regla? Tendría que estudiarlo con Ruthie.

Garrapateó algo en un papel y me lo dio.

—Tendrás que descifrar esto —dijo de modo enigmático.

«Tvoi sup chudo, kak i ty. Ponedel'nik v shest chasov, 23 Potter Layn.»

—¿Qué es? —le pregunté—. ¿Un acertijo?

—Busca a alguien que hable ruso para que te ayude.

Sonrió y nuestras miradas se concentraron en la cara del otro como memorizándola. Durante un momento estuvo un poquito demasiado cerca. Olía divinamente a jabón y algo más, propio y no obstante familiar para mí. Cada persona tiene su olor con poder para atraer o repugnar, como las familias que también tienen un olor. Nuestra *eau familiale* nos golpeaba al cruzar la puerta y era notable por su ausencia cuando habíamos estado fuera y había habido otra persona en la casa. Leo siempre había tenido una capacidad olfativa bien desarrollada; podía decir de quién era cada cosa si la olía. Con el rabillo del ojo vi que lo hacía al recoger una bufanda que había caído al suelo, la olió y la colgó en silencio en el respaldo de la silla de papá.

Volví a la mesa y me senté al lado de Iván.

—Es un *risotto* delicioso —dije.

Todo el mundo hizo ruidos de apreciación y felicitó a Greg por su habilidad culinaria.

—No me trates con condescendencia —dijo todavía resentido por su derrota.

Podía sentir el calor del cuerpo de Iván junto al mío. Parecía que nuestro entorno se hubiese difuminado y que el sonido de las voces de los demás que charlaban y reían entusiastas se había vuelto poco más que un ruido distante. Las manos de Iván, mientras comía, se destacaban y sus labios, dientes y lengua se hacían visibles mientras masticaba. Quería besarlo y sentir su boca en mi cara, y sus manos en mi cuerpo.

—Chloe, Chloe. —Oí una voz familiar que me llamaba como desde una gran distancia y luego gradualmente enfoqué una cara ante mí. Greg me miraba extrañado—. Tengo que ir a hacer una visita. La maldita señora Meagan cree que le está dando un ataque al corazón. Ha estado en el consultorio tres veces esta semana. Estoy seguro de que no es nada, pero su marido insiste en que vaya.

—Bueno, de acuerdo. —Volví a la realidad desde la tibieza de mi ensoñación infiel.

—También nosotros hemos de marcharnos, Chlo querida —dijo AF.

Se levantó alisándose el vestido. Llevaba el pelo rubio —ayudado por la química— en una coleta muy apretada que de alguna forma conseguía hacerle parecer más chic que chabacana:

—Vamos, Iván.

Éste hizo amago de rebelarse:

—No, creo que me quedaré. —Pero se levantó sumiso y se puso el abrigo y la siguió como cordero que van a degollar.

Sammy y los niños nos habían abandonado para ir a ver la tele arriba; Bea y Zuzi habían desaparecido en la noche con risitas y Nick, el veterinario, se había despedido murmurando: «Sorprendente, muy sorprendente», al marcharse. Papá estaba canturreando mientras movía las manos en una conversación silenciosa con él mismo como ocurría a menudo, mientras sus pies marcaban el ritmo de la música que no dejaba de fluir en su cabeza.

—Cuéntame lo de tu aventura, papá.

Suspiró y sirvió otro vaso de vino para cada uno y se volvió hacia mí.

—¿Recuerdas a Jürgen Geber? —Más que una pregunta era una afirmación.

Geber había sido parte de nuestra mitología desde que tengo recuerdos. La historia de cómo papá y él se habían conocido era una fábula de familia que Sammy y yo rogábamos a papá que la repitiera cada vez que podíamos. En 1943 papá había ingresado en el ejército. Tenía sólo dieciséis años y había cambiado la fecha de nacimiento en su pasaporte. Falsificó la firma de su padre y dejó una nota que explicaba sus acciones. Se había marchado mientras sus padres dormían para unirse a la Quinta División Acorazada y recibir entrenamiento. Un año después se encontró en Italia, como radiooperador de un tanque. Decía que el código Morse tenía su propia música y lo aprendió con gran rapidez. Era el 15 de julio, el cielo estaba azul y sin nubes, y papá y sus cinco compañeros estaban tumbados de espaldas en un bosque cercano a Siena, una pausa bien recibida en su vida de soldados. Estaban disfrutando de unos momentos del relajo descuidado propio de hombres jóvenes, fumando e intercambiando historias de sus vidas en casa, de las chicas que habían conocido y querido, y de las que esperaban conocer en el futuro.

Unidos por un propósito común, en casa jamás se hubiesen conocido, ni

mucho menos hubieran sido amigos. Jimmy, el mejor compañero de Bertie en el tanque, era un albañil de Croydon cuya idea de una broma era levantar la pierna como un perro y lanzar el pedo más ruidoso que pudiera producir. El hecho de que cantara como Frank Sinatra y tuviera una naturaleza irreprimiblemente alegre lo había hecho ganar el cariño de Bertie, y los dos bailaban y cantaban secuencias de *Noches de Las Vegas* para divertir a los demás. Esa tarde parecía más mágica aún por la normalidad de una miríada de insectos que zumbaban y cantaban mientras hacían su trabajo de libar néctar de una flor silvestre a otra. Uno de los hombres se levantó, se alejó unos metros, se desabrochó la bragueta, orinó, y el chorro de orina trazó un gran arco sobre sus amigos sin llegar a mojarlos. Los demás aplaudieron su talento y luego, bañados por el calor del sol y adormecidos por el zumbido hipnótico de los insectos, se quedaron dormidos. Todos excepto Bertie, quien disfrutando de libertad de movimientos después de haber estado confinado en un tanque tanto tiempo, se estiró y se adentró en el bosque para hacer algo que para un hombre de su carácter maniático por la limpieza necesitaba privacidad. Se puso de cuclillas sobre la tierra seca, sintiendo la brisa suave y cálida en sus nalgas al aire.

Cuando se hubo aliviado, se adentró más en el bosque, disfrutando de su rara privacidad después de meses en compañía de soldados rudos. Perdido en sus pensamientos, tenía, como siempre, la cabeza llena de la música que lo invadía para ocupar el lugar del silencio y la soledad. Debió haber caminado un buen rato; estaba oscureciendo y se dio cuenta de que había llegado al momento sin vuelta atrás de Hansel y Gretel. Cansado, se sentó unos momentos bajo un árbol para poner orden a las melodías que estaban tomando forma en su cabeza y decidir qué iba a hacer a continuación. Debió haberse dormido, pues lo siguiente que sintió fue el frío del cañón de un rifle en su nuca. «Recuerdo haber pensado con toda claridad: de modo que éste es el final, antes de haber comenzado apenas. Sentí una especie de tristeza distante, como si mirara a otra persona, más que a mí mismo.» Volviendo lentamente la cabeza se encontró con los ojos de un soldado alemán más o menos de su edad; y el terror de sus ojos era exactamente el reflejo de lo que sentía Bertie. Los dos jóvenes temblaban; el dedo alemán tiritaba en el gatillo. Sin que sus ojos dejaran de mirar la cara de Bertie, musitó una y otra vez, como un

encantamiento: «Der Sohn einer Mutter», antes de dejar caer su rifle y echarse a llorar. «Éramos niños, dos niños, asustados, solos y lejos de casa», solía contarnos papá. Bertie cogió su propio rifle y ceremoniosamente lo dejó junto al alemán. Le tendió la mano y se presentó como si se hubiesen encontrado en un cóctel.

—Soldado Bertie Zhivago, Quinta División Acorazada.

—Jürgen Geber, Segunda División del Ejército alemán.

El alemán estrechó la mano de Bertie con cortesía.

Mediante el *yiddish* chapurrado de Bertie y el inglés escolar de Jürgen, dieron los primeros pasos en un viaje de amistad que duraría hasta la muerte de Jürgen en 1973.

—No pude matarte —dijo Jürgen cuando se sentaron, hombro con hombro a la sombra de un árbol, compartiendo un cigarrillo—. Sólo pude pensar que, como yo, eras hijo de una madre, *Der Sohn einer Mutter*. Hubiera sido como matarme a mí mismo, pues sólo pude ver la cara de mi madre cuando me marché a la guerra. Me abrazó fuerte y sentí lo pequeña que era, lo frágil que era, como si fuera a romperla con mi abrazo. Me miró intensamente. Parecía estar tomando una foto de mi cara con sus ojos.

De físico eran extrañamente parecidos, no muy altos y de constitución armoniosa, con pelo ondulado negro y ojos azules. Jürgen se había apartado de su regimiento al ponerse a cubierto del fuego enemigo. Durante los dos días siguientes ambos se escondieron en el bosque. Sobrevivieron cazando conejos, que mataban y despellejaban con torpeza antes de asarlos en una fogata. Tumbados tras estos banquetes, compartieron sus historias.

—No quería ir al ejército, me obligaron —le contó Jürgen—. ¿Qué es eso de morir por tu país? El nacionalismo es malo, te enseña a odiar y luego te enseña que el odio es bueno. Nos cuentan mentiras sobre los judíos y los comparan con ratas y nos muestran imágenes de exterminio de ratas. Me dices que eres judío, pero veo que eres un hombre como yo. Somos todos de este mundo, personas con esperanzas y temores, que quieren dar amor y recibirlo. Quienes nos metieron en esta guerra son seres viles, pero no llevan la vileza en sus caras, la esconden en sus corazones y sus mentes, y cuando quieren, la usan en su propio beneficio.

La similitud de la manera de pensar de los dos jóvenes hizo que la guerra pareciera un sinsentido. No era difícil pensar que Bertie y Jürgen podían haber intercambiado sus existencias. ¿Qué hado determinó quiénes somos y dónde vivimos? Esos dos días en el bosque cambiaron sus vidas para siempre; les enseñaron a buscar la verdad, lo que tenían en común con los demás y a pensar por sí mismos. Demasiado asustados como para anotar sus direcciones en papel, pues en el caso de ser descubiertos podían ser acusados de espionaje o colaboración, Bertie compuso dos pequeñas rimas que ambos debían memorizar. Se separaron por la tarde del segundo día. Tiempo después Bertie se enteró de que Jürgen se había disparado en la pierna para que lo declararan inválido y lo licenciaran. Tras varios meses en un hospital militar, lo devolvieron a casa. Por su parte, Bertie tardó un día más en encontrar el camino de vuelta al tanque. Había dejado a sus camaradas dormitando tranquilamente junto al tanque y ahora los halló congelados para siempre en la quietud de aquella tarde de julio, pues los habían matado mientras dormían.

¿Qué siente un chico de diecisiete años al encontrar los cuerpos muertos de sus compañeros? Bertie se sintió terriblemente culpable por haber escapado a la muerte, a lo que se sumó la incredulidad de que fuese así por haber tenido que hacer una necesidad corporal, y que ello le hubiese salvado la vida. Se sentó en una piedra y lloró. Comprendiendo que posiblemente estaba en peligro, se apoderó de él el instinto de conservación. Se introdujo en el tanque y mandó un mensaje pidiendo ayuda, luego recogió los pocos efectos personales de cada uno de sus camaradas, decidido a enviarlos personalmente a sus familias cuando volviera a casa. Mientras esperaba ayuda, se sentó tras el tanque, lejos de la vista de los cuerpos de sus amigos muertos, y canturreó en voz baja:

Jürgen con diéresis
Geber con G
Vive en Friedrichstrasse
En el apartamento C
Edificio ochenta
En Berlín, Alemania

Comprendió que probablemente el regimiento de Jürgen había sido responsable de la muerte de sus amigos y lo golpeó la ironía amarga del destino que nos tiene en su puño caprichoso. Sano y salvo en casa al acabar la guerra, Jürgen y Bertie mantuvieron el contacto y siguieron la trayectoria de sus vidas con cartas y fotos. Pero nunca se volvieron a ver, pues los dos temían destruir la magia de aquellos días juntos. Jürgen se hizo pintor y consiguió escapar de su hogar en Berlín Oriental, a Berlín Occidental, justo antes de que levantaran el muro en 1961. Bertie se hizo compositor. De pequeños Sammy y yo cantábamos *Jürgen con diéresis, Geber con G*, tal como otros niños cantan *Brilla, brilla, estrellita*.

Papá se inclinó hacia mí y me tomó la mano.

—Y ahora voy a contarte el resto de la historia —dijo.

Debí parecer sorprendida porque me dio unos golpecitos tranquilizadores en la mano y sonrió. Me contó cómo durante el otoño de 1973 la viuda de Jürgen, Helga, había viajado a Londres para darle la triste noticia de que su amigo había muerto de cáncer, y entregarle uno de sus cuadros. Era un joven en uniforme durmiendo bajo un árbol; Bertie, tal como lo había visto Jürgen por primera vez hacía tantos años en un bosque italiano, sorprendente en los detalles y la verosimilitud. Conocía bien el cuadro; estaba colgado en el estudio de papá al lado de la foto en la que estábamos Sammy y yo de pequeños, con las caritas resplandecientes de los niños bien queridos. Papá se sintió atraído por Helga como el joven que había sido antaño en ese bosque lejos de casa, y calladamente se hicieron amantes. Unidos por la pena, en su pasión recuperaron su juventud y mantuvieron a Jürgen con vida. Helga era judía. Jürgen había bromeado diciendo que era su manera de reparar las fechorías de sus compatriotas. Su gesto desafiante lo había apartado de su familia, aunque no fue difícil porque Helga era una belleza. Cuando papá la conoció, era una pelirroja alta de poco más de cuarenta años, de pecho y labios generosos, que le recordaba a Rita Hayworth. Su inglés era perfecto, con la ligera precisión y las vocales cortadas que delataba su idioma materno.

—Nos reunimos en París cuatro veces al año —me dijo papá.

—¿Todavía?

—Sí, todavía. Durante los últimos treinta años. Amar a la viuda de Jürgen

es mi modo de agradecerle haberme salvado la vida entonces. *Geber* significa «dador», lo sabes. Sin lo que me dio Jürgen yo no existiría, ni tú, ni Sammy.

—¿Y mamá?

Papá se levantó, se acercó a la ventana y miró la oscuridad del jardín. Suspiró y su aliento cálido dejó una niebla en el cristal frío; se pasó la mano por el pelo. Seguía siendo abundante y ondulado, pero con el paso de los años se había vuelto blanco. Esto es lo que hace la edad, quita el color suavizando y borroneando las aristas hasta que uno se marchita y desaparece del todo.

—Lo descubrió. Temo que estaba tan dedicado a Helga que no fui muy discreto. Le provoqué mucha pena y le prometí que renunciaría a ella. Lo intenté, pero no pude. Mamá creyó que lo había hecho y me perdonó formalmente y se vengó teniendo una aventura. Ojo por ojo, era lo que siempre decía. No puedo decir que la culpe.

Me pareció que mi propia ansiedad era trivial. Aquí estaba yo con ganas de echar un polvo con un tío que había conocido en una fiesta, y ahí estaba papá, bullendo en una caldera de vida, amor, honor y muerte. Su vida me pareció épica, comparada con la mía, únicamente mundana.

Me emocionó su historia y vi a mi padre como raras veces un hijo ve a su progenitor: como un hombre que tenía recuerdos que no me incluían, una persona por derecho propio, con su propia vida y sus secretos. Esta percepción de él como algo aparte de algún modo me hizo sentirlo más cercano.

—¿Y por qué tú y Helga no vivís juntos ahora? —le pregunté.

—Tenemos nuestras vidas en nuestros países —respondió papá—, pero más que eso, es que no queremos manchar el tiempo que pasamos juntos con los detalles del día a día. Nos viene bien vivir de este modo. La escritora Helen Rowland dijo: «Después de unos cuantos años de matrimonio, un hombre puede mirar de frente a una mujer sin verla, y una mujer puede ver a través de un hombre sin mirarlo siquiera». No quiero que esto nos ocurra a Helga y a mí, jamás.

Oímos que se abría la puerta y la voz de Greg que volvía de su visita domiciliaria.

—He de irme —dijo papá besándome como siempre, primero en los labios, luego en la nariz y por último en la frente.

Puse lo que quedaba de comida en un *tupper* para que se lo llevara a casa. Odiaba la idea de pensar en él cocinando y comiendo solo, y ahora que sabía su relación con Helga, me sentía deseosa de que vivieran juntos. Me tomó una mano entre las suyas.

—Que él te desee no quiere decir que debas entregarte —dijo.

Me ruboricé, entendiendo que hablaba de Iván, y preguntándome si había sido igual de evidente para todos.

—Eso es más o menos lo que me dijo Ruthie.

—Chica lista tu Ruthie, siempre lo he dicho.

7

Carnero disfrazado de cordero

1 mujer de más de cuarenta
1 cartera llena de dinero o tarjetas de crédito
1 parte de Top Shop
1 parte de Mango
1 parte de Zara
Un poquito de todo, accesorios y cosméticos

Mezclar la mujer con Top Shop, Mango y Zara. Permítase vestimenta inadecuada para la edad. Adornar con la sección accesorios y maquillar en la sección cosméticos. Cuando esté lista, la mujer debe lanzar miradas furtivas e inseguras a los espejos, escaparates y a los ojos de los que vaya encontrando, hombres en especial.

Por la mañana temprano me despertaron unos golpes. Al investigar de dónde procedían, encontré a Sammy en el césped del jardín clavando una estaquilla de la tienda de campaña. El pelo le caía en alborotados rizos sobre la frente y se veía vigorizado por el esfuerzo.

—El aire de la casa está muy cargado —dijo—. No podía dormir con la calefacción. ¿Podemos dormir aquí Kitty, Leo y yo un par de noches?

Le di un golpecito en el hombro, entré y me puse a limpiar sin ganas la devastación que había quedado tras la cena. Entre las papeletas arrugadas encontré la adivinanza de Iván. La había dejado sobre la mesa en un descuido.

Evidentemente tenía algo que aprender sobre todo lo relacionado con engañar al marido. La resolución que había tomado antes de quedarme dormida la noche anterior —olvidarme de Iván totalmente— se esfumó a la vez que me estrujaba el cerebro pensando en alguien que hablara ruso.

Después, al salir a la calle, entre paciente y paciente, casi choqué de frente con la Señora de las Palomas.

—Miradla, señoras —le dijo a las palomas que saltaban aleteando a su alrededor—. Está buscando problemas.

Extendió la mano y la tomé en la mía. Era sorprendentemente suave, blanca y delicada. Me atrajo hacia ella y me estudió la cara de cerca.

—Justo lo que pensaba —murmuró enigmática.

Se volvió y en un frenesí de alas y pasos, los pájaros y ella se alejaron enérgicamente. Me sentí desconcertada y extrañamente expuesta, y me quedé ahí largo rato, incluso cuando ya habían desaparecido de mi vista.

¡Claro! La tienda de *delicatessen*. Me había acordado de El Volga, una tienda rusa cerca de Salisbury Road. Atajé por el parque. La zona de recreo estaba casi vacía. Había una madre con sus mellizos que columpiaba desganada a uno de ellos. También había un borracho solitario en un banco con una lata de cerveza en la mano, balanceando la cabeza con los ojos cerrados al ritmo de una melodía que sólo él podía escuchar. Casi todos los árboles estaban sin hojas, y sus siluetas parecían esqueletos en el cielo gris, como si el frío los hubiese dejado en los huesos, sin carne. Me cerré más el abrigo. Al pasar por la casa de Ruthie, se abrió la puerta y un joven vestido con un mono de cuero bajó las escaleras de la entrada principal. La vi con el rabillo del ojo mientras cerraba la puerta. El hombre contestó una llamada de su teléfono móvil. Le oí decir: «Estaré ahí en cinco minutos». Luego se subió a una moto y se alejó a toda velocidad. A veces Ruthie trabajaba desde casa, pero raramente los viernes. Tal vez estaba enferma.

Nunca había estado en El Volga, a pesar de haber mirado con curiosidad a través del escaparate en varias ocasiones. Estaba a dos puertas del restaurante judío de nuestro amigo Abe Green, al que íbamos a menudo, sobre todo cuando tocaba la banda de su hermano Herbie. El Volga era pequeño y oscuro, y tenía una de esas campanitas que tintineaban alegremente al abrir la puerta. Me paseé por el pasillo examinando latas y botes desconocidos, con letras

cirílicas. Había chocolatinas envueltas a mano, a la antigua, con imágenes de ardillas, pesadas hogazas de aromático pan negro, una nevera llena de *dumplings* que parecían *won ton* y botellas de vodka cuidadosamente apiladas.

- *Chem ia mogu van pomoch?* —dijo desde una esquina de la tienda un hombre de unos cincuenta años y semblante serio.

Estaba sentado en una banqueta delante de unos desordenados estantes llenos de periódicos y vídeos rusos. Tenía en los labios un extraño filtro de cigarro hecho de cartón.

—Lo siento, no hablo ruso.

—¿Qué desea?

Le enseñé mi trozo de papel. Su sonrisa hizo salir el sol: casi todos sus dientes eran de oro. Era más joven de lo que había pensado, parecía de mi edad, aunque en su rostro se reflejaba una vida más dura. Se sacó el cigarro de la boca, sacudiendo una hebra de tabaco que se le había quedado en el labio, se acercó a mí y con familiaridad me dio un leve codazo en las costillas.

- *Nu-ka, devushka* —dijo—. Bueno, bueno.

—¿Qué dice? —le pregunté nerviosa al darme cuenta de que Iván podía haber escrito algo demasiado íntimo para los ojos de un extraño.

—«Tu sopa es un milagro, al igual que tú. Lunes, seis en punto, Potter Lane, 23» —Me miró fijamente, primero al anillo que llevo en la mano izquierda y luego a la cara. Parecía haber comprendido la situación en su totalidad.

—La vida es demasiado corta —dijo suavemente.

Me sonrojé, pero un bip de mi teléfono móvil me salvó de tener que contestarle. Un mensaje con una sola palabra: «¿Entonces?» Era Iván. Le di las gracias al tendero y salí. El corazón me latía con excitación y sin darme tiempo a pensar, le escribí: «Descodificado. Te veré allí». La suerte estaba echada.

Ruthie no contestaba las llamadas al teléfono fijo ni a su móvil, así que llamé a su puerta camino a casa. Tampoco contestó. Era raro y muy poco habitual en ella, pues nos habíamos comprometido a poder comunicarnos en cualquier momento. Me sentí incómoda, pero como tenía que volver para ver a

Gina la Sombría, decidí buscar a Ruthie más tarde. Gina parecía sentirse mejor en cuanto a su inminente boda.

—Todo está bien. Lo que quiero decir es que lo quiero de verdad y no es como si no me hubiese acostado ya con suficientes hombres. Al final son todos iguales. Bueno, Jim no, claro. Es mejor que los demás. O sea, que lo quiero. Y eso es todo lo que necesitas, ¿no? Todo lo que necesitas es amor, ¿verdad?

Claramente se había metido dentro de una canción de los Beatles. Pero eso es exactamente lo que sucede cuando estás enamorado; cada canción tiene un significado profundo, cada cliché te sorprende por lo acertado y real que te parece. Greg y yo teníamos dos canciones: *Feel For You* de Chaka Khan y *I Just Called to Say I Love You* de Stevie Wonder. Horteras, ya lo sé, pero eran los dos grandes éxitos de 1984, el año en que nos conocimos. Me preguntaba cuál sería mi canción con Iván. *¿Duplicity?* Me obsesioné pensando qué ponerme para nuestro encuentro del lunes. Miré a Gina, admirando la falda de gitana que llevaba con un suéter de cuello alto, un cinturón ancho de cuero y botas de vaquero. Tenía estilo; tal vez me podría prestar algo. Abrí la boca para preguntárselo pero me di cuenta a tiempo. Era su terapeuta, por Dios, no su amiguita. Estaba perdiendo la cabeza. Siempre he estado orgullosa de mi trabajo y lo he hecho bien. Incluso tengo una lista de espera de gente deseosa de estar a mi cuidado. Estaba perturbada por la naturaleza lenta de mis «análisis» durante los últimos días. Tal vez me hacía falta tomarme unas semanas de vacaciones.

Eso es lo que le dije a Greg después de que hubiéramos dejado a Kitty, Leo y Sammy en su helada tienda de campaña y estuvimos cómodamente instalados en el salón, viendo en la tele finalmente un canal de nuestra elección.

—Qué va, estás bien, Chlo. Cuando trabajas estás mejor —dijo con cierto desinterés.

Busqué las palabras para contarle mi inquietud y mi deseo de algo más, pero sin desvelar mi secreto. También quería preguntarle por qué ya no me tocaba. Pero antes de que pudiera hablar comenzó a decirme que la señora Meagan estaba en perfecta forma cuando había ido a verla la noche anterior.

—Está como una cabra, de verdad. Creo que voy a tener que mandarla a uno de vosotros. Bueno, a uno de verdad, ya sabes, un psiquiatra.

Me molestaba muchísimo cuando decía eso, reconocer sólo la psiquiatría para así dejar la psicoterapia por los suelos.

—Los psiquiatras son doctores con estudios de medicina —dijo, como hacía a menudo, con la exagerada paciencia de un hombre acostumbrado a explicar las cosas de manera sencilla a niños pequeños— y hay evidencias concretas de que los medicamentos curan a la gente, lo que no puede decirse de la técnica de sentarse y hablar.

—Entonces lo maté, Su Señoría —murmuré, preparando mi defensa para el juicio por su asesinato, mientras me levantaba enfadada y me iba a la cama. Si tenía un romance con Iván, sería culpa de Greg, él me estaba empujando a tenerlo. Antes de dormirme le mandé un mensaje de texto a Ruthie: «¿Dónde y cómo estás? ¿Café en el parque a las once? Marido Rey Cabrón de Cabronlandia». Estaba demasiado enfadada como para pensar en un acrónimo.

Kitty y Leo debieron entrar escapando del frío en algún momento de la noche. Por la mañana los encontré durmiendo, acurrucados uno al lado del otro, en la cama de Kitty, como dos cachorros huérfanos que buscan calor. Seguía enfadada con Greg.

«Ya sé cuál es nuestra canción ahora —pensé mientras vaciaba la cesta de la ropa sucia y ponía la lavadora—. *Cuando el amor se ha ido*.»

Furiosa y en silencio me comí cuatro tostadas con *marmite.*

—¡Sal de la cocina! —grité para impedirme seguir comiendo y bajé a recibir a mis dos pacientes tempraneros del sábado por la mañana. Picada por el menosprecio de Greg hacia mi profesión, me esforcé en concentrarme. Frank el Furioso era mi primer paciente. Se disculpó por llegar tarde y me explicó que había tenido que terminar de escribir sus cartas de queja a varias instituciones gubernamentales para mandarlas en la primera recogida de correo de la mañana. Me llamó la atención lo mucho que se parecía a Greg y me extrañó que no me hubiese dado cuenta antes. Escribía asiduamente su diario de la rabia, y hoy me observé a mí misma asintiendo con la cabeza a alguna de las cosas que lo ponían realmente furioso: las opciones programadas en los contestadores telefónicos; los absurdos sistemas de tarifas de los trenes, en los cuales una vuelta cuesta más que dos idas; conductores que se quedan atontados en el carril de en medio de las autopistas. No podía evitar sentir que

tenía razón; a veces la furia ardiente es la única respuesta.

Ruthie estaba haciendo la cola para el café cuando llegué a la cafetería. Parecía cansada. Tenía ojeras, el pelo le caía lacio y llevaba un horrendo pantalón de chándal verde fluorescente con una sudadera violeta. Saqué mis gafas de sol del bolso y me las puse a propósito. Se rió.

—¿Un cruasán, Chlo?

Negué con la cabeza como si me hubiese ofrecido cicuta. Me quedaban cincuenta y cuatro horas para encontrarme con Iván y después del desmán matutino con las tostadas había decidido hacer ayuno para asegurarme una máxima esbeltez.

Nos dirigimos hacia la única mesa libre. Al lado de nosotras había un padre con los mismos mellizos que había visto en el parque el día anterior. Estaban ocupados metiendo los dedos pegajosos en el azucarero, y luego en una taza de chocolate caliente para finalmente chupárselos y limpiárselos mutuamente en la cara, el pelo y la ropa. Al mismo tiempo golpeaban las cucharas con fuerza sobre la mesa. El ruido que hacían obviamente no los terminaba de satisfacer, así que gritaban a la vez lo más alto posible. ¡Bang, bang, bang!

—¡Freddie, Charlie, vale ya! —dijo el padre, golpeando sin resultado el *Financial Times* sobre la mesa, como quien quiere aplastar una mosca molesta.

Vio que lo miraba y se encogió de hombros como diciendo: «Niños, ¿no? Pero qué tipo más extraordinario que soy sacándolos, y lo hago por mi mujer». No cabía duda de que le estaba concediendo a su esposa una mañana en la cama, con esa generosidad un tanto forzada particular de los hombres que se esfuerzan en colaborar en las labores del hogar.

Esto es lo que pasa cuando se tienen niños; al llegar a casa del hospital con tu precioso fardo temerosamente pegado al pecho, te das cuenta de que alguien en tu ausencia ha erigido un marcador gigantesco en tu hogar. En él todas las cosas que tú y tu compañero hacíais sin pensar se anotan cuidadosamente: quién fue el último que hizo el té y para quién, quién le puso la funda al edredón, quién ha cambiado más pañales, quién ha vaciado el lavavajillas... Se mencionan constantemente las anotaciones en este libro de

contabilidad imaginario («Yo lo bañé cinco veces la semana pasada»). A pesar de que las mujeres marquen puntos tan asiduamente como los hombres, éstos exigen un reconocimiento y una alabanza especial por todo lo que hacen, ya que lo hacen por nosotras. «Te estoy sacando la basura», «Mira, te he barrido todas las hojas del jardín». Por lo tanto el hombre de la mesa contigua pensaba: «Te saco a los niños cada sábado por la mañana», sin importarle que su mujer estuviera en casa con ellos cada día, la misma mujer de aspecto cansado que columpiaba lánguida a uno de sus hijos, tal como lo había hecho en incontables «ayeres» y seguiría haciéndolo muchas «mañanas».

—Ruthie, no te veo bien. ¿Algo va mal? —le pregunté.

—Estoy harta del trabajo. Me parece que me paso la vida solucionando los problemas de todo el mundo. Me siento como una madre pájaro alimentando a unas crías insaciables. La gente es incapaz de hacer algo para sí misma. Y si no estoy ayudando a alguien estoy atrapada en innumerables reuniones inútiles en las que el tiempo se para. Daría lo mismo si trabajara en Shell o en una fábrica de galletas. Me parece que ya no hago cosas divertidas o creativas.

—Eso es lo que pasa cuando has estado mucho tiempo haciendo lo mismo —comenté.

—Estoy tan aburrida de todo... —continuó Ruthie sonándose la nariz—. Reuniones con gente pomposa a la que le gusta escuchar su propia voz y que empiezan sus frases como «Lo que voy a deciros va a sorprenderos, pero ¿qué os parece si...?» O dicen cosas como «Pensemos en azul cielo». Y luego una nena cualquiera llamada algo así como Wendee, deletreado con una innecesaria cantidad de «es», suelta un comentario trilladísimo con su vocecita de niña y todos los tipos la miran como si fuera Einstein, cuando sabes de sobra que lo que se están preguntando es cómo follársela sin que sus mujeres se enteren.

Se echó el pelo hacia atrás con aire cansado, se lo recogió en un moño y se puso un cuchillo de plástico a modo de pasador:

—Tal vez tenga que dejarlo todo y hacerme *freelance*. El problema es que no sé si me apetece ir por ahí entrevistando a cualquier maldita famosa de la lista Z, famosa porque se les salen las tetas de sus vestidos de diseño. No sé si

las revistas me siguen interesando.

Ése es el problema de crecer. Te pasas todos esos años subiendo la escalera sólo para darte cuenta de que al llegar arriba no te gusta demasiado la vista. Y te quedas con tres opciones: permaneces donde estás y admiras la vista de todos modos, te deslizas por el tobogán hasta el final, o encuentras otra escalera que subir.

—Una sola queja más y prometo que paro —prosiguió Ruthie—. También estoy sufriendo terriblemente de OPM. Todo en Richard me irrita; la manera como carraspea pomposamente antes de hablar, la manera como no me mira cuando le hablo, la manera como nunca me escucha y la manera como saca su hilo dental para limpiarse los dientes cuando empiezan las noticias de las diez. —Me miró vivamente—. Ya está, he terminado con mi *kvetching*.

(Kvetch es una palabrita en *yiddish* muy práctica que significa «quejarse». No puedo imaginarme cómo alguien puede pasar por la vida sin hacerlo. Hace tiempo que Ruthie y yo construimos un *kvetchatorium* virtual, que nos da carta blanca para vomitar nuestras quejas a cualquier hora del día o la noche; lo bueno del *kvetchatorium* es que siempre está abierto.)

Al otro lado había una pareja de nuestra edad con las manos entrelazadas por encima de la mesa. Él le estaba dando pedacitos de cruasán mientras se reían tontamente de alguna intimidad compartida.

—Mira a esos dos —susurré—. ¿Crees que están casados?

—Sí, claro —dijo Ruthie, y tras una pausa—, sólo que no el uno con la otra. —Chupó el borde de la taza y añadió—: Entonces, ¿cuándo es tu misión secreta?

Mantuve la vista baja, ocupada en limpiar café derramado con un pañuelo de papel de aspecto terrible, uno de los muchos que invadían mi bolso.

—Se te ve en la cara —dijo con aire de suficiencia.

—El lunes. —Era inútil negarlo—. ¿Qué me pongo?

—Las bragas de la regla para no follártelo en la primera cita.

Debí parecer sorprendida, porque añadió:

—No te sientas culpable. No tienes un marido que te pegue como para justificar tu interés en otro hombre, pero la ausencia total de sexo es razón de más. De todas formas, ten cuidado y sé discreta.

Lo que me salvó de seguir con el tema fue que en ese momento llegaron

Kitty y Sephy, como una bocanada de aire frío del exterior, llenas de ávidas expectativas. Hacía semanas les había prometido llevarlas de compras.

—Elefante en lontananza —le murmuré a Ruthie mientras me enfrentaba a mi destino. Los elefantes parecen pequeños en el horizonte distante, y sólo cuando se acercan te das cuenta de lo grandes y abrumadores que son: siempre digo que sí a cosas que están a unas semanas de distancia; me falta la imaginación para darme cuenta de que el día acordado llegará.

—Jo, que superdivertido...

—Es una puta, ha invitado a Molly y a Anna a su fiesta delante de mí. —Kitty y Sephy estaban cotilleando en el asiento trasero, terminando cada frase con una acentuada cadencia. Demasiada televisión norteamericana. ¿Se aceptaba todavía lavarles la boca a las hijas con agua y jabón o tal vez podíamos obligarlas a que se dieran un cabezazo entre ellas?

Bajamos por la escalera mecánica a lo que era, para ellas, el paraíso de las chicas, y para mí, las mazmorras del infierno. Top Shop un sábado por la tarde... ¿En qué estaría pensando? Estaba del peor humor imaginable, cuando sólo te puedes culpar a ti misma. Dejé a las niñas a lo suyo y me desplomé en la cafetería con el ensayo que supuestamente tenía que estar escribiendo para *Psychotherapy Today* titulado «Comprender a los adolescentes» y otro café. De vez en cuando, Sephy y Kitty venían a darse unas vueltas luciendo en sus preciosos cuerpos de niñas una prenda u otra. Mirando más allá, vi la misma falda que llevaba Gina. Si ella podía, yo también. Era sólo unos años más joven que yo. Bueno, de hecho, quince. De manera desafiante agarré los elementos de su conjunto de varias partes de la tienda y me los probé. Una chica de aspecto aburrido que mascaba chicle en los probadores me miró de arriba abajo. En un momento pensé que iba a llamar a seguridad para que me echaran del recinto por atreverme a probarme ropa inapropiada para mi edad.

Llevaba unos vaqueros de cintura increíblemente baja, y al darse la vuelta reveló un trasero gordo. ¿Desde cuándo enseñar las nalgas como los obreros se había puesto de moda de una forma tan ubicua? Me hubiera gustado agarrarla por las trabillas de sus pantalones, subírselos y gritarle en el oído: «¡Te veo el culo!» Me estudié en el espejo. Me veía fabulosamente bohemia, pero sin parecer el tipo de mujer que tiene gatos y apila periódicos en un

ático.

—Ay, y yo que creí que se iba a ver como una vieja loca, pero no le queda mal, ¿verdad? —Escuché decir a la cuidadora del probador a su colega mientras se despegaba el chicle del *piercing* que llevaba en la lengua.

—Estoy aquí, por si no os habíais dado cuenta —dije pasando altivamente por su lado.

A fin de cuentas esto del Top Shop era divertido; me perdí entre botas y cinturones, pañuelos y maquillaje. La chica de la caja parecía querer pedirme el carné para asegurarse de que tenía más de veintiuno, pero en vez de eso sonrió, puso las cosas en una bolsa y me dijo: «A tu hija le van a encantar». Sephy y Kitty estaban esperando impacientemente al lado de la puerta, con sus apetitos consumistas saciados hacía rato. Había escondido mi botín de Top Shop en otra bolsa, fuera de la mirada penetrante de Kitty.

—Vamos, mamá, te estamos esperando hace siglos y tenemos mucha hambre.

—Cuando yo era pequeña, Kitty, los padres hacían lo que querían y los niños tenían que amoldarse.

Kitty miró hacia arriba fingiendo paciencia.

—No hagas eso —dije—. Yo me pasaba horas sentada en coches esperando a que mi madre terminara sus aburridas conversaciones con gente aburrida en aceras aburridas; o bien me llevaban a tomar el té con sus aburridos amigos que no tenían nada para que Sammy y yo jugáramos mientras los adultos hablaban. Leo y tú nunca hacéis nada que no queráis. De hecho, me paso casi todo el tiempo haciendo cosas que vosotros queréis.

—¿Cómo qué?

—Como ver episodios interminables de telebasura donde las parejas chillan y gritan.

—¿Te refieres a *Bit of a Barney*? Venga ya, mamá, pero si te encanta; siempre quieres ver si se pegan o no. Eso no cuenta. ¿Qué más? —dijo Kitty.

—Verte a ti y a Leo delante del ordenador disfrutando con juegos que tratan de hacer estallar un montón de cabezas con una gama de armas cada vez más letales en el menor tiempo posible. No es justo, nunca me toca a mí hacer lo que yo quiero.

—Pues fuiste tú la que sugirió que fuéramos a Top Shop en primer lugar —dijo Kitty. Ése era, por supuesto, un fallo fatal en mi argumentación. Estábamos haciendo lo que ella quería en primer lugar.

—Hora de irse —anuncié empujándolas a la puerta.

—Quieta ahí —dijo—, ¿qué hay en la bolsa?

«Demonios.»

—No, nada, unas cositas. Venga, vámonos. —Afortunadamente en ese momento un chico que pasaba captó toda su atención.

—Está letal —dijo Kitty dándole un codazo a Seph.

Parece que se dieron cuenta de mi ignorancia.

—Letal, ya sabes, que está bueno —explicó.

—Oh, quieres decir lo que nosotras en la antigüedad llamábamos guapo.

Me estaba quedando claro que pese a mi ropa nueva era una mujer muy, muy vieja.

8

Receta de Ruthie Zimmer para el adulterio

1.Nunca tengas una aventura con alguien que, si se sabe, tiene menos que perder que tú.

2.Nunca confieses; si no puedes con la condena, no cometas el crimen.

3.No se lo cuentes a nadie; tu amiga tiene una amiga, no se lo cuentes.

4.Nunca pagues con tarjeta de crédito.

5.Nunca te enamores de tu amante si no vas a dejar a tu marido por él.

6.Niega y miente.

7.Asegúrate de ser lo bastante fuerte como para aguantar la culpa del engaño.

8.No dejes ninguna señal visible.

9.Traga sólo la primera vez y luego no tendrás que hacerlo nunca más, aunque siempre crean que lo sigues haciendo (P.D.: vale para todas las relaciones con hombres, no sólo para las adúlteras).

10.Nunca aceptes una prueba de ADN.

Me desperté el lunes por la mañana sintiendo un cálido cosquilleo de nerviosismo seguido de un tibio hilo de sangre entre las ingles. Me había venido la regla. Típico. Ahora me iba a tener que poner las bragas de la regla de todos modos en vez del tanga de encaje erótico que había planeado, desafiando el consejo de Ruthie. La vida de las mujeres se mide por el estado de sus bragas. Reglas, ausencia de reglas; todo está en la ropa interior,

esperando para hacernos la zancadilla. El poder de las bragas es tal que incluso tengo unas de la suerte, estilo bikini, de satén rojo con lacitos a los lados. Sentí ese conocido dolor leve en el vientre y miré hacia abajo para ver la indeseable curva que inflaba mi estómago menstrual. «Gracias, colega», le dije al dios en el que sólo creo cuando las cosas se tuercen.

Kitty dio un salto y cerró su cajón con cara de culpa cuando entré en su habitación.

—¿Qué escondes? —le pregunté.

—Nada —mintió.

Todavía tenía que adquirir ese secretismo malhumorado que llega como regalo de la naturaleza al cumpleaños de cualquier niña de trece. Kitty aún lleva las mentiras en la cara de manera tan evidente como alguien a lo alto de una colina comunicándose mediante señales ópticas. La miré con mi dura expresión de «no me escondas cosas».

—Me he comprado un sujetador —confesó de inmediato. Lo cierto es que no sería muy resistente a la tortura.

Era pequeño y de color rosa, con rositas bordadas en las copas. Miré su delgado cuerpo de niña, con su pecho liso y su cara pequeña; cuando la estreché en mis brazos se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No vayas tan deprisa, mi niña —le dije.

—Todas las demás tienen y odio ser pequeña y no tener pecho.

—Ya lo sé, cariño. Yo era igual. Mi primer sostén fue un Lucky Check. Todas lo teníamos; eran de algodón a cuadros y venían en tallas pequeñas. El mío era lila y blanco, talla ochenta. Tenía un triángulo en la mitad que hacía que se abriese si ponías el dedo pulgar adentro.

Solíamos sacarnos los sujetadores ostentosamente todo el rato, tanto para alardear de su presencia como para evitar que se nos subiesen al cuello, sin anclaje, como era el caso, por la falta total de pecho. Las siete etapas de una mujer: sostenes, menstruación, ovulación, sexo, matrimonio, niños y menopausia. Seguidos de una octava, por supuesto, aquella vieja aguafiestas, la muerte.

Le di un beso a Kitty, le dije que se quedara con su sostén y la llevé al colegio. Como de costumbre, las otras madres me ignoraron. Estoy empezando a pensar que hay un poder mágico que me hace literalmente invisible en cuanto

llego al colegio. O es eso, o que me convierto en la niña sosa y gordita del recreo con la que nadie quiere jugar. Veo a todas las otras madres, riendo y charlando, cerradas en grupos que no dejan ni una grieta para que me adentre, diciéndose unas a las otras: «Quedamos luego a tomar un café, como siempre». O: «No te olvides, Molly va a tu casa esta noche». Es un club del cual no soy miembro, pero todavía no he averiguado el porqué.

—Sabes que hay gente que te gusta y gente que no —me dijo Ruthie una vez que estábamos discutiendo el tema de los padres de otros niños y por qué nos sentíamos tan fuera de lugar con ellos. Asentí con la cabeza.

—Bueno, nos odian. Por qué es así, no lo sé. Simplemente es así.

—Pero ¿acaso no somos buena gente?

—Sí, no estamos mal, pero somos diferentes. Tenemos otras cosas de las que preocuparnos aparte de si el disfraz de Jimmy está listo o si la pequeña Sophie debería abrigarse ya que tiene un poco de tos. Criamos a nuestros hijos de manera diferente.

—¿Te refieres a que lo hacemos con una benigna negligencia en vez de con su dedicada crianza?

—Sí, creo que se sienten amenazados. Ser padres es una competición y para que ellos hagan todo bien les hace falta que nosotras lo hagamos todo mal.

Aun así quería gustarles e intenté formas de integrarme de una manera un tanto complaciente y ansiosa. Para divertirme perversamente me gustaba contar cuántas madres me ignoraban a la vez. Esa mañana era tan invisible que la madre de Molly chocó conmigo. La madre de Anna casi me sonrió por distracción, pero al elevar levemente las comisuras de la boca se dio cuenta de lo que estaba haciendo y la congeló ahí mismo, antes de que se embarcara en el largo viaje frío hacia sus ojos.

De camino a casa vi a Sammy hablando con la Señora de las Palomas. Estaban sentados juntos en las escaleras de su casa de planta baja, como si se conocieran hacía años. Sammy tiene talento para hacer amigos, a menudo con la gente más dispar. La verja estaba decorada con trapitos de colores brillantes. Ella estaba sentada con las piernas abiertas siempre, un desafío que revelaba la blancura increíble de su ropa interior. ¿Tal vez su locura le había evitado las manchas de la vida normal de una mujer? Su imagen permaneció en

mi mente como una acusación.

—Ese Iván, el ruso, no es mi tipo —dijo AF cuando llamó más tarde—. Es más del estilo agitanado que te gustaba antes.

Lo políticamente correcto y AF eran como el agua y el aceite.

—¿Qué hacías con él entonces? ¿Y qué pasa con Jeremy?

—Estuvo fuera de la ciudad un par de días. Una chica tiene que alimentarse.

—¿Así que te lo has tirado? —le pregunté como quién no quiere la cosa.

—¿A Iván? No, resultó que estaba casado.

AF no se acostaba con hombres casados. Era su única regla, totalmente ilógica en el ámbito del mal comportamiento, pero que en estas circunstancias le agradecía, ya que conociéndola, si hubiese decidido acostarse con Iván, él habría tenido que aceptarlo sin rechistar.

—Voy a ver a Jeremy esta noche —dijo—. Vamos al estreno de una película. A propósito, Jessy se va a quedar con vosotros un par de días. ¿Le puedes pedir a Bea que la recoja del colegio cuando vaya a buscar a Kitty? Te tengo que dejar, ya te llamaré otro día.

—Aguantaré la respiración hasta entonces —le dije al colgar.

Tenía que hacer una última cosa antes de ir a ver a Iván: pensar qué mentira iba a contar. No quería implicar a ninguno de mis amigos; entonces, ¿cómo explicar dónde iba a las seis de la tarde un lunes? Estaba en el baño dando los toques finales a mi maquillaje cuando entró Greg. Me sentía esbelta y sexy, pero un poco mareada y débil por el hambre.

—Estás guapa, Chloe —dijo.

Me tiré al suelo en un desmayo exagerado.

—Ja, ja, muy gracioso —dijo Greg—. ¿Ves cómo sí que te miro?

Levantó la tapa del lavabo para hacer pis. Estaba tan harta de la descuidada puntería de Leo y él que había hecho pintar un ojo de toro en el fondo del retrete. Si le pones una diana a un hombre, apuntará hacia ella siempre; el pipi *partout* era ahora algo del pasado.

Leo entró a reventarse un grano.

—¡Cómo molas, mamá! —gritó el *iPodiano* en mi oído.

—Muy sexy su falda —dijo Zuzi con aprobación mientras se miraba en el espejo del baño antes de salir a trabajar. Bea estaba en la puerta mirándola celosa, con el ceño fruncido.

—¿De dónde has sacado esa ropa? —preguntó Kitty—. Te la compraste en Top Shop, ¿verdad? Eso era lo que llevabas en la bolsa. De verdad, ya no eres una adolescente, ¿sabes? Papá, no dejes que salga así.

—Le queda muy bien —dijo Greg.

—¿Dónde vas, mamá? —preguntó Kitty suspicaz, sentada en la tapa del váter con sus ojos puestos en los míos.

—¿Alguien más quiere unirse y opinar? —intenté esquivarla mientras *Janet* se sentaba en la falda de Kitty y Sammy se instalaba en el borde de la bañera a comerse un plátano. El baño se estaba llenando.

—Voy a tomar algo con el editor de *Psychotherapy Today* para hablar sobre un artículo que estoy escribiendo para ellos. Estaré de vuelta hacia las nueve.

Sin más. Me había salido del alma, una mentira recién hecha y envuelta en papel de aluminio sacada de la caja etiquetada *Mentiras para cada ocasión.* Parecía que sí, que el engaño era uno de mis atributos a fin de cuentas.

Hice rápidamente mis tareas de inglés y latín (no eran las mías realmente, pero como si lo fueran), me aseguré de que a Bea no se le olvidara darle de comer a los niños y me fui.

«De todas formas —pensé mientras me dirigía al metro—, sólo voy a tomar algo con él. Que una mujer se tome algo con un hombre no significa que tengan un romance.»

Gota de Lluvia estaba en su lugar habitual vendiendo el *Big Issue.* Su única estrategia de venta era que cantaba desentonadamente *Raindrops Keep Falling on My Head* para atraer a los compradores. Me hizo un guiño de reconocimiento con sus tristes ojos marrones mientras le pagaba mi impuesto de la culpa. «No falta mucho para que la felicidad venga a saludarme.» Parecía cantar sólo para mí.

Potter Lane era una callejuela oscura y estrecha que salía de Beak Street, el tipo de lugar, imposible no pensarlo, donde le hubiese encantado residir a Jack el Destripador. Abrí la pesada puerta de roble del número 23 y me

encontré en uno de los muchos clubes nocturnos que proliferan por Soho. Éste tenía un aire de elegancia desgastada: suelos inclinados, sillones viejos y estantes llenos de libros. Por todas partes había cómics enmarcados y colgados de cualquier manera desde el suelo hasta el techo. Creyendo que había llegado antes que él, estaba a punto de correr al baño para echarme un último vistazo, cuando su cabeza se asomó por el lado de un sillón. Estaba sentado frente al fuego crepitante de la chimenea. Se levantó y vino a saludarme, tomándome la mano y poniendo sus labios sobre ella con el encanto del viejo mundo, mientras me miraba fijamente a los ojos.

—Qué sitio más bonito. ¿Qué es este lugar? ¿Por qué hay todos estos cómics? ¿Cualquiera puede hacerse miembro? No tenía idea de que existiera.

Sabía que estaba hablando demasiado. Iván puso un dedo sobre mis labios y me hizo sentarme en un sofá. Dios mío, qué hombre más sexy. Tomé aire para recuperarme.

—Estoy nerviosa —le dije simplemente.

—Lo sé —dijo—. Yo también.

Llevaba un traje oscuro de muy buen corte con una camiseta blanca en lugar de camisa y corbata. Tenía la cara recién afeitada y por primera vez noté una pequeña cicatriz que cruzaba su ceja izquierda. Mientras hablaba se echaba el cabello repetidamente hacia atrás con la mano derecha. El pelo de sus sienes estaba delicadamente salpicado de canas, el paso del tiempo comenzaba a darle leves palmadas en el hombro. Inclinándose hacia delante sacó un paquetito de su maletín y me lo dio. Era un diccionario ruso-inglés.

—Para ayudarte con adivinanzas futuras —dijo.

Nos pusimos a contarnos historias de nuestras vidas y fui dejándome llevar por esa dulce indulgencia de entregarse al coqueteo, y contar anécdotas para ilustrar lo interesante y adorable que eres, como si fueras un chef que estimula el apetito de un cliente con un surtido de exquisitos *amuse-bouches*.

- Luego, a los cinco años —me escuché contarle—, decidí que era una hija secreta de la familia real y que me habían abandonado en la puerta de mis padres para que me criaran. Me quedaba despierta por las noches esperando a que mis verdaderos progenitores vinieran a buscarme.

Iván era dibujante de cómics, lo que explicaba por qué estábamos sentados, ahora lo sabía, en el sofá del Club de Dibujantes de Cómics de

Londres. Había conocido a su mujer, Becky, cuando era estudiante de posgrado en lo que solía ser Leningrado, que ahora era nuevamente San Petersburgo. Ella estudiaba ruso y había ido a esa universidad por un año. Iván hizo viñetas para la revista satírica *Krokodil* hasta que se le ocurrió entregar una caricatura de Brezhnev como un perro atado a la correa que llevaba Margaret Thatcher.

—No sé cómo pude hacerlo, pero la verdad es que estaba muy desilusionado con mi país y ya no creía las mentiras que nos contaban.

Para eludir las inevitables represalias se casó con Becky rápidamente y escapó.

—Cuando era joven no era uno de esos rusos que sueñan con venirse a Occidente —me explicó—. Los que no eran ciudadanos soviéticos me daban muchísima pena; pensaba de veras que nuestro país era lo mejor del mundo. Ahora por supuesto entiendo por qué nos lo ponían tan difícil para salir al extranjero: para evitar que viésemos inmediatamente cuán difíciles eran nuestras vidas en comparación con Occidente y también qué mentiras nos estaban contando.

Hoy en día dibujaba para el *Times* y había conocido a AF cuando le pidió que ilustrara su libro sobre el celibato.

Cogió mi mano, sentí su piel cálida y excitante sobre la mía.

—Chloe, no quiero complicarte la vida. Tus niños son pequeños aún, los míos ya se han ido de casa.

El terreno se ponía peligroso por momentos, estaba esperando ver una señal de neón de peligro tras su cabeza. Asentí y miré el reloj con nerviosismo. Eran las ocho y media. Tendría que darme prisa para llegar antes de que empezara el toque de queda de las nueve.

- ¿Por qué no cenamos esta semana? —sugirió Iván mientras me ayudaba a ponerme el abrigo.

Iba a besarlo en la mejilla, pero me encontré con sus labios contra los míos. Me perdí en su boca y mi cuerpo entero entró en calor al sentir el suyo cerca, tal como el fuego que te calienta cuando vienes del frío. Hacía años que no me había sentido tan ansiosa por entregarme y rendirme a la intimidad física, y era consciente de que cada cliché sobre el amor y la atracción describía mis emociones. Al separarnos, vi mi deseo reflejado en sus ojos.

Introdujo un trozo de papel en mi mano con los garabatos que, aunque aún no comprendía, comenzaban a parecerme familiares: *Ty mne ochen i ochen nravishsia. Prikhodi ko mne na uzhin, v piatnitsu v osem chasov, 125 Sankt Peterburg Pleiz.*

Estaba impaciente por entrar en el metro y descifrar la nota con mi nuevo diccionario aunque el intento resultó infructuoso. Tendría que volver a mi hombre de El Volga. Ahora no estaba sólo al borde del precipicio, mis pies ya colgaban peligrosamente en el vacío.

And if this ain't love... why does it feel so good?, iba tarareando mientras avanzaba por el andén. De pronto, tal como ocurre con los estados de ánimo, el mío cayó en picado desde la euforia total a la apatía. En el vagón vi una pareja discutiendo en algo que sonaba como portugués. A pesar de que no lo entendía, sus cuerpos contaban la historia muy bien. La mujer estaba encogida, sentada en el borde de su asiento, alejándose, mientras él se inclinaba sobre su cuerpo, rogando y pidiendo perdón. Ella miraba por la ventana la negrura del exterior con la mirada fría y sin rendirse. El espacio entre ellos hacía eco de la distancia que existía entre los dos en ese momento y que parecía crecer con cada movimiento del tren. El tono de voz del hombre se hizo más fuerte al notar que sus súplicas eran ignoradas, y en la estación siguiente se bajó. Ella lo siguió con la vista, y mientras partíamos se irguió en su asiento para mirarlo una vez más. Luego volvió a girar la cara hacia el frío vidrio, donde pude ver el reflejo de las lágrimas que descendían por su mejilla. Comienza con un beso y termina así.

Pensé en cómo nos habíamos conocido Greg y yo. Era una fría tarde de noviembre en 1984. Hacía poco que me había dejado mi novio de la universidad, Geoff, con el que había estado saliendo tres años. Estaba aún en la etapa de querer mirar viejas fotos de los dos mientras, ahogándome en la autocompasión, sujetaba un húmedo pañuelito de papel cerca de los ojos y me sometía a ese alcoholismo intermitente que tantas veces acompaña al amor perdido. La verdad es que estaba sufriendo más de orgullo herido que de corazón roto; hacía tiempo que me había aburrido de Geoff, pero el muy cerdo se espabiló y me dejó antes de que lo hiciera yo. Mis amigos se estaban

cansando de mis elegías al amor perdido y AF, que se acostaba ocasionalmente con un saxofonista, me había obligado a acompañarla a Ronnie Scotts. Yo odiaba el jazz, especialmente el estilo libre que estaban tocando esa noche, que me sonaba como el zumbido de una marabunta de moscas furiosas. Estaba cruzando la sala calurosa y llena de humo cuando vi a Greg en la barra del bar con una jarra de cerveza. Tenía el pelo largo y descuidado, llevaba vaqueros negros y apretados, tenía las piernas largas, un hoyuelo en la mejilla y un trasero pequeño y musculoso. Comenzamos a hablar a todo volumen, como se habla por encima de la música.

—Siempre creí que era una hija secreta de la monarquía —le estaba gritando cuando una camarera nos hizo callar.

—Vámonos de aquí —dijo Greg, cogiéndome de la mano y haciéndome salir a la lluvia. Descubrimos que a los dos nos encantaba caminar bajo la lluvia y nos empapamos, parando sólo para besarnos en portales hasta que la necesidad de privacidad nos llevó a su piso donde hicimos el amor toda la noche.

—Nunca he sentido tanta pasión —me dijo, tumbado a mi lado durante un pequeño interludio—. Siempre esperé que un día fuera así.

Me parecía que era perfecto. Puse la cabeza sobre su pecho como si finalmente hubiese llegado a casa. Nos quedamos en la cama una semana, con las cortinas cerradas, yendo a la cocina sólo para poner comida en una bandeja, que uno de los dos traía a la cama.

Lamentablemente al final tuvimos que levantarnos y tomar las riendas de nuestras vidas. Yo estaba haciendo mis prácticas de posgrado a la vez que recibía terapia de un tal señor Jolly. Ya lo había conocido en la adolescencia, cuando mis padres me habían mandado a verlo. Fue el año en que murió la abuela Bella, y a mí me habían estado dando ataques de ansiedad e histeria cada vez que mi padre se iba de casa. En mi primera visita, el señor Jolly me sentó en una pequeña silla frente a una mesa de formica donde me enseñó, una tras otra, varias páginas con manchas de tinta: yo sopesaba mis respuestas: «mariposa», «monstruo con cuernos», «dos personas besándose», calculando cuán perturbada quería que él me percibiera. Más tarde dibujé un hombre en la luna.

—Ah —asintió sabiamente—. Papá luna se junta con mamá luna para

hacer bebés.

Me acuerdo que pensé, aunque no lo dije: «No, idiota. Es un hombre en la luna. Si mamá y papá quisieran follar, lo harían en casa».

Por lo tanto, tras este poco prometedor comienzo de nuestra relación, era bastante irónico que años más tarde, cuando empecé a hacer prácticas como psicoterapeuta, me lo hubiesen asignado.

—El que algo sea familiar no significa que sea bueno —dijo cuando Greg y yo estábamos en nuestro incipiente idilio, con la voz rodando en cada vocal como si tuviese un caramelo en la boca. Me miraba de manera irritante por encima de sus pequeños lentes, con los zapatos lustradísimos uno al lado del otro, como si el espacio entre ellos estuviera medido y marcado meticulosamente.

«Zapato mamá y zapato papá juntitos para hacer bebés», pensé retorcidamente. Decidí odiarlo. Desde luego no era algo bueno. Así que lo dejé y empecé a hacer terapia con la señora Kleinman, quién me iba mucho mejor. Greg y yo nos casamos tres años después.

Saliendo de la estación choqué con Lou. Llevaba dos botellas de vino, que escondió en una bolsa al verme. Habíamos hablado por teléfono desde su ruptura con James, pero ésta era la primera vez que la veía. De acuerdo con las reglas de comportamiento de las mujeres que acaban de salir de una relación, se había cortado el pelo en un estilo totalmente distinto.

—Crees que lo tienes todo y te das cuenta de que no tienes nada —dijo dándole vueltas a su anillo alrededor del dedo—. Siento que lo he perdido todo.

No sé si todo, pero desde luego había perdido peso, sin duda alguna. Se veía estupenda, por lo menos de cuerpo, de cara no tanto. Olvídate de la dieta Atkins, el régimen de las separaciones debería anunciarse como el más exitoso del mundo. Sólo por esta razón me dieron ganas de ir corriendo a casa a decirle a Greg que lo nuestro era historia.

—Lo peor de todo es que lo que nos ha pasado es de lo más común. Maree hasta se parece a mí, o a mí hace veinte años. No sabía que había conocido a alguien. Pensé que sólo nos íbamos a dar un poco de espacio —continuó Lou.

Le di un abrazo sin saber qué decirle.

—Te sentirás mejor, Lou —le dije—. Necesitas tiempo. Quién sabe, puede que esto no sea más que una tontada.

—Se ha ido a vivir con ella y se ha comprado una moto. Hijo de puta. Teníamos una vida juntos, Chloe, tal vez no era perfecta, pero era nuestra.

—¿Cómo están los niños?

—Llenos de rabia. —Se encogió de hombros—. ¿Por qué tuvo que estropearlo todo? ¿Por qué no pudo mantener su romance a escondidas?

La dejé frente a la casa que un día había sido su hogar y que ahora era su prisión, amarrándola a su pasado con cada libro, cada foto, cada taza; recordándole la vida que había compartido con James, con cada uno de sus cuatro niños como la prueba viviente del amor que habían creado juntos.

—Lo que pasa —dijo Ruthie con sensatez cuando nos juntamos para un almuerzo rápido un día después— es que la gente siempre tiene la absurda necesidad de confesar, como si sacarse la culpa convirtiéndola en el pesar de la otra persona hiciera que todo estuviera bien. Si quieres ser infiel, cállate y vive con las consecuencias. Nunca confieses: «Si no puedes con la condena, no cometas el crimen».

Habíamos estado hablando de Lou y James.

—¿Es ésa la regla número dos? —le pregunté.

Se rió.

—Tal vez debiera escribir un pequeño manual. La regla número dos lleva directamente a la regla número tres.

—¿Cuál es?

—No se lo cuentes a nadie. De hecho, hay un proverbio judío que viene a decir lo mismo: «Tu amigo tiene un amigo: no se lo cuentes».

- Eso no va contigo, ¿no? No contarte algo sería como no contármelo a mí misma.

De hecho no le había contado mucho sobre mi cita con Iván. Estaba intentando ser fuerte y resistir su encanto. No era fácil, no podía dejar de pensar en él y en su último mensaje, que decía: «Estoy impaciente por tenerte en mis brazos».

Greg estaba de buen humor cuando llegué a casa la noche anterior.

—Los he fastidiado —me dijo agitando una carta sobre multas por aparcamiento—. El Ayuntamiento ya no sabe qué hacer; saben que tienen la ley en su contra.

Cuando estábamos en la cama, intenté comenzar a hablar sobre la falta de sexo y tener una conversación de verdad en vez de la comunicación impersonal más típica de socios de una empresa: «¿Has hablado con el albañil? ¿Te acordarás de llamar al dentista?» Pero no tardé en darme cuenta, por su forma de respirar, que se había quedado dormido.

—¡Ya os lo he dicho! —había murmurado y, dando un gran ronquido, se durmió.

9

Pel'meni siberiano de Volodya

2 tazas de harina
1 taza de leche o agua
1/2 cucharada de sal
1 cucharada de aceite vegetal
3 huevos
250 gramos de ternera
250 gramos de cerdo
1 cebolla
Sal y pimienta

Picar la ternera y el cerdo en una trituradora. Luego añadir la cebolla picada, la sal y la pimienta. Para que la mezcla quede más tierna y jugosa, agregar un poco de agua. Reservar. Mezclar la harina con los huevos y la leche, añadir sal y aceite hasta que se forme una masa blanda. Amasar en una superficie harinosa hasta que la masa esté homogénea. Cortar una porción y hacer una «salchicha» (2 centímetros de diámetro). Dividir en pedazos (de 2 centímetros de grueso). Aplanar cada pieza. Tomar un vaso o taza (de 4 centímetros de diámetro) y hacer formas redondas con la masa. Rellenarlas con una cucharadita de carne picada y doblar en forma de medias lunas. Presionar un borde contra el otro. Los pel'meni se pueden congelar o cocinarse inmediatamente. Para cocerlos, hervir agua con sal en

una olla grande. Depositar cuidadosamente los pel'meni en el agua hirviendo. Hervir durante veinte minutos, revolviendo de vez en cuando. Servir con mantequilla, nata líquida o vinagre.

Volodya, mi nuevo amigo de El Volga, había renunciado a seguir enseñándome el alfabeto ruso y me estaba explicando cómo hacer *pel'meni* siberiano, esa especie de *dumplings* rellenos de cerdo y ternera que había visto en su congelador en mi primera visita.

—En nuestra casa en Tomsk —dijo—, las mujeres se juntan y hacen cientos de *pel'meni* al final del verano. Cuando era niño, mi madre me sentaba en una silla, me servía un té muy caliente y una cucharada de mermelada. Ahí me quedaba mientras ellas trabajaban, sorbiendo mi té y escuchándolas contar chismes y cantar, con las caras sonrojadas por el esfuerzo, compitiendo entre ellas para ver quién hacía más *pel'meni.* Luego los envolvían en papel y los guardaban en la nieve; nuestro patio era una gran nevera en invierno. Si tenías hambre, podías agarrar un puñado, hervirlos y comértelos con nata o vinagre. Deliciosos. Tome, llévese éstos a casa y pruébelos.

Hizo un paquetito y los metió en una bolsa diciendo:

—Claro que son mucho más ricos cuando los haces tú mismo.

—Es curioso que cada cultura tenga su *dumpling.*

- Son reconfortantes y llenan, ¿verdad? Comida para el alma.

—Comer puede ser muy reconfortante —dije, acordándome de cuando la abuela Bella me ponía unos deliciosos bocados en la boca a la vez que me daba palmaditas en el hombro—. Mi hija Kitty lo llama «comerse los sentimientos».

Antes, cuando entré en la tienda, me asusté al encontrarme con Volodya tomando té con Bea y Zuzi, los tres alrededor de una mesita al fondo, discutiendo en inglés con su fuerte acento.

—No sabía que os conocierais —dije sorprendida.

—Estamos trabajando en la mejora de las relaciones checo-rusas —dijo Volodya sonriendo—. Lo hacemos hablando a gritos sobre los libros que hemos leído.

—Éste es nuestro club de lectura —explicó Bea.

—Sí —dijo Volodya—, estamos discutiendo sobre *Ana Karenina* —apuntó el dedo hacia Zuzi—. Dice que Ana merecía morir por traicionar a su marido, pero creo que las personas pueden perderse por una pasión y todo el mundo debe tomar el amor donde lo encuentra.

—Vosotros los rusos, siempre con la cabeza caliente de pasión por esto o lo otro —protestó Zuzi, con la cara sonrojada de rabia—. Esta pasión hace daño a otros.

—La equivocación de Ana Karenina fue no mantener en secreto su amor por Vronsky. Podía haber tenido un romance sin hacerle daño a nadie —me escuché decir mientras Volodya me miraba con complicidad.

—De todas formas —dijo—, ya hemos acabado con este libro.

Cogió otro de la estantería.

—Ahora vamos a empezar a leer este otro.

Era *Doctor Zhivago.* Qué apropiado.

—Pero ése ya lo habéis leído todos, ¿no? —pregunté.

Cuando tenía dieciocho años, había pasado un verano absorta en los clásicos rusos, con una compulsión abrasadora de adolescente por encontrar respuestas a las grandes preguntas y a mis propias raíces. Por razones obvias, *Doctor Zhivago* había sido el primero en mi lista.

—Yo no —dijo Volodya— y ellas fingen que tampoco lo han leído al igual que fingen que no hablan ruso. —Las miró con mofa—. *«Na samon yele, vy use ponimaete.»*

Bea y Zuzi lo miraron frunciendo el ceño.

—¿Qué ha dicho? —pregunté.

—Él dice: «De hecho, entendéis todo» —dijo Zuzi, dándose cuenta al decirlo de que le estaba dando la razón. Chasqueó la lengua molesta.

—Es verdad que ninguno ha leído *Doctor Zhivago* —dijo Bea—, así que, por favor, no digas lo que pasa.

Tomó a Zuzi del brazo y se marchó. Era evidente que ya estaba establecida no sólo en mi casa sino también en el barrio.

—¿Tienes otra nota que necesitas que te traduzca? —me preguntó Volodya cuando nos quedamos solos—. No te preocupes —añadió viendo mi expresión —, yo no cotilleo.

—Siento pedírtelo de nuevo, Volodya.

—Tonterías; a nosotros los rusos lo que más nos gusta es la conspiración.

Miró la nota de Iván y se rió.

—¿Qué dice?

—«Me gustas mucho, mucho. Cena en mi casa, a las ocho en punto, viernes, plaza St. Petersburgh, 125.»Ten cuidado, Chloe, los hombres rusos hacen lo que sea para conseguir lo que quieren, sobre todo cuando se trata del amor.

—Me pregunto qué va a cocinar —musité.

Luego me di cuenta de que la cena en sí no era el tema; ya que si iba, me acostaría con él.

En un momento de *carpe diem*, le mandé un mensaje a Iván aceptando la invitación. Tenía que empezar a prepararme con menos de dos días de antelación. Mi primera parada fue en Absolutely Gorgeous, en High Street, para que me hicieran una exfoliación vigorosa. Había cuatro o cinco mujeres sentadas en la recepción, todas de mediana edad. Nos hallábamos en la dura batalla de preservar nuestra menguante belleza, pero me preguntaba si era ésa la única razón por la que estábamos allí. La definición de un buen marido solía ser aquel que «te dejaba tranquila», pero eso que había sido antes un cumplido ahora se había convertido en una queja por lo que, hambrientas de afecto físico, teníamos que recurrir a pagar por masajes y tratamientos faciales para que alguien nos tocara, conscientes de que era un sustituto muy pobre del contacto íntimo de un hombre que de verdad te desea y que tú también deseas. Cuando los tratamientos de belleza no bastaban, el siguiente paso era encontrar un amante.

Mi terapeuta de belleza hablaba con acento surafricano y llevaba un uniforme blanco muy ceñido con una chapa bajo el pecho izquierdo que la anunciaba como «Jacquee». Tenía la irritante costumbre de decir «¿Ah, sí?» de manera indiscriminada a todo lo que yo le decía.

—También quiero hacerme las cejas.

—¿Ah, sí?

Economicé mis palabras al máximo y asentí con la cabeza cuando me preguntó si quería la depilación especial estilo bikini, sin haber entendido que esto significaba un «brasileño». Me pasó un paño bruscamente, como una

madre que le cambia los pañales a su bebé, después me echó cera caliente sobre mis partes más íntimas, sacándome hasta el último vello de ahí *abajo* excepto una sencilla pista de aterrizaje que me dejó en medio.

—¿Ah, sí?

Estaba demasiado aturdida para chillar de dolor y me sometí silenciosamente a sus siguientes procedimientos: depilación de cejas, piernas y similares. Me sentía como un pollo, pelado y listo para la olla. Gracias a Dios, mi piel tenía un día o dos para que desapareciera el rojo furioso que había adoptado y volviera a tener su habitual tono amarillo invierno.

Tenía muchas ganas de tumbarme un rato y recuperarme del trauma, pero me encontré a AF y Jessie en la cocina de casa. AF abrió la nevera, examinó su contenido, volvió a cerrarla sin coger nada y se sentó. Todas tenemos una necesidad compulsiva de mirar en las neveras de las demás: es algo que hemos estado haciendo los últimos treinta y tantos años. Al principio, nos tragábamos cualquier cosa que contuvieran con el abandono de las chicas que aún están creciendo. Ahora que ya no queríamos crecer, nos otorgábamos el placer indirecto de darnos un banquete, pero sólo con la vista.

—Estás guapa, cariño —le dije a Jessie, que llevaba una camisa nueva y parecía menos atormentada de lo habitual.

—Ella da igual, mírame a mí —dijo AF empujando a Jessie a un lado para ponerse en mi campo visual—. Estoy de fábula, ¿no? Me han absorbido la grasa del trasero y me la han puesto en los labios y los mofletes.

Puso la boca en forma de O, haciendo morritos. Parecía el tipo de boca que sólo estaría contenta si tuviera un gran pene entre los labios. Pensé que ésta era la apariencia que estaba buscando, ahora que había vuelto definitivamente con Jeremy.

—Mmm, te queda muy bien —dije educadamente—. Pero ¿lo de la absorción de grasa significa que estás fuera de juego con Jeremy?

—No, no —me contestó—, hoy en día son muy listos; sólo tengo dos pequeñas incisiones, una en cada nalga y se cubren fácilmente con las bragas.

Lamentaba haber preguntado.

—Me voy a mi habitación —dijo Jessie precipitadamente—, quiero decir arriba —corrigió.

La habitación de invitados bien podía llamarse su habitación. En la última

semana había pasado en ella casi todas las noches, y cada vez que venía deshacía cuidadosamente la bolsa que había traído, por lo que las estanterías y cajones estaban ahora llenos de sus cosas. Unos días antes me encontré a Sammy y a ella sentados en la cama mirando unas muestras de pintura, ya que él se había ofrecido a pintar su habitación. No pensaron en preguntarme si me importaba, y tampoco se me ocurrió a mí que debieran haberlo hecho hasta un tiempo después. ¿Cómo esperar que otros respetaran mis límites si yo apenas estaba al tanto de ellos?

AF no dejaba de hablar sobre la terapia celular, un tratamiento nuevo de cultivo de tus propias células en laboratorio que luego te vuelven a inyectar, devolviéndote a la gloria total de tu juventud.

—No dejes de ir a ver a Rasa Rastumfari —me decía AF—. Es más, te voy a comprar una sesión con él para tu cumpleaños. Es de Afganistán y su lista de espera es de dos años.

—¿Para qué? ¿Me movería la grasa del cuerpo de un sitio a otro? —Fingí interés.

—Es el especialista mundial en irrigación de colon. Sencillamente el mejor. Una vez que lo visitas, te quedas limpia como un silbato por dentro y por fuera; no practicar sexo anal después es un crimen total.

—Parece una razón bastante buena como para no ir a verlo —dije—. Además —añadí—, antes de 1967 el sexo anal era un crimen.

—Menuda mojigata —me dijo, mientras su mirada tomaba un halo de ensueño evocando algo—. Anoche Jeremy estaba a punto de penetrarme cuando...

Me puse los dedos en los oídos y comencé a cantar fuerte para bloquear los detalles íntimos. AF me atizó con su ejemplar de *Celebrity Today,* el cual había doblado astutamente para asegurarse de que viera una foto suya que ocupaba toda una página.

—Te noto cambiada, Chloe, ¿qué has hecho? —Me evaluó con curiosidad.

Me sonrojé; hasta AF había intuido el brillo del adulterio anticipado que me iluminaba. Afortunadamente no tardó mucho en volver a llevar la conversación hacia sí misma.

Apenas pude dormir esa noche; se me mezclaba la ilusión infantil de la

víspera de Navidad con la ansiedad adulta antes de una mala acción. Me quedé tumbada con mi propia versión de *Aquarius* dando vueltas en mi cabeza a todo volumen mientras Greg dormía a mi lado a intervalos:

Es el amanecer del día del adulterio,
el día del adulterio.
¡Adulterio!
¡Adulterio!

Y por supuesto, unas horas después, llegó el Día. Me encerré en el baño y me examiné exhaustivamente la zona del bikini. La rojez había disminuido bastante y se veía más o menos normal, aunque un poco calva. Tenía suerte de que mi marido tuviera tan poco interés en mi cuerpo desnudo, ya que un hombre más atento podría haberse preguntado qué me traía entre manos. Me miré el rostro de manera crítica y abrí una crema de ojos (pesada en onzas cuesta igual que el oro). La tapa se me resbaló entre los dedos y cayó al suelo. Mientras me arrastraba buscándola a cuatro patas encontré varias cosas bajo un armario pequeño: un calcetín perdido, tres bolis, dos bolas de pelusa, un botón y... una caja de GreyAway. La caja tenía un diseño retro de la década de 1950 que mostraba a una mujer de labios pintados de rojo mirando con admiración a un hombre repeinado de pelo negro.

Use GreyAway para restaurar su color natural y vuelva a ser el hombre de antes. Este preparado con sustituto de melanina le devolverá su juventud en un momento: sin guantes, sin tintes y sin molestias. Olvídese de que se está haciendo mayor y vuelva a sentirse joven, con la vida por delante.

Había descubierto el secreto de Greg. Por lo visto no era la única que había entrado en la crisis de los cuarenta. ¿Quién hubiera pensado que mi juicioso marido quería evitar las canas? ¿Era entonces la melanina la fuente de su potencia y deseo al igual que el cabello había sido responsable de la legendaria fuerza de Sansón? ¿Acaso la falta de melanina había causado su pérdida de interés sexual? Puse la caja de nuevo en su sitio con mucho cuidado.

Luego, cuando Greg salía camino de la consulta, calzado con unos nuevos zapatos rojos, le dije que por la tarde tenía una conferencia en el Royal

College of Psychotherapists. La mentira cayó tan suave como la miel sobre el pan.

—Puede que regrese muy tarde —añadí para cubrirme las espaldas, bastante impresionada de mi propia maldad.

Frank el Furioso trajo una caja con la correspondencia que mantenía con la compañía de gas para justificar por qué le había pegado al empleado del gas el día anterior. Era un complicado pero conocido cuento de citas hechas y perdidas y facturas pagadas de más, sin devoluciones.

—Me han llevado al límite de la resistencia humana. Cualquiera hubiese hecho lo mismo —me dijo.

Iba a tener que afrontar un juicio por agresión, lo cual lo ponía aún más furioso.

Gentleman Joe se pasó la mayor parte de su sesión llorando.

—Lo único que quiero es tener un hogar con una buena mujer y unos hijos —dijo—. ¿Es pedir demasiado?

Sentí tanta lástima por él que llegué a considerar presentarle a una amiga soltera que llevaba veinte años buscando al Sr. Perfecto sin encontrarlo. Le sugerí suavemente que era mejor no mostrar tan claramente las intenciones cuando se trata de relaciones, ya que las posibles candidatas huelen los pesados humos de la desesperación y se alejan corriendo como si se tratara de un ataque de ántrax.

Estaba a punto de salir cuando me llamó papá para decirme que iba a haber una gala en el Royal Albert Hall en su honor.

—¡Eso es fantástico, papá! Estoy muy orgullosa de ti.

—Será porque creen que estoy a punto de estirar la pata —me dijo brillante.

Miré a mi alrededor buscando madera para tocar; no encontré nada, así que me toqué la cabeza con las dos manos (en nuestra familia esto se había decretado como el sustituto apropiado de la madera cuando se trataba de alejar los espíritus malignos y proteger la buena fortuna). No me gustaba nada cuando papá bromeaba sobre la muerte.

—Helga va a venir para asistir al acto. Tal vez os podríais conocer un

poco.

—Me encantaría, papá. No puedo creer que la hayas mantenido en secreto tanto tiempo.

—¿Y qué hay del amigo ruso? —contraatacó.

—Nada —le mentí.

—Ya, ya, a mí no me engañas. Según Shakespeare soy un padre sabio.

—¿Qué quieres decir?

—«Un padre sabio conoce a su propio hijo» —dijo el bardo.

A modo de respuesta le canté mi versión de *Aquarius*.

Decidí ponerme vaqueros. No quería parecer demasiado interesada. El hecho de haberme gastado especialmente ciento cincuenta libras en ellos no era relevante. Entre la factura del salón de belleza y la ropa nueva me estaba dando cuenta de que el adulterio era muy caro. Y aún no había llegado a ese punto. Sería muy estúpido no recuperar lo invertido, pero aún así sostenía un debate con mi conciencia. ¿Debería o no? Intenté jugar «piedra, papel o tijera» contra mí misma, pero pronto me di cuenta de que la mano derecha sabe lo que va a hacer la izquierda. Greg y yo solemos jugar a las cartas. Así es como tomamos grandes y pequeñas decisiones, y hacía años que habíamos firmado una declaración diciendo que el resultado de un «piedra, papel o tijera» no podía ser discutido bajo ninguna circunstancia. Así es cómo habíamos llegado a vivir en Queens Park, habíamos tenido dos hijos e incluso ésa fue la razón, una vez, por la cual Greg pasó una semana con sólo medio bigote.

Kitty estaba tomando el té en casa de una amiga, por lo que conseguí salir de casa sin que se diera cuenta, aunque Sammy, que estaba sentado en el muro del jardín mirando el cielo nocturno, me miró al entrar en mi coche y, bromeando, lanzó un aullido de lobo al aire. La plaza St. Petersburgh da a la calle Moscow en el barrio de Bayswater. Pensé que era ingeniosa la manera en que Iván había conseguido fingir que seguía en Rusia; yo no sabía si hubiera elegido vivir en la calle London en Moscú, si ésta existiera. La verdad es que siempre me he sentido desarraigada del concepto nación y me gusta pensar que mi hogar es el lugar donde decido colgar el sombrero. Me di cuenta de que los griegos se habían apropiado de la antigua iglesia rusa ortodoxa de la calle

Moscow, convirtiéndola en una catedral griega ortodoxa. Bizancio había vuelto. Era sorprendente que no le hubiesen cambiado el nombre a la calle y que ahora no se llamara Athens.

Sin darme cuenta me encontré ante la gran puerta color verde oscuro de Iván. Apenas podía respirar, el corazón me latía con fuerza y sentía náuseas. ¿Acaso algo que te hace sentirte tan mal puede ser algo bueno? Bajé los escalones que descienden a la acera, le pedí un cigarrillo a un fumador que pasaba y me lo fumé paseándome por delante de la casa de Iván. Había dejado de fumar cuando me quedé embarazada de Kitty y el subidón de nicotina se me fue directamente al cerebro. Me sentía como si me hubiese encontrado con un viejo amigo al que no había visto hacía tiempo, pero tras unas caladas me acordé de que no era más que un amigo falso. Apagué la colilla en la acera y me fui a buscar una tienda abierta para comprar los caramelos de menta que repararían el pecadillo.

Sonó mi móvil. Era Kitty; acababa de volver a casa.

—No me siento bien, mamá —dijo con voz de niña pequeña a causa de su malestar—. Me duele la cabeza y tengo ganas de vomitar.

—¿Te duele el cuello? Y ¿los ojos al mirar la luz? ¿Algún sarpullido? —La sombra de la meningitis, que se llevaba vidas con el sigilo y el silencio de los asesinos profesionales planeaba amenazadora.

—No, eso no. Pero me duele el estómago. ¿Cuándo vienes a casa?

—No hasta más tarde. ¿Dónde está papá? Pónmelo, él te cuidará.

Greg me prometió que sería comprensivo y que la cuidaría; en otras palabras, que trataría a Kitty como a una hija y no como a una paciente.

Nuevamente se erguía la puerta verde entre mi futuro y yo. Toqué el timbre. Apareció Iván envuelto en una bata. Era de seda estampada, de aquellas que se ven en tiendas como Harrods o como las que llevan los *caballeros* mientras leen el periódico y toman el desayuno que les acaba de servir su mayordomo. Me di cuenta de que tenía unos pies bonitos, no como las patas tan peculiares de Greg. Me ajusté la chaqueta, aturdida por su presunción. ¿No podría acaso haber empezado la velada vestido? Ambos sabíamos lo que había, pero habría sido un poco más cortés simular que el resultado de nuestro encuentro no fuese tan obvio antes de que empezara siquiera. Me di la vuelta y salí corriendo. Oí

que me llamaba.

—Espera, Chloe. —Luego oí sus pasos mientras corría descalzo para alcanzarme—. ¿Por qué te vas así?

—La bata —le dije apuntándola.

—¿Y? ¿Acaso salí yo corriendo cuando me abriste la puerta envuelta en una toalla? —Estaba dando saltitos para evitar el frío helado de la acera.

—Eso fue otra cosa, yo no te esperaba.

—Mira, lo siento. Me quedé dormido después del baño. Mi intención era recibirte vestido. ¿Podrías entrar, sentarte y tomar algo mientras me visto?

Lo seguí mansamente de vuelta a su casa. Me llevó a un salón de techo alto donde había una botella de vodka enfriándose en una cubitera. En una pared colgaba una enorme alfombra persa y las otras estaban cubiertas de libros y de dibujos de Iván. Las cortinas, de terciopelo azul nocturno, estaban cerradas dejando la noche afuera, y en la chimenea crepitaba un fuego. Era una escena preparada para la seducción.

—No es la primera vez que haces esto —lo acusé.

—Tengo cuarenta y nueve años, Chloe. Tal vez te sorprenda, pero no soy virgen.

—Vamos, ve a vestirte —le dije cuando se me acercó.

Cuando se fue, me sentí sola y deseé no habérselo dicho. Di vueltas por la habitación, cogiendo cosas y volviéndolas a poner en su sitio, como un perro que gira antes de encontrar su postura. No esperaba que Becky me hubiera suscitado un interés especial. Su función principal, en cuanto a mí se refería, era simplemente existir para así poder cumplir la regla número uno. Pero en ese momento deseaba saberlo todo sobre ella. ¿Era acaso más delgada, más guapa, más alta o más baja, más joven o más vieja que yo? Una fotografía en la repisa de la chimenea tenía las respuestas. Evité a propósito mirar a los dos adolescentes de la foto y puse toda mi atención en la pequeña mujer que me miraba. Parecía alguien cuya hermosura no había sido más que un regalo fugaz de la juventud. El paso de los años había borrado todo esplendor anterior, dejando una mujer de aspecto común y corriente con un ligero aire de decepción. Pelo castaño, ojos color avellana, figura poco interesante. A su lado estaba Iván, un tanto más joven. En comparación, de aquella manera irritante que hace a los hombres mejorar con la edad, era ahora más atractivo

aún de lo que había sido de joven; las arrugas le añadían carácter a la cara y le daban esa apariencia sexy de hombre vivido que me resultaba tan irresistible.

Sentí sus manos en mis hombros mientras me giraba hacia él. Su ropa todavía tenía un aire casero: pantalones de lona color piedra, una camiseta de Bob Dylan y los pies descalzos. Me pasó un chupito de vodka helado levantando a su vez el suyo para hacer un brindis.

—Bebamos al estilo ruso. El primer brindis es para *znakomstvo,* para conocerse, o en nuestro caso para conocernos un poco mejor. —Mantenía su mirada en la mía de una manera en la que parecía tocar mi cuerpo desnudo con el suyo—. Toma esto —me dijo dándome un pedacito de pan negro. Primero bébete el vodka y luego inspira fuerte el olor del pan antes de comértelo.

Tenía un fuerte aroma que aliviaba el fuego del vodka y que llenaba mis sentidos con un calor eufórico. Se lo habían mandado desde Moscú.

—Lo puedes comprar aquí, pero nunca con el mismo sabor y consistencia.

Nos sentamos en el sofá frente al fuego.

—El próximo brindis es *za krasivykh zhenshchin*, por las mujeres bellas y en particular por una. Por ti.

Me acarició el pelo, apartándolo de mi cara mientras me miraba de una manera que me hizo enrojecer como una niña que está a punto de recibir su primer beso. Me llegó el olor de algo delicioso: era evidente que estaba cocinando algo para cenar, pero era bastante obvio que no lo íbamos a probar. Estábamos destinados a darnos un hambriento banquete del uno y del otro.

Me tocó; su dedo suavemente siguió la curva de mi pómulo hasta terminar en mis labios, como aconsejándome gentilmente que permaneciera callada. Siguió el contorno de mi boca y me levantó el mentón mientras se agachaba para besarme. Inhalé su olor, aquel excitante y desconocido aroma del cuerpo de un hombre que aún no conocía. Dios mío, qué bien olía; masculino y almizcleño como la fruta prohibida. Sus labios eran suaves y besaba muy bien. (Un hombre que besa mal, lo sé por experiencia, casi siempre equivale a un mal polvo. Muy a menudo en mi malgastada juventud, había permitido que el aparentemente inquebrantable proceso de los malos besos y los malos polvos se completara por una cuestión de buena educación y también porque, si te

retractabas después del beso, te calificaban de lo peor, de calientapollas.) Mi cuerpo entero se entregó a ese beso, arqueándose hacia él e intentando acercarse lo más posible. Quería adentrarme en el suyo. Me encantan los hombres que saben desvestir a una mujer. Sin codazos en el ojo o pelo enganchado en cremalleras y botones. Iván me despojó de toda la ropa en un momento. Por primera vez en diecisiete años me encontraba completa y alarmantemente desnuda ante un hombre que no era mi marido. Luego me quitó todas las joyas que llevo a diario como una armadura: anillos, reloj, pendientes, incluso mi delicada cadenita del cuello: todo fuera.

—Las joyas representan las cadenas de otros hombres que te han conocido —dijo—. Y yo te quiero para mí, sin las trabas de tu pasado.

—¿Y cómo sabes que no me las compré yo?

—¿Así fue?

—No.

Me sentía demasiado cohibida como para mirarlo a los ojos cuando comencé a desvestirlo. Me temblaban los dedos al desabotonar sus pantalones y al sentir el calor de su piel me invadió el deseo. Puso la cabeza entre mis senos y me perdí en una caída libre de sensaciones. Envolví mi cuerpo alrededor del suyo, la suavidad de mi piel placenteramente frotándose contra la dureza de la suya y su vello. Su boca recorrió mi cuerpo. Por fin, todas esas voces ruidosas dentro de mi cabeza se quedaron en silencio y me entregué a las sensaciones. Existía sólo en ese momento, besando y siendo besada, susurrando, tocando y explorando un nuevo territorio con mis manos, mis labios y mi boca. En el momento del clímax se rió fuerte y yo apreté las piernas alrededor de su cintura, queriendo que se quedara dentro de mí para siempre.

Luego permanecimos abrazados en ese estado de resplandor radiante que no había sentido en tanto tiempo.

—Eres tal como imaginaba que eras —dijo Iván mientras pelaba meticulosamente una manzana con un cuchillo de mango de hueso y me pasaba finas rodajas. Me recordaba al que usaba mi abuela Bella para untar *schmaltz* en el pan. (Se le había olvidado apagar el horno y la comida se había quemado hacía horas.)

—¿Qué quieres decir?

—Suave, sedosa y sexy. Quiero hacerte el amor toda la noche.

Debimos quedarnos dormidos; pero lo que me despertó no fue un indisciplinado rayo de sol a través de las cortinas, sino la ensordecedora sirena y las luces azules de un coche de policía que me sobresaltó de pronto. Miré el reloj. Eran las dos de la mañana. Iván dormía a mi lado. El fuego de la chimenea casi se había apagado, sólo quedaban brasas, como si fueran el eco de las chispas de nuestra pasión.

—La palabra pasión y sufrimiento tienen la misma raíz en ruso —me había dicho Iván antes.

Esperaba que la una no siguiera necesariamente a la otra, aunque si no llegaba pronto a casa seguramente sería así. Recogí mi ropa, que estaba tirada por el suelo y en silencio me adentré en la noche, despositando un suave beso en el hombro de Iván.

Me sentía llena de una voluptuosa sensación de mi propio ser, rebosante de haber tocado y de que me tocaran. La intimidad física de mi encuentro con Iván había abierto algo en mí y me había dejado vulnerable. Me di cuenta de todo el tiempo en el cual me había mantenido separada de mí misma y encerrada, con la cabeza hirviendo constantemente y el cuerpo como poco más que la vasija de mi cerebro. Pensé en lo dolida que estaba por la negligencia física de Greg hacia mí. «No es raro que haya acabado en la cama con otro hombre», pensé, justificando mi comportamiento. Era mucho más fácil y menos doloroso dejar la culpa en la puerta de otra persona. Caminé de prisa hasta donde estaba el coche y conduje a casa rápidamente.

Ensayé excusas por mi inexcusable retraso. Me había encontrado con una vieja amiga, habíamos ido a su casa y charlado durante horas y sin darnos cuenta se había hecho tarde. ¿Colaría ésa? Al pasar delante de la casa de la Señora de las Palomas la vi mirando por la ventana; una lámpara le iluminaba la cara y la larga cabellera blanca. Parecía agitar la cabeza. Al alejarme se dio la vuelta, corrió la cortina y desapareció de la vista. Me sentí como si yo fuera su hija traviesa que llegaba tarde y ella mi madre, esperando ansiosa. Mi casa estaba oscura, dormida. Me sentí cambiada por la experiencia de la infidelidad, como una extraña que había perdido su lugar para mantener la

mentira de la familia feliz. Me encontré con Sammy sentado con las piernas cruzadas y sin moverse, meditando en el suelo del salón, con los ojos cerrados y la respiración tranquila y profunda. Me senté frente a él mirándolo. Abrió los ojos lentamente y me miró sin decir nada. Tras unos momentos se levantó muy despacio, me tomó de la mano y me llevó a la cocina.

—¿Dónde has estado, Chlo?

Comencé con mi conferencia del encuentro con la vieja amiga, pero no parecía creérselo. Agitó la cabeza.

—¿Ves? Por eso no me he casado nunca. Sencillamente no creo que los seres humanos puedan ser monógamos. No en nuestra sociedad, por lo menos. Es el centésimo Síndrome del Mono.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, sabes que un cuerpo humano está compuesto de células individuales, ¿no? —Asentí—. También somos, cada uno de nosotros, células individuales en el cuerpo de la humanidad. Por lo que todo lo que pensamos o hacemos individualmente nos afecta a todos. ¿Sabes de qué te hablo, Chloe? Es lo que Jung llamó la Conciencia Colectiva, la unidad de la que todos formamos parte.

—Sí, pero aún no sé qué es lo que tiene que ver eso con los monos o la monogamia.

—El centésimo Síndrome del Mono es un salto espontáneo de la conciencia colectiva cuando se alcanza un punto de masa crítica.

—¿Lo que significa?

Sammy cruzó las piernas en la postura de loto y se dirigió hacia mí atentamente, su cara de cuentacuentos muy cerca de la mía.

—En la década de 1950 había unos monos en una pequeña isla de la costa de Japón que cuando comían ciertas batatas enfermaban, ya que eran demasiado arenosas. Entonces uno de los monos descubrió que si lavaba la batata antes de comérsela no le sentaba mal. En poco tiempo, todos los otros monos de la isla comenzaron a hacer lo mismo. Luego otros monos de otras islas del mundo, que no tenían ningún contacto con los primeros, los imitaron y lavaron las batatas. Por eso, la teoría es que después de que el centésimo mono de la isla original comenzara a lavar sus batatas antes de comérselas, se alcanzó una masa crítica, que afectaba así a la conciencia colectiva de los

monos de todas partes. De la misma manera, nadie respeta ya los votos del matrimonio. En mi opinión, una vez que la centésima pareja los rompió para cometer adulterio, se hizo inevitable que los demás hicieran lo mismo.

—Vaya, es toda una teoría.

—Por eso lo que cada individuo hace cuenta, porque puede afectar al comportamiento de todos los demás en todas partes. Gandhi dijo: «Debes ser el cambio que deseas ver en el mundo». No quiero casarme porque no estoy seguro de ser capaz de mantener los votos del matrimonio.

—Pero seguro que si te casas y eres fiel y otros te siguen, podrías invertir la tendencia. Sería el centésimo Síndrome de Sammy.

—Sary —me corrigió y agitó la cabeza—. La tendencia en la otra dirección es demasiado fuerte en este momento. Mírate a ti misma, por ejemplo.

Me sonrojé, avergonzada de que mi trasgresión fuese tan evidente para él.

—Gandhi también dijo: «Vive como si fueras a morir mañana» —le contesté a la defensiva.

—Pero estás buscando algo en otra persona, Chloe, un sentido de la totalidad y de lo completo que tan sólo puedes esperar encontrarlo en ti misma.

Primero Ruthie, luego papá, ahora Sammy: por lo visto todos se habían convertido en malditos filósofos de pacotilla y psicoterapeutas.

—¿Acaso no puede una chica divertirse un poco? —me quejé.

—Eso afecta a otra gente también, Chloe, no sólo a ti.

Tenía razón, por supuesto. Ése es el problema de crecer, casarse y formar una familia. Adquieres una responsabilidad colectiva y todo lo que haces tiene un efecto en los que te rodean. No hacen falta cien monos, tú solita, haciendo el mono, puedes causar mucho daño. Lo más extraño era que, aún sabiéndolo, no iba a ponerme freno. Sentía que había sido buena y responsable durante demasiado tiempo y lo único que quería era volver a ver a Iván. Pelé un plátano y me lo comí al estilo simio. Sammy se rió.

—Sabes que hagas lo que hagas te voy a querer siempre —me dijo.

—Lo sé. Yo también, quiero decir, te voy a querer siempre.

Sammy estaba esculpiendo un trocito de madera con un cuchillo. Su tipi en España estaba lleno de extrañas criaturas hechas de madera.

—¿Y qué hay si estás felizmente casada? —dijo de pronto.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, que tal vez los matrimonios felices son así. —Abrió los brazos ampliamente como abrazando la cocina, la casa, mi vida—. Andas buscando algo mejor y estás descontenta con lo que tienes, y de hecho lo que tienes es lo que la mayor parte de la gente busca en la vida.

Me encogí de hombros.

—La felicidad depende del prisma (es decir, yo misma) con el que se mire. Es algo muy subjetivo.

—Es verdad —me dijo mirándome de arriba abajo—. Pues te diré una cosa. Hablando objetivamente, te ha sentado bien el sexo. Seguro que fue bueno.

—Así es, fue alucinante.

Salió al jardín y se metió en la tienda de campaña; su silueta pronto dejó de verse en la oscuridad. Tuve la tentación de ir con él, pero el aire de noviembre me disuadió. Me duché lo más silenciosamente posible en el baño del sótano para lavar de mi cuerpo el pecado antes de subir y deslizarme cual víbora en el nido marital. ¿Cuál iba a ser el resultado de mis acciones? Por el momento estaba demasiado feliz como para que me importara.

10

Halupki de Bea

(Rollitos de col rellenos)

1 col
1 kilo de ternera picada o cordero
Sal y pimienta
1 huevo
1 cucharada sopera de perejil
1/2 taza de cebolla picada
1 diente de ajo
1/2 taza de arroz cocido
2 latas de tomate triturado
1 cucharada sopera de azúcar
1 cucharada de vinagre
2 tazas de agua

Hervir la col durante 10-15 minutos.

Separar las hojas del tronco cuidadosamente. Añadir a la carne sal y pimienta, huevo, perejil, ajo, cebolla y el arroz cocido, mezclarlo todo.

Amasar las albóndigas con la mezcla y envolver con las hojas de col en forma de paquete.

Colocar algunas hojas de col en una sartén y poner los paquetes encima

con los dobleces plegados hacia abajo.

Mezclar el tomate picado con azúcar, vinagre y agua. Verter sobre los paquetes de col, cubrir y cocinar a temperatura media durante una hora y media.

Para 4-6 personas

¡Dios! ¡Qué bien me sentía a la mañana siguiente! Ni siquiera la culpa podía estropear la deliciosa sensación de habitar un cuerpo que se había ejercitado recientemente en las artes amatorias. Estas piernas, brazos, labios y manos habían hecho lo que debían. Por fin, parecían decirme, te has acordado para qué servimos. Por primera vez en años sentí que mi cuerpo me pertenecía. Sentí ganas de ejecutar uno de los preciosos bailes de Kitty dedicados a las princesas enamoradas que se despiertan y danzan tras desperezarse. En vez de eso me puse a tararear *I feel pretty* mientras preparaba el desayuno ignorando las miradas atónitas que mi inusual buen humor matutino estaba provocando.

—Tienes un mensaje de texto, Chloe —dijo Greg cogiendo mi teléfono.

Sólo por los pelos conseguí contenerme y no lanzarme encima de él como un jugador de rugby. Simulando indiferencia dije:

—¿Me lo pasas, por favor? —Y lo guardé en mi bolsillo.

—¿A qué hora llegaste a casa anoche? —me preguntó Greg.

Él, Bea, Zuzi, Kitty y Leo, todos, me miraron expectantes. Sammy se detuvo en el umbral de la puerta camino al jardín y *Janet*, la gata, también esperaba mi respuesta con una pata en el aire.

—Como a la una —mentí.

—No puede ser —dijo Bea—. Yo bajé a cocina a la una y media para coger un zumo naranja para mí y mi Zuzi. No estabas en la casa a esa hora.

Zuzi y ella intercambiaron unas risitas y una mirada de complicidad como acordándose de las actividades que les habían generado esa sed nocturna.

—Perdóname, Torquemada, debe haber sido poco después de eso —dije mientras me dirigía al sótano, ansiosa de escapar de los inquisidores presentes en mi cocina.

«Te echo de menos.» El mensaje de Iván parecía acariciarme. Me

preguntaba cómo la gente podía haber tenido aventuras antes de los teléfonos móviles e Internet. Son tan perfectos para satisfacer las necesidades de las relaciones clandestinas que es difícil imaginar que hayan sido inventados para cualquier otro propósito. La Autopista de la Información, gran negocio, ja, ja... Seguro que todo es creación de un tipo a quien le gustaba la informática y tenía líos extramatrimoniales.

Me estudié la cara en el espejo. Mi frente parecía llevar un rótulo en el que se leía: «Recién Follada». Estaba radiante: ojos brillantes, mejillas sonrosadas y labios llenos de satisfacción. Había vuelto a la vida. Apenas había comido en los últimos días y aquellos kilos cabezotas que se negaban a partir de mis caderas se habían desvanecido. Olvida la terapia celular, todo lo que una chica necesita es un buen polvo.

El cielo nunca me había parecido tan azul ni los pájaros habían cantado nunca tan dulcemente. Caminando por el parque tras ver a mis pacientes, vi a Ruthie en la distancia, de pie bajo un árbol hablando con el mismo joven vestido de cuero que había visto salir de su casa el otro día. ¿Por qué no estaba en el trabajo? Algo estaba sucediendo; tendría que exponerla a un despiadado examen más tarde. Íbamos a ir todos a la Noche del Concurso en el colegio de Kitty y Sephy. Éste era el único evento escolar al cual Greg estaba dispuesto a asistir, ya que era la mejor manera de mantener su memoria metafóricamente de pie. ¿Podría retener todo ese conocimiento general, esas respuestas a preguntas triviales o tal vez un incipiente Alzheimer estaba esperando a borrarlas una por una de su cerebro en proceso de deterioro? Lo pillé en la bañera esa mañana, abriendo el grifo con sus curiosos dedos de los pies, hojeando una mojada edición de un libro titulado *¿Sabe todas las respuestas?* Si así era, no pude evitar pensar, tal vez no le importaría decirme qué hacer con Iván y con mi vida en general.

Me preguntaba qué era lo que me parecía extraño en la cocina esa tarde cuando me disponía a salir, y luego me di cuenta: era la imagen de Bea haciendo por una vez algo que correspondía a la descripción de su puesto de trabajo. Estaba ocupada preparando *halupki*, una especialidad checa de col rellena, para la cena de los niños. Aunque era más probable que la estuviera preparando para Zuzi y que se hubiera visto obligada a incluir a los niños en el paquete al acordarse de su existencia.

A ellos no les gustaba mucho que Greg y yo saliéramos. Leo no estaba particularmente interesado en interactuar con nosotros, pero le gustaba saber que estábamos en casa y a su alcance para cuando se le antojara, y Kitty todavía quería que la acostáramos cada noche.

—Es vuestro deber de padres cuidarme —solía decir—, por lo tanto es vuestro deber llevarme a la cama.

Era difícil discutir esa lógica, pero no podía evitar sentirme a merced de una experta garra manipuladora, cuya perfección se había depurado durante muchas generaciones. En esta ocasión, conseguimos escaparnos fácilmente; Kitty estaba absorta haciendo la coreografía de la Danza de la Col para Zuzi, y Leo se había encerrado en el baño con el teléfono. A pesar de que Kitty le había jurado mantenerlo en secreto, me había revelado que su hermano había decidido que ya era hora de encontrar una novia. Con este fin, estaba organizando por orden alfabético a todas las chicas de su clase y llamando a aquellas que habían pasado la primera selección para entrevistarlas como si de un trabajo se tratara.

Greg y yo caminamos en silencio hasta el colegio. Había llovido antes y el frío de la tarde había helado la acera. Tenía que tomarlo del brazo para no resbalarme. Caminábamos a paso perfecto, con los pies totalmente sincronizados, a diferencia del resto de nuestros cuerpos que ya no lo estaban. A pesar de nuestra proximidad física, me sentía cada vez más ausente mentalmente. Ése es el auténtico problema del adulterio, me di cuenta, no tanto el hecho de practicar el sexo con otro, sino lo que simbolizaba: la transferencia de intimidad de tu marido a un extraño. Por eso el sexo es tan importante en una relación; mantiene la cercanía, un sentido de pertenecer el uno al otro. Al no tenerlo, me había sentido tentada de buscarlo y encontrarlo fuera de casa.

Batí mi récord de todos los tiempos: seis madres me ignoraron incluso antes de haber llegado al vestíbulo del colegio.

—Felicidades —me dijo Ruthie cuando se lo conté—. Espera un segundo —añadió en tono acusativo—. Te has acostado con él.

Me sonrojé.

—¡Dios mío!, ¿y qué tal?

—Una maravilla —le contesté.

—Lo quiero saber todo con pelos y señales más tarde.

Teníamos una mesa para los cuatro. Nadie más, por lo visto, quería estar en nuestro equipo. La Noche del Concurso era un tema serio y parecía que algunos de los concursantes habían tenido un entrenamiento más duro que el de Greg. Podía oír a los de la mesa contigua preparándose; uno le preguntaba al otro cosas sobre el gobierno actual.

—Se lo toman tan a pecho —dije indicando la mesa de al lado, donde el concursante estaba ahora en pie y dando saltitos mientras lanzaba respuestas al aire, como si la preparación física fuera a hacerlo más apto para la tarea. Ruthie susurró:

—Algunos hacen lo que sea con tal de ganar.

—Claro que sí —dijo Richard, poniendo papel y lápices en fila frente a cada uno con su acostumbrada precisión.

Me incliné hacia delante de forma conspiradora.

—Ojo con Charles el Tramposo, da vueltas por ahí escuchando las respuestas de los demás para comunicárselas a su equipo.

—Por lo visto ha estado recibiendo clases para leer los labios desde el año pasado —dijo Greg.

Comenzó el concurso y al poco rato Ruthie y yo estábamos aburridas y nos comenzamos a escribir notitas y a reírnos tal como hacíamos en clase de física hacía treinta años. La gente de las otras mesas empezó a cuchichear y a intercambiar miradas, así que intentamos aplicarnos y comportarnos bien.

«¿Globe y Jerusalem son tipos de...? Charles el Tramposo debe de haber notado mi petulante expresión mientras me observaba de cerca. Escribí: «Alcachofa» en un papel y se lo enseñé a los otros. La siguiente pregunta estaba chupada para Richard: «¿Quién era la diosa griega de la victoria que ha prestado su nombre a una conocida marca?» Entusiasmado dijo «Nike» en voz alta. Me di cuenta de que Charles el Tramposo tenía un cómplice: un hombre en la otra punta de la sala que con los ojos puestos en Richard le hizo señas a Charles como un apuntador en una carrera de caballos. Teníamos que tener más cuidado. Greg pareció reaccionar con las siguientes dos preguntas: «¿Qué licencia costaba treinta y siete peniques cuando fue abolida en 1988?» Se rió de lo fácil que era y garabateó: «La licencia por tenencia de un perro». «¿Qué significa la palabra “Hypocausto”?» Una mujer de la mesa contigua nos miró a

Ruthie y a mí y cubriéndose la boca con la mano susurró fuertemente:

—Lo sé, lo sé, es cuando Hitler mató a todos esos judíos en la guerra.

Ruthie y yo nos miramos sin poder creérnoslo.

—En una encuesta donde preguntaron a escolares de Estados Unidos si sabían lo que era el Holocausto, el cuarenta por ciento contestó que era una fiesta judía —dijo Ruthie lo bastante alto como para que se oyera—. Al menos ella sabe lo que fue el Holocausto, aunque crea que se dice Hypocausto. (Greg conocía la respuesta, «Calefacción bajo el suelo».)

Yo sabía todas las respuestas de las preguntas culinarias, Ruthie cubría a los famosos y Greg y Richard se ocupaban de lo demás. Ríos de descontento fluían de cada esquina del lugar, convirtiéndose en un océano de odio ondulante que alcanzaba nuestra mesa. Me levanté a recoger el premio: una botella de vino. Con enemigos y todo, me gusta mucho ganar.

Phil, el padre de Molly, la amiga de Kitty, estaba detrás del podio. Me miró de arriba abajo.

—Tiene suerte ese marido tuyo, mejor que te mantenga vigilada.

Sonreí débilmente. Estaba claro que irradiaba unas feromonas que parecían afectar a los que tenía alrededor. Phil se estaba quedando calvo, era un poco gordo y tenía la cara roja y curiosamente sin arrugas. Llevaba un *blazer* azul marino de botones dorados y una corbata con una insignia que denotaba que era miembro de un club muy importante. Los fines de semana, según Kitty y Sephy, que se habían quedado a dormir en casa de Molly una vez, Phil o «Fracciones» como era conocido, ponía a Molly y a su hermano Fred deberes de matemáticas. Cuando los terminaban, escribía en ellos la fecha y la hora y los puntuaba con tinta roja. Demasiados errores significaban que el domingo no podían comer golosinas, el único día en que lo tenían permitido. Kitty y Sephy también habían tenido que hacer los deberes, por lo que desde entonces habían declinado más invitaciones, lo cual no era de extrañar. Como resultado de esto, Molly se había confabulado con Anna para declarar la guerra a Kitty y Sephy.

—Fracciones no te quita los ojos de encima —me dijo Ruthie, que estaba detrás de mí apuntando a Phil con la barbilla

—Ya lo sé. ¿Acaso tengo una nota en mi espalda que dice: «Disponible para cometer adulterio»?

Ruthie me dio la vuelta y asintió.

—Ay, pues sí.

Me llevó a una esquina.

—¿Qué tal con Iván?

—Maravilloso.

—Espero que hayas usado un condón —me dijo Ruthie.

No le contesté.

—Chloe, por el amor de Dios, no sabes dónde ha estado, ni sabes nada de él.

—Marcha atrás —mentí.

—Bueno, ya sabes cómo llaman a la gente que usa el método de la marcha atrás, ¿no?

La miré sin saberlo.

—Mamá y papá.

—Ah, muy gracioso. Eso no me preocupa; tengo el ciclo menstrual tan raro últimamente que creo que me está llegando la menopausia antes de tiempo.

Me miró con expresión severa.

—Está bien, usaré condones de ahora en adelante. Quiero decir, si lo volvemos a hacer.

—Lo volverás a hacer, y lo sabes —me contestó Ruthie estudiándome la cara.

A su vez yo estudié la suya. No tenía buen aspecto.

—¿Estás resfriada? —le pregunté.

—No, es un tipo de alergia, creo. Voy al servicio, vuelvo en un segundo.

Mientras Ruthie estaba en el lavabo, le dije a la mamá de Molly que me *encantaba* su conjunto, para hacerle la pelota un poco. Era de corte tradicional, pero bonito, el estilo «monzón» que les encanta a las mujeres un poco mayores. A la moda, pero *apropiado* para una mujer de más de cuarenta. Falda larga de terciopelo morado oscuro, con un jersey de cuello de pico a juego que revelaba el más discreto de los escotes, un pañuelo del mismo tono con un nudo suelto alrededor del cuello y botas también moradas con un tacón moderado. Era un poco demasiado a juego todo. Su maquillaje estaba bien aplicado y era discreto, llevaba el pelo bien cortado y moldeado con el secador. Miré mi falda vaquera demasiado corta y la vieja chaqueta a juego y

mis botas. Me llevé la mano al lápiz que sostenía mi pelo en un alborotado moño. Llevaba los labios pintados de color rojo fuerte, mucho rímel en las pestañas y tenía un agujero en las medias. La mamá de Molly pronunció un «gracias» casi inaudible y se alejó como con miedo de que le contagiara algo y saludó a la madre de Anna diciéndole:

—El martes tomamos el café en casa de Janice después del colegio.

Vi a Greg y Richard al lado del escenario charlando con Claire e Ian, los únicos padres que nos hablaban, porque ellos, como nosotros, eran los raritos del patio. A su lado había otro grupo conversando. Una de las mujeres estaba ansiosamente pegada a su marido. Cada vez que abría la boca para hablar, el esposo la hacía callar diciéndole:

—Siempre te equivocas, déjame que lo cuente yo —o sencillamente levantaba la mano para que se callara y cerraba los ojos con irritación.

Con cada rechazo parecía encogerse y plegarse más en ella misma, como si deseara volverse minúscula y finalmente desaparecer para siempre en un lugar donde no la hicieran callar. Al observarlos, no podía evitar pensar que el matrimonio puede acabar con la individualidad, especialmente cuando una parte es más fuerte que la otra. Una aventura separa a la pareja y permite que el adúltero se vuelva a encontrar consigo mismo. Mi encuentro con Iván me había hecho sentirme liberada de Greg y mi propia identidad había quedado intacta; pero una parte de mí deseaba esa *unidad* que forma el matrimonio sin tener un secreto por medio.

Ruthie, de vuelta del lavabo, se rió cuando le conté mis vanos intentos por ganar la aceptación de la madre de Molly. Cuando le pregunté sobre el hombre vestido de cuero, me contestó con evasivas, diciendo que era un mensajero que le traía cosas de la oficina, ya que cuando podía trabajaba en casa. Era perfectamente plausible, pero a pesar de no saber exactamente qué, había algo en su comportamiento que continuaba preocupándome. Parecía inusualmente animada y habladora y me di cuenta de que estaba bebiendo mucho.

—Dios, qué lugar más aburrido —dijo demasiado alto—. Vamos a tomar algo a otra parte. —Se acercó a Greg y Richard—. Venga, maridos, vámonos de aquí.

Ni Richard ni Greg se dieron la vuelta. La curiosa alquimia que nos hacía invisibles ante las demás madres parecía haberse extendido a nuestros propios

maridos.

—¿Ves? —dijo Ruthie girándose hacia mí—. Nunca me escucha, nunca.

Creí que estaba bromeando, pero su voz tenía un tono particular. Richard lo notó también y se volvió hacia ella al momento, con una expresión entre divertida y preocupada.

—¿Por qué demonios nunca me escuchas? —le preguntó Ruthie alzando la voz.

Otros padres nos estaban mirando, como tiburones que huelen la sangre, y comenzaron a acercarse. Richard rodeó sus hombros con el brazo.

—Sí que te escucho, cariño, tú sabes que sí —dijo calmadamente. Miró a su alrededor con cierto nerviosismo e intentó llevarla hacia una esquina.

—No sé qué estás mirando —le gritó Ruthie a una mujer que inclinaba la cabeza hacia delante para enterarse de lo que ocurría—. ¿Te escucha a ti tu marido? El mío, a mí, no —continuó sin darle tiempo a la mujer para contestar —. Cuando llego a casa tiene la vista clavada en un libro. Ni siquiera la levanta para preguntarme cómo me ha ido el día. Si le dijera que me han diagnosticado una enfermedad terminal, no se molestaría en levantar la cabeza.

La mujer miró rápidamente hacia otro lado con vergüenza. Richard y yo intercambiamos miradas de preocupación, y con una mano apoyada en su espalda, me llevó a Ruthie. Esta vez no pudo resistirse, apoyó la cabeza en mi hombro y lloró en silencio. Estábamos de pie en el exterior, escondidas en una entrada lateral, escuchando las voces que se despedían y los motores de los coches que arrancaban. Los haces de luz que pasaban por nuestro lado comenzaron a disminuir al irse los coches. Las ruedas crujían en la gravilla helada de la entrada.

—Es sólo que me gustaría que me escuchara y que hablara conmigo —dijo Ruthie en voz baja.

—No llores, cariño, estoy aquí contigo. ¿Qué es lo que te ha hecho sentir tan mal? —le pregunté.

Veía a Richard y a Greg en la entrada principal, mirando hacia la oscuridad.

Agitó la cabeza. La animación que tenía antes se había esfumado de su rostro, dejándola exhausta. Por primera vez parecía tener la edad que tenía; eso es lo que te hace el desencanto.

—Estoy tan cansada, Chlo.

—Veámonos para hablar mañana —le dije. Ella asintió.

Salimos y nos acercamos a nuestros maridos. Richard vino hacia nosotras, tomó a Ruthie por el brazo y la llevó hacia el coche.

—¿A qué vino todo eso? —preguntó Greg mientras caminábamos a casa.

—No estoy segura. La soledad del matrimonio, creo. —Me acerqué a él y sentí cómo estuvo a punto de apartarse—. ¿Por qué no hacemos nunca el amor? —le pregunté en voz baja.

—¿Qué? —respondió, fingiendo que no me había oído.

—Nada —le dije.

11

Pastel de manzana y hachís para diabéticos de Greg McTernan

250 gramos de harina
1 cucharadita de levadura en polvo
1 cucharadita de bicarbonato de soda
1 pizca de canela en polvo
1 pizca de nuez moscada
1 pizca de sal
355 mililitros de puré de manzanas sin edulcorar
15 gramos de Splenda u otro sustituto de azúcar
2 huevos
1 cucharadita de extracto de vainilla
70 gramos de pasas
1 cucharadita de hachís rallado (o más, dependiendo de lo colocado que se quiera estar)

Precalentar el horno a 190 oC. Engrasar ligeramente un molde de 20 x 10 centímetros. Mezclar la harina, la levadura, el bicarbonato de soda, la canela, la nuez moscada y la sal. Separar. Batir los huevos a punto de nieve y añadir Splenda u otro sustituto de azúcar. Agregar el puré de manzanas, la vainilla y el hachís. Añadir la masa y remover hasta que no tenga grumos. Agregar las pasas, extender la pasta en el molde. Hornear a 190 oC durante una hora, o hasta que al pincharlo con un palillo éste salga limpio.

Al día siguiente tomando un café en la cafetería del parque, Ruthie dijo:

—En un minuto hablaremos acerca de mi comportamiento la última noche, pero primero quiero saberlo todo sobre Iván. ¿Lo volverás a ver?

—Por Dios, sí, fue demasiado delicioso como para no volver a hacerlo.

La miré, parecía más tranquila.

—Ten cuidado —me dijo—; eres una mujer casada con familia.

—¿Crees de verdad que existe alguien que está felizmente casado, Ruthie?

—Depende de lo que quieras decir con felizmente —contestó—. Si significa lo que parece, entonces está bien, lo acepto. Pero si es posible tener un matrimonio realmente feliz, esa clase de matrimonio que es como caminar descalzo en la arena de la playa, entonces es ése el que quiero. No puedo soportar la idea de que alguien tenga ese tipo de matrimonio y que no sea yo.

Ruthie puso su mano sobre mi brazo, como si fuera una madre reconfortando a un niño caprichoso. Se veía cansada.

—Sería feliz si mi marido me prestara atención de vez en cuando.

Nos quedamos en silencio por un momento.

—Sería mejor estar casada con alguien que estuviera fuera a menudo —dije pensando en la relación de papá con Helga—. Ése es el mejor matrimonio, uno con un marido ausente. De esa manera no te sientes desgraciada por no tenerlo, sin el inconveniente de que esté en casa.

—Sí, podríamos estar casadas con militares. ¿Te acuerdas de lo que me escribió John en el ejemplar de *Cien años de soledad* que me regaló cuando cumplí dieciocho años?

Asentí. Pasamos años intentando convertirlo en nuestro mantra, y fracasamos una y otra vez. John fue el primer amor verdadero de Ruthie, diez años mayor y más inteligente que nosotras. Había escrito: «Si viéramos la vida como el regalo que es, seríamos menos exigentes».

—¿Quién era realmente ese mensajero? —pregunté volviendo al asunto del misterioso hombre vestido de cuero. El instinto me decía que era la clave de todo.

Ruthie me miró:

—Se llama Carlos.

—¿De dónde es?

—De Clapham.

—La pregunta es: ¿de dónde es su mercancía? —En el local el bullicio comenzó a subir de volumen—. ¿Colombia? —pregunté. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

—Mira, he empezado a meterme un poco de coca con alguna de las chicas de la oficina para aliviar el tedio aplastante del trabajo. No es para tanto. De cualquier manera, en el antiguo Egipto ya solían hacerlo.

—¿De qué estás hablando?

—Hace unos años un científico ruso encontró restos de cocaína en unas momias egipcias. Yo he desarrollado una pequeña afición a ella, eso es todo.

Pero eso no era realmente todo. Parecía aliviada de tener finalmente la oportunidad de confesarme que había pasado de la ocasional raya en una fiesta de la oficina a casi un gramo diario, empezando a las ocho y media de la mañana con una dosis «para ponerse a trabajar», seguida por otra «para continuar hasta la pausa del café», y así todo el día hasta la hora de irse a dormir.

—¡Por Dios, Ruthie! ¡No me vas a decir que tienes problemas con las drogas a los cuarenta! Eso pasa en la adolescencia o entre los veinte y los treinta. Ya sé que siempre has sido la última en probar las cosas, pero esto es ridículo, y si no tienes cuidado, se te va a caer la nariz a pedazos.

—Lo sé, lo sé. Parece que me he creado yo sola mi propio «Valle de las muñecas». Tomo cocaína para estimularme y escapar del aburrimiento mortal que es mi vida, y luego estoy tan sobreexcitada que no puedo dormir y entonces tengo que tomar Xanax para calmarme. De cualquier modo —continuó—, ¿qué pasó con todas esas mujeres que en las décadas de 1950 y 1960 eran adictas al Valium? Simplemente sigo la noble tradición de la neurosis de la mediana edad asociada a la adicción a las drogas o el alcohol.

—Sí, pero ellas se morían de aburrimiento porque se pasaban todo el día en casa y no podían encontrar satisfacción en un trabajo. Nosotras lo tenemos todo.

—Entonces, ¿por qué sentimos tan a menudo que no tenemos nada?

No tenía una respuesta y alargué la mano para confiscarle sus drogas.

—No tengo nada —me respondió dándoles la vuelta a sus bolsillos.

—Te estaré vigilando —le advertí.

La revelación de Ruthie me hizo sentir insegura, como si se me moviese el

suelo debajo de los pies. Aunque yo era la terapeuta, Ruthie siempre había sido la que me daba estabilidad y me afianzaba. Le ofrecí acompañarla a Narcóticos Anónimos.

—Esos sitios ya no son tabú —le aseguré—. En estos días mucha gente pertenece a AA o a NA. De hecho, me estás dando la excusa perfecta para ir; me estaba sintiendo algo excluida.

—Ése es el problema —contestó Ruthie—. Seguramente nos encontraremos a todos nuestros conocidos, lo que convierte lo de anónimo en una tontería.

De todas maneras tenía que encontrar una forma de ayudarla; la quería demasiado como para dejar que continuara así.

Mientras regresaba a la consulta, le mandé un mensaje a Iván: «¿Podremos volver a besarnos pronto?»

«¿Puedes hablar?» me contestó.

«Sí.»

Me llamó enseguida. Al oír su voz me ruboricé y mi mente se llenó de imágenes de cuando estuvimos juntos. Su cabeza oscura entre mis muslos, los gemidos de placer que se escapaban de mis labios. ¡Qué cosas tan íntimas habíamos hecho juntos y qué poco sabíamos el uno del otro todavía! Una mezcla de placer y vergüenza subía y bajaba por mi columna haciéndome estremecer.

- *Chudo* -me susurró.

—¿Qué quiere decir?

—Milagro. Es el nombre que te he puesto.

—Oh, sí, eso era el primer acertijo. Yo pensé que mi sopa era el *chudo*.

—Tú también. ¿No te acuerdas: *Tvoi sup; chudo, kak i ty*?

—Tú ya eres suficiente milagro —le dije con coquetería. Estaba impaciente por volver a verlo.

Nos quedamos en silencio. ¿Qué se suponía que tenía que pasar después? Una vez satisfecha la curiosidad inicial que sentíamos el uno por el otro, ¿podríamos volver tranquilamente con nuestras respectivas parejas?

—Se me ha puesto dura sólo de hablar contigo —dijo Iván.

Volver tranquilamente con nuestras respectivas parejas claramente no

estaba en nuestros planes. Iván se soltó a decirme guarrerías. Parte era en ruso, por lo tanto incomprensible para mí, pero aun así extrañamente excitante. Me gustan los hombres que dicen cochinadas, pero de una manera agradable, con intenciones honorables, no de una forma agresiva y desagradable. Una línea fina que Iván, con sus preciosos pies, supo no traspasar a la perfección.

Mi antiguo novio Gus Fallick había sido el que mejor sabía decir guarradas. Con su verbo ni siquiera necesitaba tocar tu cuerpo: podía hacer que una chica llegara al orgasmo sólo con caricias verbales. Era una suerte que se le diera tan bien hablar, ya que él vivía en Glasgow y yo estaba en Londres y raras veces podíamos vernos. Todavía me acuerdo del tiempo que estuvimos juntos como una de las épocas en que tuve mejor sexo. La relación se murió cuando me fui a París, donde ya no me quedaba al alcance del oído, pues las llamadas telefónicas eran muy caras en esa época. Lo último que supe de él fue que estaba casado y con hijos, pero no podía evitar pensar que tenía una empresa que ofrecía servicios de *chat* erótico para que todo el mundo disfrutara de su maestría verbal, ya que era una lástima que todo ese talento se desperdiciara en una sola oreja. Parecía que reanudar la actividad sexual había reactivado mi memoria erótica y me hacía sentirme generosa con los amantes en general.

Bajé al sótano. La única nota amarga en la que hubiese sido una mañana perfecta era la cita de Regalo del Cielo en mi agenda. Era mi primer paciente. Estaba recostado en la silla con los brazos cruzados detrás de la cabeza y las piernas estiradas. Parecía que su objetivo era ocupar la mayor cantidad de espacio posible para imponer su presencia. También podría haber meado en cada rincón de la habitación.

—Chloe —me dijo con la voz deliberadamente grave y ronca—, ¿cuánto tiempo vamos a seguir peleando con estas cosas?

—Bien, yo creo que estás empezando a hacer pequeños progresos. Sólo necesitas pensar más en lo que la gente te está diciendo realmente que en lo que crees que dicen...

—No, no, no, Chloe, mírame. —Se inclinó hacia delante y fijó sus ojos en mí.

—¿Perdón? —Me retorcí como un gusano en un anzuelo.

—No podemos seguir ignorando la atracción que hay entre nosotros —me dijo intentando coger mi mano—. Tú eres una mujer muy especial.

La frase tan manida fue acompañada de una mirada de párpados caídos que pretendía ser ardiente, pero en cambio me pareció la de un enfermo de parálisis cerebral.

—Yo soy tu terapeuta y tu comportamiento no es adecuado —le dije con dureza.

Regalo del Cielo saltó de su silla y se puso de rodillas ante mí y me intentó besar, con su húmeda boca como una aspiradora, que buscaba la mía. Conseguí escaparme de la fuerza de la succión, me aparté de un salto y me crucé de brazos. ¡Cómo deseaba darle un rodillazo en la entrepierna!

—Me temo que no es bueno para ti que sigas viniendo.

Asintió de manera cómplice.

—Sí, pequeña, necesitamos salir de esta habitación y vernos más. ¿Entiendes lo que te quiero decir? Vamos, sabes que te gusto.

—De verdad, de verdad, no —le dije, pero no lo convencí. Era un hombre con un mecanismo en su cerebro que traducía cualquier cosa que le decían en las palabras que él quería oír. Mi única escapatoria era hablar su propio idioma.

—Debemos combatir estas cosas —convine—. Es mejor que no nos veamos más. Debemos ser fuertes.

Le prometí buscarle un nuevo terapeuta y lo acompañé hasta la puerta.

En el piso de arriba, me encontré a Greg rebuscando algo en el cajón de la ropa interior, como un perro esparciendo tierra con frenesí en todas las direcciones mientras busca un hueso enterrado.

—¡Lo encontré! —dijo triunfalmente sosteniendo en alto un pequeño trofeo envuelto en plástico transparente.

Llevaba unos calzoncillos *boxer* rojos con lunares blancos y camiseta. Lo observé para evaluarlo. Era un hombre guapo, todavía estaba delgado, tenía buenas piernas y un culito pequeño y musculoso.

—¿Qué es?

—Hachís. Se lo confisqué a Leo hace unos días. Estoy haciendo un pastel de hachís.

—¿Por qué?

—A Sammy ya no le gusta fumar desde que dejó el tabaco y John vendrá más tarde.

John era un viejo amigo de Greg de la facultad de medicina, que resultó absolutamente inútil para la profesión. Se desmayaba al ver sangre, y cuando tenían que diseccionar una rana o un ratón para estudiar determinadas arterias o venas, los hacía picadillo como si fueran ajos antes de perder el conocimiento. Abandonó la medicina al final del segundo trimestre y se embarcó en una carrera más adecuada como *bon viveur*, aunque desafortunadamente los excesos le costaron una serie de problemas de salud.

—No le puedes hacer un pastel a John, idiota, es diabético. Tampoco debe ser bueno para tu colesterol.

—Lo que estoy preparando es un pastel de manzanas y hachís bajo en calorías para diabéticos. —Greg me miró muy satisfecho de sí mismo—. Pon esto en tu pipa de sopa de pollo y fúmatelo —añadió. Claramente, esa derrota todavía le picaba.

—¿No se te ha ocurrido que si todo el mundo deja de fumar y padece una serie de enfermedades tal vez ya sea hora de abandonar las drogas?

Greg me miró desconcertado.

—No puedes permitir que problemas médicos menores te impidan drogarte de manera lúdica de vez en cuando. En cualquier caso la marihuana es medicinal, y yo se la he recomendado a algunos de mis pacientes para ayudarlos a sobrellevar el dolor.

—¿Qué tipo de dolor tenéis que sobrellevar Sammy, John y tú?

—Los típicos dolores y pesares producto de la angustia existencial.

Su absurda respuesta hizo que me embargara una ola de cariño y lo abracé; me recreé en su olor familiar y en la seguridad que sentía en sus brazos. Por una vez no me apartó de él y me correspondió.

—Tienes que darme la receta —le dije.

«¿Qué tal mañana entre las dos y las cuatro?» Parecía que era perfectamente capaz de sentir un cálido afecto por mi marido y concertar una cita con mi amante. Me quedé maravillada por mi propia perfidia. Así es como lo hacen los hombres que tienen una doble vida y mantienen

simultáneamente dos familias. Era una manera sociópata de compartimentar: la habilidad de aislar en tu mente porciones de tu vida en cajones separados sin que nunca se mezclen. Jamás había creído realmente que fuera posible y ahora veía que era fácil. Podía cerrar el cajón de Greg y abrir el de Iván sin perder el compás. «No puedo esperar a estar dentro de ti», me contestó Iván. Es extraño cómo un hombre puede estar dentro del cuerpo de una mujer, pero no en su cabeza, y cómo las mujeres pueden no estar dentro de un hombre de ninguna manera.

Kitty y Leo pasaban la noche fuera con unos amigos, y Greg, Sammy y John se habían acomodado alrededor de la mesa de la cocina. Iban por la mitad de su pastel de hachís y mientras comían se reían alborotadamente de algo que sólo ellos podían entender. Se golpeaban los muslos, las lágrimas les rodaban por las mejillas, y cada vez que alguno intentaba decir algo, uno de los otros se agarraba la barriga en una pantomima de carcajada. Los dejé, y cuando estaba a punto de salir por la puerta, me telefoneó AF para contarme el fervor con que había estado haciendo el amor con Jeremy. Normalmente me hubiera tapado los oídos, pero esta vez la escuché mientras pensaba que ahora que había vuelto al campo de batalla no me vendrían mal algunas ideas. Parecía que ella siempre tenía mejor sexo que nadie y te hacía sentir como un músico novato que acababa de arrancar a un violín sus primeras y discordantes notas mientras que ella, con el instrumento apoyado en su mentón, tocaba con seguridad y hacía deslizar su arco con la habilidad de un virtuoso.

—Estuvimos follando conmigo encima, y por suerte me había hecho una coleta.

—Espera un momento, ¿qué es eso de una coleta?

—Para que no se te quede la cara fofa cuando te inclinas sobre él, tonta. Hay que tener cuidado cuando has pasado los cuarenta, cariño, cuando pones la cara hacia abajo, te cuelga, como un trozo de carne recocinada que se desprende de un hueso.

—¡Jolines! —Algunas veces el vocabulario de Kitty es el único que está a la altura de las circunstancias. ¿Colgaba mi cara sobre Iván? Por suerte me pareció recordar que por timidez había enterrado mi rostro en su hombro. ¿Qué debía hacer en el futuro? ¿Llevar un gorro de nadar en la cama? ¿Pegarme los mofletes con pegamento detrás de las orejas? El camino que

tenía por delante estaba plagado de peligrosos obstáculos. Terminé la conversación tan rápido como pude y corrí a reunirme con mi padre.

Una vez al mes papá y yo nos encontrábamos a solas. Era un ritual que empezamos después de la muerte de mamá y de que Sammy se impusiera su autoexilio. Al principio nos solíamos encontrar en su club, un viejo local destartalado y de mala fama en Bloomsbury, frecuentado por actores y músicos. Después de la muerte de mamá se me hacía difícil volver a la casa familiar. Me oprimían los recuerdos, y los fantasmas de nuestra antigua vida en familia parecían salir de las paredes y reverberar. Mi padre debía haberlo sentido también porque, después de un par de años, vendió la casa y se mudó a un espacioso piso lleno de luz en Primrose Hill, con grandes ventanales. Desde entonces nos veíamos allí.

Cuando llegué estaba en el estudio; había papeles esparcidos por todas partes, y tazas de té y café en cualquier superficie libre. Estaba paseando de un lado a otro, con la cara como un jardín descuidado. El pelo de punta y las cejas enmarañadas se enredaban con las pestañas. Tenía setenta y ocho años y hoy aparentaba su edad. Sentí esa punzada de ansiedad que siempre sufro cuando me planteo lo inevitable del día que tenga que enfrentarme a la vida sin él.

Contemplé la partitura caótica cubierta con sus pajaritos negros característicos, y lo escuché mientras me tocaba el nuevo arreglo de uno de sus famosos temas. Se estaba preparando para la actuación en la gala de su musical más célebre, basado en *El príncipe y el mendigo* de Mark Twain, que había sido su libro favorito de niño; había visto la película a los diez años y se había quedado cautivado. Mi madre era una gran admiradora de Errol Flynn y papá la había llevado a ver la película al cine Everyman, de Hampsted, tres meses después de que se conocieran en la primavera de 1958. Se encontraron para tomar té con pastas en la que había sido la pastelería de Sherry, en Heath Street. Unos años antes Louis, el pastelero, la había comprado y le había puesto el nombre de su epónimo. Se sentaron en la parte de atrás del cine como lo hacen las parejas que se cortejan, besándose y cogiéndose de la mano. Cuando terminaron los créditos, papá se arrodilló en el pasillo y le pidió que se casara con él. Hicieron de su momento más íntimo algo público y

el auditorio los aplaudió con entusiasmo. Ella corrió a una cabina de teléfono para contárselo a su familia. Papá solía bromear:

—Yo simplemente mencioné que quizás algún día podríamos casarnos, y lo siguiente que supe es que estaba al teléfono hablando con sus padres, tíos y tías.

Me gustaba oír la historia de cómo mi padre y mi madre se conocieron, se enamoraron y se casaron, y como todos los niños, sentía que el único motivo de su unión era haber hecho posible el milagro de mi nacimiento.

—¿Echas de menos a mamá?

Era algo que hacía tiempo que quería preguntarle, pero me daba miedo, pues de alguna manera sentía que la muerte de mi madre lo había liberado, lo había hecho recobrar su vigor y le había permitido recuperar su identidad. Lo único que podía suponer era que ese renacer iría acompañado por algún sentimiento de culpabilidad.

—Algunas veces. Echo de menos compartir con ella a Kitty y a Leo, y a menudo me descubro hablando con su foto sobre ellos.

En la pared que tenía detrás había una foto de mi madre interpretando a Odette en *El lago de los cisnes* un año antes de que se conocieran. Estaba de puntillas haciendo un arabesco, una pierna exquisitamente esculpida elevada hacia atrás, su cuerpo curvado hacia delante, sus brazos doblados en ángulo a la altura de sus pechos, sus manos y sus dedos extendidos. Adornos de plumas enmarcaban su rostro lleno de ese íntimo placer que sienten los artistas cuando están en su momento. Hay pocas cosas más atrayentes que ver a alguien haciendo algo con excelencia, aparte de su evidente belleza, y era fácil entender por qué él se había enamorado de ella. Abajo, en el piano, había una foto de papá que yo le había tomado hacía cinco años en Navidad. Sonreía mientras observaba a Kitty y Leo abrir sus regalos, con una expresión de gran ternura. Mostraba toda la dulzura de su personalidad, su humor y su calidez.

Papá se percató de que yo paseaba la vista por las fotos que había en la habitación y dijo:

—Cuando estás con alguien durante mucho tiempo, es difícil dejar de sentirse como hermanos, compañeros de piso, ¿verdad?

Pensé en Greg y en cómo conocía todos sus matices, la manera en la que

torcía una ceja cuando se estaba poniendo serio, cómo se inclinaba cuando se reía, y cómo esta familiaridad, en vez de suscitar pasión, engendraba una mezcla de exasperación y afecto.

—¿Será ése el destino de todas las parejas?

—Creo que para evitarlo hay que trabajar duro. Por eso Helga y yo hemos llevado todos estos años nuestra relación como si se tratara de una aventura secreta, incluso mucho tiempo después de que dejara de ser necesario. No hay ninguna buena razón para que no vivamos juntos, pero tampoco para que lo hagamos. Los dos estuvimos casados y tuvimos hijos y no queremos que nuestra relación sea algo que se da por hecho. Los encuentros y las despedidas la mantienen fresca y emocionante; siempre estamos encantados de vernos.

—Eso tiene que ser bonito. Mientras yo siento que ésta es mi vida para siempre: la monotonía de la monogamia, amén. Cuando eres joven, el futuro te pertenece, pero con el correr de los años sólo queda el pasado —le dije.

—¡Por Dios, Chloe, todavía eres una mujer joven!

—Ya no podría ser astronauta.

—Nunca mostraste ni el más mínimo interés en los viajes espaciales.

—Ése no es el asunto, la cuestión es que no podría serlo ni aunque quisiese. —Sentí lágrimas cayendo por mis mejillas—. Tampoco puedo ser una estrella del pop —añadí de una manera irracional.

—Lo sé, cariño. Es duro llegar a entender que las posibilidades ya están limitadas. Todavía estoy intentando averiguar qué seré cuando me haga mayor, sin que importe que sepa que soy demasiado viejo como para hacer algo nuevo.

Me cogió y me dio un abrazo, y mi cabeza se acomodó en ese lugar de su hombro reservado para las niñas pequeñas. Me impresionó su fragilidad.

—Ten tu aventura si eso te hace feliz —me dijo con la autoridad de un pariente que siempre puede decirle a un niño si se está portando mal—, pero ten cuidado, pues tendrás que mantener las diferentes áreas de tu vida separadas y asegúrate de que no se mezclen.

—¿Quieres decir compartimentar? —Papá asintió—. Está bien, soy buena en eso.

—La cosa es que —continuó— esos compartimentos secretos se convierten en una especie de barrio de las afueras, zonas alejadas del área

principal donde tienes tu vida con tu familia. Es fácil empezar a pasar mucho tiempo en tu verde y exuberante nuevo barrio e ignorar tu área principal, el centro de tu ciudad, que rápidamente se deteriora porque no dedicas el tiempo suficiente a su mantenimiento.

—Te entiendo, pero en estos momentos soy muy feliz en mi tumbona de mi metafórico y soleado barrio de las afueras. ¿No puedo sencillamente disfrutar un poco? ¿*Carpe diem* y todo eso?

Una parte de mí no se podía creer que estuviese hablando con mi padre sobre mi aventura extramarital, pero como no me juzgaba y era tan sabio, me parecía perfectamente natural. Papá sonrió:

—La gente buena y decente a veces hace cosas que les censurarían a otros. Es fácil seguir con tu vida de púdica amargura para no ofender a nadie, y por supuesto uno hace todo lo posible para no herir a los otros, pero como bien sabes, la vida es corta. Algunas veces me he encontrado preguntándome frente a un espejo: «¿Quién es ese viejo?», antes de darme cuenta de que soy yo mismo. No hay nada que puedas hacer contra la vejez. —Me rodeó con sus brazos, me atrajo hacia él y me acarició la cabeza—. Lo único que has de recordar es que eso es mejor que la alternativa.

—¿Cuál?

—Estar muerto.

¡Oh, sí! Discerní que ése era realmente el motivo por el cual debía disfrutar del tiempo con Iván mientras pudiera. *La tumba es un lugar minúsculo y privado, donde nadie, creo, es abrazado.*

12

Rollitos de semillas de amapola de la madre de Volodya

Para hacer la masa:
450 gramos de harina
1 pizca de sal
2 cucharadas de azúcar extra fino
2 cucharaditas de levadura en polvo
175 mililitros de leche
El zumo de 1 limón
1 yema de huevo batida con un poco de agua para glasear

Para el relleno de semillas de amapola:
150 gramos de semillas de amapola
1 cucharada de azúcar
2 cucharadas de miel
1 cucharada de mantequilla
El zumo de 1 naranja
El zumo de 1 limón
2 claras de huevo

Tamizar la harina, la sal y el azúcar en un bol. Mezclar con la levadura en polvo. Hacer un agujero en el centro. Mientras tanto, calentar la leche con el zumo del limón y la mantequilla en una sartén hasta que se derrita. Dejar que se enfríe un poco y añadir a los otros ingredientes. Amasar la

mezcla durante unos diez minutos hasta que la masa quede suave y homogénea. Poner en un bol limpio, cubrir con un paño de cocina y dejar reposar en un lugar cálido hasta que su tamaño aumente al doble (45-50 minutos).

Para el relleno, reservar una cucharada de semillas de amapola, pasar el resto por la batidora o un robot de cocina. Derretir la mantequilla en una sartén y añadir las semillas de amapola, azúcar, miel y el zumo de la naranja y el limón. Mantener durante un minuto a fuego fuerte. Dejar enfriar. Cuando ya esté frío, añadir las claras de huevo bien batidas. Sobre una fina capa de harina estirar la masa con un rodillo hasta que forme un rectángulo de 2,5 centímetros de espesor. Extender el relleno uniformemente sobre la masa. Coger por los extremos y enrollar, asegurándose de que el relleno quede dentro. Colocar en un molde antiadherente para hornear. Dejar que repose 30 minutos. Pintar con el huevo batido para glasear y esparcir por encima las semillas reservadas. Poner en el horno precalentado a 190 oC y cocer durante 35 o 40 minutos. Dejar enfriar en una rejilla.

Estaba en el salón escribiéndole un mensaje a Iván para saber a qué hora íbamos a quedar, cuando sentí que Greg aparecía detrás de mí. Di un brinco, como un caballo que hubiera encontrado una serpiente en su camino.

—Chloe, estás más blanca que una sábana.

—Me has asustado —dije tímidamente.

—Estos días pareces un poco nerviosa. ¿Está todo bien?

Me miró de una manera extraña que hizo que mi corazón latiera con fuerza: ¿sospecharía algo?

—Estoy bien, sólo algo cansada.

—¿Has visto mi estetoscopio?

—¿Por qué? ¿No está en tu maletín? —Negó con la cabeza—. Greg, ¿dónde lo has escondido?

Dejó caer la cabeza avergonzado, como si fuese un niño cogido haciendo algo que sabía que no debía.

—¡Por Dios, Greg! ¿Cómo esperas que yo sepa dónde lo pusiste?

Echó un vistazo por el salón y de pronto se le iluminaron los ojos. Se dirigió con pasos rápidos y seguros hacia la mesita baja donde estaba la

televisión, se tiró al suelo y metió un brazo debajo.

—Lo tengo —dijo con un regocijo digno del pequeño Jack Horner sacando su ciruela. Me miró con perspicacia y me dijo—: Conozco tu secreto.

Mi corazón se sobresaltó y la adrenalina recorrió todo mi cuerpo:

—¿Qué secreto?

¿Cómo podría haber averiguado lo de Iván? Apenas podía respirar ante la clara visión de que nuestras vidas se iban al traste: las cosas en cajas, la casa vendida, los niños llorando..., y todo por mi egoísmo.

—Caray —me dijo mirándome con curiosidad—. No sabía que te tomaras tan a pecho lo de la sopa de pollo.

¿De qué estaba hablando?

—Es esa grasa que guardas en una jarra en la nevera, ¿verdad? Ése es tu ingrediente secreto —me dijo con júbilo mientras movía un trozo de papel frente a mi cara.

Me sentí como si me hubiesen zarandeado y luché para que mi respiración volviera a la normalidad sofocando la angustia que oprimía mi pecho. ¡El *schmaltz*! El informe de su laboratorio había revelado la presencia de grasa de pollo en la *kneidlach*. ¡Qué suerte tenía de que no me pudiera enviar a un laboratorio para comprobar la presencia de otro hombre dentro o sobre mí!

Más tarde, Iván y yo estábamos tumbados en el sofá de su salón. Él se había dormido, pero yo permanecía completamente despierta. Ésa es la diferencia entre hombres y mujeres; después del orgasmo parece que los hombres han perdido la energía y las mujeres la han aumentado. Becky estaba todavía de viaje. Me sentía horrible por hacer el amor con su marido en su casa, pero no lo suficientemente mal como para no hacerlo. Siempre evitábamos escrupulosamente el lecho conyugal, y en su lugar aprovechábamos todos los otros muchos lugares de la casa y siempre nos felicitábamos por nuestra delicadeza. Saqué a colación el análisis que hacía papá de las relaciones, cómo la gente se acomoda demasiado, como si fueran hermanos, y luego el tabú del incesto les impide la vida sexual. Para ser honesta, lo que intentaba hacer era averiguar si todavía tenía relaciones con Becky.

—Un libro escrito en Rusia a finales del siglo diecinueve describía la utopía socialista —dijo.

Al igual que papá con sus dichos, Iván tenía un libro. De hecho, en la Unión Soviética no había nada que hacer aparte de leer. Y follar; también lo habían hecho mucho, ya que era una de las pocas cosas que no implicaban líos con la autoridad. A fin de cuentas, yo estaba complacida de que lo hubiera hecho, pues se había convertido en un amante realmente bueno.

—Esa clase de libros eran muy populares en esa época —siguió—. Por cierto, el de Chernishevski se titulaba *¿Qué hacer?*

- Pensaba que lo había escrito Lenin —lo interrumpí encantada de poder demostrar mi erudición.

(Leí los folletos de Lenin durante la breve fase comunista que tuve cuando era estudiante en la que solía vender copias del *Trabajador Socialista* por las calles de Camden Town. Esa labor no remunerada pronto fue sustituida por un trabajo de camarera los fines de semana en un *bistrot* cavernoso, que financió mis hábitos cada vez más serios de señorita Selfridge. Mis compras eran fruto de mi trabajo y por eso, pensé, no traicionaba mi ideología marxista. No mucho después, me gradué y di una entrada para mi primer piso, de ese modo abandoné todas mis pretensiones comunistas y abracé incondicionalmente el capitalismo como un miembro más de la clase propietaria con sus cuotas al día.)

—El título es suyo pero antes lo fue de Chernishevski. Lenin lo usó y lo reprodujo deliberadamente más tarde. De cualquier modo, describe un matrimonio con una relación de igualdad entre una pareja que acuerda respetar sus respectivas vidas privadas. Sólo entran en la habitación del otro si son invitados y tienen una tercera habitación para sus encuentros. Yo siempre he pensado que tenía sentido; tal vez sea la manera de preservar el misterio y el interés sexual entre dos personas y evita que se tome al otro como algo siempre a mano.

—¡Mmm! Buena idea, pero has de tener muchas habitaciones. ¿Qué pasó después? ¿Funcionó?

—Bien, fue un poco complicado; ella se enamoró del amigo de su marido y vivieron juntos en un *ménage à trois* durante una temporada. Entonces el marido organizó su propia muerte, para permitir que su mujer pudiera casarse con su amigo ya que lo amaba más que a él.

—Muy altruista por su parte. Me temo que Greg no haría algo así por ti,

pero tampoco eres su amigo. —Me quedé pensando un momento—. Supongo que ésa es una de las cosas que tanto nos excitan a ti y a mí, ¿verdad? Los momentos robados y poder escapar de nuestra cotidianidad.

—A lo mejor.

Se calló. Nos quedamos en silencio por unos minutos mientras él acariciaba mi brazo haciendo que me estremeciera:

—¿Sabes?, nunca debí haber asistido al nacimiento de mis hijos. Después de eso me cuesta hacer el amor con Becky. Para mis ojos se convirtió en madre y siento como si tener relaciones sexuales con ella fuera algo impropio.

—¿Cómo puedes decir eso? También son tus hijos.

—Lo sé, sólo intentaba ser sincero contigo y explicarte cómo me siento. No sólo eso, es todo eso de «¿Dónde has puesto el jabón?» o «¿Podrías ponerle el tapón a la pasta de dientes?» lo que corroe el misterio, ¿no? ¿Conoces al poeta ruso Maiakovski?

Asentí.

—Él lo explicó muy bien en uno de sus poemas: *Liubovnaia lodka razbilas'o byt.* El barco del amor ha encallado en las rocas de la trivialidad.

Me excitaba oírlo hablar en ruso.

—¿Qué pasa con nuestro barco? —le pregunté mientras colocaba una mano en su entrepierna.

—Nuestro barco, cariño, está listo para navegar —me contestó arrastrándome hacia él y besándome—. Siempre quiero más de ti —me susurró mientras empezaba a hacerme el amor de nuevo.

Estaba sentada en la cafetería del parque observando a una mujer que comía unos huevos con beicon y que se tapaba la boca tímidamente con una mano mientras masticaba, como si comer fuera una costumbre vergonzosa que había que ocultar de la vista pública. A su lado estaba sentado un hombre de unos sesenta años con poco pelo y una coleta. Me costó un mundo controlarme y no gritarle en la oreja que se veía ridículo antes de cortársela con un cuchillo de plástico. Me sentía algo irritable. Iván había tenido que cancelar nuestra siguiente cita porque Becky había vuelto a casa antes de lo previsto, y mi mal humor había hecho que tuviera una estúpida pelea con Greg. Todas las parejas bailan sus movimientos de irritación y frustración con pasos perfectos

y muy practicados mientras repiten la misma pelea una y otra vez. La nuestra había sido por lo de «Eres un gruñón y siempre estás cansado y nunca quieres ver a nadie y siempre tienes razón e invariablemente los demás están equivocados». El resultado final fue que en ese momento odiaba a todo el mundo: a Greg por ser aburrido, a Iván por cancelar nuestra cita, y a Becky por volver a casa de una manera inesperada y arruinarme la vida obstaculizándome el camino para acostarme con su marido.

A través de la ventana pude ver a Sammy y a la Señora de las Palomas juntos, acurrucados en un banco. Me preguntaba qué tema común habrían encontrado para charlar. Sammy levantó la mirada, me vio y me hizo señas para que me uniera a ellos. No estaba segura de estar de humor, pero algo llamó mi atención. Era la mano derecha de Sammy moviéndose de arriba abajo. Me fijé mejor y vi que estaba tocando una guitarra. Por lo que yo sabía, no había cogido una guitarra, y mucho menos había tocado una, desde que mamá murió, y verlo sosteniendo una significaba un cambio radical que encontré casi insoportablemente emotivo. Estaba acabando el café y poniéndome el abrigo para ir a reunirme con ellos cuando sonó mi móvil. ¿Sería una llamada de Iván para decirme que finalmente nos podríamos ver? Una llama de esperanza se encendió en mí, pero fue un destello que murió rápidamente. Era Gina, muy agitada.

—Le voy a decir a Jim que la boda está suspendida.

Tenía todavía mi atención puesta en Sammy y su guitarra.

—¿De verdad? —le pregunté abstraída.

—¿Cómo puedo estar sólo con un hombre para el resto de mi vida?

Centré mi atención en lo que me estaba diciendo.

—Gina, espera a que nos veamos, necesitas pensar sobre esto. A lo mejor es miedo.

—¿Qué quieres decir?

—Tu miedo al compromiso y tu resistencia a permitirte ser feliz. Debemos hablarlo como corresponde en la sesión que tenemos más tarde.

—Jim se merece a alguien mejor que yo —me dijo.

Finalmente me prometió no hacer nada hasta que nos viéramos. Al salir de la cafetería mi móvil volvió a sonar. Era AF.

—¿Has visto a Jessie? —preguntó—. Me acabo de dar cuenta de que no la

he visto desde hace días. Pensé que sería mejor comprobar si estaba contigo.

—Está bien, pero te sugiero que la llames y hables con ella.

—Lo haré, sólo que he estado tan ocupada, cariño, ya sabes cómo es esto. ¿Quieres venir conmigo al Baile de Gala de Elton? Tengo una entrada de sobra porque Jeremy no puede venir. Es tan extraño; no soporto estar separada de él.

«No obstante estar lejos de tu hija nunca fue un problema», pensé, pero no se lo dije.

—¿Qué es lo que te gusta tanto de él? —le pregunté en cambio.

—Es increíblemente bueno haciendo el cunnilingus. Greg y tú tenéis que venir pronto a cenar y conocerlo. Me voy, que tengo mucha prisa.

Colgó. La imagen que había estampado en mi cabeza hizo que sintiera un suave escalofrío, apagué mi teléfono y caminé hacia donde estaba Sammy.

Todavía estaba en el banco con la Señora de las Palomas y tocaba *It Had to be You* con la guitarra. Ella se balanceaba y cantaba sola dulce y afinadamente, con una paloma encaramada en su hombro:

Porque nadie más me emociona,
con todos tus defectos, todavía te quiero...

Cuando cantaba parecía una mujer joven y pude vislumbrar lo que debió haber sido: una muchacha, una niña, el bebé de alguien. Todas las personas han sido alguna vez el bebé de alguien, echado al mundo desde el vientre de una madre. Ahora, extraña, solitaria e incoherente, se ha convertido en lo que genéricamente se llama «una loca», que vaga por las calles de Queen's Park hablando con las palomas. ¿Qué jugada le habría hecho la vida para terminar así? Al ver que me acercaba espantó a las palomas que se agolpaban a su lado en el banco para hacerme sitio.

—Chloe, ésta es Madge. Madge, Chloe. —Sammy nos presentó. La había visto yendo de aquí para allá durante los últimos diez años o más, pero nunca me había tomado la molestia de averiguar su nombre. Me sentí avergonzada.

—Sí, sí —le dijo—, Chloe y yo somos viejas amigas, ¿verdad, cariño? Pero estás siempre tan ocupada que nunca tenemos tiempo para una conversación.

Por primera vez la miré de cerca. Su rostro estaba arrugado y lleno de

ansiedad y tenía unos asombrosos ojos almendrados color verde claro. Estaban llenos de tristeza y nostalgia. Debía tener unos sesenta y muchos años y había algo en ella que sugería que alguna vez había llevado una vida mejor y más feliz. A sus pies tenía el montón de bolsas que siempre la acompañaban. Algunas parecían estar llenas de ropa, como las que colgaba en la barandilla fuera de su piso, y otras tenían pan duro para las palomas.

—Madge era diseñadora textil —me dijo Sammy.

Ella asintió con la cabeza y su pelo se agitó exageradamente.

—Tengo niños, ¿sabes? Un chico encantador y una chica, exactamente como vosotros dos.

—Estás tocando de nuevo —le dije a Sammy, y acerqué mi mano a la guitarra para acariciar su suave madera.

—Sí, ya es hora. Madge dice que todas las personas tienen la obligación de hacer lo que deben hacer.

Madge le dio unas palmaditas en el hombro. Sammy bajó la mirada hasta sus dedos, como sorprendido de verlos moviéndose de arriba abajo del mástil con tanta fluidez y después de tanto tiempo.

—Es como encontrarse con un amigo después de una larga ausencia —me comentó con lágrimas en los ojos.

—Sammy me va a ayudar a encontrar a mis hijos —dijo Magde.

Lo miré ligeramente alarmada. Mi instinto hacía que rehuyera a la gente que necesitaba mi ayuda a no ser que estuvieran pagando por mis servicios, ya que ello me permitía controlar la relación y poder llevarla a términos claramente profesionales. Sin embargo, Sammy siempre estaba abierto a los desamparados. No podía cruzarse con un pordiosero sin darle dinero para una taza de té y acompañarlo a tomársela, añadiendo un desayuno inglés completo y haciendo planes para encontrarse los días siguientes.

—Madge no ha visto a sus hijos desde hace treinta y cinco años —me explicó.

Madge se recostó en el banco, cerró los ojos para recordar el pasado más claramente y comenzó a relatar su historia.

Nos contó cómo había conocido a su marido, Reg, cuando tenía veinte años y que después de dos años de cortejo se habían casado en 1958. Ella era diseñadora en una fábrica textil y él era el capataz. Tenía más educación que

él, había acabado secundaria y había ido a la escuela de arte para estudiar diseño.

—Era tan guapo, todas las chicas lo deseaban, pero él me eligió a mí —me dijo orgullosa.

Había dejado de trabajar cuando se quedó embarazada de su primer hijo, una chica nacida en el año 1962, a la que siguió un chico en 1964. Los mismos años en los que habíamos nacido Sammy y yo. Una familia similar viviendo en la misma ciudad vidas paralelas.

—Al principio éramos felices —nos explicó.

Reg estaba contento con su papel de sostén de la familia y padre. Vivían en una pequeña casa adosada en Kilburn y al principio ella era bastante feliz cocinando, limpiando y cuidando de sus niños. Cuando sus hijos —Rosi, de siete años, y Jimmy, de cinco— empezaron a ir al colegio, Madge comenzó a impacientarse.

—Si Reg me hubiese permitido volver a trabajar, hubiera sido diferente.

Pero era un hombre de clase obrera que sentía que si su mujer trabajaba era como una acusación pública de no ser realmente un hombre, de ser incapaz de mantener a su familia. Madge tenía demasiado tiempo y energía.

—Me sentía sola. Reg venía de trabajar y se quedaba dormido en el sofá frente a la televisión. Me pasaba el día sola, y después de que los chicos se iban a la cama, las noches también. Necesitaba a alguien con quien hablar.

Amstrong (Armie), su amante, fue esa persona. No sólo la escuchaba, sino que también le hablaba. Se habían conocido en el invierno de 1969 un día que Madge se resbaló en el hielo en la acera de Kentish Town y se cayó. Él la ayudó a levantarse, se ocupó de su rodilla rasguñada y la llevó a tomar una taza de té para ayudarla a recuperarse del susto. Era cinco años más joven que ella y profesor titulado, aunque sólo había podido encontrar trabajo como conductor de autobús. Armie era de Jamaica, un recién llegado que se enfrentaba a las decepciones de un país que no cumplía sus promesas.

Se enamoraron y los días de Madge volvieron a estar llenos, con sus encuentros secretos y besos robados. Después de un tiempo, le dijo a Reg que lo dejaba por otro hombre y que se llevaría a los niños con ella. Cuando Reg supo que Armie era negro, le anunció que ningún hijo suyo iba a vivir con un negro, gracias.

—No sé qué más pasó —continuó Madge con tristeza—. Es todo lo que puedo recordar. Creo que estuve una temporada en el hospital, enferma.

Movió la cabeza, como si intentara extraer un recuerdo que estaba segura de tener dentro, pero al cual no tenía acceso.

Se puso de pie repentinamente.

—Debo irme a casa, Jimmy y Rosie pronto llegarán a tomar el té.

Se había evaporado la lucidez momentánea que le había permitido contarnos su historia y nuevamente parecía desorientada. Se ocupó de sus bolsas antes de marcharse con premura, regañando a las palomas por haberla hecho retrasarse.

—Pobrecilla —dijo Sammy—. Tengo que intentar averiguar qué pasó con sus hijos.

—Tiene más o menos la misma edad que mamá tendría ahora —comenté.

El parque estaba oscureciendo. Un dálmata y un chihuahua corrían felices uno al lado del otro, deteniéndose de vez en cuando para rodar juntos por la hierba. Sus dueños caminaban detrás de ellos en silencio, como una extraña pareja, forzados a acompañarse debido a la amistad de sus perros. En otro lugar, un hombre tocado con un perfecto turbante rojo caminaba alrededor del perímetro de la zona de juego, como hacía todos los días, con la cabeza inclinada, estudiando un libro sagrado.

—Ya podría haber terminado su libro —le susurré a Sammy mientras le daba un codazo. Nos reímos como niños, después nos quedamos en silencio; él rasgó su guitarra amorosamente, una vez más en casa.

—Estoy pensando en volver a Londres. ¿Te parece bien que me quede hasta que encuentre un sitio para vivir?

Lo abracé:

—Me encantaría, quédate todo lo que quieras.

La historia de Madge me daba vueltas en la cabeza y me sentí inquieta: de pronto tuve muchas ganas de ver a Leo y a Kitty. La casa estaba vacía cuando llegué. Me vino la inesperada necesidad de oír la voz de Greg.

—El doctor está con un paciente —me contestó Marjorie, la recepcionista de la consulta, cuando lo llamé.

Le importaba un bledo que Greg fuera mi marido y a menudo, cuando iba a la consulta, ni siquiera me dejaba verlo. Frunciendo sus labios perfectamente pintados y tirando de su jersey sobre sus cuidados y puntiagudos senos, decía:

—El doctor está ocupado. Siéntese y espere su turno.

Lo he intentado todo: ganármela con amabilidad, con extravagantes regalos de Navidad, pasteles caseros, altanería, amenazándola con una urgencia, con violencia. Nada había funcionado, como si fuera madre de una de las compañeras de Kitty.

—Marjorie, soy Chloe, ¿puedes ponerme con Greg, por favor?

Algo en mi voz la impresionó, porque por una vez no me replicó y la siguiente voz que oí fue la de mi marido.

- *It Had to be You*, autor y fecha —le pregunté.

—Gus Khan e Isham Jones, 1924.

—Realmente eres maravilloso.

—Lo sé. Tengo que dejarte, cariño, tengo un montón de citas esta tarde.

La casa parecía llena de sombras. Eso es lo que sentiría si nos divorciábamos, una casa vacía durante los días que los niños estuvieran con su padre. La dolorosa soledad de los miércoles por la noche sin niños y los fines de semana alternos, mucho peor para el padre separado que se encuentra solo la mayor parte de la semana. Cualquiera de nosotros, en cualquier momento, podía hacer que ése fuese el destino del otro. Se necesitan dos para tener una relación y uno para destruirla. No obstante, por más que uno quiera seguir, si el otro opta por no hacerlo, ya está. Se acaba.

El día estaba gris y caía una suave llovizna que nublaba el aire. *Janet* parecía disfrutar de la facilidad que le daba su delgadez para pasar por la puerta de su jaula. La madre de Volodya le había dejado un montón de sus rollitos de semillas de amapolas en su reciente visita de Rusia, y me había dado algunos tan pronto como se marchó. Él los odiaba, a mí me encantaban, me traían recuerdos de la abuela Bella, que también solía hacerlos, y de cómo usaba su pañuelo para limpiarme la boca manchada por la mermelada dulce y oscura del relleno de semillas de amapola. No tenía pacientes hasta las seis, y me serví una porción para pasar una ilícita tarde de televisión con *Richard y Judy*. Miraba la interacción que había entre ellos. Parecían tan felizmente casados, ¿cuál era su secreto? Quería escribirles y preguntárselo:

Queridos Richard y Judy:

Vosotros vivís y trabajáis juntos y, aunque algunas veces discutís, siempre parecéis tan felices y os tratáis tan bien, ¿cómo lo hacéis?

Con mis mejores deseos,

Chloe Zhivago, 43 años.

P.D.: ¿Con qué frecuencia tenéis sexo?

El timbre de la puerta rompió la tranquilidad de mi tarde solitaria. Ruthie estaba esperando afuera. Parecía que hubiese encogido y tenía unas profundas sombras oscuras debajo de los ojos.

—¿Está abierto? —me preguntó.

—¿El *kvechatorium*?

Asintió.

—Siempre —le respondí.

—Odio mi vida.

La empujé adentro, le hice una taza de té y le corté un trozo de rollito de semillas de amapolas. Había perdido un montón de peso, y aunque fuera una paradoja, se veía fatal.

—¿Qué parte de ella?

—No puedo seguir con esta sensación de levantarme todas las mañanas y ser incapaz de enfrentarme a lo que me espera a lo largo del día. Me tumbo en la cama y repaso mentalmente las reuniones que voy a tener, toda la gente a la que tengo que ver y la idea de levantarme, bañarme, lavarme el pelo, tomar el desayuno, dejar la casa y conducir hasta el trabajo se me hace insoportable. Entonces, cuando llego, el mamón de David Gibson me dice que «Estamos todos en lo mismo» y que yo debería «implicarme más». Me he estado tomando más y más días libres y sigo con los nervios a flor de piel, sintiéndome desgraciada y deprimida.

—¿Richard sabe cómo te sientes?

—No, él nunca ve nada, a no ser que sea una pieza de anticuario, aunque como siga así acabaré convirtiéndome en una. De cualquier modo, ya no importa, me van a despedir.

—¿Cómo que te van a despedir? Tú eres la editora.

—Están cambiando el formato de la revista y dicen que es un trabajo

distinto. Podría defender mi puesto de trabajo, pero pienso que no hay mal que por bien no venga; es una señal de que ya es hora de cambiar de vida.

—Tienes que dejar de consumir cocaína, te ayudará a recuperar el control.

—¿He dicho: «Chloe, dime lo que pasa» o «Chloe, dímelo a la cara»? No, no lo he hecho, he venido aquí para *kvetch* y para que digas «está bien, está bien» y «pobrecita» en el momento justo.

—Lo siento, cariño. —Ruthie siempre conservaba su humor incluso en los peores momentos—. Pasemos del té y tomémonos una botella de vino.

Fui a la nevera y me encontré con una botella de champán oculta a la vista detrás de unas verduras.

—Mucho mejor —le dije sosteniéndola en alto—, ahora podemos ser un par de mujeres desesperadas, pero pijas, unas viejas alcohólicas bebiendo por la tarde. Me pregunto cuánto nos queda para acabar en un banco del parque hablando con las palomas —añadí pensando en Madge.

—Pobrecita —dijo Ruthie cuando le conté la historia de Madge—. Me siento fatal por no haberme tomado nunca tiempo para hablar con ella. ¿Qué crees que le pasó?

—Debió ser algo horrible para que no lo recuerde.

Nos quedamos en silencio por un momento, cada una intentando imaginar qué podría haber empujado a Madge hasta el límite de quedar al margen de la sociedad.

—¿Podemos volver a hablar de mí? —preguntó Ruthie. Asentí y levanté mi copa para brindar por ella.

—No puedo creer lo duro que he trabajado todos estos años para ser editora y lo poco que significa ahora para mí. Quiero decir: ¿a quién coño le importa si nuestro reportaje principal es sobre una mujer que enseña a otras mujeres cómo casarse con un millonario o sobre la batalla contra el alcoholismo que ha tenido que librar alguna estrella de los culebrones? —Se sirvió otra copa de champán, haciéndole gracia la ironía—. Es decir, que mañana sólo será papel picado. Bueno, ni siquiera eso, pues ahora lo reciclan, ¿verdad?

Me miró de arriba abajo para evaluarme:

—Estás estupenda, Chloe. A lo mejor debería tener una aventura, como adicción está claro que para la piel es mucho mejor que la cocaína.

—De verdad: tienes que parar.

—Lo voy a hacer, te lo prometo. Mañana. Sólo necesito un poco de ayuda para hacerme a la idea del despido.

Sonó su teléfono.

—¡Oh!, el águila acaba de aterrizar, voy un momento a encontrarme con Carlos. Te veo luego.

Era verdad. Mi creciente obsesión por Iván no era muy diferente a la adicción de Ruthie a la cocaína. Mi aventura estaba perturbando mi equilibrio y convirtiéndome en una maníaco depresiva. Crees que lo puedes manejar, pero rápidamente la adicción se te escapa de las manos y empiezas a dar más importancia a satisfacer tu deseo que a otras cosas realmente trascendentales de tu vida. Cuando estaba lejos de Iván, me volvía irritable y reservada, y cuando estaba con él, inquieta y excitada.

«Me muero por estar contigo. Encontraré un sitio donde podamos vernos.»

Mi dosis llegó por teléfono móvil.

«La lectura de mi besómetro está peligrosamente baja, por favor, corre», le respondí. Enseguida mi humor se iluminó y bajé al sótano bailando a recibir a Gina.

Empezó a hablar incluso antes de sentarse. Me sentí reflejada en su impaciencia. Pronto descubrí por qué.

—Me acosté con alguien —me confesó—. He decidido que tengo que hacer una cura antes de casarme.

—O sea, ¿que te vas a casar con Jim?

—Sí, perdona por la llamada de pánico que te hice antes, ahora me siento bien. Me di cuenta de que tan sólo necesitaba hacerlo y entonces estaría preparada para asentarme.

—¿Cómo te sentiste?

Al recordar, su cara mostró esa expresión neblinosa de la lujuria.

—Maravillosamente. Tampoco me siento culpable. Quiero decir, no del todo culpable. Al fin y al cabo Jim y yo no estamos casados todavía.

—¿Quieres hacerlo de nuevo? —le pregunté tímidamente.

—No... Sí... Tal vez una vez más... —Parecía confundida—. ¡Maldita sea,

lo hice! Pensé que sería sólo eso, pero quiero hacerlo de nuevo. Soy una mala persona, ¿verdad? ¿Crees que soy una mala persona? Sí que piensas que soy mala, lo sé.

Moví la cabeza:

—No importa lo que yo piense, Gina. Lo que importa es lo que tú piensas —le respondí—. Todos somos buenos y malos, honestos y deshonestos, generosos y tacaños. Somos todo eso; cómo vivimos con ello, cómo lo manejamos, es lo que cuenta.

Era consciente de que estaba hablando tanto conmigo como con ella. Gina se incorporó de la silla, animándose.

—Todavía nos quedan dos meses para la boda, o sea, que no contaría si viese al otro tío de nuevo.

Ésa era la manera con la que justificaba su *maldad*, pero simplemente era una nueva adicta, que racionalizaba la siguiente dosis con la promesa de que sería la última. Éramos iguales.

—Es alguien a quien conocí hace años. Siempre hubo una atracción entre nosotros, la sensación de tener un asunto pendiente. Pensé que sería mejor liquidarlo, me refiero al asunto.

—¿Qué tiene de especial?

—Su novedad, que no existe la rutina.

Asentí con la cabeza, sabía lo que quería decir.

—Estará bien. Sólo tengo que quitarme esto de encima y entonces me casaré, tendré hijos y viviré feliz para siempre. ¿Vendrás a la boda?

No me parecía bien hacerlo, pero Gina llevaba tanto tiempo viniendo a verme, y quería que fuese feliz, así que decidí romper una de mis reglas no escritas. Estuve de acuerdo en ir a la ceremonia, pero no a la recepción.

«Todo es por tu culpa —pensé de una manera irracional cuando miré su rostro encantador—, si no hubieses plantado la semilla de la traición dentro de mí, no estaría sentada aquí, frente a ti, una mujer con un amante y una vida secreta.»

«¿Te puso una pistola en la cabeza?», me preguntó la voz interior.

13

Pastel vengativo de chocolate de Kitty

Para el pastel:
215 gramos de chocolate
225 gramos de mantequilla
225 gramos de azúcar extra fino
7 huevos: yemas y claras separadas
200 gramos de almendras molidas

Derretir el chocolate despacio con la mantequilla y el azúcar.

Añadir las siete yemas de huevo y las almendras molidas. Batir las claras de huevo a punto de nieve y verter en la mezcla.

Poner todo en un molde embadurnado de mantequilla y hornear durante 45 minutos, en el nivel medio, a 180 oC.

Para el glaseado de chocolate:
175 gramos de chocolate para cocinar
1/2 cucharadita de extracto de vainilla
1 taza de doble crema

Derretir el chocolate al baño María a fuego medio. Cuando el chocolate se haya fundido, echar la media cucharadita de extracto de vainilla y la crema. Batir hasta que esté bien mezclado y suave.

Poner el glaseado por encima del pastel ya frío y dejar que chorree por

los lados. Pasar la lengua por el bol. ¡Mmm!

Me encontré con Kitty tirada en las escaleras llorando. Llevaba su uniforme de colegio, y parecía abatida, una arañita negra despatarrada, de largas y delgadas extremidades. Se había puesto de tal manera que era posible observar su rostro en el espejo de la pared: una princesa triste llorando por las injusticias del mundo.

—¿Qué te pasa, mi niña? —le pregunté.

—Molly y Anna han sido malas conmigo. Las odio: son unas zorras.

—No digas eso. ¿Qué ha pasado?

—Bueno, ya sabes que fuimos a Brent Cross después del colegio.

Asentí. Eso es lo que hacen las adolescentes, vagar por los centros comerciales, como adultos en miniatura, tomando café y mirando escaparates. En mi época se solía hacer en High Street y no puedo dejar de sentir que tenía más alma que un centro comercial. (De todas formas, ¿qué quiere decir eso de «en mi época» como si tu «época» sólo durara hasta cierto momento, y entonces se acabara y empezara la «época» de otro? ¿Cuándo pasó ese momento mágico? ¿A los veinte? ¿A los treinta? ¿Todavía era «mi época»? Después de todo, seguía viva. ¿Durará con seguridad «tu época» tanto como puedas respirar?)

—Escúchame, mamá —me dijo Kitty sacudiéndome del brazo para llamar mi atención—. Yo caminaba por delante de las otras, y cuando me di la vuelta, se habían ido, ¿eh? Habían huido de mí y no las pude encontrar. Corrí de un lado a otro buscándolas y me tropecé con una chica y me agarré a ella para no caerme. Era una verdadera macarra, ya sabes, pendientes de argolla, zapatillas de deporte y pantalones recortados. Se paró delante de mí, puso las manos en las caderas y me dijo: «¡Eh, no me toques!» Entonces su amiga vio que yo le lanzaba una mirada asesina y le dijo: «Esta chica te está mirando mal». Pensé que lo mejor era salir corriendo de allí antes de que me pegaran.

Mientras contaba su historia, Kitty había olvidado su tristeza. Interpretaba todas las partes, y su voz, estaba segura, era una perfecta imitación de la que había oído. Para ella todo en la vida le servía de *material*.

—¿Qué más pasó? ¿Encontraste a las otras?

—¡Oh, sí! Al final las encontré, pero yo ya estaba muy triste.

La abracé, recordando lo crueles que eran las jovencitas entre ellas. Las chicas mayores pueden ser igual de malas, pensé, recordando la manera en que las madres de esas mismas muchachas nos trataban a Ruthie y a mí.

—Todo el mundo es malo conmigo, no tengo amigos.

Kitty sollozaba con la cabeza enterrada en mi hombro. Yo hubiera querido darle un bofetón a Molly y Anna:

—¿Y Sephy, cariño?

—Sephy no cuenta, es como mi hermana.

—De eso se trata, mi vida, si tienes una amiga de verdad, una compañera del alma, las otras no cuentan. De cualquier manera, no son las amigas adecuadas si se portan tan mal contigo.

—Pero yo quiero que Molly y Anna también sean mis amigas.

Una de las condiciones para que las chicas salieran de compras solas era que debían ir en grupo. Yo nunca me cansaba de recordárselo. Llamé a la madre de Molly.

—Soy Chloe, la madre de Kitty.

—¡Ah, hola! —me contestó como si escasamente pudiese recordar quién era o dónde nos habíamos conocido.

Le expliqué lo que pasaba. Ella se rió brevemente con impaciencia.

—Bien, las chicas son chicas. No veo qué esperas que haga al respecto —dijo.

La leona que hay dentro de mí se removió y gruñó.

—En mi opinión, esto es acoso y tú deberías hablar con Molly acerca de ello antes de que sea peor.

—Como quieras —me respondió, y colgó. Si hubiera estado delante de mí le hubiera arrancado la cabeza con mis colmillos felinos.

—¡Puta! —susurré.

—¡Exacto! —dijo Kitty al oírme. La guerra estaba declarada. El maltrato había llegado a dos generaciones. Kitty y yo analizamos técnicas de guerra psicológica. Resultaba que al día siguiente era el cumpleaños de Molly y las chicas siempre le llevaban un pastel. Su madre era una mujer rigurosamente Marks and Spencer; el único plato que era capaz de hacer, cuando no estaba demasiado ocupada yendo al gimnasio, era una montaña de un grano de arena. Jessie, que era dos años mayor, había venido a casa y las tres le hicimos un

exquisito pastel de chocolate para que Kitty lo llevara. Ella ensayaba sus palabras:

—¡Oh, lo siento! No sabía que era el cumpleaños de Molly, nosotras sólo queríamos obsequiar a la clase con algo especial.

Por costumbre la gente siempre prefiere un pastel casero antes que uno comprado. Nos pusimos a hacer elaborados dibujos con el glaseado y escribimos: «Sólo porque es jueves», encantadas con nuestra táctica.

—Aquí está. Con esto les tomaremos el pelo como corresponde —dije mientras terminaba de escribir haciendo una floritura.

Leo casi estropea nuestro plan, deslizándose de puntillas silenciosamente hasta la cocina como si fuera un ladrón, preparado con un gran cuchillo para hundirlo en el pastel y cortarse una generosa porción. Me tuve que lanzar sobre él desde el otro extremo de la cocina para desenchufarlo de su *iPod* y detenerlo a tiempo.

—No necesitas gritar —me espetó—, yo sólo quiero probarlo.

—Es para el colegio de Kitty.

—Como siempre, todo es para ella —suspiró.

Tuve que hacerle un sándwich con la forma de un hombrecito de galleta para demostrarle que a él lo quería igual.

—Uno pequeño. Esta noche vamos a salir todos juntos a cenar, ¿te acuerdas?

Habíamos elegido los miércoles como día para salir a cenar y así poder escaparnos de la huraña presencia de Bea en la mesa. Por alguna razón, ella siempre estaba peor a mitad de la semana. Aunque desde que llegó Zuzi, el carácter de Bea había mejorado, y ya no era estrictamente necesario salir; no obstante, seguíamos haciéndolo. Zuzi y Bea esperaban esa oportunidad semanal para hacer su propia cena con velas para dos. El problema era que se nos habían acabado los restaurantes del barrio. Greg no era un cliente fácil y ya había tachado la mayoría de los establecimientos de la lista de *Coma en su propio jardín*, nuestra guía local de restaurantes, con una gran cruz roja, como imagino que hacían los que en el siglo XVI marcaban las puertas de las víctimas de la peste para indicar que dentro estaba la muerte. De vez en cuando, alguno, si lo llevaba gente nueva, era rehabilitado, pero a menudo la mayoría seguían el destino de sus predecesores y una segunda cruz se añadía a

la anterior.

Tomamos asiento en Pepito Grillo, una nueva pizzería en Willesden Lane que Ruthie y Richard nos habían recomendado. Tenían una estrafalaria carta repleta de reclamos publicitarios: «Pruebe nuestra apetitosa pizza Grillo, con mucho queso y salchichas picantes, aderezada con suculentos condimentos».

—No quiero nada —dijo Kitty—, no puedo dejar de imaginarme unos grillos en una masa de pizza que son asados vivos en un horno caliente.

Greg, molesto, indicaba con gestos que en la mesa no había ningún cuchillo para ponerle mantequilla a su panecillo. Yo opté por una «ensalada verde»: «Verduras crujientes y sabrosas dispuestas con amor sobre hojas verdes». Deberían haber añadido: «Con la pequeña y reluciente joya de un bicho en su centro», porque eso fue lo que me encontré cuando llegó la ensalada.

—Disculpe, camarero, puede decirle al chef que venga, por favor —dijo Greg con esa gélida educación que adopta cuando está a punto de hacer una escena.

Miré a los niños y levanté una ceja, en realidad las dos, nunca he podido levantar sólo una, para decirles:

—Ya empezamos.

El chef llegó a nuestra mesa. Era un joven con mechones de pelo despeinado y no del todo limpio escapando del gorro de chef. Sus pantalones a cuadros le quedaban ajustados y estaban ligeramente sucios, y tenía los dedos cubiertos de esparadrapos.

—¿Me podría explicar cómo prepara su ensalada? —le preguntó Greg.

El chef lo miró confuso:

—¿Perdón?

—Usted sabrá, sólo cuénteme cómo ha hecho la ensalada.

—Bien, corté las verduras... —empezó a explicar lentamente.

Los chicos se removían incómodos en sus sillas sufriendo de vergüenza. Greg levantó su mano para advertirles que guardaran silencio. Jessie, que todavía estaba con nosotros, nunca antes había visto a Greg en acción y lo miraba aturdida.

—Sí —le dijo Greg al chef, animándolo a continuar.

—Lavo la lechuga...

—¿Perdón? —le dijo Greg, levantando la cabeza y agudizando el oído como si fuera un perro de caza que intuye que el zorro está cerca.

—La lechuga... —El chef repitió lentamente, moviendo la cabeza.

—Sí, pero ¿cuál era la palabra que venía antes de lechuga?

El chef se rascó la cabeza haciendo una pantomima de que estaba pensando:

—Mmm... ¿Lavar, lavar la lechuga?

—Exactamente —le dijo Greg levantando un dedo para enfatizar—, la palabra «lavar».

Ahora el perro atento se había vuelto un amo colérico, listo para meterle al chef la cara en su porquería y pegarle en el lomo con un periódico enrollado.

—El lavado es la clave, ¿no le parece? —siguió Greg enfatizando la palabra «lavado»—. Entonces, ¿por qué, si me permite preguntarle, hay un bicho en la ensalada de mi mujer?

Giró bruscamente y su dedo cambió de dirección para señalar acusadoramente al bicho en cuestión, ovillado en su sabrosa cama, feliz e ignorante del problema que estaba provocando su tranquila presencia. El chef se llevó el plato volando a la cocina mientras murmuraba maldiciones en una lengua extraña, y se pasaba un dedo por la garganta con un gesto de violencia que no necesitaba traducción.

Después de la «victoria» de Greg, insistí en marcharnos. Mi experiencia juvenil como camarera me había enseñado que las humillaciones a un chef se pagaban con un escupitajo en la comida o algo peor.

—¿Por qué no le pudiste decir sencillamente al camarero que había un bicho en la ensalada en lugar de montar este número? No lo entiendo —me quejé mientras empujaba a todo el mundo fuera.

—Tienen que aprender —me contestó el maníaco con quien una vez, insensata de mí, me comprometí en matrimonio.

Volvimos a casa muertos de hambre, y nos encontramos la nevera vacía, y a Bea y Zuzi cómodamente instaladas en el sofá de la cocina relamiéndose los labios y acariciándose sus barrigas llenas.

—¡Ya está bien! —le grité a Greg—, no voy a volver a salir a cenar contigo nunca más. A partir de ahora, todas las comidas se harán aquí.

Bea parecía asustada:

—¿También los miércoles? Es la noche de Bea y Zuzi, ¿no?

Preferí no abrir la boca, así que seguí a Greg arriba. Él cogió la guía de restaurantes y marcó una gran equis roja en la referencia de Pepito Grillo, antes de sentarse a redactar una carta para *Coma en su propio jardín*. Sin duda insistiría en que deberían quitar a Pepito Grillo de su lista. A mi alrededor se empezaron a formar en el aire estalactitas y estalagmitas, y la furia glaciar me helaba mientras observaba cómo escribía, arañando irritantemente con la pluma que ahora deseaba no haberle regalado nunca. Me convertí en una doncella de hielo; y me tomaría unos días empezar a deshelarme.

—¡Oh, papá!, mamá te está maldiciendo —le dijo Kitty girando la cabeza mientras se iba dando brincos a la cama.

14

Receta de AF para una cena

Comprar nueces y aceitunas
Abrir los envases y colocar en cuencos
Enfriar vino
Pedir a los invitados que preparen y traigan los demás platos

Tras su ausencia, Becky estaba convencida de que ella e Iván debían luchar por su relación y darse otra oportunidad. Yo no lo tenía claro: por una parte, me hacía sentir más segura, pues me ayudaba a mantener mi propia relación bajo control; pero al mismo tiempo estaba irrazonablemente celosa. Su vuelta al hogar marital nos presentaba un problema. Teníamos que encontrar nuevos lugares para nuestros encuentros y recurrir a horas robadas en habitaciones de hotel. La mayoría de los hoteles tenían reglas rigurosas sobre horarios de ingreso y no se ajustaban bien a las necesidades de los amantes casados.

—¿Por qué no hay hoteles de amor? —le pregunté a Iván—. Nos deberíamos ir a vivir a Japón; al parecer allí hay montones.

Después de unos pocos desastres, problemas con cubrecamas de algodón afelpado, sábanas no demasiado limpias y actividades furiosas y ruidosas en las habitaciones de al lado, Iván encontró un lugar en Baywater, acertadamente llamado Encuentros, que se convirtió en nuestro propio hotelito de amor. Era una hermosa casa georgiana de color rosa con dos fachadas, gestionada

casualmente por georgianos de Tbilisi, y situada en una calle lateral que sale de Baywater, no demasiado lejos de su casa.

Para nuestros intermedios llevaba alimentos de las tiendas de comida exótica que bordeaban Queensway: *hummus*, falafel, nueces, aceitunas y pan, que podíamos comer fácilmente con los dedos o lamer en los dedos del otro. Algunas veces podíamos pasar allí un par de horas después de comer, y en otras ocasiones conseguíamos robar toda la tarde. A mí me incomodaba el comportamiento de Mgelika, el recepcionista. Mientras nos inscribíamos me dedicaba sonrisas significativas con su boca desdentada y estrechaba la mano de Iván con un vigor un tanto extremo, como si sugiriera que era un semental muy viril por follarse a la esposa de otro hombre. Una vez pasó por la habitación mientras nos íbamos y miró abiertamente las sábanas arrugadas que se veían por la puerta entreabierta. Vi que sonreía de manera lobuna mientras me miraba, evaluándome, y deteniéndose demasiado tiempo en mis pechos. Me hizo sentir como una puta que alquilaba habitaciones por horas. Iván me dijo que no fuera tonta y que no era importante lo que pensara un extraño mientras pudiésemos estar juntos.

—No olvides la regla cuatro —dijo Ruthie cuando le conté lo del nido de amor.

La miré intrigada.

—Nunca pagues con tarjeta de crédito. Es una manera fácil de que te descubran, y es que hay tanta gente descuidada con eso —advirtió.

Pero mi renovada actividad sexual tuvo una consecuencia inesperada y no bienvenida, casi tan irrefutable como un recibo de tarjeta de crédito descuidado: cistitis. Ningún producto que se vendiese sin receta médica me podía ayudar y, desesperada, pedí una cita para ver a la enfermera de la consulta de Greg. Sabía que era arriesgado, pero no se me ocurrió nada más.

—¿Hola, Chloe, ha venido a ver a Greg? —me preguntó simpáticamente Marjorie, la recepcionista, mientras yo intentaba entrar desapercibida en el consultorio. Naturalmente, había tenido que elegir justo ese día para reconocer que yo era la esposa de Greg. Se dirigió al teléfono.

—No, no, por favor, no lo molestes, estoy segura de que está muy ocupado. Sólo pasaba para pedirle una cosa a la enfermera.

Se quedó en silencio con el teléfono en la mano, y antes de cambiar al modo recepcionista, me miró de una manera que implicaba que podía ver perfectamente mi tracto urinario.

—Puede tomar asiento. La enfermera estará con usted enseguida.

Cuando me llamaron, mi nombre sonó tan fuerte que tuve que contenerme para no pedirle al interfono que no gritara tanto. Fui por el pasillo de puntillas, pegada a la pared, para que Greg no pudiese captar la menor señal de mi presencia.

—Es increíble la cantidad de mujeres cuarentonas que vienen con cistitis. —La enfermera parecía que gritaba y su voz estaba decidida a atravesar el delgado muro que daba a la consulta de Greg, que estaba al lado—. Es una epidemia; son todas mujeres divorciadas que han redescubierto el sexo con ganas. La llaman la «enfermedad de la luna de miel». Aunque es extraño que la hayas cogido después de tantos años casada con Greg, vamos. —Me miró con curiosidad y añadió—: Está claro que el viejo doctor todavía tiene fuelle. ¡Qué afortunados! Henry y yo llevamos por lo menos un año sin sexo. —Me reí nerviosa y rápidamente me escabullí agarrando una receta de antibióticos, temiendo que le dijera algo a Greg.

No hay nada tan placentero como estar por la tarde en cama en brazos de un hombre que deseas. Era viernes y el cielo estaba inusualmente azul para ser diciembre, y el sol, dado su corto horario invernal, estaba haciendo una última aparición breve antes de retirarse. Iván deslizaba una mano que subía y bajaba por mi espalda, y yo apoyaba mi nariz en su cuello, inhalando su olor. Sus largas piernas entrelazaban las mías y podía sentir el calor de sus muslos entre los míos, en una zona que todavía palpitaba de placer después de sus expertas atenciones. Disfrutábamos de estos últimos momentos preciosos antes de tener que levantarnos, vestirnos y volver con pesar a nuestras vidas reales, cuando, me temo que la palabra prohibida levantó su fea cabeza contraviniendo la regla cinco del libro de Ruthie: nunca te enamores de tu amante si no vas a dejar a tu marido por él.

- *Ia liubliu tebia* —dijo Iván.

- *Blu blu blah blah.* ¿Qué significa eso?

Se rió.

- *Liubliu tebia*. Te quiero.

- *Blu blu blah blah*, también —dije antes de poder contenerme. Pero no era lo mismo decirle que verdaderamente lo quería, razoné; simplemente le dije unas palabras tontas en un idioma que no conocía. Sin la menor lógica, decirle a Iván que lo quería me parecía una traición más grande hacia Greg que acostarme con él. En apariencia, estaba bien dejar que un hombre y su pene hicieran lo que quisieran conmigo, pero decir te quiero me podía condenar al purgatorio. (Sin embargo, la probabilidad de tal destierro estaba cada vez más cantada.) Para impedir que hubiera más conversaciones amorosas, besé a Iván hasta que llegó la hora de irnos.

¿Me estaba enamorando? La idea me aterrorizaba. Podía entender por qué iba contra las reglas de Ruthie, pero bajo el terror subyacía un sentimiento de tremendo bienestar, así que me encontré canturreando feliz mientras caminaba hacia el coche. ¿Podía ignorar durante un rato el hecho de que era una mujer casada y simplemente revivir las horas que había pasado con mi amante? Mi amante. Paladeé mis palabras como si fueran un bombón delicioso y me sentí como una irresistible mujer de mundo, una Mata Hari, una seductora. Chloe Zhivago, ahora más delgada y guapa que nunca. Tra-la-la-la-la. El último «la» se me clavó en la garganta mientras resonaban en mi cabeza las dos palabras que atormentan a cada judío cuando siente felicidad y placer: «No durará».

Mientras subía al coche mis pensamientos fueron interrumpidos por el móvil. *One more dance with you momma*, me cantó; Leo me había cambiado el timbre del teléfono con uno de sus números de hip-hop; por suerte, era más melódico y menos violento que otras veces. (Me asusté ligeramente con la idea de que debí olvidarme del teléfono durante el suficiente tiempo como para que pudiera hacerlo.) Pensé que sería Iván para volver a despedirse, pues siempre uno de nosotros se aseguraba de telefonear o enviar un mensaje de texto al otro después de estar juntos, ansiosos por mantener el contacto.

—Hola —dije con la voz cálida por la intimidad de nuestro reciente encuentro.

—Acabo de hablar con AF por teléfono —dijo la voz de Greg sobresaltándome—. Nos invita a cenar en su casa a las ocho el próximo martes para presentarnos a su nuevo amigo. Intenté escaquearme, pero no sé

cómo terminé prometiéndole que iríamos los dos. Ruthie y Richard también irán y ese ruso, Iván, y su esposa. Aparentemente tú te encargas del primer plato y Ruthie del segundo.

—¿Y el postre?

Estaba tan impresionada que no se me ocurrió qué más decir.

—Comprará un pastel o algo en la pastelería. Hay que reconocérselo, nadie más puede invitar a amigos y hacerles llevar su propia cena.

—¿Tenemos que ir? —dije aterrada.

—Nunca lo hago bien —dijo Greg—. Eres tú la que siempre se está quejando de que nunca voy a ningún sitio. Es tu amiga; pensé que querrías ir.

—Sí, está bien, claro que iremos.

Después de colgar me senté en el coche en estado de alarma; llegaron a mi mente frases como «Con su pan se lo coma» y «La guinda del pastel». Esto último me pareció bastante adecuado dadas las circunstancias, y me reí en silencio con la idea de que el postre sería la única cosa que AF serviría ella misma.

Bien, qué situación más cómoda, mi marido y mi amante en torno a la misma mesa. Era excesivo, pero como Greg ya se había comprometido, envié rápidamente un mensaje a Iván para decirle que no aceptara la invitación. «Demasiado tarde —me contestó—, Becky acaba de decirle por teléfono que nos encantará ir.»

—Tienes que ser descarada y afrontarlo —me dijo Ruthie cuando la telefoneé aterrada.

—¿Por qué me parece que es tan horrible estar en la misma mesa con mi marido y mi amante? Quiero decir que acabo de estar en la cama con mi amante haciendo toda clase de cosas íntimas y en cierto sentido me parecía aceptable.

—Creo que es porque si tu marido supiese que Iván es tu amante y los otros también, sería humillante para él, como si te rieras de él en público. Mientras que si eres discreta y mantienes tu aventura separada de tu vida diaria, entonces, digamos, que no es exactamente perdonable, pero es menos imperdonable.

—Es como un campo minado, ¿verdad? Lo más raro es que me encantaría que se cayeran bien.

—Sé muy cuidadosa, Chlo, puedes mostrar muchas cosas sin ser consciente de ello. Lenguaje corporal, miradas con intención... La gente puede saber cosas de ti que tú ni siquiera conoces.

—Gracias por el consuelo —dije irónicamente.

No sé qué demonio me entró, pero incluso me comencé a sentir muy excitada ante la perspectiva; en cierto modo el peligro que implicaba me hacía sentir viva. De pronto pude entender por qué la gente se arriesga, por qué hay parlamentarios que retozan con prostitutas conocidas, o por qué algunas personalidades se drogan delante de extraños. Alimenta la peligrosa necesidad de intensificar las experiencias, hace que la vida se convierta en un emocionante juego de ruleta rusa, y yo tenía suerte de tener mi propio ruso de verdad para jugar.

El día señalado, escudriñé mis muchos libros de recetas para encontrar algo que sirviera como primer plato. *Blinis* de harina integral con salmón ahumado, crema ácida y caviar. Perfecto.

Fui a El Volga a buscar algunos ingredientes. Volodya estaba en su pose acostumbrada, inclinado hacia atrás en su silla con los pies sobre la mesa, y leyendo *Doctor Zhivago* con un cigarrillo apagado entre los dientes. Miró hacia delante cuando escuchó el sonido de la puerta.

—¿Por qué parte vas? —pregunté

—Cuando Zhivago y Lara están iniciando su romance y Tonya aún no se ha dado cuenta de lo que ocurre.

—Eso nunca lo entendí —dije—. Me refiero a que si Zhivago ama tanto a Tonya, y desde jóvenes, ¿por qué se enamora de Lara?

—Es posible amar a dos personas al mismo tiempo. —Volodya se encogió de hombros mirándome con intención.

Y aparentemente también cenar con ellas al mismo tiempo. Evité su mirada concentrándome en buscar algo en el bolso.

—¿Más enigmas? —preguntó.

—No, hoy he venido a gastar dinero. Necesito harina integral de trigo sarraceno y caviar.

Me vendió una lata de caviar de salmón, bolitas naranjas relucientes y brillantes que, me aseguró, eran más sabrosas que los huevos negros de

esturión, y también mucho más baratas.

—Amor ruso, *Russkaia Liubov*, te va bien —dijo buscando mi cara con los ojos—. *Sem'ia*, eso es lo que importa, Chloe, la familia. —Me cogió por los hombros y me volvió hacia él—. Sé feliz, disfruta, pero nunca olvides eso.

Parecía como si nadie pudiera hablar conmigo sin decirme que fuese precavida u ofrecerme consejo. Llenó una bolsita de plástico de chocolates con ardillas y me la puso en la mano.

—Mira, lleva estos *Belochki*, son deliciosos con té o café después de las comidas, un poco de sabor de hogar para tu amigo.

Inclinándose detrás de mí, metió la mano en un cestito de mimbre y cogió un chocolate diferente, lo desenvolvió y me lo puso en la boca. Estaba delicioso, era una nuez quebradiza recubierta de chocolate.

—Se llama *Gril'iazh* y es muy popular en mi país.

—¿Cómo se dice «delicioso» en ruso?

- *Vkusno*.

- *Vkusno* —repetí guardando la palabra para un momento íntimo cuando pudiera ofrecérsela a Iván de regalo, una expresión de cariño en su lengua natal.

Volví a casa lista para arremangarme y ponerme manos a la obra con los *blinis* y me encontré con AF echada en el sofá de mi cocina. Llevaba un collarín ortopédico.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté.

—Tortícolis; sufrí un espasmo echando un polvo con Jeremy. Yo estaba arriba intentando que no se me viera la cara caída y arqueé demasiado la espalda y el cuello para mantenerlo todo tirante. Debía estar demasiado entusiasmada...

—Tal vez nosotras, *femmes d'un certain age,* tengamos que limitarnos a la posición del misionero —dije intentando no reírme.

—A ti no te importa lo que parezcas —dijo AF—. Quiero decir que sólo es Greg, no tienes que impresionarlo.

—Sí, claro —repliqué nerviosa—, pero aun así tengo que impedir que se vaya detrás de una cara joven y tersa.

Casi me delaté; tendría que ser más cuidadosa.

—¿Por qué invitaste a cenar a Iván y a Becky? —le pregunté en un tono

que supuse indiferente.

—Son mis nuevos mejores amigos y le quiero pedir a él que me haga los dibujos del nuevo libro. Creo que unas ilustraciones excitantes de personas haciendo el amor funcionarían. Ahora tengo que salir corriendo —dijo AF levantándose para irse como si la fuera a retener—. Tengo que ir al Saigón a que me hagan las uñas.

(Daba ese nombre a los centros de manicura que proliferaban y eran de vietnamitas. A Stoke Newington lo llamaba Estambul, por todas las tiendas de turcos que había allí; Acton era Tokio, y Southhall, Nueva Delhi.)

—Esas chicas del Saigón tienen unos culos imposiblemente pequeños —añadió—. Me hacen sentir enorme. De todos modos es muy tranquilo y silencioso, pues nadie se entiende y no tiene sentido hablar, justo lo que necesito antes de la noche. —Me lanzó un beso—. Hasta luego.

—No puedo esperar más —murmuré mientras cerraba la puerta tras ella.

AF vivía en una gran casa en una zona que ella llamaba West Hampstead, y Greg insistía en que realmente debía llamarse East Kilburn. Últimamente se había hecho conocida por sus artistas, músicos y bohemios que no podían pagar los precios de Nothing Hill Gate o Primrose Hill. Justo antes de salir llamó y nos pidió que comprásemos algún postre de camino porque ella estaba muy ocupada. Al entrar en su prístina cocina recubierta de cemento (aparentemente el cemento era el último grito), era difícil descubrir qué la tenía tan ocupada: la única prueba de que esperaba invitados eran unos pocos cuencos con aceitunas y nueces.

—Estoy furiosa —anunció—. Jeremy telefoneó hace literalmente cinco minutos para decir que no venía. Tuvo que ir a Cardiff; han arrestado a uno de sus productores por agredir a alguien y tuvo que ir a resolver el asunto. La verdad es que esta cena era para que todos pudierais conocerlo finalmente.

Mientras la reconfortaba diciéndole que se sentara y le servía una bebida llegaron Iván y Becky.

Becky era más pequeña y bonita de lo que sugería la fotografía, pero en la boca tenía un rastro de humedad, y hacía que uno quisiese limpiarla con un pañuelo. No era la humedad de una promesa sexual; más bien era el preludio de unos besos demasiado mojados. Pude pasar por alto ese pequeño defecto

porque no pensaba besarla. Pero me cayó bien inmediatamente, una posibilidad que no había contemplado.

—Iván y yo apenas nos hablamos —dijo—. Nos perdimos cuando veníamos, y como siempre, no paró para preguntar el camino a nadie.

—Greg hace lo mismo —dije—. Prefiere conducir horas dando vueltas antes de sufrir la ignominia de tener que pedir ayuda. ¿La testosterona hace que los hombres sean incapaces de preguntar direcciones?

—Me da mucha rabia, y a los niños también —dijo Becky—. Cuando eran pequeños se asomaban por la ventana del coche y hacían señas a los transeúntes pidiéndoles ayuda a gritos: «¡Estamos perdidos, pero nuestro padre no se detiene para preguntar la dirección!»

—¿Funcionaba?

—No, lo único que conseguían era que Iván decidiera con más determinación que no pararía para pedir ayuda; simplemente aceleraba.

Nos reímos, mujeres unidas por las fobias de los hombres. Becky era amistosa y divertida. Me hubiera sentido furiosa con su marido por divertirse fuera de casa si no fuera porque lo hacía conmigo. Era una lástima que no pudiera pedirle prestado a su marido como un niño pide prestado un juguete a un amigo. ¿Podía prestarme a su marido? Prometería devolverlo al terminar. «Vamos, Becky, no seas mala, déjame jugar con él.» Supongo que eso es lo que llaman intercambio de parejas: echar un polvo con las esposas o maridos de la otra gente y devolverlos amablemente cuando terminas.

AF estaba tan ocupada comportándose como una invitada que Ruthie y yo nos tuvimos que encargar de todo o no hubiéramos comido nunca.

—¿Qué piensas? —le susurré a Ruthie mientras me ayudaba a servir el primer plato. Ella se balanceaba ligeramente mientras echaba de cualquier manera trozos de salmón en el *blini*. Estaba BALL (borracha al llegar.)

—Es estupendo —dijo—. Y su mujer también —añadió irónicamente.

La única concesión de AF a hacer de anfitriona fue organizar dónde debíamos sentarnos y me instaló junto a Iván. Tuve que usar cada gramo de autocontrol para no entrelazar con él las pantorrillas y los tobillos bajo la mesa. Greg estaba sentado junto a Becky y parecían llevarse divinamente.

Ruthie me lanzaba miradas significativas desde el otro lado de la mesa. Me siguió cuando retiré los platos.

—Regla seis —dijo—. Niega y miente. —La miré interrogante—. A menos que seas cogida *in fraganti*, niégalo todo. —Asentí con la cabeza, obediente—. Ten cuidado —añadió— con la manera como os miráis, o no me sorprenderíais si ofrecierais a todo el mundo un espectáculo sexual un poco más tarde.

—¿De verdad es tan obvio?

—Para mí, sí. Pero, bueno, es uno de mis temas.

—¿Crees que Becky o Greg sospechan algo?

—No. —Hizo un silencio antes de añadir detenidamente—. No todavía.

AF pasó la mayor parte de la velada en otra habitación telefoneando a Jeremy o en la mesa conversando con Richard sobre los hábitos sexuales del mundo antiguo, por si encontraba algo que expoliar para su nuevo libro. El resto de nosotros tuvimos que arreglárnoslas sin más. Después del plato principal (el mero asado con salsa de fríjoles negros y arroz salvaje de Ruthie), ésta comenzó una discusión sobre el matrimonio. Se echó al coleto un par de copas de vino adicionales, además, sin duda, de unas cuantas rayas de su amiga colombiana a juzgar por sus frecuentes viajes al baño. Richard la observaba mientras se retorcía el labio inferior con el pulgar y el índice como hacía siempre que estaba nervioso. Sabía que tarde o temprano habría de tener una conversación seria con él y traicionar el secreto de Ruthie: no me la imaginaba volviendo al buen camino sin su ayuda.

—La cosa es —decía— que los matrimonios no están hechos para durar tanto como los de todos nosotros. Diez años solía ser la duración normal para un matrimonio en el pasado. Tras ese periodo las mujeres habían fallecido en un parto o los hombres —hizo una vaga seña en dirección a los que había en la mesa— habían muerto en un duelo.

—Tal vez rete a Iván a duelo —dijo Greg mientras abría otra botella de vino. Yo me atraganté con el pedazo de comida que acababa de meterme en la boca—. Una espina de pescado —dije con la voz entrecortada cuando pude hablar de nuevo.

—¿Por qué a mí? —dijo Iván tranquilamente.

—¿Por qué no? Estoy seguro de que podemos encontrar algo por lo que luchar —dijo Greg. Contuve la respiración nerviosamente—. Veamos —continuó Greg—, por ejemplo, ¿qué opinas sobre el campo?

Me relajé y di un trago tranquilizador a mi vaso de vino; el peligro había pasado.

Era uno de los temas predilectos de Greg y le encantaba discutir sobre él. Siempre decía: «La vida es tan aburrida cuando todo el mundo está de acuerdo todo el tiempo».

—Me encanta el campo —dijo Iván.

—No, me refiero a la caza del zorro —persistió Greg.

«Ahí va», pensé cansada.

—Una manera muy eficaz de aplicar la teoría de Darwin —dijo Iván mirando a Greg a los ojos—. Los zorros cazados son los viejos y enfermos.

Comenzaron a darle vueltas al tema. Greg sostuvo que era una vergüenza matar por deporte, e Iván se puso lírico con el disfrute de la caza.

—Yo soy la única que ha nacido y se ha criado en el campo. —Becky intentaba hacerse escuchar. Pero los hombres no estaban interesados en alguien que tuviera una experiencia real sobre el tema y sus voces simplemente subían de volumen y ahogaban las nuestras. Iván interrumpía a Becky cada vez que ella quería decir algo, igual que Greg hacía conmigo. Ella y yo nos miramos encogiéndonos de hombros. Nuestros maridos eran más parecidos de lo que pensé al principio, aunque en resumen, mientras observaba la relación de Iván y Becky, no pude dejar de sentir que Greg era más agradable conmigo que Iván con su mujer. Cuando Becky hablaba, él miraba impaciente y apenas cruzaba su mirada con la de ella.

—Es una parte importante de la economía y la estructura social de la vida rural. No hablo de lo que llamáis gente encopetada, sino de la gente común cuya forma de vida está relacionada con la caza del zorro desde hace generaciones —estaba diciendo Iván.

—Todo ese rollo sobre la cantidad de puestos de trabajo que se perderían no tiene nada que ver —rebatió Greg—. A veces, una consecuencia del progreso es la pérdida de empleos. La gente afectada simplemente tiene que encontrar otra forma de buscarse la vida. Hay que hacer lo que es correcto, y la caza del zorro no lo es.

—Los zorros son una plaga, y de todos modos las cacerías sólo eliminan un tres por ciento de su población —dijo Iván.

—Bien, por qué no dejar de condenar el asesinato en ese caso; puedes

disparar a unas cuantas personas y decir que sólo eliminas un pequeño porcentaje de la población humana. Una muerte es una muerte —respondió Greg.

—Mira —dijo Iván señalando al gato siamés de AF, que estaba acurrucado en el felpudo, ilustrando perfectamente la frase que aprendemos en el silabario: «El gato duerme todo el rato»—. La gente cuida a los gatos y ellos se ocupan de los ratones.

—Nuestra gata no —interrumpí—, es anoréxica.

—¿A quién le importan los zorros o los cachorros? —intervino Ruthie sonoramente, y comenzó a llorar con grandes sollozos dejándonos a todos asombrados—. Todo es tan jodidamente irrelevante —dijo poniéndose de pie tambaleante.

Richard me miró impotente; él no era demasiado eficaz controlando una crisis, así que la saqué a empujones de la habitación y la subí a la habitación de AF para que se tumbara.

—Lo siento, Chlo, estoy un poco borracha —dijo mientras me daba la espalda y se dormía.

Iván me arrinconó en las escaleras mientras bajaba.

—Nos pueden ver —dije alarmada.

Me atrajo hacia él y pude sentir, caliente contra mi muslo, el recuerdo del placer compartido. Era casi insoportablemente emocionante. Nada que ver con la ruleta rusa, eso era más parecido a un suicidio inmediato. Metió su mano por la delantera de mis pantalones y me acarició y luego, mirándome a los ojos, se chupó lentamente el dedo que me había tocado. Me ruboricé con una mezcla de estupefacción y excitación sexual. Si alguien nos hubiera visto, la regla cinco hubiera sido inútil. Armándome de todo el autocontrol que pude reunir, lo empujé y bajé corriendo. La cara de AF apareció tras la jamba de la puerta, mirándome inquisitiva.

—¿Qué me he perdido? —preguntó.

—Nada, le estaba mostrando a Iván dónde está el baño de arriba. —Me encogí de hombros despreocupadamente.

Mientras volvíamos a casa en el coche, Greg dijo:

—Iván y Becky son simpáticos. Él es de esas personas un poco pagadas de

sí mismas, pero es un tipo bastante interesante. Debería salir con él a tomar una copa.

Intenté ocultar mi incomodidad y me concentré en buscar el último parte meteorológico en la radio del coche para desviar la atención de Greg. Eso era justo lo que me faltaba, mi marido y mi amante saliendo juntos en plan de amigos a tomar una copa. Tal vez les gustaría analizar mi comportamiento en la cama.

—Ruthie no está en muy buena forma —dije cambiando de tema.

—Probablemente esté premenopáusica —dijo Greg con esa exasperante manera masculina de socavar las emociones femeninas atribuyéndoles cualquier disgusto a las fluctuaciones hormonales.

—Sólo tiene cuarenta y tres años, por amor de Dios.

—Muchas mujeres comienzan a tener síntomas a vuestra edad.

—Bueno, vaya, entonces, ¿tengo que empezar a esperarlos? —dije tensa.

Me había excitado tanto con Iván que contemplé la posibilidad de seducir a Greg cuando vino a la cama, a pesar de que no me parecía correcto hacer terminar a Greg el trabajo que había empezado Iván en la escalera. Sabía que no iba a ser la primera mujer que pensara en otro hombre mientras hacía el amor con su marido, ni la última. Mientras luchaba con mi conciencia, el fuerte sonido del ronquido de Greg decidió por mí. Siempre he pensado de mí misma que era una persona decente y honorable, pero parecía que había desarrollado un talento natural para la maldad. ¿Es eso lo que sucede cuando los dedos de los pies traspasan las barreras invisibles que separan el buen comportamiento del mal comportamiento? El primer paso no era el último, simplemente comenzaba el inexorable camino hacia la ruina; la propia y la de todos los demás. Permanecí un rato despierta, buscando con mis pies traidores que traspasaban barreras, las tranquilizantes zonas suaves y frías de las sábanas para que me ayudaran a dormirme.

—Lo siento tanto —se lamentaba Ruthie a la mañana siguiente—. Me he levantado tan avergonzada. Ya está, se acabó, lo prometo. He borrado el teléfono de Carlos de mi móvil, de mi agenda electrónica y de mi ordenador.

—Bien, todo eso está muy bien, pero ¿y de tu cabeza?

Ruthie tenía una facilidad asombrosa para memorizar números de teléfono. Todavía podía recordar el teléfono de Benny Tart, el primer chico al que besó. (Todos los primeros amores parecen tener nombres ridículos como Amanda Blow o Jenny Quick.)

—Herviré mi cabeza en una tinaja de aceite para que también desaparezca de ahí —dijo Ruthie llena de contrición—. Estaba un poco saturada, y anoche antes de llegar a casa ya me había tomado tres vasos de vino. Ayer tuve un día asqueroso en el trabajo nos dedicamos a plantear objetivos para mi equipo. Me llevó horas y David Gibuck insistió en que todos los tenían que cumplir y firmar al final del día aunque yo me vaya. Una pérdida de tiempo estúpida. «¿Cuál es tu objetivo?» «Hacer bien mi trabajo». «Oh, es sorprendente, la mayoría de la gente pone "hacer mi trabajo muy mal"». Todo era muy tocapelotas; gracias a Dios, no tardé mucho en irme. Cuando volví a casa, Atlas estaba llorando, y cuando le pregunté qué le pasaba, me dijo que pensaba que era gay.

—Probablemente es sólo una fase; la mayoría de los chicos la pasan a su edad —dije en un intento de reconfortarla—. De todos modos, estaría bien si lo fuera, te ayudaría a elegir los complementos; ya sabes, no estarías perdiendo un hijo, sino ganando una hija.

—Es verdad —se rió—. Se supone que no debe importarme, y por supuesto en teoría no me importa, pero cuando me lo contó, sólo pensé que podría coger el sida, que nunca me podría dar un nieto, y que algún día sería un pobre viejo solitario sin nadie que lo cuide.

—Oh, querida, me lo tenías que haber contado. Lo siento tanto, estaba demasiado obsesionada con el asunto de Iván. De todos modos, nadie tiene un seguro contra la soledad cuando seamos ancianos, ni los heteros ni los gays, pero incluso si es gay podrá adoptar hijos. Mira esa pareja gay que vive en Manchester y consiguió adoptar dos pares de gemelos. Debería ser un consuelo.

—Estaré bien. A propósito, Iván es muy sexy, pero tendrás que tener cuidado.

—Lo sé, me alivió mucho que la velada terminara; fue una noche al borde del ataque de nervios, pero también muy excitante, lo que la hizo aún más preocupante.

—No sé que adicción es más peligrosa, la tuya o la mía —dijo.

15

Receta para preparar falafel de Chloe Zhivago

1/2 kilo de garbanzos cocidos y escurridos
1/2 taza de migas de pan
1 huevo
1 cebolla grande cortada fina
2 cucharadas de perejil cortado fino
1 cucharadita de comino molido
1/2 cucharadita de cilantro molido (o fresco)
2 dientes de ajo machacados
1 cucharadita de sal
Aceite de oliva para freír

Mezclar los garbanzos, la cebolla, el perejil, el huevo batido y las especias. Mezclar en la licuadora. Colocar en un bol, añadir las migas y mezclar hasta formar una bola.

Hacer pequeñas bolas de 2,5 centímetros de diámetro. Aplanarlas un poco y freírlas hasta que estén doradas por ambos lados. Escurrir las bolas de falafel en servilletas de papel.

Servir en pan de pita con tomate cortado, pepino, lechuga, cebolla y un poco de tahini o salsa picante.

—¿Cómo va la caza de chicas? —le pregunté a Leo. Estaba en esa etapa del desarrollo adolescente conocida como confinamiento-solitario-

autoimpuesto-en-la-habitación. Su cuarto parecía haber sido expresamente construido como un decorado de cine de habitación de adolescente. El director no hubiera tenido que cambiar nada. Había ropa sucia apilada en el suelo, cuencos con restos de cereales incrustados, tazas vacías y calcetines por todas partes. La atmósfera estaba impregnada de olor rancio a perro, *eau du* adolescente. En las raras apariciones de Leo por otras partes de la casa, normalmente llevaba los oídos taponados con unos auriculares que lo hacían inaccesible.

Mi cabeza también estaba taponada recientemente con las fantasías de mi propia vida secreta. Cuando no estaba en persona con Iván, habitualmente revivía en un bucle los momentos que pasábamos juntos. Me di cuenta de que hacía semanas que no hablaba con Leo. Me había disociado de mi vida diaria y pasaba todo el tiempo en mis adúlteros y frondosos suburbios como había predicho papá. En poco tiempo me había convertido en una mala esposa y madre y estaba en peligro de convertirme también en una mala psicoterapeuta. Intentaba enmendarme, pero mi intento de apertura fue mal juzgado.

—¿Quién te ha dicho que quiero una chica? Fue Kitty, ¿verdad? Puta, le dije que no hablara de ello. Me las va a pagar. —Se levantó para ir a buscarla y hacer realidad su amenaza.

—No, no. —Me retracté. Maldita sea, he traicionado la confianza de mi hija—. Sólo pensé que probablemente a tu edad...

—Mira, mamá, no puedo hablar contigo de esas cosas —dijo.

—¿Por qué no? Soy mujer y sé de esas cosas.

Me miró incrédulo.

—Sí. Pero no es como en tu época.

—Todavía es mi época —mascullé molesta.

Leo rió levemente.

—Sí, vale.

Si hubiera repetido lo que acababa de decir, le hubiera pegado. Fingiendo un tono desenfadado pregunté:

—Pero te gustan las chicas, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que te gustan más las chicas que los chicos. Si te gustan los chicos, está bien, pero pienso que deberíamos tener una charla sobre ello.

—Mira, mamá, sé que Atlas piensa que es marica, que tenga suerte. Está bien si lo es, no me importa, es Atlas y siempre será mi colega. Pero a mí me van las chicas. ¿Vale? Fin de la discusión.

Me avergonzó lo aliviada que me sentí.

—Ahora, si no te importa —dijo Leo—, quiero seguir mirando mis revistas porno y fumando *crack* en paz. —Lo miré horrorizada—. Estoy bromeando —dijo—. Me voy a dar una vuelta a ver al abuelo para que me dé algún consejo. —Cuando salía de su habitación, dijo tranquilamente—: No es fácil tener quince años, ya lo sabes.

—Lo sé, cariño. —Regresé a su lado y lo besé. Me dejó que lo abrazara y apoyó su cabeza en mi hombro por un momento—. También es difícil tener cuarenta y tres —dije suavemente y cerré la puerta.

No había visto mucho a Sammy últimamente. Su determinación de hacer de sabueso para Madge había ocupado gran parte de su tiempo, y pensé que también había estado viendo bastante a la chica española que trabajaba en el bar Tapas de la esquina. Siempre había sido reservado con su vida amorosa. Me lo encontré en las escaleras con la cara cubierta de lágrimas y un recorte de periódico hecho jirones y amarillento en la mano. Parecía que nuestra escalera se había convertido en la zona específica para llorar. Me senté junto a él y le pasé el brazo por los hombros. No dije nada; hablaría cuando se sintiera capaz de hacerlo. Pero no hizo falta que dijera nada, porque mientras se recuperaba miré el recorte y comprendí lo que le pasaba.

PADRE E HIJOS ASFIXIADOS EN UN COCHE

Reg Jackson, 31 años, y sus dos hijos, Rosie, 7 años, y Jimmy, 5 años, fueron encontrados muertos en un coche en las primeras horas de la mañana del lunes, envenenados por monóxido de carbono. «Parece que se quedaron dormidos», dijo Joyce Hinkin, de 35 años de edad, vecina de la familia. El coche, un Ford Cortina blanco, estaba aparcado en un callejón tranquilo cerca de la casa. «Estaba tomando un atajo para volver a casa con la compra cuando los vi —dijo la señora Hinkin—. Parecían una familia estupenda. ¿Qué puede llevar a alguien a hacer algo tan terrible?» La esposa de Reg y madre de los

hijos, Madge Jackson, había salido ese día dejando a sus hijos al cuidado del padre. Sus amistades le prestan todo su apoyo en el hospital, donde están tratando su shock emocional.

Cogí con cuidado el recorte de la mano de Sammy. Estaba fechado el martes 12 de diciembre de 1969.

—¿Dónde lo encontraste? —pregunté.

—En el apartamento de Madge. Con motivo de mis pesquisas fui al registro civil en busca de certificados de nacimiento, y ya me estaba acercando a la verdad de lo que había ocurrido, cuando hoy, en casa de Madge, mientras estaba tomando una taza de té, lo vi clavado en la pared junto a otros recortes. Resulta que ella lo ha sabido siempre. Bueno, una parte de ella, pero debe resultarle tan doloroso que la mayor parte del tiempo no se acuerda de lo que ocurrió y piensa que todavía están vivos.

—Qué horrible. ¿Te lo imaginas? —Me dieron ganas de llorar—. ¿Qué pasó con Armie?

—Intento descubrir qué le pasó —dijo Sammy.

Ruthie volvió a llamar para disculparse una vez más por su comportamiento de la noche anterior.

—Acabo de encontrarme con Lou —dijo—. Tiene un novio nuevo y está espléndida.

—¿De verdad? ¿Quién? —Estaba equilibrándome precariamente en una silla buscando un vaso en la parte de arriba del armario. Encontré un montón de polvo y una pipa de agua para fumar hachís rota. ¿De quién era? ¿De Greg? ¿De Leo?

—Alguien que encontró en polvetes.com, un sitio de citas de Internet.

—¿Realmente se llama así?

—Podría ser perfectamente —se rió Ruthie.

—¡Caray! —dije—. Internet es la alcahueta más exitosa de todos los tiempos. Es sorprendente la cantidad de gente que visita esas páginas.

—De todos modos, parece que ese tipo te conoce. Se llama Les Fallick.

—¿Les? —Me quedé en silencio haciendo un dibujo con el dedo en el polvo—. Conocí a un Gus Fallick.

—Es verdad, Lou me dijo que se había cambiado el nombre.

No pude dejar de sentir que de haber estado en su lugar no hubiera sido mi nombre lo que me hubiera gustado cambiar.

—Lo último que supe es que vivía en Glasgow y estaba casado y con hijos.

—Sí, bueno, ahora está divorciado, y parece que allí hay un reciclaje general de maridos —dijo Ruthie secamente.

—Eso debe ser bueno para el medio ambiente, ¿verdad?

—Mmm, debería poner a Richard en un contenedor verde y ver qué pasa. Aparentemente Les todavía vive en Glasgow, así que sólo se pueden ver los fines de semana. Lou va allí cuando James se queda con los niños, y Les viene cuando los tiene ella. Durante la semana tienen continuamente sexo por Internet.

¡Claro! Internet debía ser un instrumento perfecto para su piquito de oro. Era fantástico que todavía estuviera dando buen uso a su notable talento y, sin duda, gracias a la Red, podía dar placer a cientos de mujeres a lo largo y ancho del planeta.

Ruthie llevaba mejor su adicción a la cocaína; descubrió que era un síndrome reconocido: era una ACCA, adicta a la cocaína de clase acomodada.

—Me hace sentir mucho más cómoda saber que pertenezco a una estadística y que tengo un nombre —dijo—. Aparentemente somos montones. Ya sabes que AF fue quien me inició en la cocaína, incluso antes que las chicas de la oficina; fue cuando estaba escribiendo su libro sobre el celibato. ¿Sabes que piensa que es una filósofa del siglo veintiuno?

Asentí con cansancio.

—Bueno, ella estaba experimentando con la cocaína para su genio, emulando a Timothy Leary en la exploración de la mente. Consideraba que era tremendamente útil para explorar los funcionamientos internos de su psique, o alguna gilipollez de esa índole. De todos modos, ya lo ha dejado ahora que ha vuelto a retomar su vida sexual: no es bueno para los orgasmos; me dijo que los dificulta, y aunque pueda ser bueno para los hombres, no lo es para las mujeres.

Ruthie se apartó el pelo de los ojos y reordenó sus ondas; su Issey Miyake

parecía arrugado, como si fuera una manifestación externa de su estado interno, la desintegración de un uniforme que pronto dejaría de necesitar.

—Voy a dejarlo ahora de verdad, Chlo. He estado leyendo sobre ello y hay tanta gente que muere en Colombia en la guerras del narcotráfico que me hace sentir inmoral tomarla. Por lo visto, por cada gramo de cocaína que llega a una fiesta, muere una persona. Me he obligado a visualizar cada raya como una estela de sangre que mi nariz aspira. Me ha dejado completamente desanimada.

—Un buen artículo para una revista podría ser «Esposas cocainómanas» —dije.

—Es una idea fantástica. De hecho, lo podría escribir como periodista independiente para una revista de la competencia ahora que la mía me ha dejado tirada. —Ruthie parecía más animada.

—¿Por qué te metiste en esto? —pregunté.

—Era divertido, y necesitaba algo divertido.

—Pero anoche no parecía que te estuvieras divirtiendo mucho.

—En realidad, sólo fue divertido al principio. Pronto se hizo triste y desesperado. Tendré que pensar en otra manera de divertirme.

—Espero que mi manera de divertirme no se vuelva enseguida triste y desesperada —dije pensando en mis citas con Iván.

Iván y yo estábamos en la cama del hotel Encuentros comiendo *falafel* con salsa picante en pan de pita. Un poco de salsa chorreaba por la barbilla de Iván y se la lamí. Mgelika me hacía sentir cada vez más incómoda. Se había acostumbrado a darme besos húmedos en cada mejilla cuando me saludaba, como si fuéramos viejos amigos, y por tercera vez había vuelto a llamar a la puerta y había entrado con su llave maestra antes de que nos diera tiempo a responder, con el poco convincente pretexto de que pensaba que lo habíamos llamado. Felizmente en ese momento estábamos haciendo una pausa para tomar aliento y no estábamos realmente en ello. Encuentros ya era historia, necesitábamos un nuevo sitio.

—A Becky le gustaste de verdad —dijo Iván.

—A Greg también le gustaste.

—Tal vez, después de todo, podría orquestar su propia muerte *à la*

Chernishevski, y después nos podríamos casar —dijo Iván. (¿Podía imaginarme verdaderamente casada con Iván, un hombre que no era el padre de mis hijos?) Analizamos si el hecho de que nuestras parejas se gustaran nos hacía sentir más o menos culpables. Había una parte de mí a la que le encantaba que a Greg le gustara Iván. Era una curiosa validación de mi propio buen gusto. De algún modo, hubiera sido peor que le pusiera los cuernos con un hombre al que no respetara; necesitaba su aprobación, aunque él no fuera consciente de que me la estaba dando. Visto de modo objetivo, era profundamente inmoral tener una relación con la pareja del otro, pero sentía que era extrañamente natural querer que la gente que es importante para nosotros se caiga bien.

—Quiero pasar la noche contigo —me dijo Iván hundiendo mi cabeza en su pecho.

—Yo también —dije. Cada vez me resultaba más duro levantarme, vestirme y volver a mi vida de casada.

Conduje a casa sintiendo melancolía. «¿Por qué no eres mi esposa?», me preguntó Iván en un mensaje de texto. «Justamente me estaba preguntando lo mismo», le contesté. «Tenemos que irnos unos días juntos de viaje», escribió. Incluso entonces mi piel seguía guardando el recuerdo de su tacto, como si todavía me estuviese tocando. Apreté mi móvil con fuerza; se había convertido en el cordón umbilical que me unía a Iván cuando no podíamos estar juntos, permitiéndonos el lujo de poder comunicarnos en cualquier momento. Relaciones textuales; era lo mejor en orden de importancia. Guardaba el teléfono con celo y nunca lo dejaba fuera de mi vista; era una fuente de placer pero, si caía en las manos equivocadas, también podía ser la causa de mi potencial caída.

Llamé a papá.

—¿Quién es, por favor?

Me reí; siempre tenía la habilidad de animarme.

—¿Por qué me siento tan mal después de estar con mi amante?

—Un fenómeno común —dijo.

—¿Cómo puedo siquiera hablar de esto contigo? Eres mi padre.

—Te debimos malcriar. Es *tristesse* poscoital. Seguramente sabes de qué

se trata; es un síndrome reconocido, existe una palabra francesa para definirlo y todo.

—Eso me hace sentir mejor. Una cosa, papá, ¿por qué me molesta que Iván sea un poco frío con su esposa? —Le conté lo de la cena en casa de AF.

—¿Es tan sorprendente? Después de todo tiene una aventura con otra mujer porque su matrimonio no debe ser perfecto.

—Es verdad. Pero por alguna razón me preocupa.

—Hay un refrán que dice: «Puedes conocer a un hombre por cómo es cuando bebe, por cómo es con el dinero y por cómo es con su ira». Tal vez habría que añadir: y por cómo es con su esposa.

—Sí, eso es lo que me preocupa, aunque supongo que él puede pensar lo mismo sobre cómo soy yo con Greg.

—¿No estarás planeando escaparte con él? —preguntó papá, y pude escuchar una nota de preocupación en su voz.

—No, claro que no. —¿Lo estaba?

—Bien. Te veré más tarde entonces, querida.

Iba a venir a cenar.

¿Durante cuánto tiempo podría continuar así? Me perdí meditando posibilidades. ¿Y si me divorciara de Greg? Pensé que no podría soportar las solitarias noches de los miércoles y lo de alternar los fines de semana asignados a cada padre. Hay un chiste sobre esto: *P: ¿Qué piensa una mujer danesa cuando se encuentra a un hombre? R: ¿Es éste el hombre con el que quiero que estén mis hijos los fines de semana alternos?* No era así; como mujer judía, estaba programada para mantener la familia unida a cualquier precio. ¿Y qué ocurriría si Greg desapareciera de repente? Todo el tiempo se leen historias de ese tipo en los periódicos citando a mujeres perplejas y abandonadas. «Sólo salió a buscar leche diciendo que volvía en diez minutos y fue la última vez que lo vi, y ya han pasado siete meses.» Al fin y al cabo era lo que había hecho su propio padre. Tal vez un comportamiento así era genético. Estaba horrorizada por mi deslealtad, pero me consolaba a mí misma reconociendo que no era tan mala como Camus, que escribió que toda la gente normal a veces desea que sus seres queridos estén muertos. Yo no quería eso, simplemente deseé por un instante que Greg desapareciera. Por supuesto,

realmente no era ése mi deseo y todos esos negros pensamientos eran tan sólo una señal de que quería a Greg, ¿o no? El problema era que ya no estaba enamorada de él. Distraídamente iba cantando con la radio del coche que Kitty siempre tenía sintonizada en una emisora pop. Era una canción sobre ser puta y amante, pecadora y santa. La letra resumía exactamente lo que había intentado explicar a Gina en su última sesión: una persona fundamentalmente buena es capaz de comportarse mal. Era un análisis que también podía aplicarme a mí misma perfectamente.

Cuando volví a nuestra calle, divisé a Sammy ayudando a Madge a atar más trapos en las rejas de su apartamento.

—Los pongo aquí para que Jimmy y Rosie puedan encontrar mi casa —dijo Madge—. Les encantan mis sedas y satenes, los llaman su tesoro. —Pasó los dedos a lo largo de las ricas telas de color oro, rojo y púrpura que relucían como banderas al viento.

Apoyé un brazo sobre su hombro, y nuevamente fui consciente de lo huesuda que era. La retuve un breve momento y me sorprendió su olor: olía a limpieza y a frescura, a agua de rosas. Levantó la cabeza y me miró con sus ojos claros, verdes.

—Ten cuidado con lo que deseas, Chloe —dijo por fin.

¿Acaso Madge podía leerme los pensamientos? «Realmente no deseaba que Greg desapareciera y en cualquier caso no era tan mala como Albert Camus», por poco le respondí. ¿Había deseado ella misma algo así? ¿Alguna vez habría deseado que Reg desapareciera y la dejara libre para amar a Armie?

Madge me apartó el pelo que me caía sobre los ojos con su mano suave. Parecía vieja, y su expresión estaba cargada de pena por haber tenido que refugiarse en la locura para escapar de la verdad, hacía ya tanto tiempo. El paso del tiempo no significa nada para la memoria, que nos acerca lo ocurrido a su capricho o lo empuja, alejándolo. El tiempo es elástico, un asunto de nuestra imaginación y sólo tiene significado como experiencia subjetiva. Los segundos, minutos, horas, días, semanas y años no significaban nada para Madge. La muerte de sus hijos eran algo que acababa de ocurrir. Treinta y cinco años, el tiempo que había transcurrido desde entonces, no habían hecho disminuir su pena o su pérdida. No era capaz de enfrentarse a la realidad

ahora, como tampoco había podido enfrentarse a ella durante todos esos años.

Entonces me cogió de la mano y me condujo hacia su apartamento. Estaba más limpio y ordenado de lo que me esperaba: era una gran habitación con el baño a la vista. Los papeles y ropas estaban ordenados en pilas y una taza solitaria y un plato se secaban junto al fregadero. Un paño de cocina que celebraba un olvidado verano de hace mucho en Bognor Regis colgaba pulcramente de un gancho de la pared. Debajo de la ventana había una pequeña cama individual, señal de que había abandonado para siempre toda esperanza de intimidad. Estaba hecha con mucho cuidado y cubierta con un gastado edredón de cuadros azules y amarillos. Junto a la cama había una pequeña fotografía enmarcada. Desde donde yo estaba sólo podía percibir las caras sonrientes de dos niños, esmeradamente vestidos con chaquetas de cuello redondo. Una tabla de planchar ocupaba el centro de la habitación; sobre ella había dos pilas de bragas blancas; una, la de las bragas planchadas, y otra, la de las que esperaban su turno. Madge seguía mi mirada.

—La limpieza es muy importante. Muy importante. Los niños necesitan una casa limpia.

Vi un movimiento con el rabillo del ojo; parecía reflejar la blancura de la colada de Madge. Era una paloma.

—Me trae un mensaje —dijo Madge.

La paloma voló hacia ella y se posó en su hombro; le acarició la nuca con el índice y la paloma zureó complacida. Moviendo rápidamente su cabecita de ojos negros de lado a lado, emitió un zureo profundo.

—¿Qué está diciendo? —pregunté.

—¿No lo oyes? —respondió suavemente—. Está diciendo que encuentre a Armie.

Miré a Sammy, que había entrado en silencio y estaba mirando por la ventana muy quieto y silencioso a su manera budista. Estaba comenzando a sentir que me había metido en una nueva versión de *Mary Poppins* con sus pájaros habladores, y estaba casi sorprendida de que Dick Van Dyke no se deslizara por la chimenea y apareciera cantando junto al fuego y con la cara tiznada. Pero ¿quién sabe?, tal vez los pájaros hablaran a Madge... Sammy y yo la dejamos con la promesa de que la ayudaríamos a buscar a Armie, y salimos a la calle cogidos del brazo. Mientras caminábamos, para mantener el

paso, cantamos en voz baja unas rimas de una de las viejas marchas militares de papá.

Izquierda, izquierda, un trabajo se fue a la mierda
Derecha, derecha, marchando a toda mecha

Pensé que debí haberle enseñado esta canción a Ruthie antes de que se comportara de la manera que la llevó a que la despidieran. Desgraciadamente, ya era demasiado tarde.

—¿Podemos invitar a Madge a la comida de Navidad? —me preguntó Sammy.

Apenas había pensado en la Navidad y sólo faltaba una semana. Tendría que ponerme a organizar los regalos y la comida sin pérdida de tiempo.

—Sí —dije—. Claro. Primero consultemos a los demás.

Tuvimos una reunión familiar esa noche durante la cena y todos estuvieron de acuerdo en que la Navidad era un momento para huérfanos y abandonados y que Madge debía ser invitada.

—¿Qué comeremos esta vez? —preguntó papá como hacía cada año—. ¿Un ganso?

—¡Qué asco! No gracias —dijo Leo.

—Demasiado grasiento —dijo Greg.

—En mi país siempre comemos una carpa la noche antes de Navidad —dijo Bea.

Me dio un escalofrió al recordar las carpas aceitosas que acudían en enjambre como pirañas para comer carne en el estanque que estaba cerca de la casa de Sammy, en España. Una afición local era echar pan duro al agua y observar cómo las carpas se alimentaban frenéticamente.

—Si vamos a ser tan judíos como Jesús, por qué no nos damos el placer de comer, por ejemplo, un cochinillo asado —sugirió papá.

—Muy gracioso. No, comeremos pavo como siempre, pero también prepararé un jamón al horno si eso te sirve para sentirte más irreverente —dije.

—Y yo preparé la carpa para la noche anterior —dijo Bea con firmeza.

Normalmente disfruto de las Navidades, pero no las esperaba con ganas

este año, pues significarían que Iván y yo no nos podríamos ver durante por lo menos una semana. Tendríamos que permanecer firmes en el seno de nuestras familias. Su hijo, que estaba en el último año de universidad, y su hija, que vivía en París, venían a su casa.

Madge no vino a la celebración. Le dijo a Sammy que tenía que quedarse en su casa por si venían Jimmy y Rosie, y él no la pudo convencer. Después de la cena (pavo y jamón asado con todas sus guarniciones), mientras los demás se sentaron hinchados delante de la tele del salón, me fui sigilosamente a la cocina para llamar a Iván.

—Te quiero estrechar entre mis brazos —me dijo.

—Yo también. Te echo mucho de menos.

—Ven y nos vemos, sólo una hora —dijo.

—Es imposible. Parecería demasiado sospechoso.

Un ruido detrás de mí me hizo dar un salto. Era Greg.

—Muy bien, feliz Navidad, pronto hablamos —dije demasiado vivamente y colgué.

—¿Con quién hablabas? —dijo Greg.

Sentí que se me iba el color de la cara e intentaba no temblar. Tuve que pensar rápido.

—¿Cuándo? ¿Ah, ahora? Sólo era AF para saludar.

—¿Qué parecería demasiado sospechoso? —dijo Greg.

—¿Qué quieres decir? —fingí ignorancia.

—Te escuché decir: «Parecería demasiado sospechoso».

No iba a dejarlo pasar.

—¿Lo dije? Ah, sí... Es que me ha dicho que nos pongamos un poco de bótox para Nochevieja para parecer más jóvenes, y yo le he dicho que no—, porque te parecería demasiado sospechoso y lo notarías enseguida.

No era perfecto, os lo garantizo, porque Greg rara vez advertía algo de mi apariencia física, pero pareció apaciguarlo. Se encogió de hombros mostrando desinterés y puso la tetera al fuego.

—¿Puedo instalarme en tu tipi en España? —le pregunté a Sammy más tarde, por la noche, mientras preparaba sándwiches de pavo frío. Estaba

tocando las mismas pocas notas una y otra vez en una pequeña flauta. Hizo una pausa, se sacó la flauta de los labios, y le pasó un dedo por su suave superficie.

—Madera de mango —dijo—. Es sagrada para los hindúes porque Prajapati, el dios de las criaturas, se convirtió en un árbol de mango.

—Ah, sí... —comenté impaciente. No estaba de humor para el misticismo oriental.

—Cuando muere un hindú, queman su cuerpo en una pira y prefieren leña de mango, porque se supone que proporciona calor eterno.

—Fantástico. —Lo miré expectante—. ¿Puedo ir a tu casa y quedarme?

—Claro que sí —contestó levantando los ojos y mirándome fijamente—. ¿Sola?

—No preguntes —dije—. Es mejor que no lo sepas.

16

Cogollos de lechuga con ajo y nueces

Lavar y escurrir dos corazones de lechuga.

Asar en el horno diez dientes de ajo sin pelar con aceite de oliva y dejarlos enfriar.

Tomar un puñado generoso de nueces.

Disponer la lechuga en un bol, machacar los ajos pelados y echarlos al bol, añadir las nueces y aliñar con aceite de oliva y vinagre balsámico, sal y pimienta.

Servir dos como aperitivo. Es especialmente delicioso cuando uno da de comer al otro con la mano.

La luz transformaba las Alpujarras en un edredón gigante que descansaba sobre suaves nubes. Ocho molinos de viento blancos parecían rozar el horizonte moviendo sus aspas elegantemente con el viento y generando energía para el valle. El cielo, de un azul profundo, estaba despejado y los árboles que poblaban las laderas estaban cargados de naranjas y limones maduros. Iván y yo nos habíamos encontrado en el aeropuerto por la mañana y ahora, por fin, estábamos solos. Escapar había sido más fácil de lo que había previsto; le mencioné a Greg que quería hacer un viaje mientras estaba ocupado intercambiando correos electrónicos con sus amiguetes de las multas de tráfico. Le expliqué que necesitaba paz y silencio para terminar un artículo que estaba escribiendo. «Bien, bien, lo que quieras. ¿No ves que estoy ocupado?»,

dijo dando por zanjado el asunto.

Elegí la semana en que Kitty se iba de excursión con el colegio y Jessie iba a estar con AF, porque los chicos se las podían arreglar muy bien solos durante unos días. Mi ausencia sólo les provocaría unas mínimas molestias. La mentira era descarada, aunque la indiferencia de Greg me ayudó a aliviar la culpa. Y como decía Ruthie, todo formaba parte de la regla siete: Asegúrate de ser lo suficientemente fuerte como para aguantar la culpa del engaño.

Mientras subíamos serpenteando en el pequeño coche de alquiler, a la distancia se veían las cumbres nevadas de las montañas más altas. Habíamos interrumpido temporalmente nuestra conversación y yo miraba en silencio el perfil de Iván mientras conducía.

—No puedo hablar mientras conduzco —me advirtió.

Igual que Greg y que todos los hombres que he conocido, sólo podía hacer una cosa a la vez. (Como muchas mujeres, yo puedo conducir, charlar, regañar a los niños en el asiento de atrás, equilibrar una pelota en la nariz y chasquear los dedos al mismo tiempo.)

Sin embargo, a diferencia de Greg, Iván me dejaba tocarlo mientras conducía, así que me puse a acariciarle la nuca, en ese punto cálido donde se junta la columna con la base del cráneo, después le pasé la mano por el muslo, y la dejé descansando justo donde comenzaba la entrepierna. La mantuve ahí, cálida y expectante. Iván se volvió para mirarme y sin decir nada aparcó el coche junto a la carretera. Me cogió la mano y me hizo subir por una senda de montaña y después de quitarse lo justamente necesario, me hizo el amor ahí mismo, y después contra un árbol. La necesidad de tenernos el uno al otro era un afrodisíaco poderoso. Fue rápido, urgente y excitante; un sabroso aperitivo antes de un primer plato más sensual que tomaríamos más tarde.

Todo era muy distinto a mi vida con Greg. No podía acordarme de la última vez en que habíamos hecho el amor en otro lugar que no fuera nuestra cama, por la noche y con las luces apagadas. Ya nunca comenzábamos completamente vestidos. Recordaba nuestros primeros dos años juntos y la apresurada estela de ropas que dejábamos por los pasillos y escaleras camino de la habitación. A menudo no nos daba tiempo de llegar y hacíamos el amor en las escaleras, yo con la espalda apoyada en el borde afilado de los

peldaños, mientras a Greg se le quedaban las rodillas cubiertas de delatoras marcas de la alfombra; pero llevábamos con orgullo en nuestro cuerpo las señales de la pasión: nuestra heridas de batalla. Con un amante extramatrimonial, por supuesto, hay que aplicar la regla ocho: No dejes ninguna señal visible. Hay que impedir al máximo mordiscos y rasguños, pues pueden delatar tu secreto.

Iván y yo llegamos a Bubión y tomamos una empinada subida en un extremo del pueblo para llegar al lugar donde estaba el tipi de Sammy. Las ventanas, de las que mi hermano estaba tan orgulloso, daban a una montaña con la cumbre nevada. El valle a nuestros pies era verde y exuberante en el benigno invierno español y un río descendía lánguidamente a la costa, que estaba a cuarenta kilómetros. De una roca brotaba una pequeña cascada que iba al río llenando el aire del hipnótico sonido de un torrente de agua. Iván permanecía detrás de mí, con su brazo en torno a mi cintura apretándome contra él. Me encantaba sentirme empequeñecida por su altura. En sus brazos me sentía delicada y frágil. Corrimos cerro abajo agitando los brazos como niños para ir a la tienda del pueblo. Repentinamente me sentí avergonzada al ver a Jorge, el tendero. ¿Qué pensaría al verme con un hombre extraño? Me había visto con Greg y los niños en numerosas ocasiones y me conocía como la hermana de Sammy. En mi español de colegiala le presenté a Iván como un colega y le explique que teníamos que hacer allí un trabajo durante unos días. Jorge, que hablaba rápidamente con su acento andaluz que sólo permitía adivinar el final de las palabras, asintió y sonrió. Además, era aún más difícil entenderlo porque sólo tenía dos dientes, incongruentemente blancos y relucientes, en una cara arrugada y de barba canosa, y siempre llevaba un cigarrillo sujeto firmemente entre sus labios. Usaba los pantalones con la cintura alta y, como concesión al invierno, una chaqueta sobre su habitual camisa de manga corta. La tienda de Jorge era como la cueva de Aladino: bolas de cuerda luchaban por defender su espacio contra dinosaurios de plástico, sartenes, chorizos y quesos aromáticos. Nunca nos había decepcionado; si lo que querías no estaba disponible en las estanterías, Jorge desaparecía en el almacén y volvía con lo que necesitaras, como un mago que hace aparecer una moneda de detrás de la oreja. Compramos jamón serrano, pan, queso y miel con nueces, y como ardillas preparándose para el invierno,

corrimos a llevarlo todo a nuestro nido.

El interior del tipi era frío, pero colorido. El suelo estaba cubierto de alfombras mexicanas y mantas y un suave cobertor de cuero tapaba el gran colchón matrimonial que ocupaba el centro del espacio. Iván encendió eficientemente la pequeña estufa de parafina y la lámpara de gas. Nos acurrucamos vestidos debajo de las mantas y nos fuimos quitando la ropa poco a poco mientras nos calentaba el fuego y nuestro deseo. Mi cuerpo se estremecía cuando me tocaba.

—¿Puedo llamarte Giván? —dije—. Los nombres de mis novios siempre comenzaban por ge.

—Me puedes llamar como quieras mientras sigas haciéndome sentir como me siento ahora —se rió.

Picamos trozos de pan, queso y jamón y bebimos un fuerte vino tinto de Rioja mientras seguíamos hechos un ovillo en nuestro colchón.

—Cuando era adolescente —dijo Iván—, leí una novela de un escritor del siglo diecinueve que se llamaba Reshetnikov. Era sobre el amor de un muchacho campesino hacia su novia. Cuando ella murió prematuramente, la pena y la angustia que sufrió por su pérdida fue tan grande que quiso desenterrar el cuerpo de su tumba y cortarle la nariz de un mordisco. Sonaba bárbaro, pero era comprensible, la necesidad de comerse a alguien que amas. Siempre me he preguntado si alguna vez encontraría a alguien que me hiciera sentir así y ahora lo tengo. —Se inclinó sobre mí, me besó la nariz, y la raspó juguetón con los dientes.

Sabía lo que quería decir. Yo también tenía el deseo de poseerlo por completo. Iván era tan delicioso que quería comérmelo entero, y así lo hice, contraviniendo desafiante la regla nueve de Ruthie en relación con la felación: traga sólo la primera vez y luego no tendrás que hacerlo nunca más, aunque siempre crean que lo haces. Quería saber todo sobre él, hacerlo mío y pertenecerle por completo.

Después de hacer el amor, acurruqué mi cabeza en el pecho de Iván y me contó cómo él y su familia habían vivido en un ruinoso edificio prerrevolucionario a unas pocas calles de Nevski Prospekt, en el corazón de San Petesburgo. Era un apartamento comunal que compartían con otra familia.

Escucharlo me hizo sentir como si viviera en las páginas de una novela épica rusa. Eran ocho para un solo baño. Describió su apartamento, que aún conservaba las huellas de la etapa anterior, pues en sus altas ventanas y en los techos con volutas en los bordes era visible el encanto de la época zarista. Estaba en la tercera planta y a través de la ventana se podía ver uno de los muchos canales que habían hecho que San Petesburgo se ganase el título de la Venecia del norte. El padre de Iván era pintor, y las habitaciones que ocupaban olían fuertemente a óleo, olor que para siempre asociaría a su infancia. Jarras con pinceles y pequeños trapos manchados cubrían casi todas las superficies de la cocina, lo que provocaba la ira de los desagradables vecinos con los que tenían que convivir. Consideré que debía ser muy difícil compartir tu hogar con otra familia.

—Solíamos ir a una pequeña dacha en el campo cuando podíamos —dijo Iván—. Era una simple cabaña de madera, pero nos daba privacidad, lo que significaba que podíamos hacer ruido sin temor a quejas. También hacíamos fuego y cocinábamos *shashlik* al aire libre.

—Hagámoslo aquí —dije somnolienta.

Él quiso levantarse y comenzar a recoger trozos de madera y astillas para hacer una fogata inmediatamente, pero lo sujeté y empecé a besarlo, recordándole un hambre diferente. Después nos tumbamos juntos y comencé a contarle las vacaciones que pasaba con mis padres y Sammy cuando era niña, pero después de unos momentos, por su respiración me di cuenta de que se había dormido.

Los dos días siguientes me sentí como si estuviera de vacaciones de mi vida. Iván y yo paseábamos besándonos por los naranjales, resbalando por las piedras para cruzar los arroyos; contemplaba cómo subía y bajaba su respiración mientras dormíamos entrelazados o abrazándonos por la espalda. A veces su mano se movía en mitad de la noche despertándome para continuar la actividad amorosa que el sueño había interrumpido brevemente. Por la mañana nos despertábamos con la perentoria sirena de la furgoneta del pan que pasaba por el pueblo vendiendo hogazas de pan recién horneadas, y por la tarde caminábamos por las calles de la cercana Granada, nos sentábamos a la luz de las velas en el pequeño comedor con azulejos de Los Manueles y nos

dábamos de comer el uno al otro cogollos con ajo y nueces.

—Podríamos ser tan felices juntos, Chloe —dijo Iván dándome una nuez.

—Lo sé, pero piensa en el daño que provocaríamos.

—Mucha gente se divorcia.

—Pero yo pienso que las familias deben permanecer juntas. Creo que los padres les deben eso a sus hijos.

—¿No te debes a ti misma ser feliz también? Yo me dedicaré a hacerte feliz. —Pasó su mano por el costado de mi cuerpo, tocándome levemente el pecho. ¿Me podía imaginar viviendo con Iván? Estaba empezando a hacerlo, pero cuando pensaba en lo que tenía que ocurrir para que eso fuese posible, sentía un gran nudo en la garganta. Mi vida y la de Greg, vidas entretejidas a lo largo del curso de los últimos diecisiete años, tendrían que desmantelarse; habría que vender la casa y dividir las posesiones. Pude imaginar mi alegría horriblemente forzada para «vender» a los niños la idea de lo divertido que sería para ellos tener dos dormitorios, dos casas...

Una mañana me desperté bruscamente con la pálida luz del alba embargada por una inquietante sensación. Pensé que alguien me había llamado por mi nombre, pero Iván estaba todavía profundamente dormido junto a mí. Me acurruqué en su cuerpo intentando volver a dormirme. Podía oír los sonidos del amanecer: un gallo cantando, los ubicuos perros españoles ladrando, una mujer llamando a su hija: «¡Angustias, ven aquí!» Repicaron las campanas de una iglesia cercana. Eran las siete de la mañana. Me levanté silenciosamente, cogí mi móvil y salí afuera temblando por el frío de la mañana.

—Papá.

—Qué gracioso, cariño, ahora mismo estaba pensando en lo mucho que me gustaría escuchar tu voz.

—¿Qué estás haciendo?

—Jugueteando con el piano.

—¿Por qué crees que murió mamá, papá?

—Como sabes, nunca se encontró la auténtica razón. Sé que suena raro, pero creo que simplemente ya no quería vivir. Tenía un terrible e irracional miedo a envejecer. ¡Qué lástima! Se perdió tanto de ti y de Sammy y, por

supuesto, de sus nietos.

—¿Crees que tendríais que haber estado juntos?

—Es complicado saberlo, querida. Aunque era una persona difícil, yo la amaba, como quiero a Helga. Sé que fui muy codicioso. Ése es el problema que tenemos tú y yo: lo queremos todo.

La cara de Iván apareció en la entrada del tipi. Parecía un colegial bostezando y restregándose los ojos con los pelos de punta.

—Te tengo que dejar, papá. Volveré mañana. Te quiero.

Iván me devolvió a la cama donde pasamos toda la mañana jugando felices con el cuerpo del otro antes de caer rendidos en el delicioso sueño de los amantes ya saciados.

Más tarde, nos vestimos, observé a Iván realizar el insólito ritual de estirar los calcetines antes de ponérselos (no le gustaba la sensación de la tela apretándole los pies y tobillos. Me asaltó el pensamiento de que ésas eran precisamente el tipo de rarezas que, con el tiempo, podían resultar irritantes). Condujimos hasta Salobreña, en la costa, y nos detuvimos para tomar algo en La Roca, un bar colgado en una roca sobre el mar. La roca tenía la forma de un centurión con nariz de patricio acostado en el agua con el pecho arqueado.

—¿Puedes ver mi hombre roca? —le pregunté a Iván.

—No, veo un cocodrilo en un tronco.

Me lo describió y yo, a su vez, le perfilé con el dedo mi soldado yacente. Contemplamos cómo el sol, una bola naranja encendida, se hundía tras el horizonte y desaparecía de la vista. A la derecha había unos quietos botes de pescadores silueteados por la suave luz que se desvanecía y a bordo eran apenas visibles dos figuras. Éramos una pareja romántica junto a un mar de postal. Iván me cogió la mano.

—Te quiero —dijo.

—Yo también.

—Dilo.

- *Liubliu tebia* —dije.

- *Pa-angliiski*, dilo en inglés.

Me disponía a hablar, pero me contuve temerosa, como si pronunciar esas palabras pudiera invocar un rayo. Lo amaba, claro que sí. Acaricié su mejilla

con un dedo y me incliné hacia él para besarlo como respuesta. Me cogió la cara con las manos y me miró intensamente.

—Dilo —repitió.

—Te quiero —murmuré sin hacer ruido mientras por detrás cruzaba los dedos de una mano con la esperanza de que esa combinación única nos protegiera de cualquier rayo inminente.

17

Atún guisado al estilo de Edie

Para 4 personas:
1 lata de crema de champiñones Campbell
1/3 de taza de leche
180 gramos de atún; escurrir y desmigar (debe ser atún en lata con aceite)
2 huevos duros cortados en rodajas
1 taza de guisantes cocidos
1 taza de patatas fritas algo desechas

Precalentar el horno a 180 oC. Mezclar la crema de champiñones y la leche en una fuente de cocina. Agregar el atún, los huevos y los guisantes y remover. Hornear 20 minutos. Colocar las patatas por encima; hornear otros diez minutos.

Cuando llegué a casa, Greg estaba dormido en el sofá del salón con la televisión tronando. La irritación se apoderó de mí y me invadió el cuerpo en oleadas crecientes sincronizadas con la cadencia de sus ronquidos. A pesar de que había estado fuera con otro hombre, de algún modo quería que me esperara para darme la bienvenida al hogar, y que me salvara de mí misma y el camino que parecía empecinada en emprender.

Cerré la puerta silenciosamente y me encontré a papá en el estudio, caminando de un lado a otro mientras gritaba a alguien por el teléfono. Era el día previo al estreno en el Albert Hall y había tenido que hacer algunos ajustes

de última hora para algunas canciones. Estaban ensayando el musical de *El príncipe y el mendigo* y, según él, los gemelos protagonistas ni siquiera podían cantar sin desafinar. Observé que en la mesa del comedor había un vaso pequeño con los restos pegajosos de algo dulce. Lo cogí y lo olí con sospecha. Era Baileys, lo que sólo podía significar una cosa: Edie McTernan estaba en casa. Eso explicaba por qué Greg estaba dormido a las cinco de la tarde, demasiado temprano incluso para sus costumbres. Había olvidado que Edie venía al estreno de papá. Contemplé la posibilidad de salir disparada, buscar a Iván y escaparme con él de vuelta a España, lejos, lejos de todo esto, pero papá terminó su llamada y me condujo con firmeza hacia la cocina, como un carcelero que arrastra a su celda a un prisionero recalcitrante.

Edie estaba de pie junto a la mesa de la cocina y llevaba puesto un delantal. Nunca viajaba sin llevar por lo menos dos delantales idénticos, recién lavados y planchados. Siempre estaban decorados con tréboles como demostración de lealtad hacia su tierra natal, un país en el que nunca había estado más que unos pocos días. Cuando nos visitaba, se quitaba la chaqueta y con el delantal atado a la cintura se dedicaba a buscar restos de suciedad para limpiarla murmurando «Viven entre porquería» lo suficientemente alto como para que la oyéramos. Ahora Leo estaba sentado a la mesa al lado de ella con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. Edie llevaba unas tijeras que le acercaba a los ojos.

—¿Qué haces? —grité.

—Recortarle las pestañas —dijo Edie.

Le arrebaté las tijeras y, con dificultad, resistí la tentación de darle unos tijeretazos y hacerle unas calvas en el pelo negro teñido.

—Le hacen parecer una chica —dijo Edie enfurruñada.

—Leo, ¿qué diablos estabas pensando?

—Pensé que así parecería más masculino y que eso me ayudaría a encontrar novia —respondió él encogiéndose de hombros.

—Las tiene muy largas. Parece uno de esos... ¿Cómo los llamáis? ¿Transvestises? En mis tiempos los hombres eran hombres —masculló Edie.

—Todavía son tus tiempos —dije.

Papá, intentando calmar la situación, le sirvió un poco de Baileys a Edie, lo que la hizo reírse como una niña tonta. Era un placer ver cómo se

comportaba mi padre: conseguía sacar a la luz a la niña coqueta de cada mujer que entraba en contacto con él, no importaba la edad que tuviera. Disfrutaba de la compañía de las mujeres, que se sumergían en su encanto como si fuera un baño caliente aromatizado.

—Deberías tomarte una copita, Bertie —dijo Edie coqueta, tomándose la suya de un trago—. Sin alcohol, ya sabes.

Besé a Leo y lo abracé contra mí intentando anclarme al hogar después de mi ausencia.

—¿Algún regalo? —preguntó como hacía desde que tenía dos años cuando llegaba a casa después de ausentarme más de un día. Sus ojos rápidamente registraron que llevaba en la mano una bolsa con un nombre impreso que encantaba a mis hijos: El Mundo de los Caramelos.

—Sólo los caramelos españoles de siempre, no tuve tiempo de nada más.

Sammy entró en la habitación, divisó a Edie, siguió caminando y salió por la puerta que daba al jardín para esconderse en su tienda de campaña.

—Nadie me avisó que ya estabas en casa —resonó la voz reprobatoria de Kitty mientras entraba corriendo en la habitación para abalanzarse sobre mí.

—¿Cómo te fue? —le pregunté—. ¿Te divertistes? ¿Te abrigastes bien? ¿Qué tal has comido? —Las preguntas salían atropelladamente de mi boca mientras la abrazaba.

—Me lo he pasado bastante bien, pero Molly, como siempre, se portó mal conmigo y cuchicheó sobre mí en el autobús durante el regreso. Estoy contenta de haber vuelto a casa. Estás muy guapa, mamá. ¿Qué hiciste en España?

Sentí una puñalada de culpa cuando surgió la imagen de Iván desnudo y acaparándome en exclusiva.

—No demasiado, mejor cuéntame cómo te fue a ti la excursión.

Kitty comenzó a describir su viaje, pero enseguida fue interrumpida por Edie, quien empezó a contar una larga historia sobre sus vecinos Barbara y Dereck y las minucias de sus vidas. Parecía que Dereck tenía problemas de espalda y a Barbara le resultaba difícil hacerse cargo de todas las tareas que impone la vida, y el último martes, ¿o era miércoles?, justo después de que el lechero le reclamara a Edie el pago de la leche y antes de que llegara el hombre del túnel de lavado de coches para echar un vistazo a su Hotpoint, un modelo de la década de 1970 que daba problemas, aunque era inútil decirle a

Edie que necesitaba uno nuevo, porque ella decía que las cosas como los coches tenían que durar para siempre, Barbara se había presentado en su casa para tomar una taza de té y contarle sus problemas y Edie le había dicho que no tenía por qué quejarse, que por lo menos ella tenía un hombre en casa, no como ella que había sido abandonada por su marido hacía años.

—Ve a despertar a tu padre —le susurré a Leo. No entendía por qué tenía que hacer yo de nuera mientras él se escaqueaba de sus responsabilidades.

—Déjalo dormir al pobre —dijo Edie dándome unas palmaditas en la mano—. Parece agotado después de llevar la casa toda la semana. Además, tiene un resfriado horrible. ¿No se pone su chaleco? Deberías cuidar mejor de él.

Como una salamandra atrapando moscas con su lengua pegajosa, conseguí retener las palabras *joder*, *exacto* y *fuera* antes de que salieran volando de mi boca. Mi suegra continuó con su monólogo y la cocina empezó a quedarse vacía; primero Leo, después Kitty, después papá justo cuando contenía un bostezo hasta que, finalmente, pude salir a hurtadillas dejando que el incesante parloteo de Edie cayera en los perplejos oídos de Bea y Zuzi, quienes siguieron sentadas a la mesa como si estuvieran congeladas.

—Prométeme que me harás la eutanasia si alguna vez me pongo así —susurró papá mientras escapábamos sofocando la risa como colegiales traviesos que se escabullen juntos.

Choqué ruidosamente contra la puerta del salón.

—¡Alabemos pues Tu Reino que no es de este mundo, dijo Él! —pronunció Greg sobresaltado mientras se incorporaba.

—Oh, lo siento, querido, no sabía que estabas dormido. —Intentó volverse para seguir durmiendo así que me senté a su lado.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó Greg temeroso; casi se podía esperar que se subiera a una silla encogido de miedo. Un hombre asustado por un ratón.

—Pronunciando un discurso en la cocina. Vamos, tenemos que ir a hacerle compañía.

Refunfuñó.

—No puedo, su perorata acabará conmigo.

Le di un golpe.

—A propósito —dije encaramada sobre él—. Hola, he vuelto.

—¿Eso significa que puedo salir ahora? —preguntó echando una mirada preocupada en dirección a la voz de su madre, un murmullo largo, continuo y enervante que salía de la cocina.

Me miró detenidamente.

—Tienes buen aspecto. ¿Te lo has pasado bien?

—Sí, he descansado mucho. He escrito un montón —dije recordando la razón que había dado para escaparme.

Me besó; un beso cumplido, rápido y seco, cerca, pero no exactamente en la boca. Ese recordatorio de nuestra casta existencia de alguna manera alivió la culpa que amenazó con dominarme después de ver a mis hijos. Fuimos a la cocina.

—El martes no, no puede ser en martes, pues es el día que voy al centro y me tomo una taza de té con el viejo señor Yates, que es quien solía plantar los macizos de flores... Oh, Greg, estás aquí, ¿te acuerdas del señor Yates? —Edie nos saludó cuando entramos en la cocina—. Ahora tiene cinco nietos, Benny, David, Colin Georgina y, ay, ¿cómo se llama el otro...? Lo tengo en la punta de la lengua. Me acordaré enseguida. Justo les estaba hablando a Bea y Zuzi de Barbara y Dereck. —Edie seguía en plena perorata. Bea y Zuzi tenían la mirada vidriosa de los boxeadores sonados que no entienden cómo pueden seguir todavía de pie. Papá hizo un valiente esfuerzo para volver a la primera línea, pero ya estaba mirando alrededor buscando alguna manera desesperada de escapar.

—¿Te ha contado papá lo del estreno? —le pregunté a Edie intentando hacer que se callara pasándole la batuta de la conversación a mi padre.

—Sí, y me recuerda al padre de un niño de la clase de Greg. Fue unos pocos años A.S.

Su voz se convirtió en un susurro, pues aludía al padre de Greg y su desaparición.

Un pequeño grito de desesperación escapó involuntariamente de los labios de Greg; me recordó el maullido de *Janet* cuando la metí en la jaula para llevarla al veterinario, y se sintió atrapada y desesperada, sin saber si alguna vez volvería a ser libre.

Nuestra entrada rompió el hechizo paralizante de Edie sobre Bea y Zuzi,

empujándolas de vuelta a la vida. Miraron a su alrededor como Rip Van Winkle cuando despertó de su largo sueño. Bea miró a Zuzi y con un dedo alisó con ternura el mechón de pelo que le caía sobre los ojos.

—Tenemos que anunciaros algo —dijo.

Edie abrió la boca para continuar, pero Greg la detuvo con un gesto de la mano y dijo con firmeza:

—Espera. Escuchemos lo que tiene que decir Bea.

Ésta estaba visiblemente contenta por la atención. Esperó hasta que estuvimos todos sentados alrededor de la mesa y en silencio.

—Zuzi y yo nos vamos a casar y queremos que todos vengáis a la boda.

Bea cogió la mano de su prometida donde florecía el anillo que brillaba en su dedo anular. Zuzi se ruborizó graciosamente, y bajó la mirada de honesta doncella cuya mano ha sido conseguida en buena liza.

—Me alegro muchísimo —dijo Edie—. Espero que vuestros novios sean buenos muchachos. ¿Será una boda doble?

—Se casan la una con la otra —dijo Greg.

—No seas tonto —respondió Edie—, las mujeres no se casan entre ellas. De verdad, Greg, que algunas veces dices unas tonterías... ¿Sabíais —continuó sin hacer una pausa para respirar— que ahora la mayoría de los matrimonios terminan en divorcio?

Greg abrió la boca para volver a hablar, pero con una mirada le silencié. ¿Qué importaba?

—Esto merece un brindis con champán —interrumpí las estadísticas sobre divorcios de Edie y busqué una botella en la nevera—. Me imagino que ahora tú y Zuzi querréis vivir en vuestra propia casa —continúe aprovechando la circunstancia—, así que os ayudaré a buscar. —Evité sus miradas mientras me preparaba para descorchar la botella.

—¿No queréis que nos quedemos aquí? —preguntó Bea.

Kitty se acercó a ella y se sentó en su falda.

—Está bromeando, ¿verdad, mamá? —dijo Kitty y se volvió hacia Bea—. Sabes que no podría soportar que nos dejases nunca. Cuando yo crezca, te podrás venir conmigo a cuidar a mis hijos.

Perdí el control del *plop* y el corcho golpeó el techo en vez de morir en mi mano con un leve siseo.

—Nos quedaremos —le aseguró Bea a Kitty acariciándole el pelo—. Es nuestra casa de compartir días felices y también el amor.

Ella y Zuzi intercambiaron una mirada íntima y cariñosa. Sé que debí haberme mantenido firme, pero como era el caso de muchas madres con actividades profesionales, la estabilidad de mi vida giraba en torno al inestable eje de una ayuda pagada. Además, era consciente del daño potencial que podrían sufrir no sólo Kitty sino también Leo y Greg, si era descubierto mi comportamiento reciente, y no quería hacer nada que desbaratara el equilibrio.

—Bien, ya veremos —dije frustrada y batiéndome en retirada tras mi intento de echar a Bea y Zuzi, y pensé: «Veamos qué ocurre después de la boda. Me pregunto si seréis felices para siempre».

¿Sería diferente con las parejas del mismo sexo? Mismo sexo, diferente sexo; la verdad, sospechaba, es que después del matrimonio hay muy poco sexo. A menos, por supuesto, que fuera con otras personas. Me preguntaba con tristeza si su barca del amor se estrellaría contra la roca de las trivialidades diarias.

—He preparado mi atún guisado —dijo Edie sacando una olorosa bandeja del horno. Era su especialidad, una delicia culinaria de «sus tiempos», la década de 1950; atún en lata cocido en sopa concentrada de champiñones con patatas fritas desmenuzadas por encima. Kitty y Leo fingieron que iban a vomitar mientras Edie ponía una generosa ración delante de cada uno. Para papá, los esfuerzos culinarios de Edie fueron la gota que colmó el vaso y con grandes aspavientos miró su reloj y se quedó de una pieza al ver la hora que era, tras lo cual corrió a ponerse la chaqueta.

—Come algo antes de marcharte —dije maliciosamente.

—Me encantaría, querida, pero tengo que ir a ver al director. —Hábilmente paró mi acometida y me besó triunfante—. Os veo a todos mañana, a las seis y media. No lleguéis tarde.

—Nosotros también tenemos que irnos —dijeron Leo y Kitty poniéndose de pie—. Le dijimos al abuelo que lo ayudaríamos.

—Pero yo acabo de regresar —me quejé.

—Los verás por la mañana, lo siento, pero organizamos esto hace semanas. —Papá estaba confabulado con ellos y les ayudó a escapar a un mundo libre de atún. Bea y Zuzi también consiguieron escapar entre las

despedidas, y de Sammy no había rastro.

—Qué pena. No tiene importancia, Greggie, puedes comerte también lo de ellos —dijo Edie colocando los platos de Kitty y de Leo delante de Greg, quien valientemente probó el guiso. Si *Janet* hubiera sido una gata normal, Greg le hubiera puesto furtivamente comida en su plato y ella la habría engullido agradecida, pero no lo era, así que cuando Edie no estaba mirando, con la destreza conseguida tras años de experiencia, escondió casi toda la comida en la servilleta que tenía sobre las rodillas.

—Para mí no, Edie —dije con firmeza—. Estoy a dieta.

—Oh, tienes que tener cuidado después de los cuarenta, Chloe —insistió ella—. Si te quedas muy delgada, pareces esmirriada; las mujeres mayores tenemos que mantenernos un poco regordetas por el bien de nuestras caras. Ya sabes lo que se dice: *visage* o *derrière*.

Movió la cabeza con placer como si invitara a apreciar su dominio de las lenguas extranjeras. Su pronunciación de *derrière* rimaba con *terrier*, pero considerando que lo más lejos que había viajado al extranjero era el sur de Irlanda, era sorprendente que conociera alguna palabra francesa. Edie despreciaba a los extranjeros, pero le gustaba imitar algunas de sus cosas pensando que eso le daba un aire de sofisticación y, como decía, la hacía parecer lista.

Me molestó ser asociada con un grupo de mujeres mayores como Edie, compartiendo con ella la primera persona del plural. Yo no pertenecía a ese grupo, sino al de las mujeres de veinticinco a cuarenta años. Ése era mi grupo. ¿O después de los cuarenta había que unirse automáticamente a la banda amorfa de los que estaban entre los cuarenta y los ochenta años?

—No me encuentro bien —dijo Greg.

Se tomaba su propia salud mucho más seriamente de lo que hacía con sus clientes y ahora parecía como si estuviera a punto de llorar, pero yo sospechaba que tenía poco que ver con su estado físico y mucho con el simple sufrimiento que le provocaba la presencia de su madre.

—Querido, échate allí, y Chloe y yo recogeremos la cocina y tendremos una agradable y larga charla.

Miré a Greg mientras dejaba la habitación; me guiñó un ojo, un guiño de victoria. Si mis ojos hubieran sido capaces de hacerlo, hubieran lanzado

flechas envenenadas a su corazón conspirador.

Siempre he entendido que la palabra «charla» se refiere a un intercambio social de noticias y opiniones. Eso no era lo que estaba ocurriendo ahora. Ciertamente había noticias y opiniones; pero ningún intercambio al respecto, pues yo era la única receptora de un bombardeo de información; las palabras salidas de la boca de Edie me llegaron en un rápido chorro y me sentí azotada por ellas como por una lluvia incesante; me volviera hacia donde me volviera, me esperaban para golpearme aún más fuerte. Encontré mi manera de sobrevivir enviando y recibiendo subrepticios mensajes de texto de Iván.

—Perdón —le dije a Edie mientras tecleaba—. Es uno de mis pacientes.

Así mientras ella hablaba, Iván y yo nos entreteníamos en intercambiar textos, y puesto que su contenido sexual aumentaba y en el último que me había enviado se leía: «Sigo viendo tu cara mientras tenías un orgasmo cuando hacíamos el amor en el tipi esta mañana», decidimos encontrarnos en quince minutos. No hubiera pensado que era posible estar sentada delante de la suegra teniendo un intercambio erótico con el hombre con el que traicionas a su hijo; pero no sólo era posible, sino que estaba ocurriendo. «Quiero verte AHORA», escribió Iván. El tiempo que pasamos juntos de viaje sólo había servido para dar alas a nuestra mutua adicción.

—Lo siento, Edie —dije levantándome—. Tengo que salir para ver a este paciente. Está en un estado de gran agitación y no puede esperar hasta mañana.

Era verdad, sólo que no era un paciente.

El coche de Iván estaba aparcado en la entrada del parque más alejada de nuestra casa. Mi amante se veía como una alta silueta rodeada de niebla con un halo provocado por el brillo fosforescente de las lámparas de la calle.

—¿Sabes? —dije mientras lo abrazaba—, en Georgia es ilegal atar a una jirafa a un farola o a un poste telegráfico.

—¿Y a una mujer bonita con la que quieres hacer el amor la puedes atar? —dijo sonriendo.

—Sólo si se deja.

Hundí la cabeza en su pecho e inhalé su aroma de intimidad y deseo.

—Quiero estar contigo, Choe. Quiero que estemos juntos.

¿Cómo habíamos llegado tan rápido a ese punto? No dije nada pero apreté mi cuerpo contra él. Me besó. Me encantaban sus besos; cómo encajaban nuestros labios y nuestras lenguas se perdían en la boca del otro. Me encantaba su tacto y su olor y la excitación de nuestros cuerpos al estar juntos. Pero ¿podía sacrificarlo todo por eso? Sonó su móvil. Era Becky.

—Sí, ¿qué pasa? —le preguntó con tono hosco—. Ya te dije dónde lo puse. —Colgó abruptamente sin despedirse; cerró los ojos un momento como si quisiera desprenderse de la irritación y se volvió hacia mí. Debió notar mi expresión, pues dijo—: Nunca te hablaré así a ti, Chloe. No sabes cómo es, no sabes lo que es vivir con ella.

Me sentí incómoda. Un giro repentino de la lente me hizo enfocar una imagen de él que rompía la película hollywoodiense de nuestra aventura; se había revelado un lado de Iván que hubiera preferido no ver ni conocer. Mientras me besaba y acariciaba sentados en el coche mi malestar disminuyó. Tenía razón: no sabía cómo era ella verdaderamente; nadie puede saber lo que ocurre entre dos personas. En la distancia, a través del espejo del coche, vi la familiar forma de caminar de Madge junto a la verja que circundaba el parque. Pude distinguir que acunaba una paloma blanca entre los brazos como un bebé.

Iván condujo hacia un lugar más retirado, una callejuela que por el día era muy animada, y por la noche daba protección a los amantes. Hicimos el amor en el coche como adolescentes, sin quitarnos la mayor parte de la ropa por discreción y por el frío. No había dudas; una relación ilícita era una máquina del tiempo que te devolvía a la juventud, o en cualquier caso, te daba la ilusión de que lo hacía. Cuando hacíamos el amor, yo quería volver a empezar antes de siquiera haber terminado la primera vez, con la gula de una adicta al chocolate que anhela el siguiente bocado mientras su boca todavía está ocupada con el primero.

—Estaríamos tan bien juntos, Chloe —me susurró Iván al oído—. Piénsatelo.

—Es demasiado pronto —dije sintiendo que iba a llorar.

—Está bien, está bien —me calmó acariciándome el pelo y limpiando mis repentinas lágrimas con un dedo—. Podemos seguir así. Sólo prométeme que pensarás en ello.

Sentí miedo, como si estuviera nadando en aguas profundas y

desconocidas y hubiera dejado demasiado atrás la tierra firme de mi vida normal. Podía ver las manos de Greg, Leo y Kitty haciéndome señas desde una playa remota, y escuchaba sus cada vez más lejanos gritos suplicándome que volviera mientras sus distantes figuras se hacían cada vez más pequeñas y yo me reducía a un simple punto en su horizonte. Luchaba por volver, pero estaba atrapada en una corriente tan fuerte que no podía nadar de vuelta hacia ellos por más que lo intentara. La visión me produjo un intenso sufrimiento. Yo lo quería todo, ni más ni menos; mi esposo y mi amante. ¿Era demasiada codicia por mi parte quererlos a los dos? Después de todo, ¿no es poco realista suponer que puedes encontrar todo en una sola persona? En Francia las aventuras extramatrimoniales son una parte aceptada de la vida; tienen sus *cinq à sept*, las horas del día que se reservan para los encuentros diarios de los amantes, es una institución. Pero no podía hacer que nos trasladáramos todos a París y fuéramos franceses, y ya habían pasado muchas horas desde las siete y tenía que volver a casa.

—Corazón, mente y cuerpo —dijo Iván mientras yo salía del coche—. Éstas son las zonas en las que tienes que identificarte con el otro. —A ti te toca comprobarlo y rellenar las correspondientes casillas.

Yo estaba halagada pero no podía dejar de sentir que esa necesidad de categorizar y hacer listas era únicamente una tendencia masculina: como la manera que tienen los hombres para referirse a las mujeres bellas y deseables como si fueran un «10», o como cuando siempre quieren saber tus cinco discos o libros favoritos, o tu película preferida. ¿Qué pasaría si la marca en una de las casillas de Iván se convertía con el paso de los años en una mancha oscura primero, y luego se transformaba en una enorme cruz negra?

—¿Alguna vez Becky rellenó todas tus casillas? —pregunté.

—La casilla del amor nunca —respondió.

Me miró y pasó su pulgar por mi boca de una manera tierna y a tener en cuenta en nuestro siguiente encuentro sexual.

—Te veré mañana por la noche —dijo— en la gala de tu padre.

The Times lo enviaba para que dibujara una caricatura del acontecimiento. Sentí la recientemente familiar sensación de excitación y miedo que se producía cuando mis dos vidas chocaban.

Mientras caminaba de regreso a casa busqué en mi bolso el móvil para enviarle a Iván un mensaje con un comentario dulce de nuestro encuentro. No lo encontré. Cerré los ojos y vi enseguida, con sorprendente claridad, dónde lo había dejado. A plena vista sobre la mesa de la cocina con todos los mensajes de Iván intactos y haciendo tictac como una bomba si a alguien se le ocurría mirarlos. Sentí cómo me aumentaba la sensación de pánico acompasándose con el sonido cada vez más acelerado de mis pasos. Greg estaba dormido; había escapado de su madre yéndose a la cama. Edie no podría acceder a mis mensajes. Estaba todo bien, todo bien, nadie los habría visto, me repetí como un mantra. Los últimos veinte metros que me separaban de casa los hice corriendo.

—¿Eres tú, Chloe? —La voz de Greg salía de la cocina para saludarme tan tranquilizador como una sirena chillando. Me saqué la chaqueta lentamente y me miré al espejo. ¿Parecía una mujer que acababa de tener un encuentro sexual? La culpa parecía dibujarse en cada poro, en el brillo de los ojos, en mi pelo pegado por atrás como siempre queda después de las fricciones de una relación entusiasta. Lo cepillé, me estiré la ropa, hice una respiración profunda y bajé las escaleras.

«Por favor, haz que no haya cogido mi teléfono y te prometo que no lo volveré a hacer», mentí al Dios en que no creía. Greg estaba sentado a la mesa con Sammy. Mi teléfono estaba sobre la mesa entre ellos; palpitaba allí, radiactivo, maligno, burlón. «Por favor —parecía decir—, primera recomendación: mantenga su teléfono con usted todo el tiempo. ¿Es muy difícil?»

Los ojos de Greg parecían llenos de preguntas silenciosas, pero tal vez simplemente era mi sentimiento de culpa.

—¿Dónde has estado? —preguntó Greg.

¿Había algún tono de sospecha en su voz?

—He tenido que hablar con una paciente al borde del precipicio —dije—. Está aterrada porque se va a casar.

Estaba hablando mucho y demasiado rápido. Resistí la tentación de graparme los labios con los dedos y con un esfuerzo de voluntad me obligué a callar.

—Es insólito que hagas visitas a domicilio —dijo Greg.

¿Sospechaba? ¿Había leído mis mensajes?

—Era o eso o quedarme aquí escuchando a tu madre —repliqué. Eso no lo podía rebatir.

Sammy salió al jardín para ir a su tienda. Su cara me dijo que sabía exactamente lo que había hecho. Sin duda sentía que su presencia implicaba entrar en una confabulación que no le interesaba.

—Ah, mira, te dejaste el teléfono. —Greg me lo dio.

—Gracias —dije despreocupadamente, empleando todo mi autocontrol para que mi respiración no me traicionara—. Me voy a la cama. ¿Vienes?

—Subiré en un minuto.

Era demasiado sospechoso ducharme en nuestro baño, y con Edie durmiendo en el dormitorio contiguo a mi consulta, el baño del sótano estaba vedado. Tuve que lavarme como pude con una toallita (un baño de toallita solía pedir Kitty cuando era pequeña y no quería bañarse). Su frase infantil resonó incongruentemente en mi cabeza. Me sentí como una puta, como una trabajadora del engaño, entre dos clientes, con un hombre en un coche y con otro en la cama. Por lo menos, pensé, por lo menos estaba segura de una cosa: Greg no querría hacer el amor.

Greg restregó un pie arriba y abajo por mi pantorrilla; se acercó a mí y me cogió en sus brazos. Esta noche entre todas las noches, y después de tanto tiempo. Deseaba poder decir que me costaba hacer el amor con mi marido después de haber estado en brazos de mi amante, pero incluso después de todo este tiempo, sentí que era perfectamente natural. ¿Estaba Greg reclamando su territorio porque me amaba? Cualquiera que fuese la razón era agradable estar en sus brazos. ¿Por qué no me podía quedar así simplemente en vez de querer algo más o algo distinto? «Si uno pudiera mirar la vida como un regalo, tal vez fuese menos exigente.»

- ¿Eres feliz, Chlo? —me preguntó Greg mientras estábamos abrazados después de hacerlo.

Yo quería preguntarle por qué no habíamos tenido sexo desde hacía tanto tiempo, pero el derrotero que podía tomar la conversación era inquietante. ¿Sabía lo que había hecho antes y que no había ido sola a España?

—Más o menos —dije—. Sólo desearía que pudiéramos estar como al

principio, completamente maravillados el uno con el otro. ¿Y tú?, ¿eres feliz?

—Estoy bien. En esto consiste la vida. Todo no puede ser intenso y emocionante en cada momento.

Miré sus ojos azules, inhalé su ser, asentí y me dormí en sus brazos. Sólo podía descansar así unos minutos antes de que comenzara con sus habituales discusiones nocturnas, hablando fuerte e invocando deidades invisibles.

«Algo extraño —pensé afectuosamente mientras me acurrucaba contra él—, pero mío.»

18

Receta para la venganza de Zhivago

1/2 onza de Vodka
1/2 onza de Schnapps de canela
3 gotas de tabasco
1 vaso de chupito

Verter los ingredientes uno por uno en un vaso helado.
Remover.
Lo mejor es servirlo muy frío.

Posamos delante de la puerta de la fachada cuando salimos para ir al estreno de papá; le pedimos a un peatón desconocido, colocándole una cámara en las manos, que registrara para la posteridad nuestra imagen vestidos de gala.

—Todavía eres un hombre muy atractivo, Greg —dijo Edie mirándolo de arriba abajo mientras nos dirigíamos al coche—. No tienes que descuidarlo, Chloe. Recuerdo cuando tenía dieciséis años. Eso fue hace unos cuantos por supuesto y...

El resto de sus recuerdos fue ahogado por Kitty y Leo que se pusieron a discutir por el lugar donde sentarse. La cara de Sammy tenía una expresión ausente, distante, resultado de demasiadas horas expuesto a un maremoto de palabras.

—Se te ha puesto tu cara de montañés —comenté.

—La paz de las Alpujarras —repuso—. Echo de menos mi tipi.

—Yo también lo echo de menos.

—Sí, pero sospecho que tus razones son diferentes de las mías —dijo.

Apenas habíamos doblado la esquina del parque, Kitty se inclinó hacia mí desde el asiento de atrás. Pensé que me iba a acariciar el pelo como solía hacer cuando era pequeña y se sentaba detrás de mí en el coche.

—Tu falda es demasiado corta por detrás, mamá —dijo—. Es chocante que por poco se te vea el culo.

Tal vez me debía haber puesto algo largo. Saber que Iván estaría allí me ponía muy nerviosa, y no hay nada peor que la desaprobación de una niña de doce años para destrozar la frágil confianza de una mujer hecha y derecha.

Papá estaba de pie en el vestíbulo cuando llegamos, de impecable etiqueta, con su cabello plateado peinado completamente hacia atrás, y sólo sus cejas, cuyos pelos indomables estaban en desorden, daban una idea de cómo se sentía. Helga, alta, elegante y recién llegada de Berlín, estaba a su lado. Todavía era hermosa a sus más de setenta años, y brillaba con una seguridad fruto de una vida de recibir admiración. Deseé que papá la hubiera hecho más partícipe de nuestras vidas; me hubiera gustado contar con una figura maternal, tras haber perdido prematuramente a mi madre. Pero no se trataba de mí, y su ausencia de la monótona rutina de la vida diaria era lo importante precisamente en su relación. Esta noche era la primera vez que aparecía dándole el brazo a papá en un evento público, y verlos a los dos juntos me hizo vacilar. Sólo había visto a mi padre como pareja de mi madre. Se veía más relajado junto a Helga; no parecía listo para huir como cuando estaba con mi madre, temeroso de sus fluctuantes vaivenes emocionales que nos atrapaban a todos bajo sus impredecibles chaparrones o sus repentinas explosiones de sol. Helga tenía un aura de firmeza en torno a ella, discernible en su mano tranquila sobre el brazo de mi padre y en la cariñosa y absorta inclinación de su cabeza hacia él.

Los *paparazzi* eran legión y competían con sus escaleras portátiles, girando las cabezas hambrientas en busca de sus presas. Las entradas para el evento se habían agotado el primer día que se pusieron a la venta y se esperaba la presencia de las celebridades londinenses con ansiedad.

Me estaba dirigiendo hacia papá y Helga cuando escuché detrás de mí una

voz irritada.

—¿No es ésa la madre de Kitty McTernan? ¿Qué diablos hace aquí?

Me giré para ver al señor y la señora Fracciones, los padres de Molly. Mi presencia parecía ofenderlos, como si de algún modo devaluara la suya en un acontecimiento tan elegante. Sabía que la señora Fracciones todavía estaba herida por Kitty y mi Copa al Pastel de Chocolate.

—El banco de Phil patrocina el evento —me dijo antes de que pudiera decir nada, implicando propiedad sobre el acto e invitándome tácitamente a explicar mi propia presencia. Echó una mirada en torno a la muchedumbre cada vez mayor buscando a alguien más valioso que yo para prestarle atención —. Además, siempre he seguido el trabajo de Bertie Zhivago. Soy una gran admiradora suya. De hecho, hemos coincidido varias veces.

En pocas ocasiones la vida te da una oportunidad perfecta para la venganza. Todos esos años sintiéndome despreciada en el recreo habían valido la pena para llegar aquí, una noche de enero inusualmente cálida en Shaftesbury Avenue, Londres, para saborear el momento antes de decir estas cinco simples palabras:

—Bertie Zhivago es mi padre.

La señora Fracciones me miró de arriba abajo como si me viera por primera vez.

—No lo sabía.

—Sí, claro, es difícil establecer el vínculo —dije cáustica—. Es que en estos tiempos hay tantos Zhivago. Aunque —concedí de mala gana— como el apellido de Kitty es McTernan, probablemente no sabías que el mío es Zhivago.

Estaba a punto de advertirle que en el futuro tuviera más cuidado en determinar a quién hacer desaires, pero la salvó la llegada de papá. Pasó sus brazos en torno a mí, me volvió hacia Helga y dijo:

—Ésta es mi hermosa hija Chloe.

Con el rabillo del ojo pude ver a los Fracciones abriendo y cerrando la boca como peces de colores.

—Papá, Helga, os presento a Phil y a Jane, los padres de una niña de la clase de Kitty.

Estaba tan acostumbrada a pensar en ellos como el señor y la señora

Fracciones que no podía recordar sus apellidos.

—Me alegro que os hayáis encontrado. Gracias por haber venido —dijo papá. Quedó bastante claro que nunca los había visto antes, y si lo había hecho no recordaba tal encuentro.

Jane parecía a punto de sufrir un soponcio de gratitud y vergüenza, y a pesar de que mi acto de generosidad al presentarlos había tenido el objetivo inicial de restregarles en sus narices el excremento de su propia descortesía, estaba encantada de haberlo hecho. Me di cuenta de que de todos modos sus narices iban a ser restregadas aún más pues oí que mi padre llamaba:

—Ruthie, ven aquí querida. Déjame besarte, estás estupenda.

Jane miró horrorizada cómo papá estrechaba a Ruthie, a la que también consideraba indigna de su atención, y nos observaba a las dos diciendo:

—Estáis tan guapas como cuando teníais dieciocho años.

Ruthie se veía radiante con un ajustado vestido rojo que se ceñía perfectamente a sus curvas, con Richard, Atlas y Sephy a su lado.

—Decir no al marchoso polvo boliviano parece estar haciéndote mucho bien —le susurré mientras la besaba. Me apretó la mano, y al reconocer a los Fracciones, cuyas sorprendidas bocas abiertas se habían convertido en ceros perfectamente redondos, los saludó tan magnánimamente como haría una reina con sus súbditos leales. La venganza era dulce, así que los dejamos con elegancia para seguir nuestro camino por la alfombra roja y por el vestíbulo hacia los *flashes* y las llamadas de los *paparazzi*.

Leo, un hombre/niño en esmoquin, esclavo complaciente del dios iPodico, se contoneaba como los colegas de las calles de Harlem con un ritmo que sólo él podía escuchar. Kitty me bajó la falda por detrás.

—Sinceramente, mamá, das vergüenza.

Los patrones familiares se repiten inevitablemente a pesar de lo mucho que intentes escapar de ellos: como muchas madres antes que yo, simplemente no me vestía como debía vestirse una madre. O, tal vez, una madre nunca se puede vestir o comportar de manera que su hija quede satisfecha. Miré a Kitty, disfrutando de su carita ansiosa; ella parecía atrapada, inmóvil y brevemente suspendida entre la infancia y la feminidad; simultáneamente veía en ella a la niña que había sido y la hermosa mujer en la que pronto se convertiría. Me llamó la atención un perfil familiar. (En realidad, había estado buscándolo

subrepticiamente desde que habíamos llegado.) Kitty siguió mis ojos y me clavó una mirada dura, cómplice e inquisitiva, una mirada de mujer. Era Iván. Sentí que mi respiración se aceleraba, tanto por el miedo a lo que Kitty pudiera saber o sospechar, como por el placer que siempre me daba verlo.

Me encontré de pie entre mi marido y mi amante mientras se daban la mano y se sumían en la clase de humor brusco, de confrontación, que gusta a los hombres.

—Veo que, como yo, todavía puedes meterte la camisa dentro de los pantalones —dijo Iván dando unas palmaditas a su propia camisa blanca perfectamente estirada.

—No quedan muchos como nosotros. Peso lo mismo desde hace veinte años —dijo Greg con suficiencia.

—Estás en la cuerda floja sin red de seguridad, Chloe —murmuró Ruthie detrás de mí—. Controla los nervios y no mires hacia abajo.

La velada fue una curiosa confluencia de muchas partes de mi vida: mi marido y mis hijos a un lado; mi padre y su hasta entonces escondida amante; mi suegra; mi hermano; mi mejor amiga con su familia; mi amante y su esposa; los odiosos padres de los matones del colegio, y ahora un *crescendo* de voces y gritos de «¡Aquí», «¡Lizzi, mira ahí!», «¡Sólo uno más!» Vi a mi Amiga Famosa dirigiéndose a nosotros mientras saltaban los *flashes* y los voraces fotógrafos captaban su imagen disparando sus cámaras como si fueran armas. AF estaba en su elemento, y la atención era como un sol bienvenido que calentaba su respingada cara; tenía los ojos entrecerrados y sus labios separados como en éxtasis. Ésta iba a ser su primera salida pública con Jeremy y mostraba su satisfacción sexual en el relajado movimiento de sus caderas mientras declaraba al mundo que su celibato era cosa del pasado. Podía haber llegado como Lady Godiva, desnuda en un caballo para ilustrar que había vuelto a cabalgar. Jessie iba tras ella, con los ojos fijos en el suelo, como si pudiera encontrar algunas respuestas o algún significado para su propia abandonada existencia entre las grietas de las baldosas.

—Incluso me ha robado el nombre —me dijo mientras se unía a nosotros —. Lo llama Jezzie.

—Hola, querida —me dijo AF besando el aire cercano a mi cara.

—Veo que has tenido tiempo para otro arreglito —murmuré.

—Lipodissolve. Literalmente disuelve la grasa. Aquí todavía no ha llegado; tuve que volar a París. Es increíble que te lo puedas hacer a la hora del almuerzo y volver enseguida al trabajo —miró a Jeremy, que nos daba la espalda— o a divertirte. Deberías probarlo en tu barriga.

—¿Qué barriga? —dije con suficiencia.

—¿Qué le pasó? —AF estrechó los ojos y me estudió con atención.

Jeremy se volvió hacia nosotras. Lo miré detenidamente y me quedé boquiabierta. No era otro que Regalo del Cielo; se me había olvidado que su verdadero nombre era Jeremy.

—Oh, sí —dijo AF siguiendo mi mirada—. Jezzie me dijo antes que ya os conocíais. —Se inclinó hacia mí y me susurró al oído—. Cree que te gusta. ¿Dónde os conocisteis?

Escuché la alarma de un coche en la distancia, un chillido irritante que parecía anunciar el fin o el comienzo de algo. Me llenó de aprensión.

Tomé asiento y aspiré el profundo aroma especial de un evento grande e importante. La sección de cuerda estaba afinando y la orquesta se movía en sus asientos como caballos de circo inquietos, dando patadas en el suelo; se rozaban los vestidos de gala de colores brillantes y la gente se llamaba entre ella con voces acostumbradas a ser oídas. Estábamos justo delante y yo cogía a mi padre de la mano. Él, nervioso, contaba mis dedos en un ritual que teníamos desde que era niña. Cada vez que completaba la operación, yo escondía un dedo hasta que no quedaba ninguno. Él fingía sorpresa con la desaparición de todos mis dedos, y luego alivio cuando los hacía aparecer uno a uno.

Sus manos estaban calientes y secas; eran un instrumento con el que siempre solía tocar las tranquilizadoras notas del amor paterno. Siendo niña me habían calmado para dormirme, habían limpiado mis lágrimas y me habían expresado su amor; nunca las vi levantadas de rabia hacia mí o contra ninguna otra persona. Pero esta noche yo era el padre tranquilizador cuyas manos calmaban.

—Recuérdame que no vuelva a hacer esto nunca más —murmuró—. Va a ser un completo desastre.

—Siempre dices eso, papá, y siempre es un gran éxito —dije besando su mejilla. Capté la mirada de Helga mientras ella le besaba la mano desde el otro lado. Nos miramos la una a la otra y sonreímos tímidamente. Helga se inclinó por encima de papá y me apretó el brazo. Sentí una repentina necesidad de llorar y explicarle mi complicada vida para pedirle consejo.

—Tú y Helga os tenéis que conocer mejor —dijo papá. Yo sonreí y asentí, pero tuve el traicionero sentimiento de que si la conocía podría gustarme más que mi propia madre.

Giré la cabeza y vi a Iván mirándome desde la fila de atrás. Becky estaba sentada junto a él, y su cara mostraba cansancio e infelicidad; mantenía su cuerpo cuidadosamente separado de él, como si el contacto físico pudiera herirla.

—Él no es simpático con ella —dijo Kitty repentinamente.

—¿Quién? —Me volví hacia ella, sentada junto a mí; me había visto observarlos.

—Ese ruso al que miras. No es muy amable con su esposa.

Simulé indiferencia.

—¿De verdad, querida?

—Le dijo que ella era como una pesada toalla mojada colgada a su cuello. Lo escuché.

—Tienes razón, no es muy amable —dije. La misma nota disonante que siempre sentía cuando veía juntos a Iván y Becky resonó con fuerza en mi cabeza. ¿Verdaderamente podía ser tan desagradable?

—Creo que le gustas —dijo Kitty—. Te mira de una manera divertida. ¿No irás a tener una aventura con él?

—No seas tonta, mi amor. —La tranquilizadora risa cálida que intenté forzar me salió mal y sonó como un vidrio rompiéndose.

—Sólo la mamá de Lucy Gray ha tenido una aventura y su papá la descubrió, y después sus padres se divorciaron, y ahora nunca sabe dónde están sus cosas porque tiene que vivir en dos casas diferentes.

La abracé de modo que no pudiera ver mi cara y me salvé de responderle, pues el telón comenzó a subir. Un golpe de timbales señaló la obertura y me despertó a la dimensión de mis actos por primera vez. Estaba arriesgando la felicidad de mi marido y mis hijos por un hombre que no era muy agradable

con su esposa. ¿Cuánto tardaría en comenzar a no ser agradable conmigo? Si Kitty sospechaba, ¿qué pensaría Greg? Lo miré. Estaba sentado junto a Kitty. A pesar del excepcional encuentro amoroso de la noche anterior, Greg tenía la distante familiaridad de un desconocido al que ves a menudo, como un hombre con el que te cruzas cada mañana cuando vas al autobús.

El aplauso del público me devolvió al presente y me concentré en el escenario. Éste estaba dividido en dos mitades: una para la corte real, feliz por el nacimiento del nuevo príncipe; la otra era la casa del mendigo con la familia lamentando la no deseada llegada de otra boca que alimentar. El contraste entre la opulencia de la residencia real y la pobreza de la otra casa estaba exquisitamente conseguido; en un lado todo eran felpas y terciopelos, velas y ropas suntuosas, y en el otro, una sucia habitación inhóspita y pobre.

El escenario parecía reflejar mi vida, o por lo menos la forma en que la percibía: la sensual felpa de mi relación con Iván, en contraste con la relación con mi marido cada vez más empobrecida. Yo era el pobrecito Tom Canty con la nariz apretada contra las puertas del palacio, anhelando una vida de abundancia que, al conseguirla, no me traía más que problemas. Como Tom, había descubierto que mis anhelos no se materializaban como había soñado. Añoraba la simplicidad de mi antigua vida, en la que no tenía que caminar de puntillas entre sombras secretas, siempre temerosa de la luz deslumbrante de un inminente descubrimiento.

Papá me había estado agarrando la mano con fuerza y ahora parecía relajarse un poco al sentir la respuesta cálida de la audiencia.

—Tal vez no sea un éxito, pero hasta aquí parece que al final no va a ser un fiasco total —susurró.

—¿Cuándo te darás cuenta de que nunca lo es?

—Cuando esté muerto.

—Déjalo, papá, no digas eso.

Me perdí en la música y los movimientos. Era un alivio sumergirme en una historia en el escenario y escapar de la mía.

Durante el intermedio, todos nos fuimos a la sala VIP para tomar cócteles letales y acertadamente llamados: «La venganza de Zhivago». Regalo del Cielo estaba en la entrada y me ofreció la conocida sonrisa socarrona que

sugería que teníamos asuntos pendientes mientras admiraba simultáneamente su propio reflejo en el espejo que yo tenía detrás. ¿Qué diablos podía haber visto AF en él además de una gratificación física? Aunque, dado su egocentrismo, me costaba imaginarlo como un buen amante. Un joven periodista permanecía junto a AF, anotando cada palabra que pronunciaba con una taquigrafía ensortijada que pronto estaría inmortalizada en letra impresa. Ella asentía con la cabeza con seriedad, como un pájaro carpintero que da su consentimiento diciendo «mmm» en cada picotazo. AF estaba hablando sobre su próximo libro que aún no estaba escrito.

—El sexo —decía— es muy importante para la energía de una persona. Es nuestro combustible; igual que un depósito lleno de gasolina permite que un coche viaje un cierto número de kilómetros, así, también el sexo satisfactorio nos da energía para vivir nuestras atareadas vidas. Como un coche, un ser humano se tiene que recargar regularmente para funcionar de manera óptima.

—Pero ¿su anterior libro no trataba del celibato? —preguntó el periodista.

—Sí, pero ésa es la primera parte del proceso, la limpieza de la persona, o de la máquina, si lo prefieres. Al final de una relación tienes que aprender a quererte de nuevo antes de llenarte del combustible de la nueva relación.

—No creo que sea así para nada —interrumpí—. El sexo no te sirve siempre como la gasolina a un coche, más bien al revés. Creo que es como cuando comes copiosamente y piensas que nunca más podrás volver a comer, y después te levantas a la mañana siguiente y te das cuenta de que tienes un hambre tremendo; ya sabes, cuanto más sexo tienes, más quieres. —AF me estaba mirando como si yo fuera el Papa pontificando sobre el goce de la unión sexual—. Pero qué sé yo —añadí apresuradamente—. He estado casada con el mismo hombre desde hace mil años y ha habido tan poco sexo que técnicamente es muy probable que de nuevo sea virgen.

AF todavía me miraba con curiosidad: si la satisfacción sexual le rezumaba por cada poro, ¿quién podría decir que no me pasaba lo mismo? Pude ver a Iván a unos metros. Me rozó al pasar y me puso una nota en la mano.

«Nos vemos en el palco dos puertas más allá.»

—¿Qué es eso? —me dijo Kitty que se me había acercado sigilosa.

—Nada, un papelito, no es nada.

—¿Te lo ha dado él?

—Déjalo —repliqué con la típica rabia defensiva de quien se siente arrinconado tras una acusación legítima.

—¿Adónde vas? —dijo Kitty cuando me moví.

—Al servicio de señoras.

—Voy contigo.

Kitty insistió en caminar justo detrás de mí hasta el servicio para así mantener mi falda ostensiblemente bajada para que no enseñara el trasero, pero yo me sentía como si llevara escolta policial. Me avergonzaba que su inquietud le hiciera temer perderme de vista. Cerré la puerta de mi cubículo y escuché un extraño ruido en el de al lado. Inclinándome para mirar por debajo de la partición, me encontré con la imagen de una nariz con una pajita aspirando algo del suelo. El anillo del dedo que sujetaba la pajita me era familiar.

—¿Ruthie, qué haces?

La nariz y el dedo desaparecieron de mi vista bruscamente. Me puse de pie sobre el inodoro y miré por encima del cubículo. Ruthie estaba a cuatro patas, cogida *in fraganti* mientras intentaba guardar el polvo blanco en una papelina.

—¿Qué mierda haces?

—¡Chloe! Me has dado un susto de muerte. Mira, estaba haciendo una raya y se me cayó todo al suelo. Me pareció que lo mejor era aspirarlo directamente.

—Me dijiste que lo habías dejado.

—Y así es. No he tomado nada desde hace mucho, sólo era una raya pequeñita para acompañar el champán.

—Hablaremos de esto después —dije echando un vistazo a la zona de los lavabos, donde estaba Kitty secándose las manos. Sephy entró y poco después las dos chicas salieron juntas. Kitty dejaba temporalmente de vigilarme.

Mientras iba al palco para encontrarme con Iván, no podía evitar sentir que mi vida estaba dando un giro peligroso. ¿Cómo podría gustarme a mí misma si mi hija sospechaba que tenía un amante? Eso me hacía sentir mucho peor que ser una mujer adúltera. Saber cómo estaban afectando mis acciones a aquellos que quería, combinado con que Greg había vuelto a hacerme el amor la noche anterior, me estaba finalmente devolviendo la sensatez. Parecía

increíble que la nota de Iván invitándome al palco fuera la primera que me escribía en inglés, y supe con repentina claridad lo que debía hacer, y debía hacerlo inmediatamente, antes de perder los nervios.

Percibí su presencia antes de verlo; permanecía a un lado en la oscuridad, y por un momento no quise más que flotar en su aroma. Dio un paso hacia delante para tocarme y, obligándome, retrocedí.

—Esto no puede seguir, Iván —dije—. No puedo hacerlo más.

—Chsss, chsss... —me tranquilizó acariciándome la cara.

—No —dije—, por favor, tenemos que dejarlo.

—Te deseo, Chloe —dijo intentando atraerme hacia él—. Te deseo todo el tiempo.

—Se acabó —dije cruzando los brazos—. No te puedo ver más, simplemente no puedo. Para mí es diferente; tus hijos ya se han marchado de casa, pero los míos no. Necesitan a su madre y a su padre, necesitan formar parte de una familia de verdad. No les puedo hacer esto, no es justo. Por favor, compréndelo.

Iván me miró; cerró los ojos con fuerza, y cuando los volvió a abrir, algo había cambiado en su cara.

—No soy un hombre al que le guste suplicar —dijo.

Lo miré y fue como si repentinamente nos hubiéramos convertido en unos desconocidos. Se apartó de mí y yo me volví y salí corriendo del palco, mientras unas grandes lágrimas me dejaban una huella sucia en el maquillaje. Sólo había querido, pensé, compadeciéndome de mí misma, vivir un poco, y ahora la tristeza estaba deshaciendo sus maletas para instalarse en mis tripas durante un tiempo. Me escondí tras una columna al escuchar la voz de Greg. Estaba explicando la historia de *El príncipe y el mendigo* a Edie con su típica paciencia controlada que apenas contenía la irritación:

—Es un caso de identidades erróneas. Tom no actúa deliberadamente; ha intentado contarle a todo el mundo que él no es el príncipe, pero no han querido creerle y ahora está atrapado.

—Pero ¿no ven que no es él?

—No, porque él y el príncipe son idénticos.

—Ah, y por eso el guardia real dejó salir al príncipe del palacio, porque

vestido con los harapos de Tom era igual que él.

—Eso es, mamá, ya lo has entendido.

—Ya decía yo que no era muy normal que un guardia hiciera eso...

Permanecí escondida hasta que sonó el timbre y volví a mi asiento en ese breve intervalo de oscuridad cuando se apagan las luces y está a punto de subir el telón.

—Te estábamos buscando, cariño —me susurró papá.

Le apreté la mano y después se la cogí e hice que sus dedos comenzaran a contar los míos.

Durante el número final de *El príncipe y el mendigo* miré a hurtadillas a Iván. Estaba rígido y con la vista fija delante de él, mientras apretaba su cuaderno de dibujo. El ilusorio palacio de mis placenteras relaciones sexuales con Iván se había perdido, ya era un leve resplandor de luz que se reduce hasta convertirse en un punto antes de desvanecerse por completo. Como Tom Canty en Offal Court, estaba destinada a una vida de inanición emocional y privación sensorial. Bueno, quizás exageraba; no obstante, aunque supiera que estaba haciendo lo correcto, así era cómo me sentía. Los gemelos que representaban a Eduardo VI y a Tom Canty salieron al escenario de la mano y cantaron:

Nunca un libro por su cubierta juzgues.
Nunca digas que ves lo que no está.
Nunca a nadie el corazón entregues.
Nunca comas nada sin antes compartirlo.

Cantaron en perfecta armonía: los temores de mi padre sobre su talento habían sido injustificados. La sala retumbó con los aplausos mientras caía el telón y papá subía al escenario para hacer su reverencia.

—Gracias a todos —dijo—. Debo confesar que cuando se me dijo por primera vez que iba a representarse esta gala para celebrar mis cincuenta años en el teatro musical, pensé: «Dios mío, todos deben saber algo que yo desconozco».

Hizo una pausa. El público lo miraba con expresión de gran afecto:

—Debéis haber notado —continuó papá— que en el mundo del espectáculo cualquier reconocimiento o celebración por los logros de toda una

vida es un anticipo de la muerte. Siento desilusionaros, pero me temo que pienso quedarme aquí durante unos cuantos años más.

El público rugió con risas y aplausos y se puso de pie. Miré la pequeña figura de mi padre, solo, temblando en un escenario enorme. Pasé el brazo en torno a Greg.

—Para —dijo apartándome— que me haces cosquillas.

19

Apfelstrudel rápido y fácil de Helga

1/2 kilo de manzanas dulces peladas, sin corazón y en láminas finas
1/4 de taza de uvas pasas
1/4 de taza de grosellas secas
1/2 cucharadita de canela molida
2 cucharadas de azúcar blanco
2 rebanadas de pan duro desmigajado
400 gramos de hojaldre en láminas (la vida es demasiado corta como para prepararlo por tu cuenta)
1/4 de taza de mantequilla derretida

Precalentar el horno a 200 oC.

En un bol mezclar las manzanas, las pasas, las grosellas, la canela, el azúcar y las migas de pan. Remover bien.

Extender la mantequilla derretida generosamente sobre las láminas de hojaldre, y colocarlas una sobre otra encima de papel para hornear. Extender la mezcla de frutas de manera uniforme sobre la lámina superior, después, enrollar las láminas como si fueran un tronquito. Poner mantequilla derretida por encima. Hornear en el horno ya precalentado durante 30 minutos hasta que la masa adquiera un tono marrón dorado y la fruta esté blanda.

Me bebí por lo menos dos botellas de champán en la fiesta que siguió al

estreno. Greg y los niños se marcharon casi de inmediato arrastrando con ellos a una reticente Edie. Se había bebido de un trago cinco o seis Baileys con un placer licencioso. Uno más y se hubiera puesto a cantar *Danny Boy*. Tenía a una mujer clavada contra la pared y la bombardeaba con una charla incoherente. Los ojos desesperados de la mujer miraban a todos lados.

—Quédate —le dije a Greg cuando se disponía a ir a rescatar a aquella desconocida.

—He visto a Bertie y lo he felicitado. No me voy a molestar con el resto, una panda de engreídos. De todos modos, quiero volver a casa y escribir al ayuntamiento sobre el plan que han propuesto para aumentar los reductores de velocidad en el barrio. Si lo ponen en práctica, tendremos que dejar los coches y convertirnos en malditos saltadores de obstáculos.

—Vaya, qué gracioso.

—Que te apetezca quedarte no significa que yo tenga que querer lo mismo.

—No, bueno, tú nunca haces nada que no te apetezca hacer. Dios te prohíbe hacer nada que complazca a nadie más que a ti mismo.

—Por el amor de Dios, Chloe, ¿quieres discutir?

—Me gustaría poder estar por una vez en una fiesta con mi marido en vez de estar siempre sola. A veces tengo la sensación de no estar casada —dije subiendo demasiado la voz.

—No estoy de humor para esto. Te veré por la mañana.

Se dio la vuelta, alejándose, y se marchó.

Iván no había venido a la fiesta; en el vestíbulo del teatro intercambiamos una última y dolorosa mirada. Acercó su cuerpo al mío de una manera que me pareció llena de deseo y reproche, mientras empujaba a Becky, llevándosela.

—Pensaba que iríamos a la fiesta —la escuché decir.

—Ve tú. Yo no estoy de humor.

—No, no; volveré a casa contigo, cariño.

Vi cómo él le sonreía, tenso, y le daba la espalda. Pobre Becky, parecía esforzarse tanto para obtener tan poco a cambio. Y aun así, en algún momento debieron haber sido felices y haberse perdido el uno en el otro, ahogándose en besos, caricias y palabras de amor susurradas, igual que Greg y yo al principio. Qué corrosivo era el tiempo para una relación, comiéndose poco a poco a pequeños bocados el cariño y el deseo hasta no dejar más que

monotonía y obligación. ¿Era por casarse con la persona equivocada, o es que al final siempre te distancias sin importar con quién te hayas casado?

En la fiesta vi a Lou con un calvo. Era Gus Fallick o, debiera decir, Les. Cuando estábamos juntos todavía tenía pelo y nunca lo hubiera reconocido si no hubiera sido por lo familiar que me resultaba su cuello inclinándose hacia Lou. Nuestro cerebro almacena los recuerdos íntimos de un amante, su manera de andar o moverse, o su modo de reír o de besar, mucho después de que la relación se ha terminado. Me pregunté qué es lo que más recordaría de Iván. ¿La manera apremiante en que se apoderó de mí, su sonrisa tranquila después de hacer el amor, la intensidad de su mirada cuando me hablaba? Les estaba susurrando algo a Lou al oído, ella se sonrojó y su pecho subía y bajaba rápidamente mientras le hablaba. Estaba a punto de presentarme ante ellos y ver si él me reconocía cuando noté que Lou salía de la habitación, seguida de inmediato por Les. Tenían algo que hacer; obviamente sus dotes verbales aún ejercían su magia. Mi memoria me dijo que debió de haber hecho un trabajo preliminar en forma de susurros, y ahora tendría que concluirlo en algún rincón oscuro y discreto. ¿Y si me hubiera casado con él? ¿Hubiera sido mejor o peor que casarme con Greg? Pero entonces, evidentemente, no hubiera tenido a Kitty y a Leo, y sólo por ellos nunca lamentaría haberme casado con Greg. Pensé en Iván y la manera como nos habíamos separado poco antes. Apreté con fuerza los puños clavándome las uñas en las palmas de las manos, intentando exteriorizar mi dolor y dejar de llorar. Me había condenado a mi propio matrimonio.

—¿Para qué sirven los maridos? —le pregunté a Ruthie que pasaba por mi lado.

—Es difícil saberlo, después volveré contigo.

Me bebí de un trago el resto de la copa de champán, me agencié otra copa, cogí un canapé untado con algo de la bandeja de un camarero vestido con harapos. Todos los canapés del príncipe, caviar en pequeños cuadrados de pan de centeno, habían sido engullidos, y los únicos que quedaban eran los de los pobres.

Me acerqué a papá, que estaba rodeado de admiradores.

—Fue estupendo, papá, estoy muy orgullosa de ti.

Lo abracé y aproveché la oportunidad de escabullirme cuando alguien se acercó a hablarle, pues temí echarme a llorar y derramar sobre él unas lágrimas borrachas arruinando su hora de triunfo. Hay momentos en que no puedes esperar que tus padres te den un besito y todo mejore.

—Vamos —me dijo Ruthie que me había divisado tambaleándome mientras me dirigía a la salida—. Te llevaré a casa.

—El asunto es, Ruthie, que la gente a menudo decide que ha llegado la hora de casarse y se casa con quien tiene a mano en ese momento —dije como si estuviésemos en medio de una conversación, de la manera intensa con que se habla cuando el alcohol te quita el velo de los ojos y lo ves todo con claridad prístina—. No necesariamente te casas con la persona correcta, sino con la persona que tienes a mano. Ya sabes, con la que estás saliendo cuando decides que es hora de casarte. —No sólo me estaba repitiendo, además articulaba mal y tenía hipo—. Me refiero a que te podías haber casado con la persona con la que salías justo antes, pero como no estabas pensando en casarte entonces, no lo hiciste. Y cuando de pronto decides que ya te tienes que casar, lo haces con la persona que está contigo en ese momento.

Ruthie amablemente hizo como si yo hablara con sentido y dijo:

—Hay algo de verdad en lo que dices. Creo que todo el mundo llega a un momento en el que decide que debe sentar la cabeza, pero a menos que tengas la mala suerte de elegir a una pareja violenta o loca, probablemente tienes la misma posibilidad de ser feliz con una u otra persona, por eso los matrimonios de conveniencia no necesariamente son tan malos. Mira, yo he llegado a la conclusión de que no importa demasiado con quién te cases mientras pertenezca a una categoría adecuada de personas. —Me miró fijamente—. Todo se arreglará, Chloe, de verdad se arreglará. Las dos estamos pasando una pequeña crisis; es sólo un bache. Sigue viendo a Iván si te ayuda a superarlo, pero sé muy discreta.

—Pero es que he terminado con él, le dije que no quería volver a verlo, y ahora me siento tan mal. Lo he estropeado todo y nunca más volveré a ser feliz.

Me eché a llorar, sollozando ruidosamente.

No estoy completamente segura de lo que ocurrió después, pero creo que

Ruthie me llevó a casa. A la mañana siguiente, domingo, me desperté sola en una casa vacía. La llamé para completar mis lagunas.

—¿Tienes idea de dónde puede estar mi marido?

—Está en el parque con Richard, todos los niños y su madre, y parece una de esas estatuas de piedra que hay en Isla de Pascua.

—¿Duras, inmóviles y permanentes?

—Ésas.

—¿Crees que su comportamiento de estatua está provocado por la presencia de su madre o por la conducta de su esposa?

—Diría que un poco por ambas cosas.

—Joder. Tendré que escaparme.

Me levanté y me puse a deambular por la casa. La cocina estaba inmaculada. Un reproche silencioso. Edie lo había limpiado todo. No sabía qué hacer conmigo misma en esa casa inusualmente silenciosa, así que me arrastré de vuelta a la cama y me puse a hojear los periódicos del domingo. Desde las páginas del *Sunday Times* me miró la caricatura de papá hecha por Iván. Lo había dibujado vestido de armiño sentado en un trono en el palco real del teatro: «El largo reinado de Bertie Zhivago como rey del musical del West End», se leía en el pie. Algo me llamó la atención; miré con más cuidado y pude ver que Iván había dibujado la silueta de una pareja de pie en el palco contiguo, un homenaje a nuestra ruptura.

Poco después, vino Sammy y se sentó a los pies de mi cama.

—¿Ha vuelto todo el mundo?

Asintió.

—Sí, los niños están haciendo sus deberes y Greg ha llevado a Edie a la estación.

—No me despedí de ella.

—No importa. Greg le dijo que no te encontrabas bien.

—¿Qué dijo ella?

—Soltó un bufido de no creérselo y se acordó de la antigua novia de Greg, Mary O'Grady, una «joven hermosa y fuerte» que procreó seis hijos, el último de los cuales lo tuvo en casa antes de ir al colegio a recoger a los otros y preparar la cena de su marido. Pastel de pescado, creo que dijo.

Greg y yo circulamos por la casa recelosos el uno del otro el resto del día, evitando hablar y cualquier contacto visual. Me sentía desgraciada y dolida al pensar que no volvería a ver a Iván. No podía confiar mi tristeza por la pérdida de mi amante a mi marido o hijos. Ése era el problema de las vidas secretas; tenían que seguir siendo secretas y hay que soportar sus consecuencias. Obligada a llevar mi pena en silencio, lo más fácil era enfadarme con Greg.

El lunes por la noche, el silencio entre nosotros se fue haciendo opresivo.

—¿Cuáles son mis delitos aparte de haber estado durmiendo la mayor parte del domingo? —le pregunté a Greg cuando subí las escaleras después de un día agotador con las psiques de otras personas.

No había estado muy a la altura; mantener mi cabeza en orden requería todo mi esfuerzo en esos momentos. Greg estaba sentado en un sillón del salón apartando su cuerpo del mío, igual que había hecho Becky con Iván el día del estreno. Pero en el caso de Greg era como si mi proximidad pudiera contagiarle una enfermedad. Levantó el periódico como un escudo. Por debajo, sólo podía distinguir su boca con los labios apretados. Sin bajar el periódico me dijo:

—Si no lo sabes, no tiene mucho sentido que yo te lo cuente.

Bien, me había emborrachado y le había levantado la voz en público. Me parecía que estaba exagerando. A Greg le importaba mucho que no se lavara la ropa sucia en público; le gustaba presentar al mundo una imagen completamente armónica de su familia. Pensé que él era bastante burgués y que yo procedía de una larga tradición de judíos gritones y desmelenados. Por supuesto, antes de lanzarme a un estado de legítima indignación por su injustificado enfado, me tuve que recordar que durante los últimos meses me había entregado a una aventura extramatrimonial, y por lo tanto no tenía ningún derecho a estar indignada. Sentada allí, sometida a la reprimenda silenciosa de Greg me sentía como una adolescente regañada.

—Entonces, ¿no vas a hablar de ello, como siempre? ¿Simplemente me vas a ignorar? —Seguir a la ofensiva me hizo sentir mejor.

No respondió.

Estaba cansada de él, de la casa y de nuestras vidas. Un residuo del perfume floral de Edie seguía en el ambiente horas después de haberse

marchado. Me sentí prisionera del malhumor de Greg, igual que cuando me atrapaba el humor de mi madre mientras ella se recluía frustrada en su habitación oscura. Necesitaba aire.

—Vale —dije—, voy a salir.

—Haz lo que quieras, siempre lo haces —dijo Greg.

Cerré la puerta del salón de un golpe cuando salía.

—¿Dónde vas? —me preguntó Kitty mientras descolgaba la chaqueta del perchero de la entrada.

—Fuera.

—Siempre sales. Ya nunca estás aquí. Parece que ya no tengo una madre. —Me miró de arriba abajo—. Y de nuevo estás vestida como esas mujeres que quieren parecer adolescentes; como las mujeres divorciadas que están buscando un nuevo marido.

—Oh, cariño.

Me arrodillé y la estreché en mis brazos. Su cuerpecito estaba duro y rígido.

—¿Todavía sois amigos tú y papá? —preguntó.

—Casi, mi vida, pero es normal que la gente discuta; no quiere decir que no se quieran.

Sin embargo, pensé, no estaba segura de amar a Greg. Me parecía que había conseguido estropearlo todo.

—Ven conmigo, vayamos a ver al abuelo; nos animará.

Fue un alivio salir de casa e ir a ver a mi padre. Todo el mundo necesita tener un santuario, y el mío siempre había sido el lugar donde estuvieran papá o Ruthie. Helga había prolongado su estancia y después de saludarme cálidamente se llevó a Kitty para darle una lección de cocina, cómo hacer *apfelstrudel*, dejándonos a mí y a papá solos en la sala de música. Le conté que había terminado mi aventura amorosa. No dijo nada; simplemente me abrazó y se sentó al piano.

Miré sus manos mientras tocaba una de sus canciones y pensé en Iván y la manera que tenían sus manos de tocar mi cuerpo. Debí soltar un gemido porque papá dejó de tocar y me miró.

—¿Estás bien, Chlo?

—Me gustaría volver a tener otra oportunidad en todo.

—¿A qué te refieres?

—A mi vida. Quiero borrarla y comenzar de nuevo; me parece que lo he hecho muy mal en esta edición. Quisiera tener la oportunidad de intentarlo de nuevo. ¿Crees que sufro una crisis nerviosa? Jung tuvo una, ya sabes, la llamó enfrentamiento con el inconsciente. Creo que la mía es un choque con la conciencia; creo que ya no soporto mi vida.

—Todo tiene un propósito, y la enfermedad puede ser creativa —dijo papá—, aunque comprendo que ahora te debe ser difícil apreciarlo.

Greg y yo parecíamos incapaces de decirnos algo sin que uno de los dos lo tomara como una reprimenda o una crítica. En consecuencia, pasamos la semana siguiente enseñándonos los dientes el uno al otro como animales obligados a compartir la misma jaula. El marcador marital parecía colocado a plena vista, con todas nuestras respectivas maldades de los últimos diecisiete años iluminadas con luces de neón. Me encontré calculando los días que faltaban para que Kitty terminara el colegio (cinco años y medio; cinco multiplicado por 365 igual a 1.825 días, más medio año, 182 días, igual a 1.997. Digamos dos mil días). En unos dos mil días lo dejaría y así el hogar de mis hijos no se destruiría antes de que se hubieran marchado; pero para entonces yo ya tendría cuarenta y nueve años, Iván me habría olvidado y nadie más me querría. Greg se pasaba el tiempo ocupado en sus diversas batallas contra el Ayuntamiento y corrigiendo los fallos de cuantos se cruzaban con él, ya fueran conductores o tenderos, y gritando a los niños. De vez en cuando lo sorprendía mirándome pensativamente como si contemplara la posibilidad de comenzar a hablar. ¿Estaba planeando enfrentarme con sus sospechas? Yo repasaba una y otra vez los recuerdos de los momentos pasados con Iván. Previsiblemente todo el mundo captaba la tensión; Bea y Zuzi guardaban las distancias, e incluso Jessie prefería estar en casa de su madre.

20

Latkes de patatas con salsa jamaicana picante de Abe

Para los *latkes*:
700 gramos de patatas rojas
1 limón
1 cebolla rallada
1 huevo batido
2 cucharadas de harina
2 cucharaditas de levadura en polvo
Una buena pizca de sal
Una pizca de pimienta
Aceite vegetal o *schmaltz* para freír

Precalentar el horno a 140 oC. Exprimir el limón y añadir el jugo en un cuenco grande de agua fría. Pelar las patatas, rallarlas y ponerlas en el cuenco; dejarlas reposar durante media hora.

Escurrir bien las patatas y secarlas con un trapo de cocina.

Colocar las patatas ralladas en un bol grande y añadir la cebolla, el huevo, la harina, la levadura, la sal y la pimienta.

Poner unas cucharadas de aceite vegetal o schmaltz en una sartén y calentarlo a fuego medio. Poner una cucharada de la mezcla de patatas en la sartén para cada latke, hacer cuatro cada vez. Freír hasta que estén dorados e hinchados, alrededor de un minuto. Darles la vuelta y dorar por

el otro lado durante aproximadamente 30 segundos. Colocarlos en una rejilla y mantenerlos calientes en el horno. Añadir más aceite al freír cada tanda.

Salsa picante:

200 gramos de chiles rojos habaneros, quitar semillas y tallos
1 cebolla blanca picada
2 dientes de ajo picados
1/2 taza de vinagre de sidra
1/2 taza de zumo de lima (o de limón)
2 cucharadas de agua
1 papaya pequeña, cocer hasta ablandar, pelar, quitar semillas y cortar en trozos menudos
1 tomate cortado en trozos pequeños
1 cucharada de tomillo
1 cucharada de albahaca
1/2 cucharada de nuez moscada
2 cucharadas de mostaza seca
1/2 cucharada de cúrcuma

Mezclar los chiles, la cebolla, el ajo, la papaya y el tomate en una licuadora y triturarlos (puede que lo tenga que hacer en tandas). Colocar en un cuenco plano. Mezclar con vinagre, zumo de lima y agua en una salsera y calentar hasta que comience a hervir, después espolvorear el tomillo, la albahaca, la nuez moscada, la mostaza y la cúrcuma. Verter la mezcla picante y especiada sobre el puré reservado y mezclar completamente. Se mantiene hasta ocho semanas en la nevera.

Eran las diez de la mañana, Sammy había salido, las *au pairs* también, y todo el mundo estaba durmiendo en su cama, excepto yo. Habían pasado cuatro semanas desde el estreno de papá, cuatro semanas desde la última vez que había visto o hablado con Iván, y todavía no podía dejar de pensar en él.

—Qué esperas —me dijo Ruthie esa tarde en el café del parque—. Sólo han pasado veintiocho días. No puedes llamarlo o verlo antes de sesenta días; ésa es la regla.

—¿Qué regla? ¿Quieres decir que hay más reglas?

—Sí, muchas. Las reglas que se refieren a las rupturas, ¿no te acuerdas de ellas? No telefonear, no escribir, no citarse. Y si sientes que vas a ceder, me tienes que telefonear para que pueda protegerte de ti misma.

—¿Acaso soy una adolescente?

Ruthie no respondió; se limitó a lanzar una especie de bufido. Era verdad; estaba comportándome como si tuviera dieciséis años.

Me picaban los dedos de las ganas de enviarle un mensaje de texto a Iván para pedirle que nos viéramos inmediatamente. Caminé por la casa dormida y bajé a la cocina donde me serví un vaso de vino, deseando conseguir valor para llamarlo o atontarme para no hacerlo. Rara vez bebía sola. Apoyé la cabeza en la ventana y miré el jardín. Bajo la luz de la luna se podían ver las ramas desnudas del cerezo que plantamos para mamá. Percibí un reflejo en el vidrio y, por un momento, me pareció que era la cara de mi madre, pero enseguida me di cuenta de que era la mía propia. A medida que cumplía más años, más me parecía a ella. Cuando murió, mamá sólo tenía doce años más que yo ahora. Nadie sabe cuánto va a vivir. ¿Qué haría si supiera que sólo me quedaban doce años de vida? ¿Cómo elegiría vivir el resto de mis días? Me acerqué al teléfono para llamar a Iván, pero en cuanto lo toqué, comenzó a sonar.

—Ruthie, gracias a Dios, estaba a punto de llamarlo.

—Vente. Ahora —ordenó.

Al salir, vi un pequeño sobre tirado en el suelo de la entrada. Estaba dirigido a mí. Era de Iván, como si mi añoranza lo hubiese traído a mí. Lo abrí y encontré una caricatura de nosotros dos. Yo estaba sentada en mi sofá de psiquiatra escuchándole hablar. Él extendía sus manos hacia mí. Abajo había un texto en ruso: «Ne mogu bez tebia. Davai budem kak my byli v nachale. Ia tak tebia liubliu».

¿Cómo podía haberse arriesgado a ponerla en el buzón de casa? La llevé con resolución a la papelera, pero en el último momento la guardé en el bolsillo de mi chaqueta.

Ruthie y yo nos sentamos en la cocina donde me contempló beber muy rápido otra gran copa de vino antes de ponerme a llorar a lágrima viva. Nunca

he dominado el arte de llorar con estilo, con un gemido silencioso y una lágrima única, y secándola con un pañuelo de encaje. No. Yo lloraba como una Magdalena y con los ojos hinchados. Ruthie fue subrepticiamente al baño, e imaginé que iba a meterse una raya de cocaína. Podía verlo en su cara. En qué lío estábamos las dos.

—Normalmente no ofrezco drogas —dijo—, pero ¿te apetece una raya de coca? Te animará.

Yo todavía estaba llorando ruidosamente, limpiándome la nariz con la manga, con hipo y tragándome las lágrimas. Negué con la cabeza.

—No, gracias, cuando la probé hace años, me hizo llorar y parece que por el momento eso lo estoy haciendo muy bien.

En cambio, me serví un chupito de vodka y seguí a Ruthie a la seguridad del baño donde secó el mármol junto al lavabo para extender una gran línea de polvo blanco. Mientras aspiraba la raya con habilidad, me bebí de un trago el vodka que pareció hacerme el mismo efecto que a ella la coca; las dos nos animamos un montón.

—Me siento maravillosa, nunca me he sentido mejor, me siento fantástica —dije—. Vamos, salgamos de aquí y busquemos algún lugar para bailar. ¿Dónde podríamos ir? Ya lo sé, vayamos al restaurante de Abe, que no cierra, y vemos si esta noche toca la banda de su hermano Herbie. Vamos, date prisa, salgamos.

—Dios, pareces una adolescente enloquecida. ¿Qué había en ese vodka? —preguntó Ruthie y luego me sujetó un brazo y me aplicó *touche éclat* en mi cara cubierta de lágrimas.

Abraham *Abe* Green era un rastafari de metro ochenta y cinco con trenzas hasta la cintura que regentaba un restaurante judío abierto toda la noche a pocos pasos de El Volga. Llevaba un gorro de ganchillo con los colores del arco iris, una especie de versión mini del gorro rasta. Abe insistía en que era un buen chico judío cuyos antepasados hispanoportugueses llegaron a Jamaica en el siglo XVI y, de hecho, sus ojos de color verde pálido sugerían una ascendencia compleja. Su manera de hablar estaba llena de «Oy, veys», «ay yai yais» y «oh, dioses». En su tiempo libre estudiaba para ser rabino y su gran conocimiento de los textos judíos era equivalente a la autenticidad y

delicia de su cocina, que no tardó en ser aplaudida por la comunidad judía local. («Puede ser un *shwartze* con el pelo demasiado largo, pero es nuestro *shwartze.*»)

—Bueno, bueno, bueno —nos saludó mientras cruzábamos la puerta—. ¿A qué se debe tan inesperado placer? No telefoneáis, no escribís, ¿habéis encontrado otro lugar mejor y por eso no habéis venido en tanto tiempo?

La verdad es que sabía generar sentimientos de culpa como cualquier judío.

—¿Cómo va el negocio? —pregunté.

- *Gefilte fish!** ¿Cómo va a ir?

* *Gefilte fish*: albóndigas de pescado, migas de *matzo* y huevos, cocinadas en caldo de pescado. Se sirven frías con rábano picante.

Abe tenía la simpática costumbre de usar los nombres de los platos judíos como palabrotas en lugar de soltar tacos. Ruthie y yo nos sentamos. Estaba nerviosa y no podía quedarme quieta. ¿Por qué estábamos aquí? Lo último que quería era comida. Estaba borracha y quería emborracharme más. La sala estaba llena de ancianos judíos tomándose un bocadito antes de irse a dormir a casa (Dios impediría que murieran de hambre antes de llegar a sus propias neveras), y de rastas con ataque de hambre por la marihuana. Abe estaba regañando a una pareja que había terminado de comer hacía ya un rato y tardaban en marcharse.

—Si queréis estar sentados, iros a casa. Si queréis comer, quedaos y comed.

Sillas duras de madera, una estudiada falta de ambiente y mesas austeras de formica reforzaban la regla de la casa: no holgazanear. ¡Come y vete! A Abe le gustaba el movimiento. Trajo a nuestra mesa un plato de pepinos en vinagre e hígado picado.

—Lo siento, no tengo hambre, Abe. ¿Tienes algo de beber? —pregunté.

—¿Bebida? ¿Qué entendemos los judíos de alcohol? *Shish*, qué ocurre con vosotros, todos sentados sin comer. ¿Qué soy?, ¿un banco del parque? —Hizo una pausa—. Tengo un poco de vino israelí de Sabath.

Ruthie y yo nos miramos e hicimos una mueca. ¿Cuán desesperadas estábamos?

—¿Es seco?

Abe se encogió de hombros, levantó las manos con las palmas hacia el cielo e hizo con la cara el gesto familiar de los judíos desde tiempo inmemorial; era una especie de mirada que decía: «¿Qué queréis? ¿Un milagro?»

—Creo que no necesitáis alcohol. Parecéis nerviosas y lo que necesitáis es fumar un poco para calmaros y que os vuelva el apetito y podáis comer algo.

Nos fuimos con él al cuarto trasero y observamos cómo liaba eficientemente un delgado porro.

—Está claro, Abe, que tus genes de rasta pueden con los judíos —dije.

—Genes, *shmenes*, son complementarios, dos mitades que hacen un todo perfecto: hierba rasta para el apetito, comida judía para cuando te vengan los ataques de hambre. El *yin* y el *yang*, con perdón por la expresión. El judío rastafari es el ser humano más evolucionado del planeta —dijo Abe con aires de suficiencia.

Ruthie y yo asentimos con la cabeza ante su sabiduría, que nos proporcionó una fuerza añadida tras la sexta calada al porro que había preparado.

Me puse a jugar distraídamente con uno de los globos de nieve de Abe; tenía una colección de unos doscientos, amontonados y polvorientos en las estanterías atiborradas de libros. Mi favorito era uno con dos judíos jasídicos doblados contra el viento con sombreros y grandes abrigos negros. Sus largas barbas y cabelleras parecían mecidas por un viento imaginario. Entonces, mientras los miraba, me sentí como si fuese succionada por la pequeña cúpula de cristal y el *shtetl* polaco del siglo XVIII que era su hogar. ¿Era por eso que me sentía tan bien con Iván? Por la conexión con Europa del Este. ¿Era una huella de raza imborrable, mi herencia ancestral? Me parecía que en él había algo familiar, un sentido de pertenencia cultural que no tenía con Greg. Me pasé el globo por la cara para sentir la frialdad del cristal. Nunca me había dado cuenta de lo lentos que caían los copos plateados, casi en cámara lenta. Momentos antes todo iba demasiado deprisa, pero todo se había vuelto muy l-e-n-t-o...

—¿Cuándo me vas a volver a traer tu sopa de pollo, Chloe? —preguntó la

voz de Abe. Sonaba como si estuviera hablando desde el fondo de un pozo muy profundo.

—Pronto, lo prometo.

Mi respuesta pareció llegar un poco más tarde, como si los sonidos sólo se pudieran oír un rato después de salir de mi boca. Pero ¿era mi boca? La sentía como mi boca, pero ¿qué significaba realmente «mi»? Y si lo piensas, ¿qué es una boca al fin y al cabo?

(-¿Fumasteis marihuana de Abe? —me preguntó Greg al día siguiente—. ¿Fumasteis marihuana de Abe? —repitió moviendo la cabeza incrédulo—. ¿Estás loca? Nunca daría más de dos caladas a un porro de Abe y eso que soy experto. Tuviste suerte de que no te quedaras colgada.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—A cuando no te puedes ni mover ni hablar. Jesús, Chloe, ¿qué pasa contigo?)

—Greg estuvo aquí ayer. —Los ojos de Abe estaban cerrados y se balanceaba levemente como si estuviera rezando—. Estuvo hablando con Moishe en la cocina y le preguntó cuánto *schmaltz* tenía que poner en los *kneidlach*. Aunque los de Moishe no son tan buenos como los tuyos. —Se golpeó la frente con la mano—. *Tzimmes!** ¡Qué gilipolléz, qué *schmuk*! Se suponía que era un secreto.

* *Tzimmes*: plato de zanahorias cocidas en mantequilla y miel.

—Conmigo está seguro. Soy la reina de los secretos —dije.

Abe me miraba escéptico mientras ponía un CD en el equipo de música.

—Escucha esto: Herbie ha hecho una versión nueva del Shema.

Enseguida nos pusimos a seguir con los pies la oración judía con ritmo *reggae*. Yo me levanté y me puse a bailar. Recuerdo vagamente y con espanto que dirigí a los otros dos al restaurante en una especie de fila de conga. Llevábamos las manos sobre los ojos como se acostumbra cuando se recita esa oración en especial, mientras cantábamos *Sh'ma Israel Adonai Elohaynu Adonai Echad.** Nuestro ánimo pareció contagiar a todo el mundo y el resto de la clientela se nos unió.

* «Escucha, Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es Uno.»

¡Nunca hay que decir que los judíos no saben divertirse! Por entonces, a Ruthie y a mí nos entró un hambre voraz, así que nos sentamos y devoramos la familiar comida de nuestros antepasados: ternera con sal, huevo picado, *bagels* y una variación de Abe de un viejo favorito: *latkes* de patata con salsa picante jamaicana, todo regado con vino israelí de Sabath.

—¿Habéis pactado los términos del despido? —le pregunté a Ruthie con la boca llena.

Escuché el siseo de un suspiro sofocado colectivo. Todos los que estaban a nuestro alrededor se congelaron con una mueca de asombro. Los tenedores se detuvieron camino a las bocas, los vasos no llegaron a su destino final, y por todos lados se podían ver parejas de personas escupiendo tres veces por encima del hombro para librarse del mal de ojo.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué he dicho? —pregunté a toda la sala.

Un hombre elegante vestido con un traje se inclinó desde la mesa de al lado y me agarró del brazo con fuerza.

—Tendrá que perdonarme, pero ¿cree que es una palabra que nos guste escuchar cuando comemos?

—¿Qué? ¿Despido?

La sala volvió a suspirar y se apartó de nosotras. A través de la puerta vi acercarse a Volodya y le hice señas. En un momento en que Ruthie no miraba le había enviado un mensaje de texto en secreto pidiéndole que nos viéramos allí. Se había puesto una chaqueta encima del pijama y llevaba su raído ejemplar de *Doctor Zhivago*.

—¿Por dónde vas?

—Lara se fue a la estación y Yuri dice que la seguirá y se encontrarán allí.

—¿De verdad que no sabes lo que pasará?

—No, calla, no lo estropees.

—¿Cómo puedes ser ruso y no saberlo?

—¿Qué quieres que te diga? Ese día no fui al colegio.

Me puse a sacar cosas de los bolsillos. Había pañuelos de papel sucios, trozos de chicle no comidos reblandecidos, monedas, una multa de aparcamiento enrollada... y finalmente encontré la tarjeta de Iván.

—¿Qué dice?

Volodya miró alrededor. La pareja de la mesa de al lado miraba con cierto interés. Me levanté, cogí a Volodya del brazo y lo llevé afuera. Colocó la tarjeta bajo la luz de una farola y forzó la mirada para poder ver las palabras.

—Dice: «No soporto estar sin ti. Volvamos a como era al principio. Te quiero mucho.»

Me eché a llorar de nuevo. Esta vez con más gracia, sólo un par de lágrimas que trazaron un digno recorrido por mis mejillas.

—No seas como Yuri Zhivago, Chloe, ve al *vokzal*, la estación de tren; no desprecies tu oportunidad de ser feliz.

—Mentiroso, ya sabes lo que pasa —le golpeé el hombro.

Volodya se encogió de hombros de manera evasiva.

—¿Además qué pasa con todas las veces que me dijiste que tuviera cuidado? —dije.

—A veces no puedes interponerte ante el amor.

—Me encantan los rusos —dije abrazándolo—. Sois tan irresistiblemente apasionados y románticos.

Bien, pensé, no había sido tan bueno para Yuri Zhivago ignorar su amor por Lara, ¿no? Había acabado sin Tonya y sin Lara, y había muerto solo en Moscú. Me pareció una señal, como si el universo me enseñase el camino que tenía por delante. Besé a Volodya y volví a entrar en el restaurante.

—Dígame, ¿y qué decía en el papel? —me preguntó la excesivamente maquillada matrona que había estado sentada junto a mí mientras salía.

—Eso no se cuenta —dije.

Me hizo un gesto con la mano, disgustada.

—Aguafiestas.

—Vamos, Ruthie —le dije al recogerla e ir a pagar a Abe. Me puso en la mano una bolsita de plástico con marihuana.

—Para Greg —me dijo.

Le lancé un beso mientras salía a la calle con Ruthie.

—Vamos para que puedas esnifar un poco más de polvo blanco mientras me fumo la hierba de Greg.

—Te has vuelto un animal —dijo—. Una bestia salvaje y drogadicta.

Después de eso todo me parece un poco borroso, aunque creo recordar que me fumé un porro tumbada en el suelo de la cocina de Ruthie y que la vi

aspirar una raya de cocaína rodeando una de las patas de la mesa.

—¿Quién dice que tienen que ser líneas rectas? —había dicho Ruthie—. Aburrido, aburrido, aburrido. Quiero vivir un poco, hacer garabatos, círculos, cuadrados e inventar formas completamente nuevas para la cocaína y, por lo tanto, para esnifar.

Dios sabe que nos pusimos inteligentes, creativas, interesantes, ingeniosas y maravillosas, con un montón de temas sobre los que hablar. La pena es que no me puedo acordar qué dijimos, aunque creo que resolvimos un montón de problemas, nuestros y de otras personas.

—Eso es —exclamó Ruthie en un momento—. Echaré pegamento fuerte en la cerradura del coche de David Gibuck. Le daré una lección por haberme despedido. ¡Hijo de puta! No parecerá tan listo cuando no se pueda subir a su elegante Saab y tenga que coger el transporte público como el resto de los que estamos sin empleo y no podemos tenerlo por su culpa.

Apuñalaba el aire con el dedo para enfatizar. (Las drogas hacen hablar mucho; aunque no necesariamente con sentido.)

Tengo el inquietante recuerdo de haber compuesto un larguísimo mensaje para Iván que decía, o no, algo así como «Lamento tanto nuestra separación, debes saber que eres muy importante para mí, y que los pasados meses has despertado mi alma. Creo que somos hermanos del alma y que tenemos una conexión única. Me has vuelto a hacer sentir y has tocado mis sentidos de una manera que no me había ocurrido en años, has abierto mi corazón y...»

—La esencia de los mensajes de texto es su brevedad —me dijo Ruthie mientras tecleaba.

—Sí, sí, pero le tengo que decir unas cuantas cosas. Es muy importante, muy importante; ahora lo veo todo tan claro.

Mi dedo adquirió vida propia. «Me sentía un poco abrumada por todo lo ocurrido entre nosotros y pensé que lo mejor para ambos era terminar con la relación. Ahora comprendo que fue un error terrible. Desde entonces, estoy desesperada y triste. Por eso quiero verte y volver a sentir que me abrazas.»

Justo antes de apretar el botón de enviar, en un arranque de lujuria espoleada por la droga, añadí: «Y también quiero volver a sentir como te mueves dentro de mí, subiendo al paraíso del gozo carnal».

A la mañana siguiente me avergonzó pensar en ello. *In vino veritas?* Tal vez. ¿En narcóticos *absurdus*? Seguro.

Acostada en la cama y muerta de vergüenza alargué una mano vacilante y palpé en torno a mí. Vacío. Miré el reloj. La una. ¿Qué quería decir? ¿Qué una era? ¿La de la tarde o la de la noche? Vi cómo se filtraba luz a través de las cortinas todavía cerradas. Oh, Dios, había dormido la mitad del día. ¿A qué hora había llegado? Pude recordar a Ruthie abriendo otra botella de vino a las siete y media de la mañana antes de enviar a Sephy, que recién se había levantado, a la esquina a comprar periódicos y cigarrillos. (Durante la noche habíamos decido que fumar era un acto de gente adulta.)

—¿Cómo has conseguido que te vendieran cigarrillos? —le preguntó Ruthie cuando volvió.

—Fácil —respondió. Les dije que mi madre estaba demasiado borracha para salir a comprarlos ella misma.

Esto tuvo el efecto instantáneo de devolvernos a la sobriedad, y no sé cómo pude cruzar el parque, que parecía estar albergando una madrugadora convención de borrachos de banco. Estaban recostados sin decir nada, agarrando sus latas de cerveza como si fuesen mantas de seguridad. Esta vez supe exactamente cómo se sentían; estaba con los míos. Ese frío amanecer de un domingo de invierno, al llegar a casa me quedé mirando la fachada. Había olvidado las llaves y después de un rato, entumecida y perpleja, tiré una piedra en dirección a la ventana de nuestro dormitorio. Fallé, pero la piedra golpeó a una paloma (¿de la bandada de Madge?) que chilló indignada e hizo que Greg apareciera por la ventana mudo y con cara lúgubre. Bajó y me dejó entrar sin decir una palabra.

Tenía la boca seca, hormigueo en brazos y piernas, y sentía el cerebro magullado. La casa estaba en silencio. Encontré el teléfono, lo llevé a mi guarida de la desgracia bajo las mantas y marqué.

—¿Ruthie? —susurré con la voz ronca.

—Lo siento —dijo ella—. Me temo que tu amiga Ruthie ha muerto. Sobredosis, creo. Soy su cadáver andante.

—Bueno, Ruthie, lamento lo de anoche.

—La verdad es que yo no —dijo—. Estoy encantada, era el *big bang* que necesitaba para terminar, el punto de no retorno al que tenía que llegar. Después de que te fuiste, me senté y pensé que no era grande, ni divertido, ni siquiera muy inteligente. Lo tiré todo al váter, se lo confesé a Richard y me fui a una reunión de Narcóticos Anónimos en Notting Hill Gate.

—¿Viste a alguien conocido?

—Mis labios están sellados; he hecho el juramento de NA.

—No eres divertida.

Me sentí llena de vergüenza por haber animado a Ruthie a tomar coca cuando estaba haciendo tantos esfuerzos por desengancharse. Hice que la discreta conversación que había tenido con Richard sólo una semana antes perdiera su sentido. Una tarde que sabía que Ruthie no estaba, había ido a su casa. Encontré a Richard en su estudio, enterrado en un libro sobre inscripciones en piedra de la antigua Grecia. Le expliqué que Ruthie tenía un problema y que era adicta a la cocaína. Me miró bastante desconcertado y me di cuenta de que tenía que ofrecerle la información en un contexto que pudiera comprender.

—La cocaína lleva siglos consumiéndose —comenté—. ¿Tal vez los antiguos griegos eran tan aficionados al polvo blanco como los egipcios?

—Sí, es verdad —dijo Richard animándose enseguida y pellizcándose el puente de la nariz como hacía siempre que estaba a punto de explicar algo—. Hay pruebas de que en los Juegos Olímpicos de la antigüedad los primeros atletas encontraban todo tipo de ayudas para mejorar su rendimiento: alcohol, estimulantes y opiáceos que probablemente mascaban. Como sabes, por supuesto, los juegos antiguos se acabaron para siempre en el año 395 después de Cristo y Olimpia fue totalmente destruida.

No lo sabía, pero asentí de todos modos. Hizo una pausa breve, moviendo la cabeza con aflicción como si la destrucción de Olimpia fuera un titular del telediario.

—Cuando las Olimpiadas en su última encarnación renacieron en Atenas en 1896 —continuó—, algunos competidores usaban cocaína u otros estimulantes para obtener una ayuda extra.

Guardó su libro con todo cuidado, no sin antes colocar un punto de lectura de cuero en la página que estaba leyendo, y luego se dirigió a su escritorio. En

él se encontraba su única concesión al mundo moderno: un ordenador portátil Apple plateado. Escribió las palabras «adicción a la cocaína» en un buscador.

—Gracias por contármelo, Chloe —dijo—. Sé que Ruthie no ha estado contenta últimamente.

Le pedí que no me delatara, pero no estoy segura si me escuchó, así que lo dejé investigando sobre la adicción a las drogas y tomando meticulosas notas en el delgado cuaderno negro que siempre llevaba consigo.

—¿Qué te dijo Richard? —le pregunté después a Ruthie intranquila, volviendo al presente y preguntándome si me había delatado.

—Parece que le alivió que finalmente le confesara mis motivos para estar tan enloquecida los últimos meses. Me abrazó, me dijo que me quería y que haría lo que fuera necesario para ayudarme a salir adelante.

—Entonces, ¿los maridos tienen un lado positivo al fin y al cabo?

—Bueno, no te entusiasmes demasiado. Aunque tengo que conceder que en este preciso momento el mío no me parece innecesario.

—Dios —dije mientras me invadían los recuerdos de la noche anterior—. Tienes mucha suerte de haberte muerto, yo también me quiero morir.

Recuperé mi teléfono móvil de un cajón con llave seguro, donde lo había escondido gracias a mi sentido de conservación, a pesar de estar borracha y colocada. Mis mensajes a Iván estaban intactos, pues felizmente los había guardado como borradores. Gracias a Dios no los había enviado. Me había despertado con una determinación distinta y sabía que no debía contactar con él. Mi aventura con Iván había acabado. Terminado. Fin. El teléfono me sonó en la mano y di un salto. ¿Iván? No, mensaje de Greg: «Manda un mensaje cuando te dignes a levantarte». Vaya, había caído en desgracia. Le contesté con otro mensaje de texto: «Estoy despierta».

Nunca antes había visto a la mujer que me miraba en el espejo del baño. Era una desconocida: unos años más vieja que yo, tenía círculos negros que rodeaban sus ojos, que revelaban desesperación. El cabello, que le caía grasiento, enmarcaba una cara estragada e hinchada en la que cualquier rastro de una belleza anterior parecía haber desaparecido.

Me puse a preparar un baño y atravesé la casa vacía, en la que cada ladrillo parecía gritarme reproches, en busca de verduras y algunas bolsitas de

té usadas que coloqué cuidadosamente en el borde de la bañera. No era suficiente con pepino; en mi situación actual necesitaba una selección completa de vegetales para aliviar mis ojos hinchados. Añadí al agua aceites esenciales, me metí a la bañera, me recosté y recé para que los remedios naturales contrarrestaran el daño provocado por el alcohol y las drogas. Está muy bien si tu mente cree que todavía eres una adolescente, pero tu cuerpo siempre te dirá que eres una mujer madura y que simplemente ya no puedes seguir ese ritmo. Nada parecía ayudar. Me sentía indispuesta y perturbada y necesitaba un doctor, pero dudaba que mi propio médico personal se mostrase comprensivo con mi malestar. Tal vez AF tenía razón: el sexo era como la gasolina y yo estaba funcionando con la reserva vacía, a punto de pararme y morir.

21

Humble pie de Chloe Zhivago

La expresión humble pie data de los tiempos de Guillermo el Conquistador, cuando los señores comían carne de ciervo, y los sirvientes se tenían que contentar con el corazón, el hígado, los riñones y las tripas, que se conocían como nombles o umbles. Desde entonces «comer humble pie» llegó a significar que se aceptaba voluntariamente la condición humilde o un tratamiento humillante.

No soy aficionada a las asaduras, y en mi opinión rara vez hay que ser tan humilde, así que hago trampas y uso carne de vaca para preparar mi propia versión del humble pie, más apropiado para un príncipe que para un mendigo.

750 gramos de buena carne para guisar cortada en tacos
1 cucharada de harina sazonada con sal, pimienta y 1 cucharadita de canela
1/2 cebolla picada
4-5 zanahorias cortadas en trozos (yo uso zanahorias Chantenay)
1 copa de vino tinto
1/2 taza de harina
1 cucharada de caldo vegetal en polvo o un cubito
Varias lágrimas de disculpa
Masa
170 gramos de harina

85 gramos de mantequilla
Sal
Un poco de agua fría
1 yema de huevo
1 huevo batido

Mezclar una cucharada de harina con sal, pimienta y canela en una bolsa de plástico; añadir la carne y remover hasta que se cubra de modo uniforme. Calentar un poco de aceite en una olla a presión y rehogar la carne con la cebolla picada. Añadir a la olla a presión las zanahorias, una taza de agua y el vino. Agregar el caldo vegetal en polvo (o si se prefiere un aspecto más oscuro, un cubito). Cocinar hasta que la olla a presión comience a pitar. Reducir a fuego medio y dejarlo cocer 10 minutos. Añadir agua fría y las lágrimas de disculpa a la media taza de harina y mezclar hasta formar una masa uniforme. Agregarla con cuidado a la carne con las zanahorias y remover bien.

Mientras se cuece, mezclar con los dedos la mantequilla cortada en cubos con la harina con sal hasta formar migas. Echar la yema de huevo y después añadir suficiente agua como para que la masa ligue bien. Cortar por la mitad, poner sobre una superficie enharinada y pasar el rodillo, después colocar la masa en un molde engrasado de 23 centímetros, y recortar el sobrante de los bordes. Verter por encima la mezcla de carne y zanahorias, pasar el rodillo sobre el resto de la masa y cubrirlo todo. Aplicar el huevo batido por encima con un pincel y hacer muchos agujeritos con un cuchillo afilado. Hornear a 180o durante 30 minutos.

No hace falta que diga que mi última trasgresión no hizo que mi marido se encariñara conmigo. La verdad es que no podía culparlo. A pesar de haber intentado disculparme repetidas veces, dejó de hablarme del todo. Una mañana encontré a Kitty en su habitación haciendo una maleta. Me pasó una carta dirigida a Greg y a mí, escrita en tinta violeta:

Queridos mamá y papá:

Ya no soporto todo esto. No sé cuándo volveré. ¿Por qué os peleáis? Dos personas que han estado juntas tanto tiempo deberían estar más unidas y no

como vosotros. Como os quiero mucho prefiero dejaros.

Vuestra hija que os quiere.

Besos.

Kitty

Incluso Greg acusó el golpe del intento de huida de Kitty. Su manera de entender la situación puso de relieve lo infantil de nuestra conducta. Era irónico; Kitty había sido el desencadenante del final de mi romance con Iván, pero esto no había mejorado las cosas; en todo caso, mi relación con Greg había empeorado. Era curioso, pero la aventura había servido para que, de algún modo, nuestro matrimonio se mantuviera en equilibrio.

Esa misma noche Leo llegó borracho y vomitó en el suelo de la entrada. Se acercó a mí tambaleándose, con lágrimas en la cara y con hipo.

—Me odio —dijo articulando mal—. Yo, yo te quiero de verdad, pero me odio a mí mismo.

—¿Qué has bebido?

—Vodka —dijo. Me abrazó, cayó al suelo y se durmió al instante, aunque se despertó un rato después para volver a vomitar.

—No podemos dejar que se duerma —le dije a Greg—. Se ahogará.

Greg y yo lo llevamos a la ducha. Hacía años que no veía a Leo desnudo, desde antes de la pubertad, cuando aún tenía cuerpo de niño. Es verdad lo que dicen: los robles primero son bellotas. Estaba tan asombrada que no podía dejar de mirar. ¿Dónde se había ido mi niño? Recordaba el momento en que lo acuné en mis brazos por primera vez. Era un apretado fardo envuelto que me había ofrecido la comadrona. «Coja a su hijo», me había dicho y yo me había henchido de orgullo, incapaz de creer que un cuerpo femenino pudiera haber creado esa pequeña y perfecta criatura masculina; era sencillamente lo más inteligente que había hecho en mi vida. Ahora, en un parpadeo, lo tenía delante de mí convertido en un hombre borracho que vomitaba. Pero, por lo mismo, todavía era un ser indefenso y necesitaba mi protección; todavía era mi niño.

—Sólo unas copas, mamá.

—Sus niveles de azúcar deben estar alterados —dijo Greg—. Tendrá que ir al hospital.

—Yo lo llevaré —dije—. Quédate con Kitty.

En el hospital, Leo vomitó los zapatos de un desconocido antes de caerse en el frío y duro suelo. Eso fue demasiado incluso para los pendencieros heridos que frecuentaban la sala de urgencias. Todos me miraron con reproche: ¿qué tipo de madre dejaba que su hijo se emborrachara de esa manera?

—Imagino que estará encantada con esto —dijo la enfermera mientras tumbaba a Leo con energía en una cama y le ponía un goteo para estabilizar sus niveles de azúcar en la sangre.

—Sí —dije irónicamente—. Estoy absolutamente encantada.

Me quedé sentada junto a mi hijo durante la noche y observé a los borrachos viejos a quienes se les daba un lugar seguro tras ser rescatados de las calles. Uno de ellos captó especialmente mi atención; era un hombre alto con traje muy raído, pero que aún mantenía cierta elegancia. Hablaba bien y con cortesía a las enfermeras, con el tono mesurado de quien finge estar sobrio. Vi cómo peinaba su cabello canoso hacia atrás y colocaba su sombrero con cuidado a los pies de la cama de manera meticulosa y familiar: estaba claro que no era un desconocido en el hospital, y de hecho, un rato después, una enfermera sonriente que pasaba, le hizo un saludo burlón diciéndole:

—Buenas noches, mayor.

No pude dejar de preguntarme cuál era su historia y qué le había hecho llegar a ese punto. Una vida de gran bebedor que habría comenzado como una locura adolescente, y en algún momento se habría convertido en una resolución vital inconsciente. Me volví hacia Leo y vi en sus ojos que la vergüenza estaba comenzando a reemplazar a la ebriedad. También él estaba observando al borracho desconocido. No tuve que decir nada; comprobé que estaba aprendiendo por sí mismo la lección. A veces se necesita una crisis para pasar a una nueva fase de tu vida. Tal vez había necesitado mi aventura con Iván para hacer posible que Greg y yo avanzáramos. No estaba segura cómo, pero mientras estuve allí escuchando la respiración regular de mi hijo, decidí con más firmeza que nunca dejar a Iván en el pasado y centrarme en mi futuro con Greg.

Sin embargo, la vida en Villa Malaonda seguía siendo difícil y mis tentativas de sacar la nariz y las patas de la *maison du chien* y volver a

ganarme el favor de Greg habían caído en saco roto. Mientras los niños estaban cerca hacía como si todo fuera bien, pero cuando nos quedábamos solos me hablaba con un tono distante igual que a un conocido que no es del todo amigo.

—¿Cómo va todo por casa? —me preguntó una mañana Ruthie en el café.

—Mal.

—¿Sexo?

—Nada.

—¿No crees que debes hablar de eso con Greg? Quiero decir que después de todo eres la señora Sentarse a Charlar, ¿no es eso lo que haces para ganarte la vida?

—Lo sé, pero el problema es que perdí ese derecho al tener una aventura —dije con tristeza.

Era difícil sentirse indignada con Greg por no hacer conmigo lo que yo había hecho tan alegremente con otro. También era difícil no añorar a Iván y sus besos, especialmente los últimos días, pues había vuelto a enviarme mensajes. Hasta el momento había resistido sin contestarle, pero he de confesar que, a pesar de mis buenos propósitos, todavía quería hacerlo.

No había nada que hacer: tenía que reconquistar a mi marido, y el primer paso era comer *humble pie*; tanto literal como metafóricamente. Y hacer que Greg también lo comiera. El camino al corazón de un hombre se hace pasando por el estómago, y no, como a veces deseamos, clavándole un cuchillo en el pecho.

—¿Qué estás haciendo, mamá? —me preguntó Kitty mientras pelaba verduras.

—¿Qué quieres decir? Estoy preparando la cena.

—Estás con cara de distraída —dijo con tristeza—. Pensé que se te había pasado, pero ha vuelto.

En ese momento pensaba en Iván. Parecía que Kitty todavía estaba en mi útero compartiendo mis emociones a través del cordón umbilical que una vez nos unió; siempre podía percibir mis cambios emocionales. Me salvé de que indagara más, pues sonó su teléfono. Su cara se suavizó mientras leía el mensaje.

Me enseñó el teléfono para que lo leyera: «Me gustaría verte».

—¿De quién es? —pregunté.

—De Max. Salgo con él.

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer.

Todo era tan maravillosamente simple: Max había telefoneado a Kitty y le había pedido que saliera con él. Ella le había dicho que esperara hasta que rompiera con Joe, que había sido su novio los últimos quince días, y ahora Kitty y Max estaban saliendo. Sin embargo, realmente no parecían salir a ninguna parte. En unos pocos días o semanas, uno de los dos dejaría al otro, normalmente mediante un mensaje de texto o por teléfono, y comenzaría a salir con algún otro, tal vez el novio despechado de la mejor amiga. Era un entrenamiento infantil muy útil para las relaciones. Qué pena que se haga tan complicado según avanzan los años. Tal vez le podría decir a Greg que sencillamente lo dejaba y que me marchaba con Iván. Juzgando la regularidad con que Kitty y sus amigas dejaban a los chicos y conseguían otros, ¿por qué sorprenderse de que nadie pareciera esperar que las relaciones duraran y que el patrón de muchos en estos tiempos fuera la monogamia consecutiva? Todo podría ser así de directo y que las relaciones fueran como las bombillas: se reemplazan, sin más, cuando se funden.

Sonó mi teléfono. Era Iván: «Tengo ganas de verte».

—Déjame ver —dijo Kitty extendiendo la mano.

Escondí el teléfono en la mía.

—Te enseñé el mío —dijo.

—Lo siento, cariño, es un paciente —mentí.

Kitty lanzó un bufido de incredulidad y, mientras salía de la cocina, chocó con Leo que entraba.

—Vete a la mierda, Leo —dijo empujándolo.

—Alamierdatúpedazodeperraquécoñotehascreídomandándomealamierda.

Lo miré sorprendida, no tanto por la violencia de su respuesta, sino por la extrema rapidez con la que habló.

—¿Holamamácuáleselproblemaporquémemirasasí?

—¡No hables así a tu hermana! ¿Qué te pasa? Desde hace dos años eres un hombre de pocas palabras, y ahora es como escuchar la lluvia de balas de una

metralleta.

—Bueno, esporquestoyhaciendoelTwistablanco,elhombre,elacróbatadelrapnúmerouno,el

—Válgame Dios —murmuré.

—Nunca atino —dijo Leo con exagerada lentitud—. Te quejas de que sólo resople, y ahora que hablo también te quejas. No entiendes nada. Finalmente he encontrado qué hacer con mi vida. —Se fue furioso cerrando la puerta de un golpe.

Había preparado el escenario para una cena familiar pacífica y conciliadora. Greg y los niños se sentaron a la mesa sin hablar mientras yo servía. Por una vez, estábamos sólo nosotros cuatro, lo que hacía resaltar las tensiones. Greg se puso a comer sin dejar de mirar el periódico, y regañó malhumorado a los niños por hacer ruidos al comer o no usar adecuadamente el cuchillo y el tenedor. Sin la distracción de las risas y la charla, era muy fácil molestarse por los modales en la mesa de los demás. Conscientes de esto, los niños engulleron su comida rápidamente y se levantaron en cuanto pudieron, mientras Greg y yo seguimos comiendo en silencio. Pero el *humble pie* comenzó a ejercer su magia y Greg se relajó, apartó el periódico y me miró a los ojos por primera vez en lo que me parecieron años. Tuve que detener un tenedor lleno de pastel que se dirigía a mi boca.

—¿Sabes que me encanta mirarte comer *humble pie*? —dijo.

Me reí, me levanté para darle más, y al pasárselo le dije:

—No tanto como lo que disfruto yo viéndote comer. —Extendí hacia él una mano cautelosa—. Intentemos llevarnos bien —dije.

Después, al meterme en la cama, me rocé con él, deseando reencontrar el contacto físico.

—Demasiado cansado —dijo apartándose y dándome la espalda.

Permanecí un rato despierta, escuchando el viento y la lluvia. Miré las manecillas fluorescentes del despertador hasta que marcaron las dos. A veces te puedes sentir mucho más sola con alguien a tu lado que sin nadie en absoluto.

A la mañana siguiente había tres mensajes de Gina en el contestador de mi

consulta. Cada uno de ellos más histérico que el anterior, expresando el pánico de las horas finales de una novia antes de dirigirse al altar. Se casaba esa tarde. Suspiré y la llamé.

—¿Crees que es posible ser feliz y estar casada, Chloe? —me preguntó con la voz agarrotada por el miedo.

—Creo que lo importante no es esperar demasiado, sino centrarse en los buenos momentos, no sólo en los malos.

—No estoy segura de poder pasar por esto.

—Nunca pensé que citaría a Dolly Parton como fuente de conocimiento —dije—. Pero una vez la escuché explicar en una entrevista cómo podía ser una mujer tan alegre después de que le hubieran ocurrido tantas cosas terribles: «Decidí elegir la felicidad». Puede ser tan sencillo como eso. Así es que, Gina, elige la felicidad. Tienes un hombre encantador, lo amas y te ama. Os veré en la boda.

Gina se casaba en la casa de sus padres, que resultó ser una gran mansión junto a Holland Park. Una limpia fila blanca de más de cien calas flanqueaba la escalera que daba a la puerta principal. Una doncella uniformada recogió mi abrigo en la puerta y me uní a los invitados para tomar una copa de champán antes de la ceremonia. No me sentía bien y el sonido de las voces bien educadas amenazaba con ensordecerme. También me moría de ganas de hacer pis, así que subí las escaleras. Mientras me detenía para decidir cuál de las puertas que tenía delante de mí se dirigiría al lavabo, oí voces y el sonido de una puerta que se abría. Apareció Gina riendo, en una espuma de encaje blanco y controlando unos rizos que amenazaban con escaparse de su peinado de boda. Tras ella, pude distinguir la figura de un hombre remetiéndose la camisa en los pantalones.

—¿No sabes que trae mala suerte que el novio te vea antes de la ceremonia? —le pregunté sonriendo. Me miró en silencio. Entonces lo entendí —. Ah, no es el novio —dije—. Ya veo.

—Nos estábamos despidiendo. Todavía no estoy casada.

Levanté la mano para contener su avalancha de explicaciones. No era momento de terapia, así que le deseé suerte y le dije que estaba muy guapa. Lo que se supone que hay que decir a las novias, y en este caso era verdad: irradiaba la singular belleza de una mujer que acaba de ser satisfecha

sexualmente.

Encontré el baño y escruté mi cara en el espejo. No lucía mi mejor aspecto. Me senté en el borde de la taza del váter, mojé una de las toallitas bordadas para invitados que son el distintivo de las clases acomodadas que quieren parecer pijas y me la pasé por la frente. Bajé temblorosa cuando la ceremonia estaba a punto de comenzar.

El salón debía tener más de nueve metros de largo; en un extremo una alta puerta acristalada se abría a un gran jardín con árboles que comenzaban a volver a la vida. Aquí y allá, entre las ramas, emergían tiernas hojas verdes, y los tempranos narcisos alegraban los arriates. Habían colocado sillas a cada lado del salón dejando un pasillo en medio. Más calas llenaban la habitación y me di cuenta de que su aroma me provocaba náuseas. Gina permanecía esperando de pie junto a su padre, etéreamente bañada por la luz natural de la primavera que se derramaba desde la ventana que tenía tras ella. Le sonreí para tranquilizarla y me dirigí a mi asiento. Ella parecía a punto de llorar. No tenía sus ojos puestos en el guapo novio que se había vuelto para mirarla mientras caminaba hacia él, sino en el hombre que había divisado antes y que estaba sentado en medio de la sala. Cuando pasó a su lado, su cuerpo había parecido inclinarse hacia él por la fuerza magnética que provocaba la atracción que se tenían; ella vaciló un momento, se recuperó, enderezó los hombros y caminó hacia delante con resolución. Cuando su padre la entregó al novio, no pude más que pensar en un prisionero que acaba de ser sentenciado y sale del banquillo custodiado por los carceleros. Supe entonces lo que ella no había entendido aún: su aventura con el hombre que se remetía la camisa, que ahora permanecía melancólico en su asiento, estaba lejos de haber terminado. Es mucho más fácil ver la verdad de la situación de otro que la de uno mismo. Ese destello de claridad sobre Gina y su amante me hizo entender que entre Iván y yo ocurría lo mismo. Tenía que volver a verlo.

Después, mientras intentaba escapar inadvertida, una mujer de facciones afiladas, vestida con un traje fucsia vino deprisa hacia mí y me puso una mano sobre el brazo.

—Debes de ser Chloe Zhivago —dijo—. Soy la madre de Gina. Muchas gracias por todo lo que has hecho por ella. Creo que nunca la hubiéramos

llevado al altar sin tu ayuda.

Miró a Gina, que estaba de pie junto a su marido sonriendo para el fotógrafo. Las fotografías no son fiables en cuanto a las emociones, pues sólo muestran la superficie; pueden mentir y mienten. En ésta ella sonreiría a lo largo de los años en un manoseado álbum de boda, congelando un momento de falsa dicha de recién casada; nada indicaría que la novia había estado en los brazos de otro hombre menos de una hora antes de casarse. Incluso mientras yo observaba, vi cómo los ojos de Gina se desviaban hacia la oscura figura de su amante, que se apoyaba en la puerta y la miraba atentamente.

—Espero que sean muy felices juntos —le dije a la madre de Gina. Me sentía como una impostora en ese peculiar cuento de hadas, como el hada mala que había embrujado a la Bella Durmiente, haciendo que se pinchara hilando; como si haber ayudado a Gina a acceder a la vida matrimonial no hubiese sido un acto de dar, sino de privar.

El aroma de las calas me siguió mientras bajaba las escaleras, y cuando llegué a la calle, tuve que detenerme un momento porque me sentía mareada. El teléfono, que había cambiado a modo silencioso, vibraba en el bolsillo, como un insecto enfadado que intentaba atraer mi atención. Lo ignoré, caminé por los jardines de Holland Park y me senté en un banco de los Jardines Japoneses; necesitaba estar un rato sola. Fuera cual fuera la influencia que mi relación con Iván tendría en el futuro de mi matrimonio, sabía que debía volver a verlo. Me senté y observé el agua quieta del estanque japonés del que, como un centinela silencioso, se elevaba una piedra blanca; el portero, quizás, hacia una manera de ser más contemplativa y espiritual. El teléfono volvió a vibrar devolviéndome al presente. Era Iván.

—Ven a verme, Chloe —dijo—. Déjame pasar una última noche entera contigo. Te echo tanto de menos.

—Lo sé, yo también.

Su voz me entibió el corazón. Lo que más quería era que me estrechara en sus brazos y me contara sus historias de Rusia. Lo que más me gustaba, incluso más que hacer el amor, era la sensación de ser transportada fuera de mi mundo y entrar en otro donde la vida todavía vibraba llena de posibilidades.

Mientras giraba con el coche para entrar en nuestra calle, vi a Madge

pasar de prisa por la acera, riéndose y hablando sola. La locura se había convertido en el refugio de la insoportable tristeza de su realidad. Aunque, reflexioné mientras miraba cómo se volvía y reprendía a una paloma, la locura que pudo haberle servido para protegerse de sus recuerdos parecía proporcionarle poca alegría. Hay algunas cosas, pensé, de las que es imposible recuperarse: la muerte de un marido, sí; la muerte de los hijos, nunca.

Afortunadamente la casa estaba vacía, y en veinte minutos estaba duchada, cambiada, maquillada y de nuevo en la calle camino a encontrarme con Iván en un hotel de campo.

Ruthie había intentado contenerme por teléfono, pero se tuvo que dar por derrotada y aceptó que Kitty y Leo pasaran la noche con ella.

—Es típico —dijo—, el último chute de un adicto que está con el mono. Asegúrate de no meterte una sobredosis.

Dejé un mensaje en el contestador de Greg farfullando algunas tonterías con las que explicaba que al final me quedaba en la fiesta de Gina y que no podría volver hasta la mañana siguiente porque se celebraba fuera de la ciudad.

Fui en tren a nuestro punto de encuentro, un pub de Oxfordshire con una estrella Michelin. Iván me esperaba desnudo sobre una cama con dosel en una habitación especialmente diseñada para amantes. Yo le di la espalda mientras me desnudaba, pues sentía vergüenza después de tanto tiempo sin vernos, y me deslicé rápidamente entre las sábanas para que me recibieran sus brazos. Me acerqué a él como una gata que quiere ser acariciada; fue tan maravilloso que me volviera a tocar que no pude evitar ronronear en voz alta.

—Te he echado mucho de menos —murmuró después de que hiciéramos el amor.

—Yo a ti también —respondí, aunque la verdad era que después de hacerlo me sentí distanciada; la fuerza del chute no había sido tan intensa como recordaba. El sexo me había dejado extrañamente vacía y necesitaba charlar para volver a encontrar su cercanía.

—Cuéntame algo sobre Rusia —dije, pero por su respiración supe que se había dormido.

Me levanté, caminé hacia la ventana y miré la noche. Estaba mucho más oscura y silenciosa de lo que yo estaba acostumbrada. Escuché la respiración de Iván mientras dormía. En la distancia, rompía el silencio el desolado aullido de un zorro llamando a su compañera. Volví a la cama y conecté el teléfono. Sonó casi de inmediato. Era Greg; sus siguientes palabras fueron la bomba que siempre había temido que me estallara.

—Chloe, me temo que tengo malas noticias.

—¿Qué ocurre?, ¿los niños están bien?

—Es tu padre; ha tenido un infarto. Está bien, en el hospital y estable.

—Oh, Dios, y yo no estoy con él.

Éste era mi castigo, el resultado de mi perversidad. El precio del placer disfrutado con el hombre que tenía a mi lado tenía que pagarse con la enfermedad de mi padre y no estar junto a él. Le dije a Greg que volvería en cuanto pudiera y desperté a Iván para explicárselo.

—Estoy seguro de que se pondrá bien —dijo somnoliento.

Me atravesaron olas de terror que comenzaban en la boca del estómago y viajaban por mi cuerpo hasta que el miedo hacía que me palpitaran las yemas de los dedos de las manos y las de los pies. Desde que era niña había vivido con el terror de que mi padre fuese mortal. Quería correr hacia él, estar en mi propia casa, ver a mis hijos y a mi marido. ¿Qué hacía en una habitación de hotel con un hombre que no era mi marido?

—Me tengo que ir a casa ahora mismo —dije.

—Es tarde —respondió—, volveremos a primera hora de la mañana. De todos modos, Greg te ha dicho que estaba estable. Disfrutemos de esta noche juntos, me prometiste una noche.

—Me cogió la mano e intentó hacer que volviera a la cama con él.

—No puedo, me tengo que ir a ver a mi padre ahora, me necesita.

La cama suave y sus cálidas sábanas se habían convertido en una cruel contradicción con el oscuro pozo de miedo que amenazaba con dominarme.

—Yo también te necesito, Chloe. —Iván suspiraba con fuerza; el suspiro de un hombre que no quiere que le estropeen la diversión. La vida real y los amores ilícitos no eran buenos compañeros de cama.

—Lo siento, cariño —le cogí la mano—. Lo entiendes, ¿no?

Con evidente esfuerzo Iván sonrió tenso y dijo:

—Claro, vamos, el último tren ya ha salido, te llevaré de vuelta.

Mientras volvíamos me llamó la atención algo curioso; antes, mientras hacíamos el amor, había estado pensando en mi marido.

22

Ya era bastante tarde cuando llegué al hospital. En la entrada un par de pacientes estaban fumando sin que los desanimara ni el frío húmedo ni los carritos para el suero que hacían guardia junto a ellos. Aferrados a la vida aunque destruyéndola, daban intensas caladas a sus cigarrillos que ardían con brasas largas y rojas. Parecía que más que acelerar su propia desaparición, intentaran succionar una nueva vida. Me preguntaba cuán enfermo había que estar para que el miedo a la muerte sea mayor que la adicción. Vi cómo un hombre amputado en silla de ruedas encendía un cigarrillo con la colilla de otro. Tenía la fragilidad demacrada de un fumador empedernido que literalmente estaba en su último aliento. Me vio mirarlo y se encogió de hombros disculpándose, como si dijera: «¿Qué se le va a hacer?»

En la sala, las luces eran tenues y detrás del mostrador de recepción una enfermera cuyos enormes pechos amenazaban con salirse de su uniforme abotonado hablaba tranquilamente por teléfono. Tenía más aspecto de actriz de teleserie de médicos que de profesional formada en medicina. Pensé que la angustia no impide observar los detalles; sólo hace evidente su absurdo.

—¿Dónde está Bertie Zhivago? —pregunté.

—Ya no son horas de visita —respondió mirando el reloj que llevaba colgado del espectacular busto.

—Soy su hija.

Me miró rápidamente como si buscara alguna característica distintiva que apoyara mi afirmación.

—¿Necesita un estúpido certificado de nacimiento? —dije de mala

manera, pues el miedo se impuso al decoro.

—Cama número doce —contestó haciendo como si no me hubiera oído mientras se ponía a trabajar con los ficheros—. No se quede demasiado tiempo.

Los pacientes estaban agrupados en compartimentos de cuatro camas, y la mayoría yacían inertes. Eché un vistazo en el primer compartimento, y alguien tosió carraspeando y con flemas. El olor a enfermedad se mezclaba con el de las flores y la fruta regaladas con inquietud, formando un empalagoso aroma a sufrimiento y desesperación: los compañeros habituales de la enfermedad. Helga dormitaba en un sillón junto a la cama de papá. Mi padre parecía pequeño y frágil y su piel tenía un color gris que contrastaba con el blanco de las sábanas. Quise cogerle la mano, pero estaba pinchada con agujas intravenosas que le bombeaban medicamentos. En el pecho le habían pegado unos cables que acababan en un monitor cuya pantalla parpadeaba mostrando la gráfica del laborioso funcionamiento de su corazón.

Papá se movió y abrió los ojos. Siempre podía captar mi presencia: compartíamos ese lazo invisible que se supone que sólo tienen las madres con sus hijos.

—Lo siento, cariño —susurró—. He tenido algunas molestias.

—Soy yo, y al fin estoy contigo. —Sonreí mientras le apretaba un hombro. Me sorprendió sentirlo tan delgado. Quería arrojarme a su pecho para que me consolara por haberme preocupado porque él estaba enfermo. Pero necesitaba que yo lo consolara a él, así que seguí bromeando y hablando con dificultad, pues se me había formado un nudo en la garganta.

—¿Qué pasó?

—Estaba sentado en el estudio a punto de ponerme a hacer los pajaritos de una nueva canción cuando un gran caballo me dio una coz en el pecho, o por lo menos eso es lo que sentí. Lo siguiente que supe es que estaba aquí completamente lleno de cables.

—Gracias a Dios que Helga estaba contigo —dije.

¿Si hubiera estado solo cuánto hubiera podido durar sin ayuda, mientras yo estaba fuera de la ciudad con un hombre que no era ni mi marido ni el padre de mis hijos? Helga abrió los ojos y nos sonrió.

—Os dejo solos un momento —dijo con el tono ligero y alegre que se

adopta cuando intentamos hacer creer que no hay nada de qué preocuparse.

—Me siento mucho mejor —dijo papá— ahora que tengo conmigo a mis dos chicas mayores favoritas.

Helga le dio una palmadita cariñosa en la mejilla, me abrazó y salió a tomar el aire.

—De verdad que me gusta, papá —dije—. Es tan encantadora.

—Tú también le gustas. Yo estoy encantado; para mí es importante que las dos mujeres que más quiero se caigan bien entre ellas.

—¿Dónde está Sammy?

—Se fue con Greg hace más o menos una hora —dijo papá.

—¿Habló Greg con el doctor?

—No sé con seguridad si me vio un doctor de verdad. Vino una niña de doce años con delantal blanco, me tomó el pulso y dijo que tendría que pasar aquí el fin de semana. Greg tuvo una pequeña charla con ella.

Me dirigí al mostrador de recepción. La enfermera estrella de teleserie hablaba por teléfono, y a juzgar por la manera cómo jugaba con el botón de arriba de su uniforme, probablemente lo hacía con su novio. Me puse en su línea de visión y la miré fijamente.

—Te vuelvo a llamar en un minuto, posiblemente tengo una situación PIL —dijo y colgó.

—Pariente inoportuno latoso —dije.

Ella se sonrojó. No sabía que yo había hecho mis prácticas clínicas en un hospital, ni que mi marido era médico y que yo estaba familiarizada con los muchos acrónimos que solía usar el personal hospitalario. Estaba encantada de haberle ganado la mano.

—¿Ha visitado un médico a mi padre?

—Sí, la doctora Sabih lo visitó antes. Es la doctora asistente de turno.

Evidentemente la niña de doce años.

—Y ¿qué pasa con el especialista?

—No está aquí el fin de semana.

—¿Está todavía la asistente?

—No, ahora ha salido, pero está localizable. Está satisfecha con su progreso.

—Ya lo veo. Si necesitara un médico, ¿cuánto tardaría en verlo alguno?

—Bueno, como es fin de semana, creo que tardaría unas horas.

Sentí que la sangre me subía a la cabeza a toda prisa, una rabia que pareció precipitar su sonrisa compasiva, que parecía sugerir que sabía cómo tratar con gente difícil como yo.

—Lo dice como si el fin de semana fuera un acontecimiento inesperado: oh, es viernes, cielos, nos llega un fin de semana, qué sorpresa —dije—. ¿No sabe que es algo que ocurre cada semana?

Ella movía objetos por su escritorio, teniendo especial cuidado en que el teléfono quedase perpendicular a la torre de bandejas de la cual se derramaban desordenadamente las vidas humanas bajo la forma de carpetas de pacientes. Tal vez pretendía tranquilizarme con su metódico orden de objetos inanimados.

—No creo que las enfermedades sepan que tienen que saltarse los sábados y domingos, y que sólo tengan que dar la lata a sus víctimas de lunes a viernes. —Yo seguía sin renunciar a mi punto de vista.

—Lo siento, pero así es como funciona el hospital —dijo—. Ahora su padre está bastante bien.

Me incliné sobre el mostrador.

—¿Cómo se sentiría si su padre estuviese postrado en una cama de hospital justo después de sufrir un infarto? No es un anciano al que no quiere nadie, ya sabe, alguien que ya vivió lo suyo. Todo el mundo merece la mejor atención posible, pero es mi padre, un hombre muy querido, con amigos y familia, y si le ocurre cualquier cosa mientras usted esté de guardia, la consideraré personalmente responsable.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y estaba a punto de perder el control, pero vi en su expresión que le había llegado hondo, así que me tranquilicé. Para ella, papá ya no era un paciente cualquiera, lo había convertido en una persona real con una vida; en síntesis, lo había convertido en individuo.

Ella se inclinó hacia mí y puso su mano sobre la mía.

—No se preocupe, lo atenderemos bien.

—Gracias, y lamento mi comportamiento PIL.

Ahora estábamos unidas como hijas de padres, así que sonrió y dijo:

—Estoy segura de que si yo fuera usted hubiera hecho lo mismo.

Cuando volví junto a él, papá estaba leyendo un periódico y parecía bastante alegre.

—¿Cómo fue tu viaje al extrarradio? —preguntó.

—Ja, ja, muy divertido. ¿De verdad soy tan transparente?

—Eres mi hija.

—No estoy segura.

Fue raro verlo, y saber lo que ocurre en tu casco antiguo; el mío estaba en peligro de deteriorarse tanto que pronto podrían ponerle una orden de demolición. Edificios derribados, ventanas rotas y todo. Me refiero a lo último que había pasado: hijo que acaba en el hospital con intoxicación alcohólica, marido lanzado a una guerra personal contra el ayuntamiento, hija que probablemente está a un paso de tener un embarazo adolescente, y padre con un ataque al corazón.

—No creo que se te pueda hacer responsable de mi ataque al corazón, ni de las excentricidades de Greg, aunque obviamente las travesuras de Leo y Kitty son culpa vuestra, puesto que sois sus padres.

Me cogió la mano y le dio unas palmaditas.

—Greg es un buen hombre, Chloe, y te quiere. ¿Sabes lo que decía Simone Signoret?

Negué con la cabeza.

—«Las cadenas no mantienen un matrimonio. Son los hilos, cientos de pequeños hilos que la gente cose a lo largo de los años. Eso es lo que hace que el matrimonio dure, ¡más que la pasión e incluso que el sexo!» Creo que tenía razón; eso es lo que me unía a tu madre y lo que me une ahora a Helga.

Helga volvió justo en ese momento con un vaso de plástico que contenía un insípido líquido marrón que tenía la audacia de hacer pasar por té.

—Tienes mejor aspecto, Bertie. Creo que Chloe es tu mejor enfermera.

Papá sonrió y me dio una palmadita en la mano:

—Ahora voy a dormir —dijo—. Así que, chicas, ¿por qué nos os vais a casa y descansáis también?

Helga y yo nos miramos. Estaba claro que no quería usurpar mi lugar, pero no quería dejar a papá.

—Quédate, pero me telefoneas si hace falta —dije.

Me sonrió agradecida.

—Me siento mucho mejor durmiendo a su lado en ese sofá.

Era difícil entregar el cuidado de papá a otra mujer, pues estaba muy acostumbrada a hacerlo yo misma. Pero me necesitaban en casa.

Encendí el teléfono en cuanto salí del hospital y sonó inmediatamente. «Telefonéame, *chudo*. Iván. Besos.»

Tenía la inconfundible sensación de que Iván estaba saliendo de mi vida. Su cara y su voz, que normalmente recordaba con claridad, se me hacían borrosas. Era como si hubiese tenido una larga fiebre que me hubiera dejado débil y agotada. Lo sentía remoto e irrelevante. Como si hubiera pertenecido a otra vida. Lo llamé enseguida.

—¿Cómo está?

—No parece estar tan mal, bastante pálido y débil, pero muy entero —dije.

—Vuelve al campo conmigo. —Su voz parecía baja y ronca—. Te ato y te hago tener orgasmos de cinco maneras diferentes.

—Oh... Bueno, verás, es que necesito estar junto a mi padre. —Hablar de sexo no pegaba nada con los hospitales, o con los infartos paternos, que era lo que me ocupaba en ese momento—. Mira, me tengo que ir, hablemos mañana.

Al fin y al cabo mi aventura con Iván había traído como consecuencia esa fatal sobredosis, aunque en vez de ser yo la víctima, había sido mi padre.

Sentí que me llenaba de afecto cuando vi a Greg. Era bien pasada la medianoche y estaba sentado en el sofá ante la parpadeante luz del televisor. A cada lado dormía un niño cuyos brazos colgaban con descuido como si fuesen bebés. Verlos a los tres abrazados hizo que los ojos se me llenaran de lágrimas. Greg se levantó con cuidado para no despertarlos. Nos quedamos mirándonos, y él suspiró y me estrechó contra su pecho. Lloré en su hombro con sollozos silenciosos, temiendo por mi padre, y triste y arrepentida por lo que nos había ocurrido a Greg y a mí.

—Está bien, cariño —dijo él acariciándome la nuca—. Han dicho que ha sido un infarto leve y que se pondrá bien con reposo.

—Parecía tan delgado y frágil. No soporto la idea de perderlo.

—Lo sé, cariño, lo sé. —Cogió mi barbilla y levantó mi cara hacia la suya —. Pero los niños y yo siempre estaremos para cuidarte. Es cierto lo que

dijiste, tenemos que ser más amables entre nosotros.

Ahora lloraba por Greg y por mí tanto como por mi padre.

—Todo el mundo pasa malas rachas, así es la vida —continuó—. No significa que sea el fin; algunas veces es sólo un momento intermedio, un punto a mitad del camino.

Me di cuenta de que era más adulto que yo, y recordé que ésa había sido una de las cosas que me habían hecho enamorarme de él. Y lo había amado mucho. Cuando empezamos a vivir juntos, corría a casa emocionada cuando veía que su coche estaba aparcado afuera, feliz de que me estuviera esperando. Se suponía que yo era quien tenía herramientas para comprender el comportamiento humano, y aun así Greg, a pesar de sus manías, era mucho más sensato que yo.

Primero Kitty, y después Leo, se movieron y se sentaron. Kitty empujó a Greg hacia mí para que estuviésemos más juntos.

—Besaos —dijo.

—¡Qué asco! —dijo Leo—. ¿Es obligatorio?

—¿Por qué no? Tú lo hiciste, ligaste en el parque —dijo Kitty.

Leo le dio una patada.

—¿A qué te refieres exactamente? —pregunté.

—Besó a una chica.

—Nosotros lo llamábamos «enrollarnos».

—Bien,buenolascosashancambiado,noescomoenvuestraépoca —dijo Leo hablando a la manera del rapero-más-rápido-del-mundo mientras miraba airadamente a Kitty.

Todos nos miramos y nos reímos. Comenzaba a sentir que parte de la locura de los meses previos se desvanecía.

—Lo siento, Greg —dije.

—¿Por qué?

—Por todo.

Nuestro idilio familiar se vio interrumpido por los sonidos que hacía la gata *Janet* vomitando en un rincón y porque desde el piso de arriba nos llegaban voces tensas y airadas. Evidentemente, Bea y Zuzi estaban teniendo «unas palabras».

El día siguiente amaneció seco, frío y luminoso. Bea estaba enfadada en la cocina poniendo mantequilla a los sándwiches, con el ceño fruncido en una mezcla de irritación y concentración. Kitty estaba de pie en una silla tras ella cepillándole el pelo y preparándola para que decidiera sobre sus promesas matrimoniales, formuladas para parejas del mismo sexo.

—¿Dónde encontraste eso? —pregunté señalando las hojas escritas a máquina que llevaba en la mano.

—En una página web que se llama señorayseñora.com —respondió con el desparpajo tecnológico de un niño del siglo XXI.

—Dices: «Yo, Bea Havlova, acepto que tú, Zuzi Palakhova, seas mi cónyuge legal».

Aunque faltaban meses para el feliz día, los preparativos de la que llamábamos «la boda lesbiana» nos ocupaban cada vez más tiempo a todos. (Leo, que estaba aprendiendo a tallar madera con Sammy, una noche, mientras yo preparaba la cena, había diseñado una fantasía en la que Bea y Zuzi no eran checas, sino nativas de la isla de Lesbos, y desde entonces las llamamos «lesbitas».)

—Notienesentidomalgastarmieducacióncláslcamamá —dijo.

—Suena como si fueran marcianas —protesté.

—Buenoparamísoncoñosdesperdiciados —dijo sorprendiéndome.

Leo entró en la cocina y se acercó a ciegas a la nevera para sacar zumo de naranja. Creo que nunca antes lo había visto tan temprano un sábado por la mañana.

—Eres un chico muy malo —se quejó Bea— subiéndote a silla y mirar a nuestra habitación por la ventana en techo mientras estamos en cama.

Leo sonrió con sorna y no dijo nada.

—¿No lo habrás hecho? —pregunté.

Se encogió de hombros evasivo.

—Buenotalvezlohehechotalveznosóloyoloséyanadieleimportamásqueamíynoeselti

—Él y Atlas miran nuestra ventana todo el rato con el telescopio desde tejado de Ruthie —dijo Bea señalando a Leo con un cuchillo.

Está muy bien ser más o menos liberales, pero supongo que tendríamos que poner fin a la representación de espectáculos sexuales de chica/chica para

nuestro hijo adolescente y sus amigos. Aunque en el caso de Atlas, claramente era terapéutico. Ruthie me había contado hacía pocos días que recientemente estaba considerando que después de todo era heterosexual.

Escapé de la vergüenza de observar el florecimiento sexual de mi hijo y busqué protección en el salón. Allí me encontré con Zuzi apretando con las manos una taza de té como si necesitara extraer hasta la última gota de calor. En la mesa que estaba junto a ella había un ejemplar cerrado de *Doctor Zhivago*. Por fin lo había terminado. Miraba fijo hacia adelante desolada y con los ojos vidriosos.

—Para mí matrimonio siempre había sido como cuento de hadas. Mi Bea me quiere ahora, pero ¿me quiere bastante? ¿Y si conoce otra chica? ¿Qué pasará si no soy su Lara?

—Ése es un riesgo que tiene que correr todo el mundo. Elige ser feliz. —(Una vez más el evangelio de Dolly Parton demostraba que era una herramienta muy útil para aconsejar.)

Dejó la taza y comenzó a hacer girar la sortija de compromiso de zafiro. Anillos de zafiro para novias sáficas.

—En checo tenemos otro refrán. «No esperes que siempre ocurra lo bueno, pero no dejes que el mal te coja por sorpresa.»

Comprendí que iba a tener un problema con el alma checa en lo que se refería a Dolly Parton y mi mantra de la felicidad. En Europa del Este la gente se parecía a los judíos en cuanto a vivir al borde del desastre y a la espera de lo peor.

—¿Has estado alguna vez con un hombre, Zuzi? —pregunté.

—Pocas veces, pero horrible para mí. Me enferma como huelen. —Arrugó su nariz pecosa en señal de disgusto.

Eso era lo que más me gustaba de los hombres, su olor. No el de todos, sólo el de los que me habían atraído. Recientemente se habían publicado muchas investigaciones sobre las feromonas. Las había estado siguiendo para culpar a algo más que mi corazón descreído de mi relación con Iván: me había arrastrado por la nariz. ¿Qué pasaba con los sistemas olfativos de los hombres gays y las mujeres lesbianas que les hacen sentirse atraídos por personas de su mismo sexo? Me dije a mí misma que tenía que decirle a Ruthie que Atlas debía oler a hombres y mujeres para ver a cuáles prefería. De esa manera se

resolvería de una vez por todas el asunto de su inclinación sexual. Pensar en eso me hizo sentir muy entusiasmada; sería un buen artículo para *Psychological Review*. Por primera vez en mucho tiempo me sentía emocionada con mi trabajo.

Zuzi seguía cabizbaja.

—Mira, Yuri Zhivago, al principio, ama a Tonya, la hace esposa y después se va a la guerra y se enamora de Lara y hace tanto daño a Tonya. Quizá yo soy Tonya y no Lara, y cuando Bea encuentre a Lara me dejará.

—También hay un dicho judío —dije citando uno de los muchos aforismos de papá—: «No cuestiones los cuentos de hadas».

Por alguna razón, eso hizo que su cara brillara y bajó a buscar a Bea: todo el mundo, parece, necesita creer en una felicidad para siempre jamás.

Cuando Sammy y yo fuimos a ver a papá más tarde esa mañana, lo encontramos completamente despierto y escribiendo pájaros negros en una hoja de pentagrama. Helga nos contó que el doctor le había dicho que se podría marchar a casa en pocos días. Ella parecía agotada, se le escapaban mechones de pelo desordenados y su ropa estaba arrugada; ni siquiera su recién aplicado pintalabios podía ocultar su cansancio. La enviamos a casa para que se cambiara y descansara.

—Helga se va a trasladar a vivir conmigo —dijo papá—. Dice que quiere cuidar de mí. No lo necesito, pero quiero que se quede, y que estemos juntos como debe ser. Aristóteles dijo: «Nadie elegiría una existencia sin amigos a cambio de tener todas las demás cosas del mundo». Tiene razón. Al final, los enfados menores de la convivencia del día a día quedan más que compensados por el amor y el compañerismo que encuentras en la compañía de la otra persona. Esto es lo que este infarto me ha enseñado.

—Me encanta —dije—. Verdaderamente nos gusta, ¿verdad, Sammy?

—Sí —estuvo de acuerdo, pero comprobé por el modo de evitar que nuestros ojos se encontraran que, a pesar de los años transcurridos, sentía que estábamos siendo desleales con mamá.

—Es cuestión de tiempo que encuentres a alguien, Sammy —dijo papá.

—Me gusta alguien; una chica española. Se llama Nieves.

—Bien —dijo papá—. No me gusta pensar que estás solo.

Al otro lado de la habitación vi a la enfermera guapa a la que había azotado verbalmente el día anterior. Me vio y sonrió. Me acerqué a ella.

—Gracias —dije—, está mucho mejor.

—Ha sido un placer cuidarlo. Ojalá todo el mundo fuera como él —dijo mientras un hombre en una cama cercana la llamaba irritado.

—Enfermera, enfermera, enfermera. —Su voz subía de volumen en cada llamada.

Volví con papá. En la cama contigua a la suya yacía un anciano pálido e inmóvil. Su familia estaba solemnemente sentada en torno a su cama preparada para enfrentar lo peor. Observé la cara de una mujer más o menos de mi edad que debía de ser su hija. Miró hacia arriba como si mi mirada la hubiera tocado, y cuando nuestros ojos se encontraron, nos dirigimos una sonrisa tímida de reconocimiento. Las dos éramos hijas que compartíamos una relación muy especial con nuestros padres. Quería sacar a papá de allí lo antes posible, llevarlo a la seguridad del mundo exterior, como si la evidente suerte del padre de aquella mujer fuera contagiosa.

—Me voy a dormir y seguro que los dos tenéis muchas cosas que hacer, así que marchaos —dijo papá y nos dio a los dos su triple beso característico.

Mientras bajábamos, Sammy me dijo:

—He localizado al Armie de Madge.

—¿Y?

—Volvió a Jamaica.

—¿Y qué harás ahora?

—No estoy seguro de qué puedo hacer; supongo que veré si puedo conseguir alguna información de las autoridades locales y le diré a Madge que todavía lo estoy buscando.

Los fumadores continuaban su silenciosa vigilia en la entrada del hospital, bien arropados contra el frío con batas y jerséis. Cuando pasábamos junto a ellos, sonó mi teléfono. Era Ruthie.

—Me acaba de llamar Bea; Zuzi ha desaparecido —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Dejó una nota a Bea pidiéndole que se encontrara con ella en una estación de tren y explicando algo sobre poner a prueba la fuerza de su amor.

Pero no dijo en qué estación.

Era como *Doctor Zhivago* en la vida real: Lara adelantándose y Yuri Zhivago prometiéndole seguirla. ¿O quizá pretendía arrojarse al tren como Ana Karenina?

—Oh, vaya mierda —dije—. Cuelga un minuto que tengo que pensar.

Estación. *Vokzal*. Recordé que una de las veces que Iván y yo nos contábamos historias después de hacer el amor, me explicó que la palabra rusa para decir estación de tren derivaba de Vauxhall Station. La historia cuenta que el zar Nicolás I había llegado a Londres en una visita de Estado en 1844 y lo habían llevado a ver los trenes en Vauxhall. Erróneamente, él pensó que «Vauxhall» (que en ruso se pronuncia *Vokzal*) era el término genérico para decir estación de tren. Era una conjetura, pero pensé que podía ser buena en el contexto de toda la literatura rusa que el club de lectura ruso-checo había estado leyendo los últimos meses.

—Iré —le dije a Ruthie, atrapada una vez más en hacer feliz a Bea—. Creo que sé dónde está. Mete a Bea en un taxi y dile que me busque en Vauxhall Station.

Al llegar a la estación vi cómo Bea salía de un taxi y entraba corriendo en el vestíbulo. Me detuve; era su historia, no la mía. Mientras esperaba telefoneé al hospital para ver cómo estaba papá y me dijeron que dormía. Enseguida Bea y Zuzi salieron por el arco de la fachada de la estación. Iban abrazadas y lloraban y reían a la vez. Una boda de monos, así solíamos llamar Sammy y yo, cuando éramos niños, a los días en que llovía y salía el sol simultáneamente.

—¿Cómo supiste que estaría aquí? —me preguntó Bea.

- *Vokzal* —respondí encogiéndome de hombros.

«PAB», («Pasajero a bordo»), escribí a Ruthie en un mensaje de texto y después me sumergí en el tráfico del mediodía mientras escuchaba palabras dulces susurradas en el asiento de atrás.

—Yo dije que era demasiado sensible para literatura rusa, se toma emociones muy a pecho, fue muy demasiado para ella y huyó —dijo Bea desde atrás, donde estaba con Zuzi—. Pero por eso la quiero, por la ternura de su corazón.

Les eché un vistazo por el espejo retrovisor. Zuzi apoyaba su cabeza en el hombro de Bea y ésta le acariciaba el brazo.

—Soy su Lara —dijo Zuzi.

Su inocente creencia de que bastaba con el amor hizo que me entraran ganas de llorar, pues hace falta mucho más que amor para superar una vida en compañía de otro.

Me detuve en otro semáforo y volví a mirar por el espejo. Vi cómo Bea, posesiva, colocaba su mano sobre la ligera protuberancia de la barriga de Zuzi. ¿Estaría Zuzi embarazada? me pregunté. Pero ¿dónde conseguirían el semen? Tuve la desagradable imagen de ellas robando las emisiones nocturnas de Leo mientras dormía. Cuando cambiaron las luces, me di cuenta con aterradora claridad de que era yo la que estaba embarazada y no Zuzi. Hice recuento mental y recordé que había tenido la última menstruación diez días antes de acostarme la misma noche tanto con mi amante como con mi marido. No había usado anticonceptivos ninguna de las dos veces. Eso quería decir que llevaba dos meses embarazada y no podía saber con certeza quién era el padre.

—¿Estás bien? —me preguntó Greg cuando abrí la puerta de entrada—. Estás muy pálida.

No podía hablar con él en ese momento, necesitaba tiempo para pensar. ¿Podría tener otro bebé? ¿Podría volver al principio y comenzar de nuevo? Noches sin dormir, pañales, vigilancia policial día y noche a la que están obligados los padres de un niño pequeño. Volver a no conseguir terminar nunca una frase o a no poder leer un libro. Entonces recordé los dulces olores lácteos, los bebés estirándose y poniendo caras divertidas, sus bracitos cortos que cuando se estiran hacia arriba apenas pasan un poco por encima de la cabeza. La llegada de una nueva persona, entera y completa. No hay que tener niños para salvar una relación, pero podría servir para que Greg y yo tuviéramos una nueva oportunidad. A menos que no fuera hijo suyo. En ese caso, sería el final y no un comienzo. Le había dicho a papá que quería tener otra oportunidad, y acabar con esta vida para comenzar de nuevo. ¿Tal vez era una señal para poder empezar una nueva vida con Iván? ¿Podríamos tener un hijo y vivir felices después de todo? ¿Qué significaba el proverbio judío:

«Cuando dos divorciados se casan, son cuatro personas las que se meten en la cama. Más de ocho si contamos los niños, o nueve, si también teníamos en cuenta al nuevo bebé.

AF estaba sentada en mi salón echando un discurso a los reunidos sobre la importancia del sexo en una relación. Casi parecía una fiesta. Ella estaba guapa a pesar del absurdo sombrero blanco y rosa que llevaba puesto, que parecía un cucurucho de barquillo de helado al revés. Jezzie estaba sentado junto a ella, y Jessie parecía congelada, al otro lado. Jezzie sonreía socarrón como diciendo que él era del tipo de hombre al que ella aludía al referirse a sus proezas sexuales, y Jessie parecía como si hubiera obligado a su mente a que saliera de su cuerpo para huir de su profunda vergüenza. Tres lesbianas de Europa del Este, convocadas por Bea en su momento de necesidad, seguían cada palabra de AF, especialmente el momento en que comenzó una detallada narración que explicaba que pocos hombres entienden de verdad el cuerpo de las mujeres, y que si no fuera porque le gustaba ser follada, se hubiera hecho lesbiana. Una mujer alta de pelo corto rubio teñido y de aspecto serio garabateó algo en un papel y se lo pasó por delante de Jeremy: «Si cambiar de opinión, telefonearme, por favor», había escrito.

La sabia AF se liga a una lesbiana. Podía ver como sería su próximo libro: *Amor sáfico: el verdadero orgasmo femenino*, o algo así. La confiada sonrisa de Jeremy vaciló un momento y Jessie, que pareció haberse descompuesto, finalmente encontró fuerzas para levantarse y salir del salón.

—Jezzie y yo nos vamos a casar —me susurró AF—. Creo que lo anunciaré ahora a todo el mundo. —Levantó un tenedor para golpearlo contra su vaso y captar la atención de todos.

—No lo hagas ahora —dije poniendo mi mano sobre la suya y señalando a Bea y Zuzi que estaban sentadas muy juntas con los brazos entrelazados—. Deja que Bea y Zuzi tengan su momento.

AF se contuvo y me miró:

—Tienes razón —dijo—. Soy terriblemente egocéntrica, ¿verdad? No sé cómo me aguantas.

Yo tampoco lo sabía, aunque tal vez era porque cuando estaba con ella no podía evitar divertirme. El hecho de que algunas veces incluso ella misma

sabía cuándo se había pasado de la raya la redimía. Todo el mundo debería tener una amiga absurdamente hermosa; es como tener una obra de arte: no importa cuáles sean las dificultades para adquirirla y mantenerla, al final, nada puede negar el placer de su contemplación.

AF entonces me miró y dijo tranquilamente:

—Se ha terminado, ¿verdad?

—¿Qué?

—Tu aventura con Iván.

—No sé a qué te refieres.

—Vamos, Chlo, sabes que tengo poderes de bruja. Lo sospechaba hace tiempo, y en la gala de Bertie lo supe con certeza. Pero ya veo que se ha terminado.

¿Se había terminado finalmente? Tal vez sí. ¿Qué es lo que había contado Ruthie? Algunas veces alguien puede contar cosas sobre ti que ni siquiera tú misma sabes.

—¿De verdad te vas a casar con Jeremy? —pregunté cambiando de tema.

—Sí. Los comienzos de un matrimonio son tan divinos, ¿verdad?

—No lo sé —respondí—. Sólo he tenido uno y sigo en él.

De todos modos sabía a qué se refería; la primera parte de una relación es paradisíaca. Por eso me encantaba mi relación con Iván. Pero la triste verdad era que no tenía garantías de que continuara así; lo más probable era que no, y que inevitablemente cayeramos en ese estado intermedio entre la satisfacción y la indiferencia que es el destino de la mayoría de las parejas casadas.

Vi que Greg venía hacia mí con expresión solemne. ¿Había decidido hablar por fin de mi aventura con Iván?

—Chloe, acaba de llamar Helga. Bertie ha tenido otro infarto. Está en cuidados intensivos.

23

La cara de papá apenas se veía tras la máscara de oxígeno. Helga estaba a los pies de la cama hablando con el doctor. Me alivió comprobar que tenía más de cuarenta años y aspecto de especialista. Se volvió hacia nosotros, Greg, Sammy y yo, con expresión grave mientras nos acercábamos.

—Éstos son el hijo, la hija y el yerno del señor Zhivago —le explicó Helga y se colocó junto a mí—. El señor McTernan también es médico —añadió poniendo la mano sobre el brazo de Greg.

El doctor saludó a Greg con una sonrisa breve; la sonrisa de un profesional que sabe que puede explicar las cosas como verdaderamente son a un colega.

—El señor Zhivago ha sufrido un infarto de miocardio grave y está muy débil —dijo—. Lo estamos tratando con medicación; le hemos puesto una infusión GTM y le estamos administrando hiperium por vía intravenosa. Estamos monitorizando los niveles de oxígeno en la sangre y haciéndole electrocardiogramas en serie.

—¿No han pensado en operar? —preguntó Greg.

—Sus arterias no están bien para hacer un *by-pass*, y es demasiado mayor para un trasplante. Tendremos que observarlo y esperar.

Más que sus palabras, no me gustó lo que vi en la expresión del médico. Tampoco a Greg, que me atrajo hacia él. Afuera estaba oscuro, y la habitación estaba en silencio, excepto por el sonido de la respiración de papá. Una enfermera se movía a su alrededor, tomándole la tensión y controlando la medicación. No parecía querer mirarnos a los ojos.

Los cuatro nos quedamos toda la noche sentados observando las trabajosas subidas y bajadas del pecho de papá. Creo que todos sabíamos que podía ser su última noche y no queríamos perdernos ni un solo momento. No hablábamos demasiado, sólo nos cogíamos las manos y nos secábamos las lágrimas. También hacíamos turnos para coger las manos de papá, nos movíamos en silencio en torno a su cama, cambiando un pie por una mano; era como si tocándolo lo mantuviéramos ligado a la vida. Helga cantó suavemente.

Bertie es de Inglaterra,
Zhivago es su apellido.
Vive en Temple Fortune,
en High Market Lane,
edificio número veinte.
El timbre está ahí mismo.

Era la cancioncilla que había memorizado Jürgen para poder encontrar a papá después de la guerra.

En un momento de esa noche larga, oscura y eterna, me quedé sentada sola, en vigilia, unos minutos. Cogí la mano de papá, la acaricié y la acerqué a mi cara para besarla. Había tantas cosas que quería decirle. Quería rogarle que no nos dejara, me quería reír con él una vez más, disfrutar de su calidez, sabiduría y humor, y agradecerle todo el cariño que me había entregado durante toda mi vida. Pero no podía hacer nada de eso; no quería que supiera que se estaba muriendo. Así que le dije lo único que pude, palabras que no parecían a la altura de expresar lo que sentía hacia él:

—Te quiero, papá.

Se movió y de pronto se quitó la máscara de oxígeno de la cara.

—Yo también te quiero —dijo. Me miró y añadió—: ¿Sabes de qué estoy más orgulloso?

No fui capaz de hablar, así que negué con la cabeza.

—De mi familia; de ser padre y abuelo. —Su voz parecía sorprendentemente normal. Me sonrío con gran dulzura, me dio una palmadita en la mano y cerró los ojos. Volví a colocarle la máscara de oxígeno con cuidado y le alisé el cabello suave y plateado que crecía en su ingeniosa

cabeza llena de conocimientos, refranes, música y pajaritos negros. ¿Dónde iría todo eso? Seguramente iría a algún sitio y no desaparecería como una luz cuando se apaga el interruptor. Helga volvió y se sentó al otro lado. Nuestras manos se tocaron mientras le acariciábamos la cabeza.

Pensé en él cuando era un joven que estaba lejos de su casa en un bosque italiano y sintió la pistola de un soldado enemigo en la sien, con toda la vida por delante, aunque temiendo que la muerte lo hubiera alcanzado. Pensé en todas las vicisitudes que había habido en el camino que nos había llevado hasta el momento presente, con la viuda del mismo soldado alemán junto a él, amándolo en su final, cuando la muerte ya parecía cercana. Qué extraño sería si supiéramos desde el principio cómo se desarrollarían nuestras vidas. Sentada allí, sentí la nueva vida que se empezaba a mover en mi interior, sus primeras señales que eran como burbujas saltando dentro de mí. Toda la vida había temido perder a mi padre y ahora parecía que no había escapatoria. Todos los huesos mágicos de pollo a los que había pedido un deseo, las flores de dientes de león que había soplado, la sal que había arrojado por mi hombro izquierdo mientras conjuraba: «Por favor, haced que mi padre viva hasta los noventa y cuatro años con perfecta salud», una cifra salida de la nada que me parecía imposiblemente distante. Nada había funcionado. ¿Por qué siempre yo estaba embarazada cuando uno de mis padres iba a morir? Era un recordatorio cruel del ciclo de la vida, cada nacimiento había que pagarlo con una muerte. Cuando murió mamá, Kitty crecía dentro de mí y solía pensar que su nacimiento era como si una parte de mi madre renaciera. Yo tenía el material básico, el ADN, para recrearla de algún modo, aunque no la pudiera reemplazar, pues era imposible. Ahora, mientras papá se marchitaba delante de nosotros, de nuevo estaba haciendo que creciera una nueva vida dentro de mí, un nuevo miembro de mi familia que tendría algo de mi padre en él o ella. Sabía que, pasara lo que pasara, tendría a ese bebé, quienquiera que fuese el padre. También sabía que sería un niño.

El médico volvió temprano a la mañana siguiente. Nos llamó aparte a Sammy y a mí.

—Quiero que seáis conscientes de lo grave que es la situación de vuestro

padre —dijo.

Creo que hasta ese momento había estado rezando para que nuestro amor fuera tan fuerte como para hacer que papá siguiera con nosotros. Sammy y yo nos abrazamos llorando.

—Tendremos que traer a los niños —le dije a Greg.

—¿No será demasiado triste para ellos? —preguntó Helga.

—Nunca nos perdonarían si no les dejáramos verlo.

Había pedido a Ruthie que se quedara en casa con los niños, así que salí para llamarla y le conté las noticias con la voz quebrada. Regresé por el pasillo mientras el hospital iba volviendo a la vida. Por todas partes había enfermeras y médicos que charlaban y se reían; me ofendía su normalidad. «¿Cómo lo podré soportar?», me repetía a mí misma. Ahora podía entender por qué Madge había elegido la locura; la tristeza es demasiado dolorosa y te puede llevar a otro lugar.

Ruthie llegó con Kitty y Leo. Sus rostros estaban cargados de una pena difícil de aguantar siendo tan jóvenes. Valientemente intentaban no llorar. Nos pusimos todos en torno a papá, observando y esperando, como nos había aconsejado el doctor, aunque todos sabíamos que nos estábamos despidiendo. De pronto, papá se sentó y se quitó la máscara. Nos miró a todos los que estábamos a su alrededor.

—Hola a todo el mundo —dijo.

Estaba encantado de vernos a todos y parecía como si acabase de abrir una puerta para darnos la bienvenida. Por un momento me atreví a pensar que podría recuperarse, y entonces recordé haber escuchado que a menudo se producen momentos de lucidez justo antes de la muerte. Papá nos miró por turno a cada uno, como si memorizase nuestras caras, después se recostó, cerró los ojos, exhaló un largo suspiro y se fue. Nos había dejado. Al final, su manera de morir reflejó su manera de ser; su muerte fue digna y tranquila.

No sé qué me hizo buscar unas tijeras para cortar unos rizos de su pelo blanco irrepetible como recuerdo. ¿La misma necesidad de conservar, de poseer un trozo de la persona amada que había impulsado el deseo del joven campesino del cuento ruso de Iván a morder la nariz de la muchacha amada cuando ya estaba muerta? Estreché a Leo y a Kitty. En ese momento, además

de la insoportable tristeza de haber perdido a mi padre, con un dolor que amenazaba con romperme para siempre, supe que me quedaría con Greg, y que mi relación con Iván, como había observado AF, se había terminado.

24

Vi a Iván una vez más. Fue algunas semanas más tarde, después del funeral, después de que el lacerante dolor del duelo se transformara en un dolor monótono y continuo. Cada mañana al despertarme tenía un pequeño instante de normalidad antes de recordar que me estaba despertando en un mundo en el que mi padre ya no existía. Después, el resto del día, sufría un dolor constante. Celebramos el funeral dos días después de su muerte, y Sammy y yo nos saltamos las costumbres judías atávicas. Los judíos entierran a sus muertos cuanto antes. Creía que se debía al calor del desierto, pero de hecho, me explicó Ruthie, era porque una vez que el alma de una persona ha vuelto a Dios se considera vergonzoso permitir que su cuerpo permanezca en la tierra de los vivos.

—En los nacimientos, los matrimonios y las muertes, es entonces cuando las religiones toman vida —dijo Sammy en el apartamento de papá pocos días después de su muerte. Nos habíamos trasladado todos allí después del hospital; sentíamos que era el lugar obvio en el que teníamos que estar, pues allí se podía sentir su presencia, y así lo manteníamos vivo. El piso todavía tenía su olor y su piano seguía abierto, tal como lo había dejado, y las motas de polvo danzaban en los rayos del sol de primavera que brillaba insolentemente ante nuestra tristeza. La habitación estaba tranquila y en silencio, como si el piano supiese que las manos de mi padre nunca más lo tocarían. Nos quedamos en el apartamento bastante tiempo después del funeral, haciendo el *Shiva** como está establecido. Ruthie había traído comida y nos cuidaba mientras llorábamos y compartíamos recuerdos de Bertie.

* *Shiva*: periodo de siete días de duelo formal con el que se honra a un pariente fallecido.

—Los judíos hacen algunas cosas bien —continuó Sammy—. Me refiero a que si entendéis por qué se rasgan las vestiduras comprendéis que sirve de ayuda, pues es una expresión externa del estado interior. Exactamente como me siento yo. Roto. ¿Vosotros no?

Siguiendo la costumbre judía, al ser un momento de duelo, Sammy no se afeitó y se vistió con una camisa rasgada.

Se sentía igual que yo, desposeído, huérfano. No importa lo mayor o lo adulta que seas cuando se mueren tus padres, siempre te sientes abandonada y sola. Cuando fallecen, parte de ti se va con ellos, tu yo juvenil, tu infancia. Ya no hay nadie que te cuente cómo eras de bebé, cuáles fueron tus primeras palabras o tus juguetes favoritos. Todos esos recuerdos se entierran con ellos. Ya no era la hija de alguien. Se había perdido la red de seguridad, ya no había una generación entre nosotros y la tumba. Al final de esa terrible primera semana, Helga se marchó a Alemania dejándonos huérfanos y desposeídos una vez más.

—Lo entendéis, ¿verdad? —explicó—. Tengo que estar con mis hijos en Alemania. Pero vendré a menudo a visitaros; siempre formaré parte de vuestras vidas.

Algunas semanas después Sammy y yo fuimos al apartamento para comenzar la tarea de separar, clasificar y guardar en cajas una vida que ya se había terminado. Encontré allí algo de nuestra infancia escondido en cajones bajo la forma de cuadernos de calificaciones escolares amarillentos y tontas notas cariñosas que le había escrito a mi padre y él a mí. Las había guardado en una caja de madera detrás de un armario. Las hijas, con suerte, aprenden el arte de amar de sus padres. Las notas casi me destrozaron; me hicieron darme cuenta una vez más de lo mucho que había perdido.

—Tienes que estar muy agradecida por todos los años que pasaste con tu padre —me había dicho AF el día anterior en mi cocina mientras me hacía admirar el anillo de compromiso que le había regalado Jeremy—. Yo no tuve nada de eso. —El padre de AF había muerto cuando ella tenía diez años—. Te he traído algo para que te anime. —Me pasó un sobre. Dentro había un vale

para una sesión con Rasa Rastumfari, el legendario irrigador de cólones. Supuse que tenía buena intención, pero ¿creía de verdad que limpiar el colon servía para remediar la pérdida de un padre querido?

Sammy me encontró en la habitación de papá llorando ante la fotografía que había encontrado. Era una foto mía a los catorce años sentada junto a mi padre, apoyando la cabeza en su hombro. Él estaba medio girado hacia mí, sonriendo. Recordé cuando nos la hicimos, el día después del funeral de la abuela Bella. Momentos antes, papá y yo habíamos llorado abrazados. Sammy traía una caja de cartón que había encontrado en el mismo armario y que tenía una portentosa etiqueta, «Mi juventud». Se sentó a mi lado y recorrió su pasado con los dedos.

—La vagina de Ginny Best —dijo de pronto levantando algo.

—¿Perdona?

—Estas fotos. Son de su vagina. Bueno, hablando con propiedad, de su vulva, no de su vagina. Debió de ser cuando los dos teníamos diecinueve años. No está mal —dijo acercándose la foto.

—¿La vagina o la foto?

—Las dos cosas. Yo era un buen fotógrafo.

Solía pasar horas en el baño, que había convertido en un cuarto oscuro, y yo siempre estaba golpeando impaciente la puerta.

—¿Qué puedo hacer con ellas? —me preguntó.

—¿Enviárselas? —sugerí—. ¿Tirarlas?

—¿Quieres verlas antes?

—Creo que no, ¿y tú?

El episodio de la vagina/vulva nos mejoró el ánimo, así que un rato después envié un mensaje de texto a Iván diciéndole que si quería verme nos encontráramos en el café al otro lado de la esquina.

La muerte, no el amor, lo cambia todo. Qué guapo estaba Iván cuando apareció. Un guapo desconocido. Entendí por qué lo había deseado, aunque sentía que la conexión que había habido entre nosotros estaba completamente rota. Al principio no reconocimos abiertamente que nos estábamos despidiendo; no hacía falta, los dos lo sabíamos. Me senté frente a él y le pasé el dedo meñique por la cicatriz que tenía en la ceja, y leí su cara con las

manos como si fuera Braille, para recordarla.

—Becky y yo vamos a divorciarnos —me contó—. Odio cómo la trato; merece algo mejor.

—¿Está bien?

—Creo que está aliviada.

Permanecimos sentados en silencio durante un rato.

—Lamento tanto lo de Bertie... —comenzó.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Me tengo que marchar —dije—. Sammy me está esperando.

—Si me necesitas, o las cosas cambian... —dijo mientras me iba.

Le puse un dedo en el labio, después lo reemplacé por la boca y lo besé de la misma manera como él lo había hecho conmigo al comienzo de todo.

En la puerta me pasó un papel. Era un verso mecanografiado en ruso.

—Otra nota —me dijo con una sonrisa triste—. Perdóname. He tomado prestadas las palabras de otro para decirte cómo me siento. Son palabras del más importante poeta ruso, Alexander Pushkin.

Me abrazó por última vez, se dio la vuelta y se marchó.

Ia vas liubil: liubov'eshche, byt' mozhet,
V dushe moei ugasia ne sovsem;
No pust'ona vas bols'she ne trevozhit;
Ia ne khochu pechalit'vas ni chem.
Ia vas liubil bezmolvno, beznadezhno,
To pobost'iu, to revnost'iu tomim;
Ia vas liubil tak iskrenno, tak nezhno,
Kak dia vam bog lyubomoi byt'drugim.

Esta vez no pensaba ir a Volodya para que lo tradujera. Instintivamente sabía que era demasiado privado y triste. Volví al apartamento de mi padre, encendí el ordenador y encontré en Internet una traducción:

Te amé: quizás el amor aún no ha muerto del todo en mi alma; pero ya no te molestaré; no te quiero entristecer en ningún sentido. Te amé en silencio, sin esperanzas, atormentado por la timidez y por los celos; te amé tan sinceramente, con tanta ternura, como Dios te concede poder ser amado

por otro.

Pushkin lo había escrito en 1829. Parece que nada ha cambiado respecto al amor, y en cierto modo reconforta.

No volví a ver a Iván. No podía. Saber que la nueva vida que se estaba desarrollando dentro de mí pudiera pertenecerle en parte hizo que me fuera imposible verlo. La única manera de arreglármelas y seguir adelante era compartimentar; negar su existencia y decirme a mí misma que no había ocurrido nada, que yo era simplemente una mujer casada, embarazada de su tercer hijo.

—¿Tengo que contarle a Greg lo de Iván? —le pregunté una tarde a Ruthie por teléfono.

—Regla número 2, ¿recuerdas? —dijo—. Nunca confieses: si no puedes con la condena, no cometas el crimen.

—Pero le tengo que decir que estoy embarazada.

—Sí, eso sí tienes que hacerlo.

Greg apareció por la puerta de entrada a la casa con aspecto de estar muy contento consigo mismo, moviendo una hoja de papel hacia mí.

—Lee esto —me dijo.

Estimado señor/señora:

Le escribo en relación con la multa que me impusieron por entrar en la zona de circulación de pago sin pagar la tasa.

Esperé meticulosamente hasta las 18.30 antes de entrar en la zona de circulación de pago.

En su carta me informan de que su sistema está sincronizado con el reloj atómico de Rugby. Estoy seguro de que eran las 18.30 tanto en mi reloj de pulsera como en el de mi coche cuando entré en la zona. En su primera carta dicen que entré en la zona dos minutos cuarenta y seis segundos antes de las 18.30. Me permito hacer constar que siempre me he considerado una persona sumamente puntual y que suelo comprobar que mis relojes están en hora. En el futuro me aseguraré de comprobar mi reloj con el cronómetro parlante antes de entrar por la tarde en la zona de circulación de pago del

centro de Londres.

No obstante, en mi carta le planteo dos consideraciones:

1.Creo que una diferencia de menos de tres minutos está dentro de los límites de las variaciones aceptables entre distintos cronómetros.

2.Si Transportes de Londres desea que los conductores respeten las horas de la zona de circulación con la precisión del «Reloj Atómico» de Rugby, entonces considero que en cada cruce de esta zona se tendrían que colocar relojes.

Por lo tanto, nuevamente le solicito, en vista de los dos puntos anteriormente citados, que anule esta multa.

Le saludo muy atentamente,

Greg McTernan

—Muy bien, cariño —dije—, estoy embarazada.

(¿Cuál es el momento adecuado para decir algo así?)

—Eso les dará que pensar... ¿Qué?

—Estoy embarazada.

Me echó una mirada larga, dura y calculadora.

—Si apenas hemos tenido sexo últimamente, y tú usas un diafragma, ¿verdad?

—Eres médico, sabes que con una vez basta. Y no, no usé el diafragma. ¿No te acuerdas? Fue una de las muchas cosas que escondiste el año pasado y desde entonces ninguno de los dos pudimos encontrarlo.

—Ah, sí —dijo tímidamente—. Deberías haberte comprado uno nuevo.

—No me parecía que hiciera falta —dije, y sonó un poco más duro de lo que pretendía.

Estaba a punto de decir algo, pero cambió de opinión.

—¿Qué quieres hacer, Chlo?

Estábamos en la cocina, y Greg estaba apoyado contra la nevera junto a la foto de familia que nos sacamos frente a la casa el día de la gala de papá. Después de todo, mi padre había tenido razón; había sido un premio por los logros de toda una carrera a una vida que estaba a punto de apagarse. Junto a ella estaba la esquela de su funeral. En ella aparecía la foto que tenía encima del piano que lo mostraba mirando afectuosamente a Leo y a Kitty mientras

abrían sus regalos. ¿Quién iba a decir que esa fotografía, que se había sacado espontáneamente en un momento de alegría, un día simbolizaría la tristeza que sentíamos por haberlo perdido?

Me volví hacia Greg.

—¿Te habló mi padre alguna vez de la muerte?

—Más que de la muerte —respondió tranquilamente—, hablamos sobre lo que ocurriría después de que él muriera.

—¿Qué te dijo?

Greg hizo una pausa, apagó la tetera y empezó a sacar tazas para el té.

—Estaba preocupado por cómo te las arreglarías. Me dijo que cuidara de ti, y le dije que siempre lo iba a hacer porque yo también te amaba.

Lo miré a los ojos y reconocí su expresión. Me miraba como solía hacerlo cuando empezamos a salir juntos.

—Me acuerdo de ti —dije dándole un codazo juguetón para retener las lágrimas que llenaban mis ojos—. Te pareces a mi novio Greg, ese chico del que me enamoré hace ya tanto tiempo. Me siento como si no te hubiese visto en años.

—Soy la misma persona y tú también, Chlo. No ha cambiado nada —dijo acariciándome la cara.

Si eso fuera cierto.

—¿Qué quieres? —le pregunté a Greg pasándome una mano por la apenas perceptible hinchazón de mi barriga.

—Quiero ser feliz; quiero que seamos felices. Quiero que entiendas que te quiero. —Me puso las manos en los hombros y me atrajo hacia él—. Quiero lo que quieras tú.

—Quiero tener el bebé.

—Entonces lo tendremos, aunque eso signifique que tengamos que trabajar hasta los setenta años.

Kitty y Leo se entusiasmaron con la noticia, aunque primero tuvieron que superar el desagradable hecho de saber que sus padres todavía tenían vida sexual. No estaba segura de cómo iba decirle a Jessie que necesitaría su habitación para el bebé. Tenía por costumbre pasar todos los fines de semana con nosotros, y a menudo también se quedaba a dormir dos o tres veces

durante la semana. Cuando quise abordar el asunto con AF, movió el brazo con descuido y dijo:

—No te preocupes, cariño, la puedes poner en una camita en la habitación de Kitty.

Estaba mucho más preocupada en decirme que era muy improbable que esta vez pudiera recuperar la figura; después de un tercer hijo y a mi avanzada edad.

—Tendrías que hacerte una cesárea y cirugía abdominal a la vez —dijo—. Es lo que está haciendo todo el mundo ahora.

Parecía demencial, pero casi tenía más miedo de contarle a Bea que estaba embarazada del que tuve al contárselo a Greg. Resultó que mi preocupación estaba bien fundada. La encontré delante del espejo de la entrada depilándose las cejas.

—Yo no cuido bebés —me dijo con firmeza.

Tal vez era lo mejor. No podíamos seguir con ella y Zuzi en casa; esto finalmente me daba una salida perfecta, y la oportunidad de encontrar a una chica que trabajara como es debido.

—No es mi trabajo —continuó Bea, dejando de mirarse el ceño y volviéndose hacia mí—. Para eso necesitas a mi Zuzi, trabajaba en eso en República Checa, tiene formación como cuidadora de bebés.

Antes de que pudiera responder llamó a Zuzi y, en vez de despedirlas, me vi aceptando emplearlas a las dos; Bea para Kitty, Leo y, por supuesto, Jessie, y Zuzi para el bebé. Ahora tendría dos sueldos que pagar en vez de uno y un hijo nuevo en casa; de hecho, dos, si contábamos a Jessie.

—Hasta los cien —me dijo Greg cuando se lo conté.

—¿Hasta los cien qué?

—Tendremos que trabajar hasta los cien años, no hasta los setenta.

Sólo a Ruthie podía confesar mi pena por haber perdido a Iván y que la ansiedad en relación con la paternidad del bebé me desvelaba muchas noches.

—No vas a ser la primera, Chlo —dijo intentando consolarme una noche varios meses después mientras descansábamos en el sofá del salón. Yo estaba embarazada de siete meses y ella era ahora oficialmente una desempleada feliz y relajada hasta que decidiera qué iba a hacer en el futuro. Habíamos

adquirido el hábito de pasar esa hora de la tarde juntas tranquilamente enganchadas a *Richard y Judy*.

—Una vez hice una prueba de paternidad para *Smart* —continuó—. ¿Sabías que aproximadamente un treinta por ciento de los hombres que se hacen las pruebas no son los padres biológicos de los niños que han criado como si fueran propios? A propósito, regla número diez: Nunca aceptes una prueba de ADN.

—Me sorprende —dije— que algunas personas cambien de pareja con tanta facilidad. Has leído algo sobre esas mujeres que se divorcian y un segundo después se juntan con alguien y tienen un niño. Lo hacen tan a la ligera.

—¿Quiénes son esas mujeres? —dijo Ruthie mirándome un poco más suspicazmente de lo que me hubiera gustado.

Después de todo yo había elegido el camino de la rectitud y había sacrificado a mi amante por mi marido.

—Ya sabes, están en todas esas revistas, *El Semanario Macarra*, o como se llame.

—Tal vez no tengan el sentido de familia que tenemos nosotras, ya sabes, la obligación de mantenerla unida cueste lo que cueste.

—Mmm, supongo que es algo bueno, ¿no crees? ¿Acaso piensas que hay algo más importante que la familia?

—¿Habéis vuelto a hacer el amor Greg y tú? —me preguntó Ruthie.

—Con frecuencia —respondí—. Es tan raro, como si no hubiera pasado nada.

Me lanzó una mirada taimada:

—¿Una vez a la semana?

Asentí con la cabeza.

—Está bastante bien. —Estuvo de acuerdo—. Para ser sexo matrimonial, es muy frecuente. Y entonces, ¿qué pasó con la abstinencia?

—No lo sé, Greg dice que fue una etapa de nuestras vidas antes de que pasáramos a una nueva fase. ¿Te conté que encontré tinte para las canas en el baño?

Ruthie asintió

—Ha dejado de usarlo, ¿verdad? Me gustan sus sienes con canas.

—A mí también —dije—. Curiosamente ese destello de las canas fue una de las cosas que encontré más atractivas en Iván.

—¿Crees que volverás a tener una aventura?

—Nunca digas nunca jamás —bromeé.

Ruthie se levantó y me miró horrorizada.

—Estoy bromeando, la siguiente vez te toca a ti —dije.

Nos quedamos un rato en silencio, disfrutando de poder holgazanear a esas horas, hasta que nos interrumpió el timbre.

Era Madge con un ramo de rosas que había recogido en su pequeño jardín, e iba atado con un lazo de satén dorado de su colección de telas. Su rica fragancia te hacía querer hundir la nariz entre los pétalos.

—Quería agradeceros vuestra ayuda —dijo.

—No fui yo, sino Sammy —dije.

—Bien, los dos habéis hecho que me sienta mejor.

—Sammy todavía está intentando encontrar a Armie.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza y nos quedamos mirándonos unos momentos. La invité a entrar, pero negó con la cabeza y se volvió para irse. La miré caminar por la calle y entrar en el parque donde enseguida la rodeó una pequeña bandada de palomas.

—Echo de menos a Bertie —dijo Ruthie cuando regresé.

—Sí —respondí tranquila—. Algunas veces me afectan más las cosas insignificantes. Ayer estaba en el metro y frente a mí había un anciano; al mirarle las manos me puse a llorar, me recordaron a las de papá.

Manos de anciano que simbolizan amor, manos paternales que relajan la frente y acarician las mejillas.

Nos quedamos un rato en silencio recordando a mi padre. Miré a Ruthie. Nuevamente estaba sana, su adicción a la cocaína ya pertenecía al pasado. Los últimos meses Richard y yo casi no la habíamos dejado nunca sola.

—¿Te acuerdas de la caja? —pregunté—. Me pregunto si alguien la habrá encontrado.

Una caja metálica de galletas con un diseño de cuadros escoceses enterrada en un jardín hacía más de treinta años. Había sido una lluviosa tarde de sábado, en julio, en la que pasamos mucho tiempo preparándonos para estar listas (la mayor parte del tiempo) para ir a una fiesta de cumpleaños esa

noche. Mientras caía la lluvia nos sentamos dentro de casa y analizamos lo que queríamos de la vida. ¿Quién podía haber sabido entonces lo que llegaría a significar, después de todo, vivir felices? En realidad, no llegó a ser exactamente lo mismo que imaginábamos en esos momentos.

Y ahora, tantos años después, era el momento de enterrar otra cosa, algo insoportablemente triste que había señalado el final de una época. Las cenizas de papá. Un día gris y nublado, en el que hubiera cumplido setenta y nueve años, nos reunimos en el jardín bajo el cerezo donde ya estaban enterradas las cenizas de mamá. Helga había venido desde Alemania. Se emocionó tanto por mi embarazo que le pedí que fuera abuela honoraria.

—Eso significa mucho para mí, Chloe —dijo.

Nos apretamos las manos incapaces de decir nada más. Permaneció alta y erecta pasando los brazos en torno a Kitty y Leo, que estaban a cada lado de ella. También se había convertido en abuela de ellos. Kitty cantó una de las canciones de papá y Leo leyó un poema que había escrito. Parecían terriblemente tristes, y se les atascaban las palabras cuando las lágrimas les caían por sus jóvenes caras. Parecía injusto que tuvieran que conocer esa tristeza a una edad tan temprana, aunque ése era el ciclo inevitable de la vida; el amor y la muerte. Algún día, como todos los hijos, si el orden natural de los acontecimientos no se trastocaba, tendrían que enterrarnos a Greg y a mí. Miré a mi marido, delgado y guapo, con los ojos enrojecidos, solemnemente junto a mí. El pasaje que había elegido leer yo hablaba de los padres y las hijas, pero lo aplicaba a la relación de todos nosotros con papá. Era de una novela que había leído hacía poco *Decorations in a Ruined Cementery*, de John Gregory Brown: «Cuando un hombre habla a su hija, surge de las palabras algo que es como hilo de oro, y con el paso del tiempo se hace lo suficientemente largo como para tenerlo en las manos y tejer con él una tela que es como el amor mismo».

Ruthie me cogió la mano. Sammy abrió la urna y derramó las cenizas en la tierra y, mientras caían, un inesperado rayo de sol brilló a través de las nubes e iluminó la tierra. Un tordo negro se posó en una rama del cerezo y movió inquisitivamente la cabeza con gran rapidez a uno y otro lado. Abrió el pico y cantó; una nota larga, alta y sonora que parecía una llamada para que nos

despertáramos. *Janet*, que seguía comiendo sólo de vez en cuando, lo contempló con ganas. Sammy miraba hacia arriba escudriñando las nubes.

—Creo que por un momento he visto la cara de papá —dijo tristemente—. ¿No sería fantástico que nos estuviese mirando?

Tal vez lo hacía, de algún curioso modo. ¿Y si una relación no termina con la muerte y puede continuar incluso cuando alguien ya no está físicamente presente? Durante un instante vislumbré otro mundo aparentemente menos absoluto que el que habitamos. La voz de papá todavía estaba en mi cabeza y sentía su presencia junto a mí. El bebé me dio una patadita bajo las costillas y me hizo lanzar una exclamación. Greg y los niños pusieron sus manos en mi barriga. Sabíamos que nunca superaríamos la pérdida, pero posiblemente el tiempo, y su inexorable paso, algún día haría que el dolor fuera más soportable.

Epílogo

Curry verde tailandés de placenta de Chloe Zhivago

(No indicado para aprensivos)

2 cucharadas de semillas de cilantro
1 cucharada de granos de pimienta negra
2 guindillas verdes frescas sin semillas cortadas
1 trozo de jengibre de unos 2,5 centímetros cortado fino
3 cucharadas de hojas y tallos de cilantro picado
2 dientes de ajo grandes
3 cucharadas de cebolletas
1 raíz de limoncillo cortada toscamente
2 cucharadas de aceite vegetal
400 mililitros de leche de coco
4 hojas de lima *kaffir*
850 gramos de placenta fresca
1 ramillete pequeño de albahaca fresca
1 cucharada de salsa de pescado

Tiempo de cocción: 30 minutos
Para 6 personas

Moler las semillas de cilantro y la pimienta en un molinillo de café o un mortero. Añadir los condimentos frescos (guindillas, jengibre, hojas de

cilantro, ajo, cebolletas y limoncillo) y molerlos hasta formar una pasta. (Si prefiere hacer trampas, se puede comprar la pasta de curry verde preparada en algún supermercado oriental y saltarse esta fase.) Freír esta salsa en una sartén con el aceite vegetal durante un par de minutos. Añadir la leche de coco y las hojas de lima (a las que tendrá que haber quitado los tallos y los nervios) y hervir durante diez minutos. Cortar la placenta en cubos del tamaño de un bocado. Agregar la salsa con una taza de agua y hervir hasta que se ablande (unos 20 minutos).

Añadir al curry la albahaca cortada y la salsa de pescado al gusto. Servir con arroz.

Chloe Zhivago, 44 años, acuna en sus brazos a su tercer hijo, un niño.

- ¿Podemos llamarlo Bertie? —preguntó mirando a su marido, Greg.

Él asintió con la cabeza, se inclinó hacia el bebé y le levantó la mantita para mirar sus pequeños pies. El meñique de cada uno se encaramaba en el cuarto. Greg besó un pie del niño, lo cubrió y le dijo a su esposa:

- No estoy seguro de si hubiera podido soportarlo si no fuera mío.

El bebé miró fijamente a sus padres con la sabiduría de un anciano metido en el cuerpo recién estrenado de un niño pequeño. Chloe parecía estar a punto de decir algo, pero Greg se lo impidió con un beso.

- Mira, prueba esto —dijo él dándole comida con una cuchara. Era sopa de pollo con kneidlach.

- Delicioso, cariño —dijo Chloe—. Has descubierto el ingrediente secreto, ¿verdad? Está perfecto.

En realidad no era absolutamente perfecto, pero estaba bastante cerca de serlo.

Nota de la autora

Para escribir sus notas a Chloe, Iván podía, por supuesto, haber usado el alfabeto cirílico, como hizo Pushkin al escribir su poema, pero decidí que lo mejor era que todas las expresiones en ruso de esta novela fuesen transliteradas al alfabeto romano, de modo que los lectores que desconozcan esta lengua puedan sentir su música.

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a mi hermano Conrad Lichtenstein y a mi querida amiga Claire Ladsky por ser los primeros en leer el manuscrito de este libro y ofrecerme su valiosa ayuda y sus ánimos, y a mis amigos que me soportaron mientras escribía: Simon Booker (que me explicó amablemente que escribir no sólo es mecanografiar; también es importante el tiempo pasado lejos del teclado), Lola Borg, Richard Denton, Neil Grant, Alla Svirinskaya y Colleen Toomey. Gracias también a Tania Abdulezer, Jochen Encke, Marck Faupel y Neil Geraghty, que mantuvieron mi alma y mi cuerpo en funcionamiento, y a Amy Jenkins y Philip McGrade por sus valiosas ideas sobre el texto. También quiero agradecer a mucha gente llamada Gill: Gill Morgan, Jill Robinson y su taller de Wimpole Street, y Anabel Giles (su apellido no es exactamente Gill, pero tiene sus letras), que estuvieron al principio de todo. Gracias también a Gillian Gordon por su inspirador taller de escritura de sueños, y a Gill Hudson por prestarme una oficina para escribir. También doy las gracias a Henrietta Morrison por su generosidad dejándome usar su oficina de Poland Street, donde se escribió la mayor parte de este libro. Asimismo estoy agradecida al cirujano del corazón Shyam Kolvekar por su asesoramiento. Agradezco a mi agente, Clare Alexander, que me guiara con mano firme y sabia todo el tiempo, y gracias también a mis editores, Jane Wood y Anika Streitfeld (era imposible tener un equipo de mujeres mejor). Y a Sally Riley, que vendió a Chloe Zhivago y su pandilla en todas partes. Debo a mi marido, Simon Humphreys, y a mis hijos, Oscar y Francesca, todo mi agradecimiento. Sin ellos yo no sería nada. Y a Edwin Lichtenstein, mi querido padre, que leyó los tres primeros capítulos (todo lo que llevaba escrito hasta ese momento) antes de morir, y me dijo que continuara. Seguro que se hubiera sentido orgulloso.

Olivia Lichtenstein, Londres, junio de 2006

Título original: *Mrs Zhivago of Queen's Park*

Editor original: Orion Books, Londres

Traducción: Andrea Morales Vidal y Diego Castillo Morales

ISBN EPUB: 978-84-9944-058-3
Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2007 *by* Olivia Lichtenstein

All Rights Reserved

©de la traducción, 2007 *by* Andrea Morales Vidal

©2007 *by* Ediciones Urano, S. A.

Aribau, 142, pral. — 08036 Barcelona

www.umbrieleditores.com

Fotocomposición: Ediciones Urano, S. A.

This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
28/03/2014